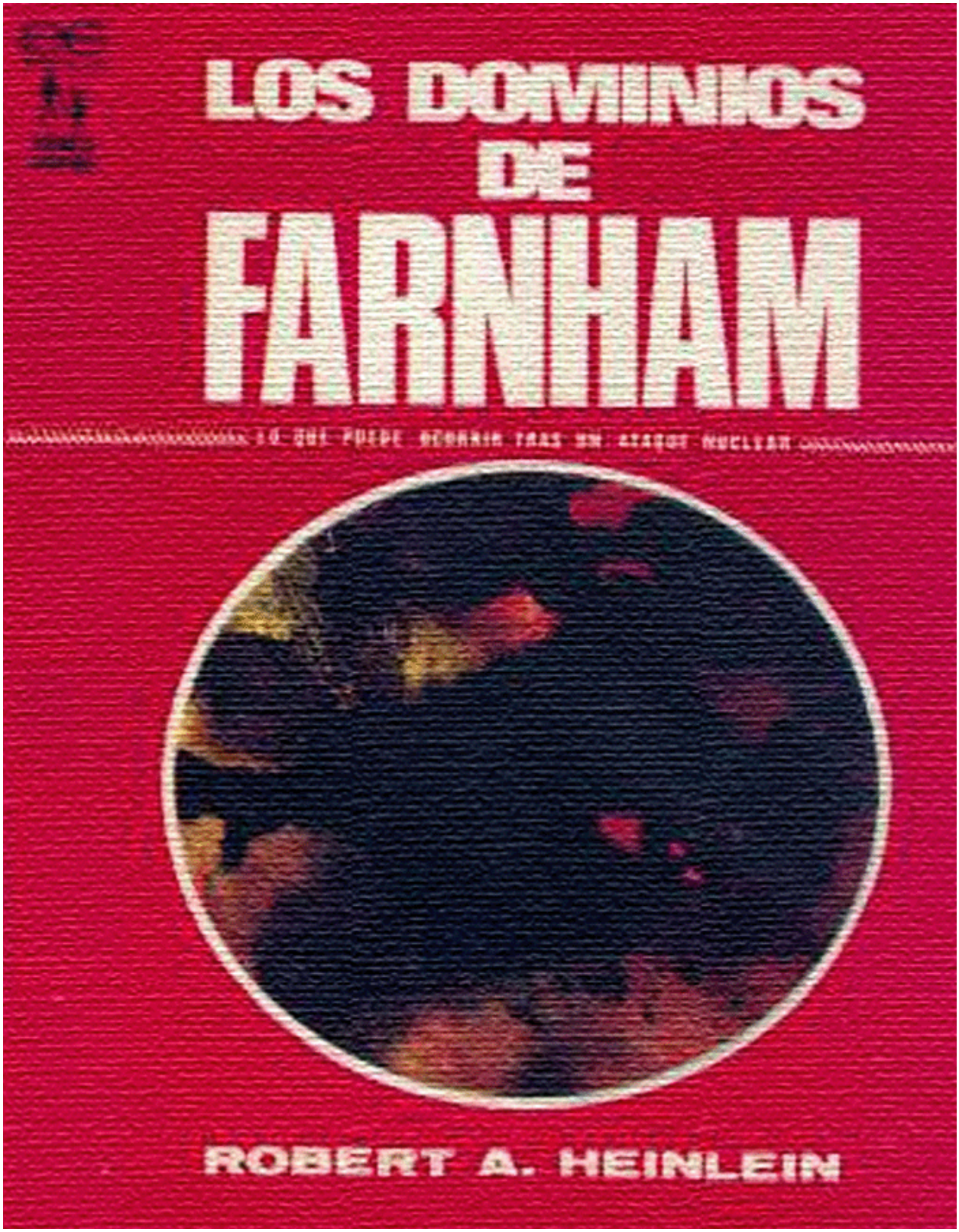
Los dominios de Farnham

ROBERT A. HEINLEIN



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

I

–No es un audífono –explicó–. Se trata de una radio sintonizada a la frecuencia de emergencia.

Bárbara Wells interrumpió su acción de llevarse un poco de comida a la boca.

– ¡Señor Farnham! ¿Cree usted que van a atacar? Su anfitrión se encogió de hombros.

–El Kremlin no me hace participe de sus secretos.

Su hijo intervino:

–Papá, deja de asustar a las damas. Señora Wells...

–Llámeme Bárbara. Voy a solicitar del tribunal que me permita prescindir del "señora".

–No necesita permiso.

–Cuidado, Barb –saltó rápida su hermana Karen– Los consejos legales gratuitos resultan caros.

–Calla. Bárbara, con todos los respetos para mi digno padre, le diré que los dedos le parecen huéspedes. No habrá guerra.

–Ojalá tenga razón –dijo sombría Bárbara Wells–. ¿En qué se basa para suponerlo así?

–Pues en que los comunistas son positivistas. Jamás se arriesgan a una guerra que les causaría *daño,* aún cuando puedan ganaría. Menos, tampoco, se arriesgarían a una guerra que no pueden ganar.

–En ese caso –dijo su madre–, me gustaría que dejasen provocar crisis tan terribles... Cuba. Todo ese jaleo de Berlín... Y ahora esto. Pone nerviosas a las personas. ¡Joseph!

–¿Sí, señora?

–Prepárame café. Y coñac, café café.

–Sí, señora. El criado, un joven negro, retiró el plato que ella apenas había tocado.

El joven Farnham dijo.

–Papá. No son estas falsas crisis lo que tienen trastornada a mama; es el modo que tienes de comportarte, como dominado por el pánico. Tienes que cortarlo en seco.

–No.

–Es preciso. Mamá no ha probado la cena... todo por eso estúpido botón en tu oído. No puede...

–Basta ya. Duke.

–¿Eh?

–Cuando te instalaste en tu propio apartamento, acordamos convivir como amigos. Tus opiniones son bien acogidas en plan amistoso, pero eso no te da derecho para entrometerte entre tu madre... mi esposa... y yo.

Su esposa dijo:

–Vamos, Hubert.

–Lo siento. Grace.

–Eres demasiado duro con el muchacho. Eso me pone nerviosa.

–Duke no es un muchacho. Y nada hago para ponerte nerviosa. Lo siento.

–Yo también lo siento, padre. Pero si papá lo considera como una interferencia. Bueno... –Duke elaboró una forzada sonrisa. Tendré que encontrar una esposa propia a la que enojar. Bárbara, ¿querrá usted casarse conmigo?

–No. Duke.

–Ya te dije que era lista, Duke –manifestó su hermana.

–Karen. No te metas. ¿Por que no, Bárbara? ¡Soy joven! Estoy sano. Quizás algún día incluso tenga hasta clientes. Mientras, usted podría mantenernos a los dos.

–No Duke. Estoy de acuerdo con su padre.

–¿Eh?

–Quizá debiera decir que mi padre está de acuerdo con el suyo. No sé si esta noche llevará también un receptor de radio en el oído. Pero lo que sí sé seguro es que estará escuchando la radio. Duke. Todos los coches do nuestra familia tienen un equipo de supervivencia.

–¡No bromee!

–El coche que tengo a la puerta de esta casa, en el que Karen y yo vinimos de la Universidad, tiene un equipo en su portamaletas que mis padres eligieron antes de que volviese a ingresar en la Universidad. Se lo toma en serio, lo mismo que yo.

Duke Farnham abrió la boca, la cerró. Su padre preguntó:

–¿Bárbara, qué es lo que seleccionó su padre?.

–Oh, muchas cosas. Cuarenta litros de agua. Comida. Una lata de gasolina. Medicinas. Un saco de dormir. Un arma...

–¿Sabe manejar armas?.

–Papa me enseñó. Una pala, un hacha. Ropas. Ah, sí, una radio. Pero lo importante era "¿Dónde?"... Eso me lo dicen siempre. Si me pillasen en la Universidad, él esperaría que me dirigiera con los otros al gimnasio. Pero aquí... papá confiaría en que yo me dirigiría a las montañas.

–No tendría necesidad de eso.

–¿Eh?.

–Papa se refiere –explicó Karen–, que sería bien recibida en nuestro agujero del pánico.

Bárbara la miró interrogadora. Su anfitrión dijo:

–Nuestro refugio contra bombardeos. Mi hijo le llama "La Locura Farnham". Creo que se encontraría usted más segura allí que vagando por las colinas... aunque nos hallemos a menos de quince kilómetros de una base MAMMA (NODRIZA). Si se produce la alarma, nos meteremos en él ¿De

acuerdo, Joseph?.

–¡Sí, señor! De ese modo seguiré en su nómina.

–De eso, ni hablar. Quedarías automáticamente despedido en cuanto sonaran las sirenas... y empezaré a cargar en tu cuenta el alquiler.

–¿Y yo también debo pagar alquiler? –Preguntó Bárbara.

–Usted lavará platos. Todo el mundo lo hace. Incluso Duke.

–Conmigo no cuenten –dijo ceñudo Duke.

–¿Eh? No hay muchos platos, hijo.

–No bromeo, papá. Líder Ruso dijo que nos enterraría... y tú piensas convertir esa afirmación en realidad. ¡No me cobijaré acurrucado en un agujero del suelo!.

–Como desees, señor.

–¡Hijito! –su madre dejó sobre la mesa la taza–. Si se produce un ataque, pues claro que vendrás al refugio–parpadeando trató de reprimir las lágrimas–. Prométeselo a mama.

El joven Farnham parecía tozudo, luego suspiró.

–De acuerdo. Si se produce un ataque... si suena la alarma, quiero decir, puesto que no habrá ningún ataque... me meteré en vuestro agujero del pánico. Pero, papá, lo digo tan sólo para tranquilizar los nervios de mamá.

–De todos modos, serás bienvenido.

–Está bien. Vamos a la salita y jugaremos a las cartas... bien entendido de que cambiaremos de conversación. ¿De acuerdo?.

–De acuerdo –su padre se levantó y ofreció el brazo a su esposa–. ¿Querida?.

Durante el camino, Bárbara susurró a Karen:

–¿Por qué no has dicho nada?.

Karen contestó también con un susurro:

–No me pareció prudente... el incidente de papá y mi hermano me ha puesto un poco nerviosa. Pero te prometo que ahora me decidiré a hablar...

Entraron en la salita. Grace Farnham rechazó la invitación para jugar al bridge.

–No, querido. Estoy demasiado trastornada. Juega tu con los jóvenes y... ¡Joseph! Joseph, tráeme un poquito más de café. Del bueno, claro. No me mires así, Hubert; ayuda, ya lo sabes bien.

–¿No quieres una "Miltown", querida?.

–No necesito drogas. Sólo un poco más de café... con licor.

Cortaron la baraja para establecer las parejas; Duke sacudió la cabeza con tristeza.

–¡Pobre Bárbara! Le tocó con papá... ¿La has avisado, hermaníta?

–Ahórrate los comentarios –le aconsejó su padre.

–Bárbara tiene derecho a saberlo, papá. Ese delincuente juvenil que se sentará enfrente de usted es tan optimista en el bridge como pesimista en...

bueno, en otros asuntos. Vigile los faroles. Sí tiene juego...

–Calla de una vez, Duke. Bárbara, ¿qué sistema prefiere? ¿El italiano?.

La eludida abrió unos ojos como platos.

–Lo único italiano que conozco es el vermú. Practico el Goren. Nada de fantasías, trato de ceñirme al libro.

–Pues por el libro –asintió Hubert Farnham.

–Por el libro –repitió su hijo–. ¿Qué libro? A papá le gusta consultar el Almanaque Agrícola, especialmente cuando se encuentra en situación delicada, doblado y redoblado. Entonces destacará como si usted hubiese señalado diamantes...

–Asesor le interrumpió su padre–, ¿quieres barajar las cartas? ¿O te las hago tragar todas de un golpe?.

–Me callaré. ¿Ponemos algún aliciente? ¿Un centavo el punto?.

–Eso es demasiado para mí –se apresuró a decir Bárbara.

–Las chicas no intervienen en el pago –respondió

–Duke–, Sólo papá y yo. Así suelo pagar el alquiler de mi bufete.

–Duke quiere decir –corrigió su padre–, que así es como se entrampa con este viejo. Yo ya le ganaba su asignación mensual cuando iba todavía al instituto.

Bárbara calló y jugó las cartas. Las apuestas la pusieron tensa, aún cuando no era dinero. Su nerviosismo aumentó por las sospechas de que su pareja era un gran jugador.

Sus nervios se rebajaron, aunque no su atención, cuando comenzó a resultar evidente que el señor Farnham encontraba satisfactorios sus envites. Pero agradeció el descanso que le llegó cuando le toco hacer de "muerto". Pasó esta especie de vacaciones estudiando a Hubert Farnham.

Se dio cuenta de que le gustaba por el modo en que gobernaba su familia y su estilo de jugar al bridge... tranquilo, pensativo, exacto en los envites, preciso y algunas veces brillante en el juego. Admiró su manera de escabullirse de la última triquiñuela de cierta mano en la que le obligó a envítar demasiado alto, teniendo el recurso audaz de matar un as.

Se daba cuenta de que Karen había esperado que formase pareja con Duke aquel fin de semana y emitió que eso resultaba razonable. Duke era tan guapo como Karen bonita. Y un buen partido... un abogado joven en plena subida, un poco mayor que ella, con un atractivo fresco y arrollador.

Se preguntó si el joven esperaba salir con ella. ¿Acaso es lo que soñaba Karen y por eso la contemplaba divertida interiormente?.

¡Bueno, pues no ocurriría!.

No le importaba admitir que ya fracasó una vez, pero se resistía a aceptar la asunción de que cualquier divorciada era presa fácil. Maldita sea, no había tenido relaciones Intimas con nadie desde aquella noche terrible que hizo las maletas y se fue. ¿Por qué la gente creía que...?.

Duke la miraba; ella le aguantó la mirada con energía, se ruborizó y apartó la vista, mirando en su lugar al padre del joven.

El señor Farnham era un cincuentón, decidió. Y lo aprecia. El cabello

escaseaba y ya aparecía gris, era delgado, casi flaco, pero con una ligera barriguilla, ojos cansados, arrugas en torno a ellos y más profundas todavía en las mejillas. No era guapo...

Con una súbita y cálida oleada comprendió que sí Duke Farnham tuviese la mitad del fuerte encanto masculino de su padre, de poco habrían valido para protegerla sus escrúpulos de mujer honrada. Abandonó este pensamiento al sentir una rápida cólera hacia Grace Farnham. ¿Qué excusa tenía esa mujer para convertirse en una alcohólica incipiente, irritable y gorda, llena de compasión para consigo mismo, cuando era dueña de este hombre?.

También este pensamiento se disipó al darse cuenta de que la señora Farnham era lo que con el tiempo quizá fuese Karen. Madre e hija se parecían, excepto que Karen todavía no había caído tan bajo. A Bárbara no le gustó este pensamiento. Sentía cariño hacía Karen más que cualquier otra condiscípula que conociese cuando volvió a terminar sus estudios. Karen era dulce y generosa y alegre... Ahora estaba apurada. tenía que decir algo a sus padres y por ese motivo la invitó a cenar, con el propósito de que la confortara, de que estuviera presente cuando hiciese la declaración que caería como una bomba en la familia...

Quizá Grace Farnham fue antaño como era ahora su hija. ¿Acaso todas las mujeres han de convertirse en cosas inútiles, en seres gruñones?

Hubert Farnham alzó la vista después de la última baza.

–Tres picas, juego y partida. Bien jugado, compañera. Bárbara tomó a ruborizarse.

–Bien jugado por parte de usted. Sospecho que mi envite fue excesivo.

–En absoluto. En el peor de los casos quizá hubiésemos perdido una baza. El que nada arriesga, nada gana, Karen. ¿Se ha acostado Joseph?. –añadió.

–Está estudiando. –tiene exámenes.

–Se me ocurrió que podríamos invitarle. Bárbara, Joseph es el mejor jugador de la casa... siempre audaz en el momento adecuado. Además del hecho de que está estudiando para tenedor de libros y que nunca se olvida de una carta jugada. Karen, ¿puedes prepararnos algo sin molestar a Joseph?.

–A la orden, jefe. ¿Vodka y agua tónica para ti?.

–Y algo que masticar.

–Vamos, Bárbara. Hagamos de camareras–.

Hubert Farnham contempló como salían las chicas, mientras pensaba que era una vergüenza que una criatura tan agradable como la señora Wells hubiese tenido un fracaso matrimonial. Una buena jugadora de bridge y también con un buen carácter... quizá algo zanquilarga y con la cara alargada... pero la sonrisa era bonita y tenía inteligencia. Si Duke tuviese sesos...

Pero Duke no los tenía. Hubert se acercó a su esposa que daba cabezadítas junto al televisor y dijo:

–¿Grace? ¿Grace querida, lista para acostarte?. La ayudó a subir hasta su dormitorio.

Cuando volvió, encontró sólo a su hijo. Se sentó y comenzó hablar.

–Duke. Lamento esa diferencia de opiniones en la cena

–¿Sí? Oh, olvídalo.

–Preferiría tener tu respeto a tu tolerancia. Sé que desapruebas lo de mi "agujero del pánico", pero jamás discutimos porqué lo construí.

–¿Qué hay que discutir? Crees que la Unión Soviética atacará. Piensas que ese agujero en el suelo salvará tu vida.

Ambas ideas son insanas, enfermizas, especialmente perjudiciales para mamá. La impulsas a beber. Eso no me gusta. Todavía me gusta menos que me recuerdes que yo... yo un abogado... no debo entrometerme entre marido y mujer

–Duke comenzó a levantarse. Me marcho.

–¡Por favor, hijo! ¿Es qué no das una oportunidad a la defensa?.

–Oh... Está bien está bien –Duke se sentó.

–Respeto tus opiniones. No las comparto, aunque si lo hace mucha gente. Quizá la mayoría, puesto que una infinidad de americanos no han hecho el menor esfuerzo por salvarse. Pero te equivocas en ciertos aspectos. No espero que ataque la U.R.S.S. y dudo que nuestro refugio sea suficiente para salvar nuestras vidas.

–¿Entonces por qué vas con ese auricular en el oído, dando sustos de muerte a mamá?.

–Yo jamás sufrí un accidente de automóvil, pero tengo un seguro contra accidentes. Ese refugio es otra especie de póliza de seguros.

–¡Pero si acabas de decir que no te salvaría la vida!.

–No, dije que dudaba que fuese suficiente. Salvaría nuestras vidas si viviésemos a ciento cincuenta o doscientos kilómetros de distancia. Pero Mountain Springs es un blanco de primera clase... y ningún ciudadano puede construir nada le suficientemente fuerte para que resista un impacto directo.

–¿Y entonces para qué te molestas?.

–Ya te lo dije. Es el mejor seguro que puedo conseguir. Nuestro refugio no aguantará un impacto directo, pero resistirá a una raza dura... y los Rusos no son superhombres y los cohetes tienen también su genio particular. He disminuido hasta el mínimo el riesgo. No pude hacer otra cosa.

Duke dudaba.

–Papá no sabes ser diplomático. Entonces no lo intentes.

–Pues seré franco. ¿Es preciso que arruines la vida de mamá, arrojándola hacia el alcoholismo, Sólo por la débil posibilidad de que un agujero en el suelo te permita prolongar tu existencia unos cuantos años más? ¿Valdrá la pena estar vivo, después, con todo el país desbastado y muertos todos tus amigos?.

–Probablemente, no.

–¿Entonces, por qué?.

–Duke, no estás casado.

–Eso es evidente.

–Hijo, también seré yo franco. Han pasado ya muchos años desde que poseía interés en seguir vivo. Has crecido y vives sólo y tu hermana es una mujer mayor, aun cuando siga en la Universidad. En cuanto a mí... –se encogió de hombros–. La cosa más satisfactoria que me queda es el efímero placer de una partida de bridge. Como comprenderás, ya no queda mucho compañerismo en mí matrimonio.

–Me doy cuenta, de acuerdo. Pero la culpa es tuya. Estás abrumando a mamá provocándole una crisis nerviosa.

–Ojalá fuese tan sencillo. En primer lugar... tu ibas a la facultad de derecho cuando construí el refugio, durante la crisis de Berlín. Tu madre se preocupaba de su arreglo personal y permanecía sobria. De vez en cuando tomaba un Martiní... en lugar de cuatro como esta noche. Duke, Grace quiere ese refugio.

–Bueno, quizás sí. Pero no la tranquilizas yendo a todas partes con el auricular en el oído.

–Quizá no. Pero no me queda más remedio.

–¿Qué quieres decir?

–Grace es mí esposa, hijo. "Para amarla y respetarla", lo que incluye mantenerla con vida si puedo. Ese refugio quizás preserve su vida. Pero solo sí ella está dentro. ¿Cuál puede ser el plazo de aviso hoy? Quince minutos si tenemos suerte. Pero con tres minutos basta para entrarla en el refugio. Claro que si no oigo la alarma, no tendré ni tres minutos. Por eso escucho durante cualquier crisis.

–¿Y si se produce cuando estás dormido?. Su padre sonrió.

–Si las noticias son malas, duermo con el auricular puesto en el oído. Cuando la situación es muy grave... como esta noche... Grace y yo dormimos en el refugio. A las chicas se las apremiará para que hagan lo mismo. Y tu que la has invitado.

–¡Es improbable!.

–No lo creo así.

–Papá, admitiendo que es posible un ataque... meramente admitiéndolo ya que los rusos no están locos... ¿por qué construir el refugio precisamente sobre uno de los blancos? ¿Por qué no elegiste un lugar muy lejos de cualquier blanco, construyendo allí... en la suposición otra vez de que mamá necesite un refugio para tranquilizar sus nervios, lo que quizás sea cierto... y te llevas a mi madre lejos de todo peligro?.

Hubert Farnham suspiré.

–Hijo. No hubiese querido. Esta es su casa.

–¡Oblígala!.

–Duke, ¿has intentado alguna vez obligar a una mujer a que haga algo que no quiere? Además, su debilidad hacía el alcohol... bueno, su creciente alcoholismo... no es una cosa sencilla de curar. He de apechugar con eso lo mejor que pueda. Sin embargo... Duke, ya te dije que no tengo muchos motivos para seguir vivo. Pero si tengo uno.

–¿Cuál?.

–Si esos bastardos embusteros y falsos llegan alguna vez a arrojar sus armas asesinas sobre los Estados Unidos, quiero vivir lo bastante para irme al infierno con elegancia... Llevándome conmigo a ocho rusos!.

Farnham se agitó en su silla.

–Lo digo de veras, Duke. América es lo mejor de toda la historia, según creo, y si esos granujas asesinan nuestra nación, quiero también matar a unos cuantos de ellos. Ocho esbirros. Ni uno menos. Sentí cierto alivio cuando Grace se negó a considerar la posibilidad de trasladarnos de población.

–¿Por qué, papa?.

– ¡Porque no quiero que ese patán de cara cerduna, con modales a juego con su cara, me eche de mi casa! ¡ Soy hombre libre!. Pretendo seguir libre. He hecho cuantos preparativos he podido. Pero no me seduce tener que huir. Yo... Aquí vienen las chicas.

Entró Karen llevando las bebidas, seguida por Bárbara.

–¡Hola! ¡Barb dio un vistazo a nuestra cocina y decidió hacer unas "crepes suzettes". ¿Por qué estáis tan serios? ¿Más malas noticias?.

–No, pero si enciendes el televisor, quizá lleguemos a tiempo de escuchar el resumen del telediario de las diez.

–Barbara, estos pastelillos huelen de maravilla. ¿Quiere un empleo de cocinera?.

–¿Y qué hará con Joseph?

–Conservaremos a Joseph como ama de casa.

–Acepto.

Duke dijo:

–¡Eh! Rehusó usted mi oferta de mi honorable matrimonio y en cambio acepta vivir en el pecado con mi anciano padre. ¿Cómo es posible?.

–Yo no oí nombrar la palabra "pecado".

–¿No lo sabe, Bárbara...? Papá es un famoso criminal sexual.

–¿Es eso cierto, señor Farnham?.

–Bueno...

–Por eso estudié leyes, Bárbara. Nos arruinaba hacer venir de los Angeles a Jerry Giesler cada vez que papa se metía en un lío.

–¡Esos eran los buenos tiempos! –asintió el padre de ella.

–Pero, Bárbara, han transcurrido ya muchos años. Ahora mi debilidad es el bridge.

–En ese caso exigiré un salario mayor...

–¡Silencio, niños! –interrumpió Karen decidida. Aumentó el volumen del sonido.

–x"... acuerden ea principio con tres de los cuatro fuertes del Presidente y he aceptado una nueva reunión para discutir el cuarto punto, la presencia de sus submarinos, nucleares en nuestras aguas Jurisdiccionales. Quizá ahora me pueda afirmar con seguridad que la crisis, la más grave después de la Segunda Guerra Mundial, parece estar demostrando al mundo que

ambos países pueden convivir. Hacemos una, pausa para ofrecerles interesantes noticias de la General Motors seguidas por un análisis profundo...".

Karen volvió a rebajar el sonido. Duke dijo:

–Como te dije, papá. Ya te puedes quitar el auricular del oído.

–Más tarde. Ahora tengo trabajo con las "crepes Suzettes". Bárbara, espero que cada mañana me las sirva para el desayuno.

–Papá, deja de seducirla y corta la baraja. Quiero recuperar lo que he perdido.

–Tendría que prolongarse la velada –terminó el señor Farnham mientras comía, se levantó, dejó a un lado el plato. Sonó el timbre de la puerta–. Yo abriré.

Fue hasta la puerta, regresó al poco. Karen dijo:

–¿Quién era, papá? Corté por ti. Tu y yo formamos pareja. Pareces complacido.

–Estoy encantado. Pero recuerda que con once no se puede comenzar a pujar. Me imagino que algún despistado. ¿Quién ha envítado?

–Mi galán. Seguro que le has asustado.

–Es posible. Un tipo medio calvo, mal vestido y curtido por los elementos.

–Mi galán –confirmó Karen–. Presidente de la compañía Dekes. Ve por él, papaíto.

–Demasiado tarde. Me dirigió una mirada y huyó. ¿Quién ha envitado?.

Bárbara continuó esforzándose en jugar como una máquina. Pero le parecía como sí Duke se excediese en los envites; por consiguiente, se sorprendió así misma pujando con timidez y tuvo que sobreponerse para dominar tal sensación. Se enzarzaron varías veces en una larga e encarnizada partida, que, "ganaron", pero perdiendo en lo tocante a puntos.

Fue casi un placer perder el siguiente juego, con Karen de compañera. Cambiaron y de nuevo se vio emparejado con el señor Farnham. El dueño de la casa la sonrió.

– ¡Ahora si que les daremos una buena paliza!.

–Intentaré mostrarme a la altura de las circunstancias.

–Juegue como antes. Según el libro. Duke se encargará de cometer errores.

–Más dinero y menos palabras, papá. ¿Quieres una apuesta aparte de cien dólares para quien gane la partida?.

–Que sean cien.

Bárbara pensó en sus diecisiete dólares solitarios que tenía en el bolso y se puso nerviosa. Aún aumentó su nerviosismo cuando la primera mano terminó con cinco tréboles, envite y juego... por parte de Duke... y comprendió que se había excedido y que de haber bajado uno ella lo hubiera cubierto.

Duke dijo:

–¿Te importa doblar la apuesta, jefe?.

–De acuerdo. Da.

La segunda mano hizo que subiese la moral de Bárbara. Ofreció el triunfo a cuatro espadas y lo hizo posible mediante descarte; Pudo incluso farolear antes de jugarse los triunfos. La sonrisa de su compañero fue bastante recompensa. Pero se quedó temblorosa.

–Las dos partes son vulnerables, así que no hay ninguna ventaja –dijo Duke–. ¿Cómo tienes la presión sanguínea, papaíto? ¿Doblamos otra vez?.

–¿Es que tienes intención de despedir a tu secretaria?

–Habla, o saca bandera blanca.

–Cuatrocientos. Ya puedes poner en venta tu coche.

Tiró el señor Farnham. Bárbara cogió sus cartas y frunció el ceño. Los puntos no estaban mal... dos reinas, un par de sotas, un as, un rey... pero no era juego apropiado para pujar y el rey carecía de respaldo. Era el juego que ella catalogaba como "lo bastante bueno para seguir". Esperó a que fuese una de esas manos de espera en la que todos pasan.

Su compañero recogió las cartas y las miró.

–Tres sin triunfo.

Bárbara reprimió un gemido, Karen no.

–¿Papá, tienes fiebre?.

–Voy.

Bárbara se dijo a sí misma: "Pinto pinto, colorito... ¿qué hago ahora?.

El envite de su pareja prometió veinticinco puntos... y sugería un "slam". Ella tenía trece puntos. Treinta y ocho en dos manos... "gran slam".

¡Eso es lo que decía el libro! Barbara, muchacha, "tres sin triunfo" son veinticinco, veintiséis o veintisiete puntos... se añaden trece y te indica: "Gran Slam".

¿Pero acaso el señor Farnham jugaba de acuerdo con el libro? ¡O apostaba a la ciega para coger el "rubber" y dejar en suspenso tan notable apuesta?.

Si ella pasaba, entonces juego y "rubber"... y cuatrocientos dólares... eran cosa segura. Pero un "Gran Slam" si lo lograban, era ejem, cosa de quince dólares según las apuestas que Duke y su padre hacían. ¿Arriesgar cuatrocientos dólares de su compañero contra la posibilidad de ganar quince? ¡Ridículo!

¿Podría escabullirse con la Convención Blanckwood? ¡No, no!.. no había habido un envite que respaldaría.

¿Era una de estas jugadas de las que le previno Duke?.

(Pero su compañero le indicó que "jugase según el libro").

–Siete sin triunfo –dijo con firmeza. Duke lanzó un silbido.

–Gracias, Barbara. Vamos contra ti, papá. Doblo.

–Paso.

–Paso –repitió Karen.

Bárbara de nuevo contó sus cartas. Aquel rey solitario parecía terriblemente desnudo. Pero... o bien el equipo de casa tenía treinta y ocho

puntos... o no los tenía.

–Redoblo.

Duke sonrió.

–Gracias, tesoro. Tu juegas, Karen.

El señor Farnham dejó sus cartas y abandonó la mesa bruscamente.

–¡Eh! ¡Vuelve y acepta la derrota! –exclamó su hijo.

El señor Farnham encendió el televisor, se apartó y puso la radio; cambio la sintonía.

– ¡Alerta rojo! – ¡Que alguien avise a Joseph!–. Gritó y salió corriendo de la habitación.

–¡Vuelve! ¡No puedes escurrir el bulto con ese truco!.

–¡Cállate, Duke! –le ordenó su hermana.

La pantalla del televisor se iluminó.

–"...cerramos. Sintonicen de inmediato su estación de emergencia. Buena suerte, adiós... ¡Y que Dios les bendiga!.

Al ennegrecerse la pantalla se oyó la radio:

–"...No es una prueba. No se trata de ningún ejercicio. Ocupen los refugios. El personal de emergencia que se presente a sus puestos. No salgan a la calle. Sino tienen refugio, permanezcan en la sala mejor protegida de su casa. No se trata de un ejercicio. Proyectiles balísticos no identificados han sido ya localizados por radio por nuestras pantallas de aviso y se debe presumir que son bombas. Ocupen los refugios. Que el personal de emergencia se presente en su ..."

–¡Lo dice de verdad! –exclamó Karen con voz impresionada–. ¡Duke, enseña el camino a Barb! ¡Yo despertaré a Joseph! –salió corriendo de la habitación.

–No lo creo –dijo Duke.

–¿Duke, cómo se va al refugio?.

–Se lo enseñaré –se levantó sin la menor prisa, recogió las cartas puso cada mano en un bolsillo distinto–. Las mías y las de mi hermana las llevo en los pantalones, las suyas y las de papá en la americana. Vamos. ¿Necesita su maleta?.

–¡No!.

II

Duke la condujo por la cocina hasta la escalera del sótano. El señor Farnham estaba ya a mitad del descenso, con su esposa en brazos. Parecía dormida. Duke abandonó su actitud.

–¡Espera, papa! Yo la llevaré.

–¡Baja y abre la puerta!.

La puerta era de acero incrustada en la pared del sótano. Se perdieron unos segundos porque Duke no sabia como manipular la cerradura. Por último, el señor Farnham entregó a su esposa al joven y abrió. Más allá, las escaleras seguían descendiendo. Lograron bajar llevando a la señora Farnham cogida por las manos y los pies, como una muñeca inerte, y le llevaron a través de una segunda puerta hasta una habitación. Su suelo quedaba a dos metros por debajo de el sótano y por debajo, pensó Barbara, del jardín posterior. Se quedó atrás mientras entraban a la señora Farnham.

El señor Farnham reapareció.

– ¡Bárbara! ¡Entre! ¿Dónde está Joseph? ¿Dónde está Karen?.

Mientras hablaba los dos bajaron a toda prisa por la escalera del sótano. Karen estaba enrojecida y parecía excitada. Joseph tenía los ojos como desorbitados y llevaba camiseta y pantalones, los pies descalzos.

Se detuvo.

–¡Señor Farnham!. ¿Van a atacarnos?.

–Eso me temo. Entra.

El joven negro se volvió y gritó: "¡Doctor-Livingstone-Supongo!"... –y subió corriendo la escalera.

El señor Farnham exclamó:

–¡Oh, Dios! –y se apretó los puños contra las sienes.

Luego añadió con su voz de siempre–. Entrad, chicas. Karen, cierra la puerta, pero estate atenta a mi regreso. Aguardaré mientras pueda –consultó su reloj–. Cinco minutos.

Las chicas entraron. Barbara susurró:

–¿Qué le pasó a Joseph? ¿Perdió la chaveta?.

–Bueno, algo así. "Doctor-Livingstone-Supongo" es nuestro gato. Adora a Joseph, nos torea a los demás –Karen comenzó a cerrar la puerta interior de pesado acero, y la aseguró con los cerrojos de veinticinco centímetros de espesor.

Se detuvo.

–¡Que me condenen si acabo de cerrar mientras papá esta fuera!.

–Pues no cierres nada.

Karen utilizó la cabeza.

–Pasaremos dos, así me oirá como los descorro. El gato puede estar a dos kilómetros de distancia.

Bárbara miró a su alrededor. Era un cuarto en forma de L; habían entrado por el extremo de uno de los brazos. En la pared de la derecha había dos literas; Grace Farnham ocupaba la inferior y seguía durmiendo. La pared izquierda estaba cubierta de estanterías repletas de diversos artículos; el pasillo era apenas más amplio que la puerta. El techo resultaba bajo y arqueado, con un forro de metal ondulado. Pudo ver los extremos de dos literas más al doblar el recodo. Duke no apareció a la vista, pero no tardó en salir doblando la esquina, y empezó a montar en el espacio que quedaba allí la mesa de cartas. Ella le miró sorprendida mientras sacaba los naipes que había recogido antes... ¿Cuánto tiempo atrás? ¡Parecía una hora! Probablemente eran menos de cinco minutos.

Duke la miró, sonrió y colocó sillas plegables en torno a la mesa.

Se oyó llamar a la puerta. Karen descorrió los cerrojos; Joseph entró dando tumbos, seguido por el señor Farnham. Un señorial gato persa saltó de brazos de Joseph, e inició una inspección. Karen y su padre cerraron del todo la puerta. Farnham miró de reojo a su esposa, luego dijo:

–¡Joseph! Ayúdame a poner la barra.

–¡Sí, señor!.

Se acercó Duke.

–¿Todo asegurado, Patrón?.

–Todo menos la puerta corrediza. Hay que barraría.

–Entonces ven a terminar tu derrota –Duke señaló hacia la mesa de juego.

Su padre se le quedó mirando.

–¿Duke, en serio propones acabar una partida de naipes cuando nos está atacando?.

–Y tan en serio... con cuatrocientos dólares de seriedad. Y me apuesto otros cien a que no atacan. Dentro de media hora anularán la alarma y mañana los periódicos dirán que una aurora boreal perturbó el radar. ¿Juegas la partida o te declaras derrotado?.

–Hmm... mi pareja la jugará, tengo trabajo.

–¿Respaldarás su manera de jugar?.

–Pues claro.

Bárbara se halló sentada a la mesa con una sensación de encontrarse en sueños. Tomó el juego de su compañero, lo estudió.

–Tu sales, Karen.

–¡Oh, infiernos! –exclamó Karen y jugó el tres de tréboles. Duke captó la intención, la secundó.

–¿Cómo quieres hacerlo? –preguntó.

–No importa. Jugaré ambas manos boca arriba.

–Será mejor que no.

–Es juego sólido –descubrió las cartas.

Duke las estudió.

–Comprendo –admitió–. Deja las manos así; papá querrá verlo –hice unos cuantos cálculos. Calculo unos dos mil cuatrocientos puntos ¡Papa!.

–¿Sí hijo?.

–Te extiendo un cheque por cuatrocientos noventa y dos dólares.. y que me sirva de lección.

–No necesitarás...

Se apagaron todas las luces, el suelo parecía chocar violentamente contra sus pies. Bárbara notó una terrible presión en el pecho, trató de levantarse y se vio derribada. Todo a su alrededor era como el ruido de una gigantesca caravana de trenes subterráneo y el suelo subía y bajaba como un navío cruzando el mar.

–¡Papá!.

–¡Sí, Duke! ¿Estáis heridos?.

–No lo sé. ¡Pero eso hacen quinientos noventa y dos dólares!.

El estrépito subterráneo siguió creciendo. A través de aquel clamor Bárbara oyó la risita del señor Farnham.

–¡Olvídalo! –gritó–. El dólar acaba de ser devaluado.

La señora Farnham empezó a gritar.

–¡Hubber! ¡Hubber! ¿Dónde estas? Hubber! !Detén esto!.

– ¡Ya voy, querida! –una columnita de luz cortó la negrura, avanzó hacia las literas de cerca la puerta. Bárbara alzó la cabeza y descubrió que era su anfitrión, marchando a cuatro patas y llevando la linterna entre los dientes llegó a la litera y logró tranquilizar a Grace; sus gritos cesaron.

–¿Karen?.

–Sí, papaito.

–¿Te encuentras bien?.

–Si, algo magullada. Mi silla volcó.

–Esta bien. Conecta la iluminación de urgencia en este compartimento. No te levantes. Arrástrate. Yo te haré luz desde aquí. Luego trae el equipo hipodérmico y... ¡Ay! ¡Joseph!.

–Sí, señor.

–¿Estas entero?.

–Perfectamente, jefe.

–Convence a tu peludo Falstaff para que te haga compañía. Me saltó encima.

–Es que es muy cariñoso, señor Farnham.

–Sí, sí. Pero no quiero que me salte encima mientras doy una inyección. Llámale.

–Seguro. Ven, Doc... ¡Doc, Doc Doc! ¡Toma, Doc!."

Minutos más tarde el clamor se había apagado, el suelo volvía a estar firme, la señora Farnham perdía el conocimiento gracias a la droga inyectada, unas luces diminutas lucían en el primer compartimento y el señor Farnham efectuaba una inspección.

Los daños eran ligeros. Pese a las barandillas, las latas habían caído de las estanterías; una botella de Ron se había roto. Pero precisamente el licor era casi la única cosa guardada en recipiente de cristal y aún así estaba dentro de cajas, por lo que el resto logró resistir. La peor de las bajas fue la radio a baterías de una de las estanterías, que se cayó al soltarse de la pared y se hizo pedazos.

El señor Farnham estaba de rodillas, recogiendo los trozos. Su hijo le miró.

–No te preocupes, Papa. Bárrelo y échalo a un lado.

–Se pueden utilizar algunas partes.

–¿Qué es lo que sabes de radio?.

–Nada –admitió su padre–. Pero tengo libros.

–Un libro no arreglará el estropicio. Debiste haber guardado una radio de recambio.

–La tengo.

–¡Entonces, por Dios, sácala! ¡Quiero saber lo que ha pasado!

Su padre se levantó despacio y miró a Duke.

–A mí también me gustaría saberlo. No oigo nada por la radio del oído. No me sorprende, es de corto alcance. Pero el aparato de recambio está embalado en espuma y probablemente no ha quedado averiado.

–Entonces sácalo.

–Más tarde.

–Más tarde, infiernos. ¿Dónde está?.

El señor Farnham respiró con dificultades.

–Ya no estoy dispuesto a aguantar más.

–¿Eh? ¡Lo siento!. Dime tan sólo dónde esta el aparato de recambio.

–No lo haré. Podríamos perderlo también. Esperaré hasta que esté seguro de que pasó el ataque.

Su hijo se encogió de hombros.

–Bueno, si quieres ponerte difícil... Pero todos deseamos oír las noticias. Por si te interesa mi opinión, se trata de una mala faena.

–Nadie te pidió opiniones. Ya he dicho que no aguanto más. Si tienes interés por saber lo que pasa afuera, puedes marcharte. Descorred los cerrojos de la puerta, quitaré la barra de la otra blindada y tú mismo podrás abrir la puerta superior.

–¿Eh? No digas tonterías.

–Pero cerraré detrás de ti. No quiero tenerla abierta... ni para la onda expansiva ni para que entre la radioactividad.

–Eso es otra cosa. ¿No tienes ningún medio de medir la radioactividad? Deberíamos dar pasos para...

–¡Cállate!.

–¿Qué? Papá, no te hagas el mandón conmigo!.

–Duke, te dije que callases y escucharas. ¿Quieres hacerlo?.

–Bueno... de acuerdo. Pero no me gusta que se me grite delante de los demás.

–Entonces mantén la voz bajita y todo irá mejor –se encontraban en el primer compartimento, cerca de la puerta. La señora Farnham estaba roncando junto a ellos; los otros se habían retirado a la otra parte del recodo, no queriendo presenciar la escena–. ¿Dispuesto a escuchar?.

–Muy bien, señor –respondió Duke con rigidez.

–Bueno. Hijo, no bromeaba. Te marchas... u obedeces exactamente lo que yo te mande. Eso incluye el que mantengas la boca cerrada cuando te lo ordene. ¿Qué prefieres? ¿Absoluta obediencia, rápida y de buena gana? ¿O marcharte?.

–¿No te estás pasando de la raya?.

–Sé lo que me hago. Este refugio es un salvavidas y yo soy el capitán. Por la seguridad de todos mantendré la disciplina: Aún cuando eso signifique arrojar a alguien por la borda.

–Eso es un símil cogido por los pelos. Papá, es una lástima que sirvieras en la Armada. Eso ha hecho nacer en ti Ideas románticas.

–Creo que es una vergüenza, Duke, que tú, jamás hayas hecho el servicio militar. No eres nada realista. Bueno, ¿qué prefieres? ¿Aceptarás órdenes o te vas?.

–Sabes bien que no voy a marcharme. Y no lo dices en serio. Salir fuera significa la muerte.

–¿Entonces aceptarás órdenes?.

–Ejem, cooperaré. Pero esto es una dictadura absoluta... papá, esta noche destacaste el hecho de que eres un hombre libre. Bueno, yo también. Cooperaré, pero no aceptaré órdenes irrazonables. En cuanto a mantener la boca cerrada, trataré de ser diplomático. Pero cuando lo crea necesario, expresaré mi opinión. Libertad de palabra. ¿Te parece bien?.

Su padre suspiró.

–Eso no basta, Duke. Apártate, Quiero abrir la puerta.

–No lleves la broma demasiado lejos, papá.

–No bromeo. Te voy a echar.

–Papá... me sabe mal decirlo... pero no creo que seas lo bastante hombre. Soy más corpulento que tú y mucho más joven.

–Lo sé. No tengo intención de luchar contigo.

–Entonces dejamos de decir tonterías.

–¡Duke, por favor! Yo construí este refugio. Apenas hace dos horas te burlabas de él, diciéndome que era una asquerosidad. Ahora quieres emplearlo, puesto que resultó que te equivocabas. ¿No eres capaz de admitirlo?.

–Oh, seguro. Te apuntaste un triunfo.

–Sin embargo, tratas de decirme como gobernarlo. Me has dicho que debí prevenir una radio de recambio. ¿Cuándo has previsto tú algo? ¿No puedes ser hombre, ceder y hacer lo que yo te diga cuando tu vida depende de mi hospitalidad?.

–¡Cáscaras! ¡Ya te dije que cooperaría!

–Pero no lo has hecho. Has continuado haciendo tontas observaciones, interponiéndote en mi camino, reprendiéndome, haciéndome perder el tiempo cuando tengo otras cosas urgentes que hacer. Duke, no quiero tu cooperación, según tus condiciones, de acuerdo con tu criterio. Mientras estemos en este refugio, necesito tu obediencia absoluta.

Duke sacudió la cabeza.

–Métete en la mollera que no soy un niño, papá. Mi cooperación, sí. Pero no te prometo nada más.

Ahora le tocó al señor Farnham el turno de mover la cabeza apenado.

–Quizás seria mejor si tomaras tu el mando y yo te obedeciese. Pero yo

he pensado en estas circunstancias y tú no. Hijo, pensé que tu madre podría ponerse histérica; lo tenía todo previsto para resolverlo. ¿No te imaginas que también pensé en esta situación?.

–¿Y cómo? Estoy aquí por pura casualidad.

–"Esta situación", dije. Podría ser cualquier otra persona. Duke, si esta noche teníamos invitados... o si hubiesen aparecido desconocidos, como aquel tipo que llamó a la puerta... les hubiese hecho entrar también; planeé posibilidades extra. ¿No crees que, con todos los planes que he realizado, prevería el que alguien tratase de desmandarse y elaboraría un plan para meterlo en cintura?.

–¿Cómo?.

–En una lancha salvavidas, ¿cómo distingues al oficial de la nave?.

–¿Es un acertijo?.

–No. El oficial de la nave es el que lleva las armas.

–Oh, supongo que tienes también armas aquí. Pero ahora no llevas ninguna y... –Duke sonrió–. Papá, no te imagino disparándome. ¿Podrías?.

Su padre le miró con fijeza, luego bajó la vista.

–No. a un desconocido, quizá, pero eres mi hijo –Suspiró–. Bueno, esperaba que cooperarías.

–Lo haré. Te lo he prometido.

–Gracias. Si me perdonas, tengo trabajo que hacer –el señor Farnham dio media vuelta–. ¡Joseph!.

–¿Sí, señor?.

–Estipulación número siete.

–¿Estipulación número siete, señor?.

–Y espera la peor. Cuidado con los instrumentos y no pierdas tiempo.

–¡Enseguida, señor!.

–Gracias –se volvió a su hijo–. Duke, si en realidad quieres cooperar, deberás de recoger los pedazos de esta radio. Es del mismo modelo de la que guardo en reserva. Deben haber piezas que podríamos utilizar para reparar la otra si es necesario. ¿Lo harás?.

–Seguro, seguro. Ya te dije que cooperaría –Duke se puso de rodillas, empezó a completar la tarea que había interrumpido.

–Gracias –Su padre avanzó hacia la esquina de los dos compartimentos.

–¡Señor Duke! ¡Arriba las manos!.

Duke miró por encima de su hombro, vio a Joseph junto a la mesa de juego, apuntándole con una metralleta "Thompson". Se puso en pie de un salto.

–¿Qué diablos...?.

–¡Estese ahí! –Dijo Joseph–. O dispararé... añadió.

–Si –asintió el padre de Duke–, y Joseph no tiene los escrúpulos con respecto a ti que yo poseo, Duke. Joseph, si se mueve, dispárale!.

–¡Papaíto! ¿Qué ocurre?.

El señor Farnham se volvió hacia su hija.

–¡Atrás!.

–Pero, papa...

–Cállate. ¡Las dos métanse en la litera inferior! Karen en la parte de dentro. ¡En marcha!.

Karen obedeció. Bárbara miró con ojos desorbitados la automática que ahora empuñaba su anfitrión y rápidamente entró en la litera inferior del otro compartimento.

–Abrazaos una a otra –dijo Farnham con brusquedad–. Que ninguna de las dos deje que su compañero se mueve–volvió al primer compartimento.

–Duke –dijo.

–¿Sí?.

–Baja las manos despacio y vuélvete del revés los bolsillos del pantalón. Que todo caiga al suelo, pero no lo recojas. Luego das media vuelta poco a poco y te pones cara a la puerta. Descorre los cerrojos.

–Papá...

–¡Cállate! Joseph, si no hace absolutamente lo que le ordeno, dispara. Apunta a las piernas, pero dale.

Pálido el rostro y con expresión confusa, Duke obedeció; sacó los forros de los bolsillos dejando que cayesen los pocos objetos que tenía, se volvió y se quedó mirando a la puerta. Luego empezó a descorrer los cerrojos. Su padre le permitió continuar hasta que todos estuvieron descorridos.

–Duke. Alto. Los siguientes segundos determinarán si te vas... o sí té quedas. Ya conoces las condiciones.

Duke apenas dudó.

–Acepto.

–Debo precisar más detalles. No sólo me obedecerás a mí, sino también a Joseph.

–¿Joseph?.

–Mi lugarteniente. Necesito uno, Duke; no puedo estar despierto siempre. Me hubiera gustado nombrarte comisario... pero nunca quisiste participar en este asunto. Por eso adiestré a Joseph. Sabe a donde está todo, como funciona, como repararlo. Es mi lugarteniente. ¿Bien? ¿Le obedecerás a él de tan buena gana? ¿No murmurarás a sus espaldas?.

Duke contestó despacio.

–Te lo prometo.

–Bueno. Pero una promesa hecha bajo coacción no obliga. Hay otra forma de atarte que un abogado como lo eres te comprenderá, puesto que peligra pase lo que pase. Quiero que me des palabra de honor como prisionero. ¿Me das tu palabra de no provocar ninguna dificultad, de aceptar las condiciones hasta que abandonemos el refugio? Un intercambio sencillo: Tu palabra y en compensación no serás expulsado a la fuerza.

–Te doy mí palabra.

–Gracias. Corre los cerrojos y puedes ponerte bien los bolsillos del pantalón. Joseph, guarda la metralleta.

–Esta bien, jefe.

Duk6 aseguró la puerta, se arregló los pantalones. Al darse la vuelta, su padre le ofreció la automática, cogiéndola por el cañón.

–¿Para qué es eso? –preguntó Duke.

–Para lo que te parezca. Si tu palabra no sirve, preferiría averiguarlo ahora mismo.

Duke tomó la pistola, quitó el cargador, corrió el cerrojo y sacó el cartucho de la cámara, volviéndolo a meter en el cargador y recargó el arma... luego la devolvió.

–Mi palabra es buena. Toma.

–Guárdala. Siempre fuiste un niño tozudo, Duke, pero jamás embustero.

–Esta bien... jefe –su hijo se metió la pistola en el bolsillo–. Hace calor aquí –añadió.

–Y lo hará más.

–¿Eh? ¿Cuánta radiación crees que estamos recibiendo?

–No me refería a la radiación. Tormenta de fuego –se acercó al espacio en donde los dos compartimentos se unían, miró al termómetro, y luego consultó su reloj de pulsera–. Veintinueve grados centígrados y apenas hace veintitrés minutos de la explosión. Aún empeorará la cosa.

–¿Cómo cuánto?

–¿Y cómo voy a saberlo, Duke? Ignoro a qué distancia se produjo el impacto, de cuántos megatones era la bomba y en qué extensión se ha propagado el fuego. Ni siquiera sé si la casa está ardiendo por encima de nuestras cabezas, o si voló en un millón de fragmentos. La temperatura normal aquí es de unos diez grados centígrados. La cosa no tiene muy buen aspecto, pero nada puede hacerse. Así, hay un detalle. Quitarnos la mayor cantidad de ropa posible. Lo haré.

Entró en el otro compartimento. Las chicas seguían abrazadas en la litera inferior, quietas, calladas. Joseph se encontraba en el suelo, de espaldas a la pared, con el gato en su regazo. Karen miró a su padre con ojos muy abierto, pero nada dijo.

–Muchachas, podéis levantaros.

–Gracias –murmuró Karen–. Hace mucho calor para abrazarse.

Bárbara salió y Karen pudo sentarse.

–Es verdad. ¿Oíste lo que pasó?

–Una especie de discusión –insinuó Karen cautelosa.

–Sí. Y será la última. Yo soy el jefe y Joseph mí comisario o lugarteniente. ¿Comprendido?

–Sí, papaíto.

–¿Señora Walls?

–¿Es a mí? ¡Oh, conforme! El refugio es suyo. Le agradezco su amabilidad al dejarme estar en él... ¡estoy agradecida por seguir viviendo! Y, por favor, señor Farnham, llámeme Bárbara.

–Lo siento. Hummm... Llámeme Hugh... lo prefiero a Hubert. Duke, todo el mundo, de ahora en adelante, nos dirigiremos uno a otro por el nombre de pila y se establecen el tuteo. No me llamáis "papá", sino Hugh. Joe, apea el "Señor" y el "señorita". ¿Entendido?

–Está bien, jefe. Si usted lo dice.

–Nada de "jefe", ni de "usted". Sólo Hugh. Ahora, vosotras, muchachas, quitaos toda la ropa que no sea necesaria, sin remilgos. Luego, haced lo mismo con Grace y apagad las luces aquí dentro. Hace calor y la temperatura subirá mucho más. Joe, quédate únicamente con tus pantalones cortos –el propio Farnham se quitó la americana y comenzó a desabrocharse la camisa.

–Jem, me siento incómodo sí...

–No te lo sugería, sino que te lo ordené.

–Oh... ¡Jefe, no me gusta llevar sólo pantalones cortos! ¡Pero es que, además, no puedo hacerlo! ¡No puedo!

–Es verdad –intervino Karen–. Le saqué de la cama con tanta precipitación que... ni siquiera pudo vestirse.

–¿De veras? –Hugh miró a su ex criado y soltó una risita–. Joe, eres un tiquismiquis. Haré que Karen te corte los camales de tu pijama.

–De acuerdo.

–Saca unos pantalones de pijama de los que tenemos almacenados. Karen les dará un corte y te los pones en el espacio destinado a cuarto de aseo. Mientras lo haces, enséñale a Duke dónde está ese aseo. Karen, haz lo mismo con Bárbara. Luego celebraremos una conferencia.

La conferencia se inició cinco minutos más tarde. Hugh Farnham ocupaba la cabecera de la mesa, mezclando las cartas de la baraja. Cuando todos se hubieron sentado, preguntó:

–¿Un bridge?

–Papá, estás de broma.

–Me llamo Hugh... y no bromeo, puesto que una partida de bridge podría tranquilizar los nervios. Apaga ese cigarrillo, Duke.

–Oh... lo siento.

–Mañana podrás fumar, creo. Esta noche se me ha ido la mano en la abertura de la botella de oxígeno puro y casi es lo que estamos respirando. ¿Viste las botellas en el cuarto de aseo? –El espacio entre los compartimentos se veía ocupado por botellas de hierro, un depósito de agua, un inodoro de campaña, estanterías con productos almacenados y una zona pequeña en donde una persona podía bañarse... de pie. Tomas de aire y escapes, con sus válvulas protectoras, se encontraban también allí, más un extractor accionado manualmente y reductores para eliminar el vapor de agua y el dióxido de carbono. A este espacio se llegaba por una arcada sita entre los dos juegos de literas.

–¿Son botellas de oxigeno? Creí que sería aire.

–No se podía desperdiciar espacio. Por eso hay que evitar cualquier llama, incluso la de un cigarrillo. Abrí una entrada para inspeccionar el estado exterior... Muy caliente... calor y "calor" de radiaciones, según el

contador Geiger. Muchachos, ignoro cuánto tiempo tendremos que respirar gas embotellado. Tenía calculadas treinta y seis horas para cuatro personas, así que nominalmente nos quedan veinticuatro horas para seis, pero ése no es el problema. Estoy sudado... lo mismo que vosotros. Podemos soportar hasta casi cincuenta grados centígrados de calor. Por encima de esa cifra, necesitaremos oxigeno para refrigerar el local. Eso podría acabar en un delicado equilibrio entre calor y sofocación. O en algo peor.

–Papaíto... quería decir, Hugh. ¿Insinúas que nos vamos a cocer vivos?

–Tú no, Karen... No te lo permitiría.

–Bueno... seria preferible una bala.

–Tampoco la recibirías. Hay suficientes comprimidos narcóticos para que veinte personas mueran sin dolor. Pero aquí no moriremos. Hemos tenido enorme suerte; con un poco más lograremos sobrevivir. Así que no nos pongamos mórbidos.

–¿Y qué hay de la radiactividad? –preguntó Duke.

–¿Sabes leer un contador integrativo?

–No.

–Pues te doy mi palabra de que todavía no corremos peligro por esa parte. Ahora, en cuanto a dormir... Este lado, donde se encuentra Grace, está el dormitorio de las chicas... otro será el nuestro. Hay únicamente cuatro literas, pero esta bien; una persona tiene que vigilar el aire y el calor, y que se quede sin cama le hará compañía y le ayudará a mantenerse despierta. Sin embargo, esta noche me ocupo yo la guardia y no necesitaré compañía; he tomado dexedrina.

–Yo estaré de guardia.

–Yo me quedaré contigo.

–No tengo nada de sueño.

30 31

–¡Parad! –¡Exclamó Hugh!–. Joe, no puedes quedarte ahora de guardia porque tendrás que relevarme cuando yo no pueda más. Tú y yo nos alternaremos hasta que la situación no ofrezca peligro.

Joe se encogió de hombros y guardó silencio.

–Entonces –dijo Duke–, a mí me corresponde el privilegio...

–¿Es que ninguno sabe sumar? Dos literas para las mujeres, otras dos para los hombres. ¿Qué pasa?... Plegaremos esta mesita y la chica que quede libre se tumbará aquí en el suelo. Joe, saca mantas y pon aquí un par, colocando luego otro par en el espacio del depósito, para mí.

–¡En seguida, Hugh!

Ambas chicas insistieron en hacer la guardia. Hugh las hizo callar.

–Basta...

–Pero...

–Sorteemos, Bárbara. La que reciba la carta más baja dormirá en la

litera, la otra aquí en el suelo. Quieres un comprimido para dormir, Duke?

–No acostumbro a tomarlos.

–Deja de hacerte el hombre fuerte.

–Bueno... ¿hay algo flojo?

–Seguro. ¿Joe? ¿Seconal?

–Bueno, me alivia tanto no tener que sufrir mañana aquel examen...

–Me alegro de que haya alguien feliz. De acuerdo.

–Iba a añadir que me siento bastante cansado. ¿De verdad que no me vas a necesitar?

–Seguro que no. Karen, trae una pastilla para Joe. ¿Sabes dónde están?

–Sí... y yo también me tomaré otra. El sorteo me ha favorecido, pero como "no soy un hombre fuerte"... ¡Además, teniendo ya en el cuerpo una Miltown, no podía descansar!

–Hazlo. Lo siento, Bárbara, pero tú no puedes tomar ningún somnífero; quizá podría tener necesidad de despertarte, además, eres tú la que debe procurar mantenerme despierto a mí. Sin embargo, tómate una Miltown. Así no te entrará mucho sueño.

–No me hace falta.

–Como quieras. A la cama todo el mundo. Es medianoche y un par de vosotros ha de entrar de guardia dentro de ocho horas.

A los pocos minutos todos se habían acostado, con Bárbara ocupando el espacio en donde estuvo montada la mesita; las luces estaban apagadas, excepto la del espacio del depósito. Hugh se sentó en cuclillas sobre las mantas y comenzó a hacer solitarios... sin suerte alguna.

De nuevo el suelo retembló, de nuevo se percibió el terrible fragor. Karen gritó.

Hugh se puso en pie de un salto. Esta explosión no parecía tan violenta como la primera; podía permanecer en pie sin dificultades. Se trasladó presuroso al dormitorio de las chicas.

–¡Nena! ¿Dónde estás?

Tanteó hasta llegar al interruptor.

–Aquí, papaíto. ¡Oh, tengo mucho miedo! Me estaba durmiendo cuando eso por poco me arroja al suelo. Ayúdame a bajar.

Hugh la ayudó; ella se le colgó al cuello, sollozando.

–Vamos, vamos –la dijo, acariciándola–. Has sido una chica muy valiente; no lo estropees todo ahora.

–No fui valiente. Desde el principio siento un miedo mortal. Lo que pasa es que no quise demostrarlo.

–Bueno... yo también tengo miedo. Así que no lo demostraremos ninguno de los dos, ¿eh? Será mejor que te tomes otro comprimido. Y un buen trago de licor.

–Conforme. Las dos cosas. Pero no quiero dormir en la litera. Hace demasiado calor y vibra demasiado cuando el suelo tiembla.

–De acuerdo, te bajaré el colchón. ¿Dónde está la chaqueta de tu

pijama... y los pantalones? Será mejor que te tap...

–Todo en la litera. Pero no ando ahora con miramientos, necesito estar cerca de las demás personas. Bueno, supongo que, por lo menos, me tendré que poner los pantalones cortos del pijama. Joseph se llevará un susto si no lo hago, ¿verdad?

–Sí, claro. Ponte los pantaloncitos... los encontré... Lo que no puedo hallar es la chaqueta...

–Ha debido caer por el rincón de la pared.

Hugh bajó el colchón.

–No la veo.

–Que se vaya al infierno. Si Joe tiene remilgos, que mire hacia otro lado. Necesito esa copa... ahora...

–De acuerdo. Joe es un caballero.

Duke y Bárbara se encontraban sentados en la manta que sirvió de lecho a la joven antes de la última explosión; su aspecto era muy solemne.

–¿Dónde está Joe? –preguntó Hugh–. No resultaría herido, ¿verdad?

Duke emitió una risita.

–¿Quieres ver a una imagen viva de la "Bella Durmiente"? Mira en la litera del fondo.

Hugh halló a su lugarteniente acostado boca arriba, roncando, tan profundamente dormido como Grace Farnham. "Doctor-Livingstone-Supongo" estaba acurrucado sobre su pecho. Hugh volvió con los demás.

–Bueno, esa explosión fue bastante lejana. Me alegro de que Joe pueda dormir.

– ¡Para mi gusto, la explosión resultó condenadamente próxima! ¿Cuándo se les acabarán esos chismes?

–Espero que pronto. Amigos, Karen y yo acabamos de crear el "Club de los asustados" y nos disponemos a celebrarlo con unas copas. ¿Alguien más quiere solicitar su ingreso?

–¡Yo tengo derecho a ser socio fundador!

–¡Y yo! –protestó Bárbara– ¡Dios, sí!

Hugh trajo vasos de papel y botellas... whisky, Seconal y Miltown.

–¿Alguien quiere agua?

–No me gusta estropear el licor aguándolo –opinó Duke.

–Agua, por favor –pidió Bárbara–. Hace tanto calor...

–Papaíto, ¿qué temperatura hay?

–Duke, puse el termómetro en el cuarto del depósito. Ve a mirarlo, ¿quieres?

–Claro. ¿Puedo tomar ese tranquilizador de antes?

–Naturalmente. –Hugh dio a Karen una nueva cápsula de Seconal y otro comprimido Miltown, diciendo a Bárbara que tomase sólo una Miltown, cosa que él hizo igualmente, considerar que la dexedrina podría alterarle los nervios. Duke regresó.

–Cuarenta grados –anunció–. Di a la válvula un cuarto abertura más. ¿Hice bien?

–Debiste abrirla aún más. Toma tus comprimidos, Duke... dosis doble de Seconal y una Miltown.

–Gracias –Duke tomó los fármacos y se los tragó, ayudado por el whisky–. Yo también dormiré en el suelo. Es sitio más fresco de la casa.

–No eres tonto. Bien, aposentémonos. Demos tiempo a las para que hagan efecto.

Hugh permaneció sentado junto a Karen hasta que ésta se hubo acostado. En cuanto la joven se quedó dormida, le soltó las manos y se levantó, regresando al cuarto del depósito. La temperatura había subido casi grado y medio. Abrió la válvula del tanque un poco más, escuchó el susurro que emitía al vaciarse, sacudió la cabeza, tomó una llave fija y cambió la válvula a otro depósito aún lleno. Antes de abrir el paso, aplicó una manguera que llevó hasta la sala principal. Luego se reintegró a su puesto, intentando proseguir con sus solitarios.

Escasos minutos después Bárbara apareció en el umbral.

–No tengo sueño –dijo–. ¿Quieres que te haga compañía?

–¿Has llorado?

–¿Se me nota? Lo siento.

–Vamos, siéntate. ¿Jugamos a las cartas?

–Si así lo quieres... Lo único que deseo es estar acompañada.

–Entonces, hablaremos. ¿Te apetece otra copa?

– ¡Claro que sí! ¿No será un despilfarro excesivo de licor?

–Lo almacené en abundancia. Bárbara, ¿se te ocurre citar alguna noche que merezca una copa más que esta que tenemos que soportar? Pero tú y yo tenemos la misión de evitar que cualquiera de los dos se duerma.

–De acuerdo. Te mantendré en vela.

Compartieron un vaso... whisky escocés y agua del depósito. Se transformó en sudor con mayor rapidez que la empleada en beber el licor. Hugh volvió a aumentar el flujo del gas y notó que el techo aparecía desagradablemente caliente.

–Bárbara ,la casa ha debido arder por encima nuestro. Tenemos una protección de unos ocho metros de cemento y de casi un metro de tierra.

–¿Qué calor calculas que hará ahí arriba?

–No tengo ni idea. Debimos quedar muy próximos a la bola de fuego –palpó el techo otra vez–. Hice diversas pruebas con todo esto... techo, paredes y suelo son de una pieza, constituyendo una especie de caja de acero reforzado. Veo ahora que no exageré las precauciones. Quizá tengamos dificultades en abrir las puertas. Este calor... además de la onda expansiva...

Bárbara preguntó tranquila:

–¿Crees que nos hemos quedado encerrados?

–No, no. Debajo de esas botellas hay una escotilla que da acceso a un túnel. Una tubería de piedra artificial de un diámetro de un metro y una

longitud de ocho, forrada de cemento. Conduce a una torrentera del jardín posterior. Podríamos romper la escotilla... con palancas y un gato hidráulico... aun cuando el extremo estuviera aplastado y cerrado por un cráter vitrificado. Eso no me preocupa; me inquieta más el tiempo que deberemos permanecer aquí den..... y si cuando salgamos aún habrá peligro...

–¿Es muy fuerte la radiactividad?

Hugh dudó antes de contestar.

–Bárbara, ¿entiendes de radiactividad? ¿Significará algo para ti el que te dé un número o un porcentaje?

–Pues sí, bastante. Estoy doctorándome... bueno, lo estaba... en botánica; empleé isótopos en experimentos de genética. Puedo soportar una mala noticia,... Pero no saber nada... bien, por eso lloré.

–Humm... La situación es más grave de lo que le confesé a Duke –señaló por encima del hombro con su pulgar–. Hay un contador integral detrás de las botellas. Échale un vistazo.

Bárbara se fue, permaneció ausente varios minutos. Regresó y se sentó sin hablar.

–¿Y bien? –preguntó Hugh.

–¿Puedo beber un poco más?

–Claro –la sirvió.

Sorbió el licor. Luego dijo, tranquila:

–Si no disminuye el ritmo de incremento, alcanzaremos la raya roja mañana por la mañana –frunció el ceño–. Pero eso indica un limite conservador. Si no me traicionan mis recuerdos, probablemente no comenzaremos a vomitar hasta pasado otro día, por lo menos.

Sí. Y la curva deberla estabilizarse pronto. Por eso el calor me preocupa más que la radiación. –Consultó el termómetro, abrió la válvula todavía más. He hecho funcionar el extractor de agua y eliminado de calor con la batería; no creo que debiéramos poner en marcha el ventilador con todo este calor. No me ocupará del C02 hasta que empecemos a jadear.

–Parece lógico.

–Entonces olvidémonos de los riesgos. ¿Prefieres hablar algo? ¿De ti misma?

–Tengo poco que contar, Hugh. Hembra, raza blanca, veinticinco años. Volví a la universidad tras un fracaso matrimonial. Tengo un hermano en la Aviación... posiblemente se encontrará bien. Mis padres estaban en Acapulco, así que quizá tampoco les habrá pasado nada. Carezco de animalítos domésticos, gracias a Dios... y me alegró mucho que Joe salvara a su gato. No me arrepiento de nada, Hugh, y tampoco tengo miedo... en realidad, no. Sólo siento... tristeza –suspiró–. Fue un mundo bastante hermoso, aún cuando se destruyera mi matrimonio.

–No llores.

–¡No lloro! Esas gotas son de sudor.

–Sí, claro.

–Lo son. Hace un calor terrible –de pronto, se llevó las –manos a la

espalda–. ¿Te importa si me quito la blusa, como hizo Karen? Me estoy abrasando viva.

–Adelante. Criatura, si puedes ponerte cómoda... o menos incómoda... hazlo. Conozco a Karen desde que nació... y a Grace aún más años, como es natural. Ver piel femenina no me impresiona –se levantó, pasó detrás de las botellas de oxígeno y miró el marcador de radiaciones. Luego inspeccionó el termómetro y aumentó el fluir del oxigeno.

Al sentarse observó:

–Si hubiera almacenado aire en vez de oxigeno, podríamos fumar. Pero no esperaba emplearlo como refrigerante –ignoró el hecho de que Bárbara había aceptado su invitación poniéndose cómoda. Añadió–: Me preocupaba la calefacción de este refugio. Traté de diseñar una cocina-estufa que utilizara sin peligro aire contaminado. Es una cosa positiva, aunque difícil.

–Creo que lo has hecho todo magníficamente bien. Este es el único refugio, que yo sepa, que posee aire almacenado. Eres un científico. ¿Verdad que sí?

–¿Yo? Cielos, no. Fui tan sólo un poco a la universidad. Lo que sé, que es bien escaso caudal de conocimientos, lo aprendí aquí y allá. Algo en la Marina, trabajos en metal y cursos por correspondencia. Luego trabajé en obras públicas y aprendí algo sobre construcción y conducciones por tuberías. Después me hice contratista –sonrío–. No, Bárbara, soy un "especialista en general". La insaciable curiosidad infantil, la curiosidad de "Doctor-Livingstone-Supongo".

–¿Cómo le pusieron al gato ese nombre?

–Fue Karen. Lo hizo porque el minino es un gran explorador. Ese gato se mete por todas partes. ¿Te gustan los gatos?

–No sé mucho acerca de ellos. Pero el "Doctor-Livingstone" es precioso.

–Cierto, aunque a mí me gustan todos los gatos. Uno no es dueño de su gato, sino que el animal es como un ciudadano libre. Fíjate en los perros; son animales sociables, divertidos y leales. Pero esclavos. La culpa no es suya, han nacido para eso. Pero la esclavitud me repugna, incluso en los animales.

Frunció el ceño.

–Bárbara, no me entristece tanto lo que ha pasado como a ti. Quizá sea bueno para nosotros. No me refiero a los seis que ocupamos el refugio; sino a nuestra nación.

La joven pareció asombrada.

–¿Cómo?

–Bueno... Resulta difícil colocarse en un punto de vista alejado que te permita mirar las cosas con cierta perspectiva sí se está escondido en un refugio y no se sabe cuándo podrá salirse al exterior. Pero... Bárbara, llevo años preocupándome de nuestro país. Me parece que hemos estado engendrando esclavos... y creyendo en la libertad. Puede que esta guerra va para cambiar la corriente. Quizá sea la primera guerra la historia que mata a los estúpidos mejor que a los brillantes y capaces... una guerra que hace tal distinción.

–¿Por qué piensas eso, Hugh?

–Bueno... las guerras han sido siempre más duras para gente joven. En esta ocasión los muchachos que se encuentren el servicio están tan a salvo o más que los paisanos. Y de entre los paisanos, aquellos que tuvieron cabeza e hicieron preparativos son quienes tienen mayores posibilidades de supervivencia. No en todos los casos, pero si en una buena proporción, y eso redundará en la mejora de la raza. Cuando todo haya pasado, las cosas serán difíciles y también esas dificultades obrarán como un acicate en la mejora de la raza. Durante años el medio más seguro de sobrevivir fue el de ser personas lo más insignificantes y sin valor posible, lo que dio origen a una casta de niños sin valor. Todo eso cambiara.

Bárbara asintió, pensativa.

–Cae dentro de la más pura teoría genética. Aunque parece cruel.

–Es cruel. Pero ningún gobierno ha sido capaz todavía de repetir las leyes naturales, aunque lo han intentado muchos.

La joven se estremeció, a pesar del calor.

–Supongo que tienes razón. No. Sé que la tienes. Pero podría enfrentar a esta catástrofe con más ánimos si creyera que todavía va a quedar algo de nuestra nación. Matar el tercio más pobre es bueno genéticamente hablando... pero no existe ningún bien en matar a todos los seres humanos.

–Humm. Sí. Me sabe mal pensar en eso. Pero lo hice. Barbara, no almacené oxigeno sólo para paliar la radiación o en prevención de cualquier tormenta de fuego. Mis intenciones eran peores.

–¿Peores? ¿Cómo?

–Cuanto se ha hablado acerca de los horrores de la Tercera Guerra Mundial se refería a las armas atómicas... la radiactividad, bombas de cien megatones, bombas de neutrones. Las conversaciones de desarme y las manifestaciones pacifistas se han producido en torno a la Bomba, la Bomba, la Bomba... como si las armas A fueran las únicas que pueden matar. Quizás ésta no sea una guerra con armas A; lo más probable es que se trate de una guerra ABQ... atómica, biológica, química –con el pulgar señaló a los depósitos. Por eso almacené materia respirable embotellada. Contra el gas que ataca los nervios. Aerosoles. Virus. Dios sabe qué. Los comunistas no querrán destrozar el país si pueden matarnos sin destruir nuestra riqueza, No me sorprendería enterarme de que las bombas se han empleado tan sólo sobre blancos militares como la base antimisiles de esta población, pero que Nueva York y Detroit y otras urbes recibieron gas aniquilador de los nervios. O una vigesimocuarta plaga con un ochenta por ciento de mortalidad. Las posibilidades horrendas son infinitas. El aire exterior podría estar cargado de gérmenes de muerte que ningún contador podría detectar, ni un filtro eliminar –sonrió con tristeza–. Lo siento. Seria mejor que te acostaras.

–De cualquier forma sigo triste y no deseo estar sola. ¿Me puedo quedar?

–Claro. Tu presencia me hace feliz, por muy triste y sombrío que te parezca con mis palabras.

–Lo que me has dicho es tan sombrío como los pensamientos que tengo al estar sola. ¡Ojalá supiéramos lo que está pasando en el exterior! –añadió–: Si poseyéramos un periscopio...

–Lo tenemos.

–¿Eh? ¿Dónde?

–Lo teníamos. Lo siento. Esa tubería de allá. Intenté alzarlo, pero no se movió. Sin embargo..., Barbie, me peleé con Duke porque me exigió que sacara la radio de repuesto antes de que hubiera terminado el ataque. Quizá ya terminó. ¿Qué te parece?

–¿A mí? ¿Cómo podría saberlo?

–Sabes tanto como yo. El primer proyectil dirigido iría destinado a aniquilar la base MAMMA; de otro modo no se hubieran molestado con nosotros. Si nos están observando desde espacionaves en órbita, entonces el segundo proyectil fue un nuevo intento contra el mismo objetivo. El intervalo de tiempo transcurrido concuerda, la duración de un vuelo desde Kamchatka es de una media hora y el segundo impacto se produjo cuarenta y cinco minutos después que el primero. Eso significa que han acabado con nosotros. ¿Lógico?

–A mí me lo parece.

–Es lógica imprecisa, querida. Nos hacen falta más datos. Puede que ambos proyectiles fallaran y MAMMA se encuentra ahora aniquilando a todo lo que ellos nos arrojan. Quizás a los rusos se les han acabado los misiles. Quizá la tercera ronda nos sea entregada mediante bombarderos. No lo sabemos. Pero estoy impaciente por descubrirlo. No quiero dar mi brazo a torcer.

–He de confesar que me agradaría oír alguna noticia.

–Probaremos. Si las noticias son buenas, despertaremos a los demás –Hugh Farnham rebuscó en un rincón, sacó una caja, la abrió y extrajo una radio–. No ha sufrido ni un arañazo. Vamos a probar sin antena.

Manipuló el receptor. Al poco anunció:

–Nada, sólo estática. Tampoco me extraña. Sin embargo, el otro aparato podía captar las estaciones locales sin antena. Ahora conectaremos la antena exterior. Espera aquí.

No tardó en regresar.

–Ni papa. Es lógico pensar que ahí fuera no haya quedado ni rastro de la antena exterior. Tendremos que probar con la antena de emergencia.

Hugh tomó una llave inglesa y quitó la caperuza de una cañería de algo más de dos centímetros de diámetro que sobresalía del techo. Probó la abertura con el contador de radiactividad.

–Marca un poco más –tomó dos varillas de acero, cada una de metro y medio de longitud; con una hurgó en la tubería–. Parece que no penetra tanto como debiera. La parte superior de esta tubería quedaba enterrada por debajo de la superficie del suelo. Hay dificultades –atornilló la segunda varilla en el extremo de la primera–. Ahora viene lo delicado. Échate atrás, puede que caigan escombros... escombros que quemen... en ambos sentidos...

–Te caerán encima.

–Quizá sólo en mis manos. Me las lavaré bien después. Luego me examinarás con un contador Geiger –golpeó con el martillo el borde de la segunda varilla. El conjunto subió cosa de medio metro–. Tropieza con algo sólido. Tendré que romperlo.

Muchos golpes más tarde, la doble varilla quedó asentada dentro de la tubería.

–Noto –dijo Hugh, al parar para fregarse las manos–, como si hubiéramos llegado al aire libre en el último palmo. Pero es que debía sobresalir metro y medio por encima del nivel del suelo. Supongo que los cascotes se habrán amontonado. Bien, lo que quedó de nuestra casa. ¿Quieres repasarme con el contador?

–Hugh, hablaste de tu casa destruida como si te refirieras a la leche de ayer que se estropeó.

Hugh se encogió de hombros.

–Barbie, muchacha, cuando me alisté en la Marina estaba arruinado y desde entonces he conocido altibajos de fortuna; no desperdiciaré lágrimas por un techo y unas cuantas cañerías. ¿Marca algo el contador?

–No, está limpio.

–Revisa el suelo, bajo la tubería.

En el piso había lugares "calientes", radiactivamente hablando; Hugh los limpió con un pañuelo de celulosa húmedo, echándolo todo en el cubo metálico de la basura. Bárbara, después, le examinó las manos y repitió la inspección con los lugares del suelo recién limpios.

–Bueno, después de haber gastado casi cuatro litros de agua, será mejor que la radio funcione, Conectó el cable de la antena a la varilla. Puso en funcionamiento el receptor.

Diez minutos más tarde tuvieron que admitir que no captaban nada. Ruido... estática por toda la extensión del dial... pero ninguna señal. Hugh suspiró.

–No me sorprende. Ignoro qué efectos produce la ionización en las ondas de radio, pero debe haber toda una pócima de hechicero compuesta por los isótopos que tenemos encima de nuestras cabezas. Tenía la esperanza de haber captado Salt Lake City.

–¿Y por qué no Denver?

–No. Denver tenía una base ICBM. Dejaré el volumen lo más alto posible, quizás oigamos algo.

–¿No quieres ahorrar batería?

–Pues no. Sentémonos y digamos trabalenguas –miró al contador integral, silbó por lo bajo, luego revisó el termómetro–. Aliviaré a nuestros bellos durmientes un poco del calor que pasan. ¿Qué tal lo soportas, Barbie?

–A decir verdad, me había olvidado del calor. Sigo sudando y eso es todo.

–A mí me pasa lo mismo.

–Bueno, por mí no gastes más oxígeno. ¿Cuántas botellas quedan?

–No muchas.

–¿Cuántas?

–Menos de la mitad. No temas. Te apuesto quinientos mil dólares... aproximadamente cincuenta centavos, según la nueva desvalorización

causada por la guerra... a que no eres capaz de contarme un chiste que yo no sepa.

–¿Verde o... blanco?

–¿Hay chistes que no sean verdes?

–Está bien... "Un fulano muy alegre llamado Scott..."

La sesión de chistes fue un fracaso. Hugh acusó a la joven de falta de picardía.

–No es verdad, Hugh –respondió Bárbara–. Lo que pasa que la cabeza no me funciona bien.

–Tampoco estoy yo muy brillante que digamos. ¿Otro trago?

–Sí. Con agua, por favor. Sudo tanto que... ¿Estoy seca, Hugh?

Sí, Barbie.

–Contéstame a una cosa.

–Lo que quieras.

–Vamos a morir, ¿verdad?

–Sí.

–Me lo imaginaba. ¿Antes de mañana?

–¡Oh, no! Estoy seguro de que podremos aguantar hasta mediodía. Si queremos, claro.

Comprendo. Hugh, ¿te importaría que me sentara junto ti? ¿Querrías rodear mis hombros con tu brazo? ¿O hace demasiado calor?

–En cuanto llegue el momento en que sienta demasiado calor para pasar mi brazo en torno a los hombros de una chica guapa, conoceré que estoy muerto y en el infierno.

–Gracias.

–¿Tienes bastante sitio?

–De sobras.

–Eres una niña.

–Peso cincuenta y nueve kilos y mido uno sesenta y cinco de estatura... así que no soy ninguna niña.

Se miraron. En sus espíritus había un idéntico temor invencible: el de la muerte próxima e inevitable. Sus corazones estaban embargados por la desesperanza. Pero la vida aún quería cobrar su tributo. Rápidamente se olvidaron de todos sus problemas y peligros.

Sus labios se unieron.

Fueron hombre y mujer.

–¿Te encuentras bien, Barbie?

–Jamás estuve mejor. Nunca en la vida fui tan feliz.

–Ojalá eso fuera cierto.

–Lo es, Hugh, querido. Soy absolutamente feliz y no tengo miedo. Ni siquiera calor excesivo.

–Yo sudo a chorros.

–También yo. Tengo el pelo empapado. Pero no importa. No me importa siquiera morir…

–A mí, sí.

–Lo siento.

–¡No, no! Barbie, tesoro, antes no me importaba morir. Ahora de pronto, la vida es digna de vívírse.

–Oh. Me parece que siento lo mismo que tú.

–Es probable. Pero no moriremos… si puedo evitarlo. Voy a preparar un par de buenos vasos de bebida. Tengo sed otra vez.

–Yo también.

Hugh trasteó con los vasos y las botellas. De pronto, dijo:

–Barbie, criatura, te das cuenta de que te doblo la edad? ¿De que soy bastante mayor como para ser tu padre?

–Sí, papaíto.

–¡Oh, no digas eso! Sí sigues hablando así me tomará la bebida yo solo.

–Sí, Hugh. Hugh, mi bíenamado. Pero tenemos la misma edad… porque vamos a morir al mismo tiempo.

–No hables de morir. Voy a encontrar algún modo de impedirlo.

–Sí alguien puede hacer eso, ese alguien eres tú. Hugh, no tengo sentimientos mórbidos. He mirado a la cara a los hechos y ya no tengo miedo… no tengo miedo de morir, ni de vivir. Pero… Hugh, me gustaría que me hicieses un favor.

–Dilo.

–Cuando des los comprimidos a los otros… la sobredosis… no quiero que me des.

–Oh… podría ser necesario.

–Yo no quise decir que no los quiero; los aceptaré cuando tú me lo digas. Pero no cuando los tomen los otros. No hasta que tú los tomes.

–Hum, Barbie, no tengo intención de tomarlos.

–Entonces no me obligues hacerlo a mí.

–Bueno… lo pensaré. Ahora cállate.

En aquel momento sucedió el tercer ataque.

III

La luz se apagó. Grace Farnham gritó. "Dr. Livíngstonesupongo maulló, Bárbara fue derribada tontamente y se vio debajo de una botella de acero y desorientada por la oscuridad que borraba paredes y suelos.

Palpó a su alrededor, encontró una pierna y halló a Hugh en el extremo de ella. Estaba inerte. Trató de localizar los latidos de su corazón, no puedo encontrarlos.

Gritó:

–¡Hola!. ¡Hola! ¿No hay nadie?

–¿Bárbara? –contestó Duke.

–¡Sí, sí!

–¿Te encuentras bien?

–Me encuentro bien. Hugh está herido. Creo que ha muerto.

–Cálmate. Cuando encuentre mis pantalones encenderé fósforo... Si puedo libertar mis hombros. Estoy plantado sobre ellos.

–¡Hubert! ¡Hubert!

–¡Sí, mamá! ¡Aguarda!

Grace continuó gritando; Duke alternó palabras tranquilizadoras y maldiciones en la oscuridad. Bárbara palpó a su alrededor, resbaló en una de las botellas de oxígeno sueltas y se lastimó, pero encontró una superficie llana. No pudo decir lo que era; estaba muy inclinada.

Duke llamó:

– ¡Ya los tengo!

Una cerilla ardió, con la brillantez de una antorcha en aquel aire rico en oxígeno.

La voz de Joe intervino:

–Será mejor que apagues eso. Peligro de incendio. –Una linterna cortó la oscuridad.

– ¡Joe! ¡Ayúdame con Hugh! –llamó Bárbara.

–Tengo que mirar lo de las luces.

–Puede estar muriéndose.

–No se puede hacer nada sin luz.

Bárbara se calló, intentó de nuevo encontrar algún latido... lo halló y agarró la cabeza de Hugh entre sus brazos, sollozando.

Se encendieron las luces en el departamento de los hombres, de modo que Bárbara pudo fijarse en lo que le rodeaba. El suelo estaba inclinado unos treinta grados; ella, Hugh, las botellas de acero, el depósito de agua y otra impedimenta estaban abandonados en el rincón inferior. El depósito tenía una grieta y estaba inundando el espacio destinado al aseo. Vio eso y comprendió que de haberse inclinado en el otro sentido ella y Hugh hubieran quedado enterrados bajo acero y agua.

Minutos más tarde Duke y Joe se le unieron, dejándose deslizar por la puerta. Joe llevaba una lámpara de campaña. Duke preguntó a Joe:

–¿Cómo vamos a moverle?

–No lo haremos. Podría ser la columna vertebral.

–Sin embargo, hay que moverle.

–No le moveremos –insistió Joe con firmeza–. ¿Bárbara, le has movido?

–Le puse la cabeza en mi regazo.

–Bueno, pues no le muevas más –Joe examinó a su paciente, tocándole con suavidad. Decidió: No veo que tenga heridas graves. Bárbara, si puedes

aguantar así, esperaremos

A que recobre el conocimiento. Entonces le inspeccionaré los ojos para ver si sufre conmoción, veremos si es capaz de mover los dedos de los pies y cosas por el estilo.

–Me estaré quieta. ¿Alguien más resultó herido?

–En absoluto –la tranquilizó Duke–. Joe cree que se ha roto algunas costillas y yo no me disloqué por poco el hombro. A mamá simplemente le empujó hasta el rincón de su litera. Mi hermana la tranquiliza. Karen está bien... un chichón en la cabeza en donde una lata la golpeó. ¿Te encuentras tú bien?

–Sólo magulladuras. Hugh y yo estábamos haciendo solitarios y tratando de mantener cierto frescor cuando se produjo el accidente –se preguntó cuánto tiempo aguantaría mentira. Duke iba también tan ligero de ropas como ella y no parecía molesto; Joe llevaba camiseta y pantalones de pijama. Añadió–: ¿Y el gato? ¿Se encuentra bien?

–'El "Dr. Livingstone-Supongo" –respondió Joe con seriedad–, escapó ileso. Pero está ofendido porque su caja de aserrín se volcó por encima suyo. Ahora se limpia mientras no deja de murmurar.

–Me alegro de que no resultara herido.

–¿Advirtió alguien esta explosión?

–¿Qué, Joe? Fue la más dura de las tres. La más dura y con mucho.

–Sí. Pero no hubo rumor. Sólo una gran, una enorme sacudida, luego... nada.

–¿Y eso qué indica?

–No lo sé. Bárbara, ¿puedes estarte aquí sin moverte? Necesito encender más luces, repasar los daños y ver qué se puede hacer.

–No me moveré –Hugh parecía respirar con facilidad. En el silencio oía cómo latía su corazón. Decidió que no había motivos para sentirse feliz.

Karen se le unió, llevando una linterna y moviéndose con cuidado por la pendiente.

–¿Cómo está papá?

–Igual.

–Supongo que ha perdido el sentido. Lo mismo me pasó a mí. ¿Estás bien? –examinó a Bárbara con el rayo de la linterna.

–Ilesa.

–¡Bueno! ¡Me alegro de que estés tan bien de uniforme. Yo no pude encontrar la blusa. Joe se tomó mucho cuidado en ignorarlos, lo que es doloroso, ¡Es un chico tan formal!

–No sé dónde están mis ropas.

–Joe es el único de todos nosotros que lleva pantalones más o menos formales. Los de su pijama. ¿Qué os pasó? ¿Estabas dormida?

–No, Estaba aquí. Hablábamos.

–Humm... has dicho un no muy especial. Guardaré tu sombrío secreto. Mamá no lo sabrá; le daré otra droga.

–¿No te precipitas en tus conclusiones?

–Es mi ejercicio favorito. Espero que mis maliciosas sospechas sean correctas. Desearía haber tenido algo mejor que hacer que dormir anoche. Si hubiera estado mi marido... si hubiese hablado antes... ahora no quiero pensarlo, aunque me doy cuenta de que probablemente es nuestra última noche –se inclinó y besó a Bárbara–. Te quiero.

–Gracias, Karen. Yo también.

–Celebramos un panegírico funerario sobre lo estupendas chicas que somos. Hiciste feliz a mi padre cuando le respaldaste en el juego y le llevaste a la victoria. Si después le has hecho todavía más feliz, no te lo censuro –se puso en pie. Adiós. Voy a recoger los comestibles. Si papá despierta, grita. –Se fue.

–¿Bárbara?

–¡Sí Hugh! ¡Sí!... Había en voz baja. Oí lo que dijo mi hija.

–¿Oíste?

–Sí. Fue muy caballerosa. ¿Bárbara? Te amo. Quizá no tenga otra ocasión de decírtelo.

–Yo también te amo.

–Cariño.

–¿Quieres que llame a los otros?

–Dentro de poco. ¿Estás cómoda?

–¡Oh, mucho!

–Entonces déjame descansar un poquito. Me siento atontado.

–Cuanto quieras. Oh, ¿puedes mover los dedos de los pies? ¿Te duele algo?

–Me duelen muchos sitios, aunque no demasiado. Veamos... Sí, lo puedo mover todo. Está bien, llama a Joe.

–No hay prisa.

–Será mejor que le llames. Hay trabajo que hacer.

Al poco el señor Farnham volvía a estar al mando. Joe le requirió para que se moviese... era una masa de despellejaduras pero ninguna rotura ni dislocación ni contusión fuerte. Le parecía a Bárbara que Hugh cayó sobre las botellas y que ella lo hizo sobre Hugh.

El primer acto de Hugh fue vendar las costillas de Joe con esparadrapo elástico. Joe carraspeó cuando le apretaron, pero parecía mucho más cómodo después. Inspeccionaron el chichón de la cabeza de Karen; Hugh decidió que no se podía hacer nada por aliviarlo.

–¿Alguien sabe dónde está el termómetro? –preguntó–. ¿Duke?

–Se habrá roto.

–Es metálico, a prueba de golpes.

–Lo busqué –dijo Duke–, mientras estabas tú haciendo de médico. A mí me parece que el fresco es mayor. Aunque sea ese termómetro a prueba de golpes, no creo que pudieran resistir el verse aplastado por dos tanques.

–Oh. Bueno, no es una gran pérdida.

–¿Papá? ¿No seria un momento adecuado para probar la radio de repuesto? Es sólo una sugerencia.

–Eso supongo, pero... me sabe mal decírtelo, Duke, pero probablemente la encontrarás también hecha pedazos. La probamos antes, sin resultado –consultó su reloj de pulsera–. A cero y media. A las dos de la madrugada. ¿Alguien tiene hora?

El reloj de Duke concordaba.

–Parecemos estar en buena forma –decidió Hugh–, excepto el agua. Hay varios depósitos de plástico de agua, necesitamos salvar el depósito principal; quizá tengamos que beberla con tabletas de Halazone. Joe, necesitamos alguna especie de utensilios y que todo el mundo baldee. Hay que mantener el agua tan limpia como se pueda –añadió–. Cuando Joe pueda prescindir de ti, Karen, prepara algo de desayuno. Tenemos que comer, aun cuando esto sea el Armagedon.

–Y un Armagedon nada bonito –murmuró Karen. Su padre parpadeó.

–Niña, escribirás mil veces en la pizarra. "No hagas chistes malos antes del desayuno".

–Creí que era muy bueno, Hugh.

–No la animes, Bárbara. Está bien, al trabajo.

Karen regresó al poco, llevando al "Dr. Livingstone".

–No fui de mucha ayuda anunció–, pero alguien tiene que ocuparse de este maldito gato. Desea ayudar.

– ¡Kablerrr!

– ¡Tú lo hiciste! Voy a darle unas cuantas sardinas y a preparar el desayuno. ¿Qué es lo que quieres, papá Hugh Jefe? ¿"Crépes Suzettes"?

–Sí.

–Lo que tomarás será mermelada y galletas.

–De acuerdo. ¿Cómo va el baldeo?

–Papá, no beberé de esa agua ni siquiera con Halazone –hizo una carantoña–. Ya sabes dónde fue a parar.

–Quizá tengamos que beberla.

–Bueno... si la desinfectas con whisky

–Hmm... todas las cajas de licor tienen filtraciones, escapes. De las dos que he abierto sólo tenía una botella intacta cada una.

–Papá, has estropeado el desayuno.

–La cuestión: ¿Lo raciono por igual? ¿O lo guardo todo para Grace?

–Oh –los rasgos de Karen se contrajeron en una decisión penosa–, que tenga mi parte. Pero los demás no deben ser privados de su ración sólo porque Grace tenga esas aficiones.

–Karen, en esta etapa no es una afición. En cierto modo, para ella es como la medicina.

–Sí, claro. Y para mí son medicina las pulseras de diamantes y los abrigos de visón.

–Nena, es inútil censurarlo. Quizá sea culpa mía. Duke así lo piensa.

Cuando tengas mi edad, aprenderás a tomar a la gente tal y como es.

–Me merezco la reprimenda. Quizá me mostré dura... pero estoy cansada de traer amigos a casa y ver cómo mamá pierde el conocimiento por el alcohol después de la cena, o tratar de ocultar cosas que son muy importantes por miedo a irritarla... Por no hablarle de cuando coquetea con mis amigos en la cocina.

–¿Hace eso?

–¿Es que no lo has visto? No, probablemente no. Lo siento.

–Yo también lo siento. Pero es sólo por ti. Como máximo, es un pecadillo de escasa importancia, fruto de su afecto por el alcohol. Como decía, cuando tengas mi edad...

–Papaíto, no espero llegar a tu edad... y ambos lo sabemos. Si tenemos dos botellas de licor, esto ya es bastante riqueza. ¿Por qué no lo sirves a quien lo necesite?

Las arrugas de la cara de Hugh se hicieron más profundas.

–Karen, todavía no me he rendido. Hace mucho más fresco. Quizás podamos salir de aquí aun.

–Bueno... me parece que esa es la actitud adecuada. Hablando de medicina, ¿no guardaste algo de Antabuse cuando construiste este monstruo?

–Karen, el Antabuse no corta el vicio de beber; simplemente pone al enfermo mortalmente mal si bebe. Si tus cálculos acerca de tus posibilidades son correctos, ¿encuentras algún motivo por el que debiese obligar a Grace para que pasase con tristeza sus últimas horas? Yo no soy su juez, sólo su marido.

Karen suspiro.

–Papá, tienes la costumbre enojosa de tener razón. De acuerdo, que se beba mi ración.

–Simplemente he pedido tu opinión. Me has ayudado. Pero he decidido yo.

–¿Has decidido qué?

–Eso no te importa, renacuaja. Prepara el desayuno.

–Pondré petróleo en el tuyo. Dame un beso, papaíto. Hugh lo hizo.

–Ahora lárgate y ponte a trabajar.

Cinco se reunieron para desayunar, sentados en el suelo puesto que las sillas no se mantenían de pie. La señora Farnham seguía en su letargo después de tantos sedantes. Los otros compartieron carne en conserva, galletas, Nescafé frío, guisantes de lata y una cálida camaradería. Iban vestidos los hombres con pantalones cortos, Karen con pantalón corto y sostén y Bárbara con una especie de combinación que pertenecía a Karen. Había logrado salvar su ropa interior, pero estaba empapada y el aire tenía demasiado humedad para secar nada.

Hugh anunció:

–Hora de la conferencia. Se agradecerán las sugerencias –miró a su hijo.

–Una cosa, pap.. .á Hugh –suspiró Duke–. La trastienda quedó dañada. La remendé y coloqué una plataforma hecha con tableros para que las botellas de aire quedasen seguras. Sólo una cosa... –se volvió a su hermana–. Vosotras las que os sentáis en... en el excusado... tened cuidado. La cosa no está muy segura.

–Ten cuidado, tú. Siempre fuiste un destrozón. Pregúntaselo a papá.

–Calma, Karen. Bien hecho, Duke. Pero siendo seis tendremos que preparar otro... excusado. ¿Podemos lograrlo, Joe?

Sí, podríamos. Pero...

–¿Pero qué?

–¿Sabes cuánto oxígeno queda?

–Sí. Pronto tendremos que conectar el ventilador y el filtro. Y no queda ningún contador de radiaciones intacto. Así que no sabremos lo que dejamos entrar. Sin embargo, es preciso que respiremos.

–¿Pero miraste el ventilador?

–A mí me pareció que estaba bien.

–Pues no. Y no creo que sea capaz de repararlo.

El señor Farnham suspiró.

–Hace seis meses que tenía pedido uno de recambio. Bueno, también le echaré un vistazo. Y tú Duke y quizás alguno de nosotros, lo pueda arreglar.

–Está bien.

–Presumamos que no lo podemos reparar. Entonces utilizaremos el oxigeno lo más racionado posible. Luego podremos seguir viviendo durante un rato con el aire interior. Pero llegará en momento en que tendremos que abrir la puerta.

Nadie dijo nada.

– ¡Que alguien sonría! –continuó Hugh–. No estamos vencidos. Instalaremos filtros de polvo hechos con las sábanas y los colocaremos en la puerta a... es mejor eso que nada. Aún tenemos una radio... la que tu confundiste con un auricular de sordo, Bárbara. La envolví bien y la guardé; no ha recibido daños. Saldré y levantaré una antena y podremos escuchar aquí abajo; eso podría salvarnos. Levantaremos un asta de madera, con el lateral de una de las literas quizás, e izaremos nuestra enseña. Una camisa de caza. No, la bandera americana; tengo una. Si no lo conseguimos, moriremos con nuestra enseña nacional ondeando.

Karen empezó a aplaudir.

–No te burles, Karen.

– ¡Papá, no me burlaba! ¡Estoy llorando. *"El rojo resplandor de los cohetes... las bombas oscilando en el .... dando pruebas a través de la noche... de que nuestra bandera sigue ondeando"* –su voz se quebró y enterró la cara en las manos.

Bárbara le rodeó los hombros con el brazo. Un Farham prosiguió como si nada hubiese ocurrido.

–Pero no nos hundiremos. Pronto empezarán a registrar esta zona en busca de supervivientes. Verán nuestra bandera y nos sacarán...

probablemente en helicóptero.

"Así que es cosa nuestra permanecer vivos cuando vengan –se detuvo para pensar–. Nada de trabajo innecesario, nada de ejercicio. Comprimidos para dormir para todos y tratar de hacerlo doce horas al día y estar tumbados todo el tiempo; eso hará que el aire dure lo más posible. El único trabajo es reparar ese ventilador y lo abandonaremos si vemos que es imposible. Veamos... El agua debe de ser racionada. Duke, te nombro encargado del agua. Mira cuánta agua pura queda; prepara un plan para que nos dure. Hay un vaso con capacidad de una onza junto a las medicinas; utilízalo para racionar el agua. Eso es todo, me imagino; reparar el ventilador, mínimo ejercicio, máximo sueño, agua racionada. ¡Oh, sí! El sudar es un desperdicio. Sigue haciendo calor y, Bárbara, tienes toda esa ropa sudada. Quítatela.

–¿Puedo salir de la habitación?

–Claro.

La joven salió, caminando con cuidado en el suelo escarpado, entró en la sala de los tanques y regresó llevando su empapada ropa interior.

–Así esta mejor –aprobó Hugh–. Ahora...

–¡Hubert! ¡Hubert! ¿Dónde estás? Tengo sed.

–Duke, dale una onza. Cárgaselo a ella.

–Sí, señor.

–No te olvides de que el gato también necesita agua.

–¿Le doy del agua sucia?

–Humm. No quisiera morirme después de haber jugado sucio con nuestro invitado. Conservemos nuestro amor propio.

–Ha estado ya bebiendo agua sucia.

–Bueno... tú eres el que mandas. ¿Alguna sugerencia? Joe, ¿te parecen bien los planes?

–Bueno... No, señor.

–¿Por qué?

El no hacer ejercicio, utilizar la menor cantidad posible de oxígeno, tiene sentido. Pero cuando llegue el momento de abrir la puerta, ¿en dónde estaremos?

–Pues correremos nuestros riesgos.

–Me refiero a sí podremos... Cortos de aire, jadeando, sedientos, quizá enfermos... Preferiría estar seguro de que cualquiera, por ejemplo Karen, con un brazo roto, pueda abrir esa puerta.

–Comprendo.

–Me gustaría probar las tres puertas. Me gustaría dejar abierta la puerta blindada. Una chica no puede manejar ese cierre. Me ofrezco voluntario para probar el portalón superior.

–Lo siento, ese privilegio me corresponde. Acepto lo demás. Por eso pedí sugerencias. Estoy cansado, Joe; tengo la mente nublada.

–¿Y sí las puertas están bloqueadas? Probablemente escombros sobre la puerta superior...

–Tenemos el gato mecánico.

–Bueno, si no utilizamos las puertas, deberíamos asegurarnos del túnel de escape. El hombro de Duke no está muy bien. Mis costillas me duelen, pero puedo trabajar... hoy. Mañana, Duke y yo estaremos más rígidos y dos veces más doloridos. Las botellas de acero se amontonan sobre la escotilla y hay otros pesos gravitando sobre el agujero. Se necesita trabajar, jefe, yo opino que tenemos que asegurarnos una vía de escape... mientras gocemos de una salud bastante buena todavía.

–Me sabe mal ordenar un trabajo pesado. Pero me has convencido.– Hugh se levantó, reprimió un gemido–. Pongámonos a la tarea.

–Tengo una sugerencia más.

–¿Cuál?

–Deberías acostarte. No has estado en la cama en absoluto y ha recibido un buen porrazo.

–Me encuentro bien. Duke tiene el hombro malo, tú las costillas rotas. Y hay un trabajo pesado que hacer.

–Planeo utilizar palancas para apartar a un lado esas botellas. Bárbara puede ayudar. Para ser una chica, es fuerte.

–Claro que puedo –asintió Bárbara–. Soy incluso mayor que Joe. Perdóname, Joe.

–No discuto. Jefe. Hugh. No me gusto destacarlo, pero lo pensé yo. Admites que estás cansado. No me sorprende, llevas en pie veinticuatro horas. ¿Te importa que diga que me sentiría mucho más confiado de que lograrías hacernos sobrevivir si descansaras y recobrases fuerzas?

–Tienes razón, Hugh.

–Bárbara, tú no has dormido nada.

–Yo no tengo que tomar decisiones. Pero me acostaré y Joe puede llamarme cuando me necesite. ¿De acuerdo, Joe?

–Estupendo, Bárbara.

Hugh sonrió.

–Os agrupáis contra mí. Está bien. Echaré un sueñecito.

Minutos más tarde se encontraba en la litera inferior del dormitorio de hombres, los pies apoyados contra la parte inferior. Cerró los ojos y estaba dormido antes de que las preocupaciones de su mente tomaran una forma definitiva.

* * *

Duke y Joe encontraron que cinco de los cerrojos de la puerta interior estaban atascados.

–Dejémoslos estar –decidió Joe–. Siempre podemos descorrerlos con un mallo. Abramos la puerta blindada.

La puerta blindada, más allá de la con cerrojos, estaba diseñada para resistir tanto como las paredes. Estaba cerrada en su lugar y mantenida por una barra, abriéndose y cerrándose gracias a un gran cabestrante.

Joe no pudo moverla. Duke, que pesaba unos veinte kilos más, descargó su corpulencia... sin resultado. Luego empujaron juntos.

–Parece soldada.

–Sí.

–Joe, mencionaste un mallo.

El joven negro frunció el ceño.

–Duke, preferiría que tu padre lo intentase. Podríamos romper el cabestrante o un diente del engranaje.

–Lo malo es que estamos probando un cabestrante de una tonelada o así sobre una puerta que queda colina arriba, cuando su propósito era moverla horizontalmente.

–Sí. Pero es que esta puerta siempre se ha mostrado un poco reacia.

–¿Qué hacemos?

–Probaremos el túnel de escape.

Una polea con su aparejo estaba sujeta a un gancho del techo; las botellas gigantes fueron levantadas del montón y apiladas, con Bárbara y Karen tirando de la cuerda y los hombres guiándolas y luego ordenándolas a brazo para que la pila no resbalase hasta que fueron colocadas definitivamente con cuñas que las inmovilizaron. Cuando el centro del suelo estuvo despejado pudieron llegar a la escotilla que tapaba el túnel. Era de una clase densa y para servicio pesado y el gancho del techo resultaba adecuado.

Subió crujiendo. De pronto osciló a causa de la inclinación de treinta grados, dando un golpe a la barbilla de Duke y haciendo que este murmurase una maldición.

El agujero estaba repleto de provisiones. Las chicas sacaron, Karen, más pequeña, descendió a medida que profundizaron en la brecha y Bárbara apiló todo el género abstraído.

Karen asomó la cabeza.

–¡Eh! ¡Jefe del agua! Aquí hay agua enlatada.

–¡Bien, estupendo para mí!

Joe dijo:

–Se me había olvidado. Esta escotilla no se ha abierto desde que el refugio fue aprovisionado.

–Joe, ¿Tengo que quitar los puntales?

–Yo los quitaré. Tu despeja la zona de suministros. Duke, este no está blindado como ocurre con la puerta. Los puntales sujetan un pedazo de plancha de caldera contra la abertura, teniendo detrás las latas de conserva y la escotilla con su tapa sujetándolo todo. Dentro del túnel, a intervalos de tres metros, hay muros de sacos terreros y en la boca hay tierra suelta. Tu padre dijo que la idea era que hiciesen de dique contra una explosión. Entremos, vayamos desmontándolo todo, pieza por pieza.

–Encontraremos a los sacos de arena apretados contra la plancha de caldera.

–Si es así, lo sacaremos excavando.

–¿Por qué no utilizaron un verdadero blindaje?

–Pensó que esto sería más seguro. Ya viste lo que pasó con las puertas.

Me sabría muy mal tener que soltar una barra de acero en ese túnel.

–Comprendo. Joe. Siento haber llamado alguna vez este lugar "agujero en el suelo".

–Bueno, no lo es. Es una máquina... una máquina de supervivencia.

–Terminé –anunció Karen–. Que algún caballero me ayude a subir. Tú mismo, Duke.

–De buena gana pondría la tapa estando tú abajo –dijo Duke ayudando a su hermana a salir.

Joe descendió, parpadeando ante la tensión que sufrían sus costillas. El "Dr. Lívingstone" había estado supervisándolo todo. Ahora siguió a su amigo dentro del agujero, utilizando los hombros de Joe como rellano.

–Duke, si me entregas ese martillo... Apártate de en medio, Doc. Baja la cola.

–¿Quieres que lo coja? —preguntó Karen.

–No, le gusta estar presente en todo. Alguien que haga luz. –Los puntales fueron desmontados y apilados arriba, en el suelo.

–Duke, necesitaré ahora la polea. No quiero levantar la plancha. Sólo aguantar su peso para que la pueda descorrer. Es pesada.

–Allá va.

–Eso está bien. ¡Doc! ¡Maldita seas, Doc! ¡Sal de debajo de mis píes! Sólo un tirón en firme, Duke. Que alguien me dé la linterna. La echaré hacia atrás y daré un vistazo.

–Y te llenarás la cara de isótopos.

–Hay que correr el riesgo. Un toquecito más... Ya está, empieza a oscilar.

Luego Joe no dijo nada. Por último, Duke preguntó:

–Qué es lo que ves?

–No estoy seguro. Déjame que la descorra del todo y entrégame uno de los puntales;

–Lo tienes encima de la cabeza. Joe, ¿qué es lo que ves?

El negro estaba echando la plancha hacia atrás cuando de pronto lanzó un gruñido.

–¡Doc! ¡Doc, vuelve! ¡Ese granuja! ¡Me pasó por entre las piernas y se metió en el túnel! ¡Doc!

–No puede ir muy lejos.

–Bueno... Karen, ¿quieres despertar a tu padre?

–¡Maldita sea, Joe! ¿Qué es lo que ves?

–Duke, no lo sé. Por eso necesito a Hugh.

–Ya bajo.

–No hay sitio. Voy a subir, para que pueda bajar Hugh.

Hugh llegó cuando Joe salía.

–Joe, ¿qué es lo que tienes?

–Hugh, preferiría que lo vieses tú mismo.

–Bueno... debía haber construido una escalera para bajar Dame una mano. –Hugh descendió, quitó el puntal, echó hacia atrás la plancha.

Se quedó mirando incluso más tiempo de lo que lo hiciera Joe. Luego gritó:

–¡Duke! Saquemos esta plancha.

–¿Qué pasa, papá?

–Saca la plancha, luego podrás bajar –la sacaron; padre e hijo cambiaron de lugar. Duke miró por el túnel–. Basta ya, Duke. Toma la mano.

Duke se les unió; su padre le dijo:

–¿Qué te parece?

–No lo creo.

Papaíto –díjo Karen tensa–, alguien tiene que hablar, o voy a descargar el mallo en la cabeza de cualquiera de vosotros.

–Sí, nena. Ejém, hay sitio para que vosotras dos bajéis juntas.

Bárbara fue descendida por Duke y Hugh. Ella ayudó después a que bajase Karen. Ambas muchachas se hundieron y miraron.

Karen dijo con suavidad:

–¡Que me condene! –Empezó a reptar hacia el interior del túnel.

Hugh llamó:

– ¡Nena! ¡Vuelve atrás! –Karen no respondió. Hugh añadió–: Bárbara, dime lo que ves.

–Veo –contestó Bárbara despacio– una ladera arbolada, árboles verdes, arbustos y un estupendo y soleado día.

–Eso es lo que vimos nosotros.

–Pero es imposible.

–Sí.

–Karen ha salido. El túnel no tiene más de dos metros y medio de largo. Ha cogido al "Dr. Lívingstone". Dice: "¡Sal fuera!"

–Dile que se aparte de la boca. Probablemente es radiactiva.

– ¡Karen! ¡Apártate del túnel! Hugh, ¿qué hora es?

–Un poco más de las siete.

–Bueno, ahí fuera parece que sea mediodía. Según creo.

–Yo he dejado de creer.

–Hugh, quiero salir.

–¿Eh?... ¡Oh, infiernos! No te quedes en la boca. Y ten cuidado.

–Lo tendré.

Comenzó a reptar.

IV

Hugh se volvió hacia su lugarteniente.

–Joe, voy a salir. Dame un cuarenta y cinco y un cinturón.

No debí dejar que esas chicas saliesen desarmadas –descendió por el agujero–. Vosotros dos guardad el lugar.

Su hijo preguntó:

–¿Contra qué? Aquí no hay nada que guardar.

Su padre dudó.

–No sé. Ha sido un impulso. Está bien, venid. Pero armaros. ¡Joe!

–¡Voy!

–Joe, arma a Duke y ármate tú mismo. Luego espera hasta que salgamos. Si no volvemos enseguida, utiliza tu criterio. Es una situación que yo no había previsto. Es una situación imposible.

–Pues es posible.

–Cierto, Duke –Hugh se colocó el cinturón pistolera, se puso de rodillas. Enmarcada en la boca del túnel seguía todavía la visión de un verde lujurioso en donde debió haberse visto una zona de campo ennegrecida y un cráter vidrioso. Empezó a reptar.

Se levantó y se alejó de la boca, luego miró a su alrededor.

–¡Papaíto! ¡Esto es adorable!

Karen quedaba por debajo suyo, en una ladera que descendía hasta un arroyo. A la otra parte del riachuelo la tierra se levantaba y estaba cubierta de árboles. En este lado había una especie de semiclaro. El cielo era azul, iluminado por un sol cálido y brillante y no había rastro de devastación, de guerra, ni ninguna otra señal de hombre... ni un edificio, ni una carretera, ni un sendero, ni columnas de humo en el cielo. Todo era salvaje y nada podía reconocerse.

–Papaíto, voy a bajar hasta el arroyo.

– ¡Ven aquí! ¿Dónde está Bárbara?

–¡Aquí arriba, Hugh! –se volvió y la vio ladera arriba, por encima del refugio–. Estoy tratando de averiguar lo que pasó. ¿Tú qué opinas?

El refugio estaba inclinado sobre la ladera; era un enorme monolito cuadrado. La tierra se pegaba a sus costados excepto en donde el túnel se rajó y una abertura irregular apareció en donde antaño estuviera la escalera. La plancha blindada quedaba descubierta por encima suyo.

–No opino –admitió.

Salió Duke, llevando un rifle. Se quedó plantado, miró a su alrededor y nada dijo.

Bárbara y Karen se les unieron. "Dr.-Livingstone-Supongo" vino dando saltos para dar un zarpazo al tobillo de Hugh y luego echar a correr. Evidentemente el gato aprobaba todo aquel lugar; era el adecuado para los gatos.

–Me rindo –dijo Duke–. Contádmelo. Hugh no contestó.

–Papaíto, por qué no podemos bajar hasta el arroyo? –dijo Karen–. Voy a darme un baño. Estoy pegajosa.

–No te perjudicará seguir así. Estoy confuso. No me gusta seguir confuso ni preocuparme porque te puedas ahogar…

–Es poco profundo.

–0 que te devore algún oso, o que caigas en arenas movedizas. Vosotras, chicas, entrad, armaros y luego salid si queréis. Pero manteneros juntas y con los ojos alerta. Decidle a Joe que salga.

–Si, señor –las chicas se fueron.

–Qué te parece, Duke?

–Bueno… me reservo la opinión.

–Si tienes opinión, tienes algo más que yo. Duke, estoy anonadado. Planeé toda clase de cosas. Esto no estaba en la lista. Si tienes opiniones, por Dios, expónlas.

–Bueno… Esto parece una zona montañosa de América Central. Pero claro que eso es imposible.

–Es inútil preocuparnos sobre las posibilidades. Supongamos que esto fuese América Central. ¿Contra qué estarías prevenido?

Déjame ver. Podrían haber jaguares. Seguro que serpientes. Tarántulas y escorpiones. Mosquitos de la malaria. Hablaste de osos.

–Cité los osos como un símbolo. Vamos a tener que vigilar todo, cada minuto, hasta que sepamos qué es lo que tenemos enfrente.

Joe salió, portando un rifle. Guardó silencio y miró a su alrededor.

–No nos moriremos de hambre –dijo Duke–. Mirad hacia la izquierda, arroyo abajo, junto al agua.

Hugh obedeció. Un cervatillo moteado, que apenas alcanzaría la altura de la cintura humana, les miraba, en apariencia sin temor.

–¿Lo derribo? –preguntó Duke. Alzó el rifle.

–No. A menos que estés hambriento de carne fresca.

–De acuerdo. Es bonito, ¿verdad?

–Mucho. Pero no es como ningún ciervo norteamericano que viera jamás. ¿Duke? ¿Dónde estamos? ¿Y cómo llegamos hasta aquí?

Duke sonrió con malicia.

–Papá, tú te nombraste Fuhrer. Se supone que ya no debo pensar.

–¡Oh, rata!

–De cualquier forma, no lo sé. Quizá los rusos han desarrollado la bomba alucinadora.

–Pero ¿todos veríamos lo mismo?

–Carezco de opinión. Pero si hubiese matado a ese ciervo, apuesto a que nos lo habríamos comido.

–Yo también lo creo así. ¿Joe? ¿Ideas, opiniones, sugerencias?

Joe se rascó la cabeza.

–Un país muy bonito. Pero soy hombre de ciudad.

–Una cosa puedes hacer, Hugh.

–¿El qué, Duke?

–Tu pequeña radio. Pruébala.

–Buena idea –Hugh entró arrastrándose, tropezó con Karen a punto de descender y la hizo volver a por la radio. mientras aguardaba, se preguntó qué es lo que tenía que fuera conveniente para improvisar una escalera. Tener que arrastrase por un agujero de dos metros era aburrido.

La radio captó únicamente estática y nada más. Hugh la apagó.

–Probaremos esta noche. En las horas nocturnas he captado a Méjico e incluso Canadá –frunció el ceño–. Debería haber algo en el aire... a menos que nos hayan aniquilado por completo.

–Papá, tú no piensas de manera correcta.

–¿Por qué no, Duke?

–Esta zona no ha sido destruida.

–Por eso es por lo que no entiendo el silencio de la radio.

–Sin embargo, Mountain Springs– recibió las descargas. Por tanto, no estamos en Mountain Springs.

–Quién dijo dónde estábamos? –preguntó Karen–. En Mountain Springs no hay nada como esto. Ni en todo el estado.

–Hugh frunció el ceño

–Me parece que eso es obvio –miró hacia el refugio... grande, enorme, masivo–. Pero ¿dónde estamos? ¿No lees historietas, papá? Nos encontramos en otro planeta.

–Nada de chistes, nena. Estoy preocupado.

–No bromeaba. Nada hay como esto en un radio de dos kilómetros con respecto a casa... y sin embargo, aquí estamos. Igual podría ser otro planeta. El que teníamos ya está bastante estropeadillo.

–Hugh –dijo Jóe–, parece una tontería. Pero estoy de acuerdo con Karen.

–¿Por qué Joe?

–Bueno, estamos en alguna parte. ¿Qué pasa cuando una bomba H explota directamente sobre ti?

–Que te evaporiza.

–Yo no me siento vaporizado. Y no veo que ese gran pedazo de cemento haya volado millares de kilómetros o así y estrellado contra el suelo sin nada más que una consecuencia de costillas rotas y un hombre lastimado. Pero la idea de Karen... –se encogió de hombros–. Llámalo la cuarta dimensión. Esa última explosión nos lanzó a través de esa cuarta dimensión.

–Precisamente lo que yo dije, papaíto. ¡Estamos en un planeta extraño! ¡Explorémoslo!

–Cálmate, tesoro. En cuanto a otro planeta... Bueno, no hay ninguna regla que diga que debamos saber dónde estamos cuando no lo sabemos. Es un problema que hay que resolver.

Bárbara dijo:

–Karen, no veo que este lugar no pueda ser otra cosa excepto la Tierra.

–¿Por qué, aguafiestas?

–Bueno... –Bárbara lanzó un guijarro contra un árbol–. Eso es un eucalipto y más allá hay una acacia. No es todo parecido a Mountain Spríngs, pero sí un agrupamiento normal de flor tropical y subtropical. A menos que tu nuevo "planeta" haya creado plantas semejantes a las de la Tierra, esta tiene que ser la Tierra.

–Aguafiestas –repitió Karen–. ¿Por qué las plantas no podían evolucionar igual en otro planeta?

–Bueno, eso sería tan notable como encontrar el mismo...

–¡Hubert! ¡Hubert! ¿Dónde estás? ¡No te encuentro! –la voz de Grace Farnham sonó en medio de ecos saliendo del túnel.

Hugh se metió en la galería.

–¡Voy!

Almorzaron bajo un árbol a poca distancia del refugio. Decidió que el túnel había estado enterrado tan profundamente, que la posibilidad de que su boca fuese más radiactiva que su interior era despreciable. En cuanto al techado, no estaba tan seguro. Así que colocó un dosímetro (la única especie de instrumentos detectores de radiación que había resistido los golpes) en lo alto del refugio para compararlo más tarde con el del interior. Sintió alivio al ver que los dosímetros marchaban al unísono y que habían sufrido menos que la dosis notal. .. aunque era grande... por lo que podían considerarse a salvo.

La única precaución que tomó fue que todos estuvieran armados... todos menos su esposa. Grace Farnham "no podía soportar las armas" y le supo mal tener que comer viendo a los demás armados.

Pero lo hizo con buen apetito. Duke había encendido una hoguera y disfrutaron tomando café caliente, carne de lata también caliente, guisantes calientes, patatas dulces en conserva calientes y ensalada de frutas en conserva... y cigarrillos, sin preocuparse por el aíre o por el fuego.

—Esto fue maravilloso –admitió Grace–. Hubert, querido, ¿sabes lo que haría falta para que todo fuese perfecto? No apruebas que se vuelva a mitad del día, pero éstas son circunstancias especiales y mis nervios siguen aún un poco tensos... así que, Joe, si quieres volver dentro y traer una botella de aquel coñac español...

–Grace.

–¿Qué, querido?... ¡Así todos nosotros podríamos celebrar nuestra maravillosa salvación. ¿Qué decías?

–No estoy seguro de que quede nada.

–¿Quéee? ¡Oh, pero si guardamos dos cajas llenas!

–La mayor parte del licor se rompió. Eso me recuerda más. Duke, te quedaste sin empleo como vigilante del agua. Me gustaría que aceptases el de tabernero. Por lo menos nos, quedan dos botellas sin romperse. Lo que encuentres, repartes en seis raciones completamente iguales, sea el varias botellas o sólo parte de una.

La señora Farnham permaneció inexpresiva, Duke intranquilo, Karen se apresuró a decir:

–Papaíto, ya sabes lo que te dije.

–Oh, sí. Duke, tu hermana no bebe. Así que reserva su parte como medicina, por si acaso... A no ser que cambie de opinión.

–No quiero ese empleo –dijo Duke.

–Tenemos que repartirnos las tareas, Duke. Oh, si, haz lo mismo con los cigarrillos. Cuando se acaben, se han acabado; tengo esperanzas de que más tarde podamos destilar licor volvió a su esposa–. ¿Por qué no tomas una Miltown, querida?

–¡Drogas! Hubert Farnharm, ¿no me estás diciendo que no puedo tomar una copa?

–En absoluto. Por lo menos se salvaron dos litros. Tu parte será algo más de un cuarto. Sí quieres bebértelo, adelante.

– ¡Bueno!

–¡Bien! Joseph, entra y tráeme una botella de coñac.

–¡No! –contraordenó su marido–. Si la quieres, Grace, tráetela tú misma.

–Oh, cáscaras, Hugh, no me importa.

–A mí, sí. Grace, Joe tiene lastimadas las costillas. Le hace mal trepar. Tú puedes subir utilizando esas cajas como escalones... y eres la única que no estás herida.

–¡Eso es cierto!

–Ni un arañazo. Todos los demás tenemos moraduras o peor. Ahora, en cuanto a los trabajos... Quiero que te ocupes de cocinar. Karen te ayudará. De acuerdo, Karen?

–Claro, papá.

–Eso os mantendrá atareadas. Construiremos unas parrillas y un horno holandés, pero se cocinará sobre la hoguera y se lavarán los platos en el arroyo durante una temporada.

–¿Sí? ¿Y quiere usted decirme, señor Farnham, qué va hacer mientras Joseph? ¿Cómo se ganará el salario?

–¿Quieres tú decirme cómo le pagaremos salario? Querida... ¿Es que no te das cuenta de que han cambiado las cosas?

– ¡No te muestres tan mandón! Joseph recibirá el último centavo que se le deba y lo sabe... en cuanto este jaleo se enderece. Después de todo, le salvamos la vida. Y hemos sido siempre buenos con él, así que no le importará esperar, ¿verdad, Joseph?

–¡Grace! ¡Cálmate y escucha! Joe ya no es nuestro criado. Es nuestro socio en la adversidad. Nunca le volveremos a pagar salario. Deja de actuar como una niña y enfréntate a los hechos. Nuestra casa desapareció. Mi negocio desapareció. El banco Mountain Exchange desapareció. Hemos sido barridos... excepto lo que tenemos en el refugio. Pero tenemos suerte. Vivimos y por algún milagro tenemos una posibilidad de ganarnos la vida de lo que produce el terreno. Suerte. ¿Comprendes?

– ¡Entiendo que empleas una excusa para atropellarme!

–Simplemente se te ha asignado una tarea adecuada a tu talento.

– ¡Fregona de la cocina! ¡Fui tu cocinero esclavo durante veinticinco años! Eso ya es bastante. No quiero hacerlo! ¿Me comprendes?

–Te equivocas en ambos sentidos. La mayor parte de nuestra vida de casados estuviste de doncella... y Karen te lavó los platos desde el tiempo en que podía asomarse por encima del fregadero. Lo reconozco, hemos tenido malas épocas. Ahora vamos a tenerlas peores aún... y tú vas a ayudar. Grace, eres una estupenda cocinera cuando quieres. Cocinarás... o no comerás.

– ¡Oh! –Rompió a llorar y huyó al interior del refugio. Desaparecía su espalda cuando Duke se levantó para seguirla. Su padre le detuvo.

–¡Duke!

–¿Sí?

–Una palabra y podrás unirte con tu madre. Voy a explorar, quiero que me acompañes.

Duke dudaba.

–De acuerdo.

–Saldremos dentro de poco. Creo que tu trabajo será el de "cazador". Eres mejor tirador que yo y Joe jamás ha ido de caza. ¿Qué te parece?

–Ejem... Está bien.

–Bueno. Ve a tranquilizarla, Duke, procura hacerle comprender lo que ocurre.

–Quizás a punto; pero estoy de acuerdo con mamá. La estabas riñendo.

–Es posible. Sigue adelante.

Duke se volvió con brusquedad y se fue. Karen dijo con tranquilidad:

–Yo también lo creo, papaíto. Le estabas riñendo de mala manera.

–Era mi intención. Creí que necesitaba una reprimenda. Karen, si no me hubiese puesto firme, ella no cocinaría... y seguirla dando órdenes a Joe, tratándole como sí fuese un cocinero a sueldo.

–Cáscaras, Hugh, no me importa el cocinar. Fue un placer el preparar el almuerzo.

–Ella cocina mejor que tú, Joe, y va a hacerlo. ¡Que no te vea haciendo cosas que debe hacer mi esposa!

El joven sonrió.

–No lo verás.

–Mejor así. O te despellejaré vivo y te clavaré en un árbol. Bárbara, ¿qué sabes de agricultura?

–Muy poco.

–Eres botánica.

–No, simplemente pude haber sido botánica algún día.

–Lo que te hace con ocho veces más conocimiento de agricultura que el resto de nosotros. Apenas puedo distinguir una rosa de una camelia; Duke sabe todavía menos y Karen cree que las patatas nacen en los árboles. Ya oíste a Joe decir que era un hombre de ciudad. Pero tenemos semillas y algunos fertilizantes. También herramientas de jardinería y libros sobre

agricultura. Repasa lo que poseemos y encuentra un lugar para un muerto. Joe y yo cavaremos y haremos el trabajo duro. Pero tú tendrás que dirigirnos.

–Está bien. ¿Hay semillas de flores?

–¿Cómo lo sabes?

–Lo esperaba.

–Hay anuales y perennes. No busques un lugar esta tarde; no quiero que vosotras dos os alejéis del refugio hasta que conozcamos el terreno. Joe, hoy tendremos que realizar dos cosas; una escalerilla y dos retretes. Bárbara, ¿qué tal eres como carpintera?

–Medianeja. Sé clavar un clavo.

–No dejes que haga Joe lo que tú puedes hacer; ha de curarse esas costillas. Pero necesitamos una escalera. Karen mi florecilla, te concedo el honor de excavar dos letrinas.

–Cáscaras... ¡Gracias!

–Sólo un par de hoyos, uno para señoras, otro para caballeros. Joe y yo construiremos adecuados retretes más tarde. Luego emprenderemos la tarea de erigir una cabaña de troncos. O una casa de piedra.

–Me preguntaba si tú tenias intención de hacer contrabando, papaíto.

–El de pensar, cariño. Gerencia. Supervisión. ¿No me ves sudar? –bostezó–. Bueno, que todos pasen una buena tarde. Voy a dar un paseo hasta el club, me daré un baño turco, y luego me tomaré un buen refresco.

–Papaíto, ve y mójate la cabeza. ¡Mira que eres comodón!

–Los de tu circulo estarán orgullosos de ti, querida.

Hugh y sus hijos partieron media hora más tarde.

–Joe –advirtió Hugh–, planeamos volver antes de que oscurezca, pero si no podemos, mantendremos encendida una hoguera toda la noche y vendremos mañana. Si tienes que buscarnos, no vayas solo; llévate una de las chicas. No, llévate a Karen; Bárbara no tiene zapatos aptos, sólo sandalias de tacón alto. Maldición. Tendremos que hacer mocasines. ¿Entendido?

–Claro.

–Nos encaminamos hacia aquella colina... aquélla. Quiero subir lo bastante para echar un vistazo a la Tierra... y quizá localizar signos de civilización.

Partieron... rifles, cantimploras, un hacha de mano, un machete, fósforos, brújulas, binoculares, botas de montaña, impermeables... Las prendas y el calzado hicieron bien tanto a Duke como a Hugh; Duke descubrió que su padre había guardado prendas para él.

Se turnaron, uno de ellos en vanguardia y vigilando, atento a la brújula y a las anotaciones; el otro marcando el camino y contando los pasos.

La colina alta que Hugh eligiera estaba en la otra parte del arroyo. Exploraron su orilla y encontraron un lugar en donde vadear. Por doquier se veía abundancia de caza. Los ciervos en miniatura eran abundantes y aparentemente jamás habían sido cazados Por lo menos, por el hombre... Duke vio un león de montaña y en dos ocasiones divisaron osos.

Parecían ser las tres, hora local, cuando se acercaban a las cumbres. La ascensión era escarpada, obstaculizada por la maleza y ninguno de los dos hombres estaba entrenado. Cuando llegaron a la cumbre algo más plana, Hugh deseaba dejarse caer en el suelo.

En su lugar miró a su alrededor. Hacia el este el terreno desaparecía en un descenso. Contempló kilómetros y kilómetros de pradera.

No pudo ver rastro de vida humana.

Ajustó sus binoculares y comenzó a buscar. Vio figuras que se movían; decidió que serían antílopes o ganado; tomó nota mental de que había que vigilar aquellos rebaños. Más tarde, más tarde...

–¿Hugh?

Bajó los binoculares.

–¿Sí, Duke?

–¿Ves aquel picacho? Tiene cuatro mil trescientos metros de altura.

–No te lo discuto.

–Es Mount James. ¡Papá, estamos en casa!

–¿Qué quieres decir?

–Mira el Sudoeste. Esos tres gendarmes en aquel perfil. El del medio es donde me rompí la pierna cuando tenía trece años. Aquella montaña puntiaguda entre nosotros y Mount James... es Hunter's Horn. ¿No lo ves? ¡El horizonte es tan reconocible como una huella digital! ¡Estamos en Mountain Springs!

Hugh miró con fijeza. Aquel horizonte era conocido por él. La ventana de su dormitorio había sido construida para que le permitiese ver la zona al amanecer; desde la terraza había visto muchas puestas de sol.

–Sí.

–Sí –asintió Duke–. Que me aspen si sé cómo. Pero tal y como me lo imagino... –dio una patada en el suelo–, estamos en la alta meseta. Dónde debería estar y... –arrugó la frente–. Por lo que pueda decirte, nuestro refugio se encuentra precisamente en el solar de la casa. ¡Papá, no hemos ido a ninguna parte!

Hugh sacó la agenda en donde anotaba los pasos y los rumbos de la brújula, hizo unos cuantos cálculos.

–Sí. Dentro de los límites del error.

–¡Y bien! ¿Qué te parece?

Hugh miró el horizonte.

–No me parece nada. Duke, ¿cuánta luz del día nos queda?

–Bueno... unas tres horas. Dentro de dos el sol se ocultará detrás de las montañas.

–Necesitaremos ciento veinte minutos para llegar aquí; deberíamos volver en menos. ¿Tienes cigarrillos?

–Sí.

–¿Me das uno? Cárgalo en mi cuenta, claro. Me gustaría descansar mientras fumamos, luego volver –miró a su alrededor–. Aquí arriba todo está

abierto y libre. Y no creo que un oso se atreviera a acercársenos. –Colocó el rifle y el cinturón en el suelo, se sentó.

Duke ofreció el cigarrillo a su padre y tomó uno para sí.

–Papá, eres un tipo frío. Nada te excita.

–¿Sí? Soy tan excitable que tuve que aprender a no demostrarlo.

–A las demás personas no les parece así. –Fumaron en silencio, Duke sentado. Hugh tendido. Estaba cercano al agotamiento y deseaba no tener que reemprender el camino de regreso.

Al poco Duke añadió:

–Además, disfrutas riñendo a la gente.

Su padre contestó:

–Supongo, si catalogas como riñas lo que yo hago. Nadie hace nada nunca excepto lo que desea hacer... "disfruta"... las posibilidades que se le abren. Si cambio un poco es que me gusta más de esta última manera.

–No te pongas enigmático. Disfrutas riñendo a mamá. Disfrutabas dándome azotes cuando niño... hasta que intervino mamá y te impidió hacerlo.

–Será mejor que empecemos el regreso –dijo su padre. Tendió la mano para recoger el cinturón y el rifle.

–Sólo un momento. Quiero enseñarte algo. No recojas cosas, no tardaré mucho.

Hugh se puso en pie.

–¿De qué se trata?

–Sólo de esto. Se terminó tu papel de capitán Bligh –Dio un puñetazo a su padre–. Esto por atropellar a mamá! –le pegó con más dureza y por el otro lado, derribando a su padre–. ¡Y eso por hacer que ese negro me amenazase con una pistola!

Hugh Farnham permaneció donde había caído.

–Nada de "negro", Duke. Ser humano.

–Será un ser humano mientras se comporte bien. Al apuntarme con una pistola se convirtió en un maldito negro. Ya puedes levantarte. No te volveré a pegar.

Hugh Farnham se puso en pie.

–Regresemos.

–¿Eso es todo cuanto tienes que decir? Adelante. Pégame. No me volveré.

–No.

–Te advierto que no quebranté mi palabra. Esperé hasta que abandonamos el refugio.

–Admitido. ¿Quieres que abra la marcha? Será mejor, quizá.

–¿Piensas que tenga miedo a que me dispares por la espalda? ¡Mira, papá, tuve que hacerlo!

–¿De veras?

–Infiernos, sí. Por amor propio.

–Muy bien –Hugh se puso el cinturón, recogió su arma se encaminó hacia la pendiente.

Marcharon en silencio. Por último, Duke dijo:

–¿Papá?

–¿Sí, Duke?

–Lo siento.

–Olvídalo.

Prosiguieron, encontraron el sitio por donde habían vadeado el arroyo, lo cruzaron. Hugh se dio prisa, puesto que atardecía. Duke volvió a insistir.

–Sólo una cosa, papá. ¿Por qué no nombraste a Bárbara cocinera? Ella está aquí gratis. ¿Por qué elegiste a mamá?

Hugh se tomó tiempo antes de contestar.

–Bárbara está aquí tan gratis como tú, Duke, y cocinar es lo único que sabe hacer Grace. ¿O estás sugiriendo que ella holgazanee mientras el resto do nosotros trabajamos?

–No, todos tenemos que arrimar el hombro... lo reconozco. Pero no más imposiciones, no más reñir a mamá en público. ¿Me comprendes?

–Duke.

–¿Sí?

–Durante el pasado año he estado estudiando karate tres tardes cada semana.

–¿Sí?

–No pruebes eso otra vez. Dispararme por la espalda es mucho más seguro.

–Te entiendo.

–Hasta que decidas pegarme un tiro, sería mejor que aceptases mi jefatura. ¿O deseas asumir la misma responsabilidad?

–¿Me la estás ofreciendo?

–No estoy en situación de hacerlo. Quizás el grupo te aceptase. Tu madre, seguro. Puede que tu hermana te prefiriera. En cuanto a Bárbara y Joe, carezco de opinión.

–¿Y tú, papá?

–No quiero responder a eso; no te debo nada. Pero hasta que decidas presentarte como candidato a la jefatura, espero de ti la misma disciplina voluntaria que demostraste cuando estabas bajo palabra de honor.

–¡"Disciplina voluntaria", vaya!

–A la larga no la hay de otra especie. Yo no puedo sofocar un motín a cada momento... y he tenido dos por tu parte, más una falta de disciplina por parte de tu madre. Ningún jefe puede operar en esas condiciones. Así que aceptaré tu disciplina voluntaria. Eso significa que no te entrometerás si decidido utilizar lo que tú llamas "atropello".

–Comprende bien, te dije que no soportaría...

Silencio! A menos que te hayas decidido a obedecer, lo más practico para ti es dispararme por la espalda. No me vengas atacando con los manos desnudas o corres el riesgo de dispararme primero, Al primer signo de jaleo, Duke, te mataré. Por lo menos, uno de los dos morirá.

Continuaron lo marcha en silencio, el señor Farnham sin volverse nunca o mirar atrás. Por último, Duke dijo:

–Papá, por todos los cielos, ¿por qué no puedes llevar las cosas de manera democrática? Yo no deseo ser jefe; simplemente ambiciono que demuestres ser ecuánime en todo.

–Humm, tú no quieres ser jefe. Tú quieres ir en el asiento de atrás... poniendo el veto a lo que haga el conductor.

–¡Cáscaras! Te digo que sólo quiero que las cosas se hagan de manera democrática.

–¿De verdad? ¿Tendremos que votar el que Grace haya de trabajar como el resto de nosotros? ¿Si necesita acaparar todo el licor? ¿Utilizaremos los procedimientos Robert? ¿La haremos retirarse mientras discutimos el asunto? ¿O deberá defenderse a sí misma de los cargos de indolencia y embriaguez? ¿Acaso deseas someter a tu madre a tal ignominia?

–¡No seas tonto!

–Trato de descubrir lo que entiendes tú por "democrático procedimiento". Si te refieres a someter a voto cada decisión, acepto de buena gana... si tú aceptas respetar cada decisión mayoritaria. Consiento de buen grado que te presentes para ser presidente. Estoy harto de responsabilidades y sé que a Joe no le gusta ser mi lugarteniente.

–Eso es otra cosa. ¿Por qué tiene que tener Joe voz y voto en estos asuntos?

–¿No querías que fuese todo "democráticamente?

–Sí. pero es que los...

–¿El qué, Duke? ¿Un "negro"? ¿O un criado?

–Tienes una forma muy antipática de decir las cosas.

–Tú eres el que tiene ideas antipáticas. Probaremos una democracia formal... leyes para el orden, me refiero al orden del día, para el debate, para la votación secreta, para todo... cuando quieras probar tal estupidez. Especialmente cada vez que desees promover un voto de no confianza y ocupar la jefatura... y yo estoy tan amargado como para esperar que tengas éxito. Mientras tanto, tendremos democracia.

–¿Como tú te lo imaginas?

–Sirvo para el consentimiento de la mayoría... cuatro de dos, según creo. Pero eso no me convence; necesito unanimidad, no puedo luchar indefinidamente contra la minoría. Me refiero a tu madre y tú. Quiero que seamos cinco contra uno antes de regresar, con una seguridad por parte tuya de que no te interferirás en mis esfuerzos por persuadir, o provocarás, o dominarás a tu madre impidiéndola que acepte su participación en la carga general... hasta que te veas capaz de presentar un voto de no confianza.

–¿Me pides que acepte todo eso?

–No, te lo digo. Disciplina voluntaria por tu parte... o a la próxima disputa uno de los dos morirá. No te daré el más ligero aviso. Por ese motivo tu norma de conducta más segura es dispararme por la espalda.

–¡Deja de decir tonterías! ¡Sabes que no te dispararía por la espalda!

–¿De veras? ¡Pues yo lo haría al menor asomo de jaleo. Duke, sólo veo una alternativa. Si consideras imposible dar voluntariamente tu consentimiento para mostrarte disciplinado, si no crees que puedes desplazarme, si no te puedes decidir a matarme, si no te importa arriesgarte a una pelea en la que uno de los dos moriría, entonces todavía hay una solución pacífica.

–¿Cuál?

–Cuando lo desees, podrás marcharte. Te daré un rifle, municiones, sal, fósforos, un cuchillo, lo que consideres necesario. No te lo mereces, pero no te dejaré marchar sin nada.

Duke soltó una amarga carcajada.

–¡Enviarme a que juegue a Robinson Crusoe... y quedarte a todas las mujeres contigo!

–¡Oh, no! ¡Cualquiera que lo desee es libre de marcharse! Puedes llevarte si quieres a las tres mujeres; es decir, siempre y cuando logres convencerlas.

–Lo pensaré.

–Hazlo. Y haz también un poco de política y aprovecha las oportunidades de ganar un voto contra mí "democráticamente"... mientras demuestras demasiado cuidadoso de no enfrentar tu voluntad contra la mía y obligarme a una pelea antes de lo que te convenga. Te lo advierto, noto que eres muy corto de genio; me has aflojado uno de los dientes.

–No era mi intención.

–Pues lo parecía. Ahí está el refugio; ya puedes empezar esa "disciplina voluntaria" pretendiendo que hemos pasado una tarde estupenda.

–Mira, papá. Si tú no lo mencionas...

–Cállate. Me das asco.

Al acercarse al refugio, Karen les vio y lanzó un grito de bienvenida; y Joe y Bárbara salieron arrastrándose sobre el túnel. Karen agitó la pala.

–¡Venir a ver lo que he hecho!

Había excavado letrinas a ambos lados del refugio. Con matorrales formó una especie de marcos y pantallas que ocultaban los improvisados retretes con el apoyo del cartón roto de las cajas de licor. También construyó asientos con la madera sobrante de la sala de depósito.

–¿Y bien? –preguntó Karen–. ¿Verdad que son atractivos?

–Si –musitó Hugh–. Mucho más lujosos de lo que me esperaba –se contuvo y no quiso decir que también le habían costado la mayor parte de la madera que poseían.

–Bueno, no fue obra mía del todo; Bárbara se ocupó de la carpintería. Me hubiera gustado que la hubieses oído jurar cuando se dio un martillazo en el pulgar.

–¿Te lastimaste el pulgar, Bárbara?

–Se pondrá bien. Ven a probar la escalera.

–Claro –empezó a entrar; Joe le contuvo.

–Hugh, mientras todavía tenemos luz, ¿qué te parece sí vienes a ver algo?

–Está bien. ¿Qué?

–El refugio. Has hablado de construir una cabaña. Supongamos que lo hagamos. ¿Qué tendremos? Un suelo de barro y de tierra y un techo con goteras, sin cristal para las ventanas ni puertas. Me parece a mí que un refugio es mejor.

–Bueno, quizás –asintió Hugh–. Había pensado utilizarlo mientras explorábamos, si es que tenemos que hacerlo.

–No me parece que sea demasiado radiactivo, Hugh. Ese dosímetro debió haber alcanzado una altura celestial si el tejado estuviera realmente "caliente". No ha sido así.

–Eso es una buena noticia. Pero, fíjate bien. Una inclinación de treinta grados es incomoda. Necesitamos una casa con el piso horizontal.

–A eso quería yo ir a parar. Hugh, ese gato hidráulico... está diseñado para soportar treinta toneladas. Cuanto juzgas que pesará el refugio?

–Oh. Déjame pensar cuántos metros de cemento utilizamos y cuánto acero –Hugh meditó, sacó su agenda–. Calculo unas doscientas cincuenta toneladas.

–Bueno, fue una buena Idea.

–Quizá sea una buena Idea –Hugh estuvo husmeando en torno al refugio, un bloque de seis metros de lado y de tres y medio de altura, fijándose en diversos ángulos y calculando longitudes.

–Puede hacerse –decidió Hugh–. Excavaremos debajo del lado de la parte de la colina, hasta la línea del centro, cortando lo bastante para dejar que ese costado se instale a nivel. Maldición, desearía poder tener herramientas eléctricas!

–¿Cuánto tiempo empleará?

–Dos hombres podrían hacerlo en una semana, si no se tropezaban con peñascos. Sin dinamita, un peñasco puede constituir un problema.

–¿Un problema muy grande?

–Siempre hay algún modo de resolverlo. Roguemos por no tropezarnos con roca sólida. Puesto que tendremos que excavar, reforzaremos la estructura con troncos. Al final, quitaremos los troncos con la maza y cuñas. Luego colocaremos el gato en la zona de abajo, a la que corresponde a la parte descendente de la colina. y colocaremos el refugio en su lugar, lo aseguraremos y llenaremos el hueco que queda con la tierra que hayamos sacado. Tendremos que sudar lo nuestro.

–Empezaré a primera hora de mañana.

–Y un infierno. No lo harás basta que se te hayan curado las costillas. Yo empezaré mañana, con las dos chicas fuertes. Más Duke, si no le duele el hombro, después de que mate para nosotros un ciervo; tenemos que conservar los alimentos enlatados. Lo que me recuerda... ¿qué se ha hecho

con las latas sucias. ?

–Las enterramos.

–Sacadlas y savadlas. Una lata es más valiosa que el oro; la utilizaremos para toda clase de cosas. Entremos. Aún tengo que mirar la escalera.

La escalera estaba hecha de dos vástagos de madera recortados, con peldaños sacados de tablas, encajados y clavados. Hugh había reflexionado en la madera que se había utilizado con demasiada profusión; los peldaños debían haberse hecho de ramas. Maldición, habían muchísimas cosas que no se podían pedir simplemente llamando por el teléfono. Aquellos rollos de papel higiénico, uno en cada letrina... No deberían dejarse al exterior; ¿qué pasaría si llovía? Muy pronto se tendrían que suplir por manojos de hojas.

Muchas, muchisimas cosas se dan siempre por sentadas. El algodón higiénico... ¿Cuanto tiempo duraría el que poseían? ¿Y qué utilizaban las mujeres primitivas? Algo, sin duda, pero ¿Qué?

Debía advertirles de que cualquier cosa manufacturada, un pedazo de papel, un trapo sucio, un alfiler, debía ser guardado. Tenía que prevenirles, insistirles, acuciarles sin fin.

–¡Es una hermosa escalera, Bárbara!. La joven parecía muy complacida.

–Joe hizo las partes más pesadas.

–No las hice –negó Joe –. Simplemente le aconsejé y retoqué un poco con el formón.

–Bueno, quien quiera que lo hiciera, es estupenda. Ahora veremos si aguanta de peso.

–¡Oh, claro que sí! –Exclamó orgullosa Bárbara.

El refugio tenía todas las luces encendidas. Había que tener precaución con las baterías también. Debía decir a las chicos que aprendiesen cómo hacer velas.

–¿Dónde esta Grace, Karen?

–Mamá no se encuentra bien. Está acostada.

–¿De Veras? ¡Será mejor que empecéis hacer la cena.

Hugh entró en el departamento de mujeres y vio la clase de malestar que su esposa sufría. Dormía pesadamente, con la boca abierta, roncando y estaba vestida del todo. Ex–tendió el brazo, levantó un párpado; no se agitó

–Duke.

–¿Sí. ?

–Ven aquí. Todos los demás que salgan.

Duke se le unió. Hugh dijo:

–Después del almuerzo, ¿diste bebida a Grace?

–¿Eh? Dijiste que no.

–No voy a criticarte. ¿Cuánto?

–Pues sólo medio vaso. Onza y media de Escocés, con agua.

–¿Te parece eso el efecto de un vaso? Trata de despertarla.

Hugh lo intentó, luego se incorporó.

–Papá, sé que crees que soy un estúpido. Pero le di sólo una copa. ¡Maldición, me opongo más que tú a que beba!

–Cálmate, Duke. Adivino que cogió la botella después de que te fuiste.

–Bueno, quizás – Duke frunció el ceño. En cuanto encontré una botella que no estaba rota, le di a mamá la copa. Luego hice inventario. Creo haberlo encontrado todo, a menos que tuvieses tú algo escondido...

–No, las cajas estaban juntas. Seis cajas.

–De acuerdo. Encontré trece botellas que no estaban rotas, doce quintos y un cuarto de "bourbon". Recuerdo haber pensado que tocábamos a dos quintos cada uno y que el cuarto lo guardaría como reserva. Tuve que abrir una botella de King's Ranson. Hice en ella una marca de lápiz. Ahora sabremos si la encontró.

–¿Escondiste el licor?

–Lo puse en la litera superior, pero al otro lado; me imaginé que seria difícil para ella trepar hasta allí... No soy un tonto completo, papá. No pudo verme, estaba en su camastro. Pero quizás se lo imaginó.

–Vamos a inspeccionar.

Trece botellas se encontraron entre el somier y el colchón; doce sin abrir, la decimotercera casi llena. Duke la levantó.

–¿Ves? ¡Precisamente la misma línea! Pero había otra botella que poseía un poquito, después del segundo bombardeo. ¿Qué le pasó?

–Bárbara y yo bebimos un poco después de que os fuisteis a dormir, Duke. Todavía quedó. No volví a verla. Estaba en la sala del depósito.

–¡Oh! ¡Yo lo hice, mientras estábamos baldeando. Se rompió. Renuncié a recuperar el liquido... ¿Pero de dónde lo sacaría ella?

–No lo hizo, Duke.

–¿Qué quiere decir?

–No fue licor –Hugh fue hasta el cajón de las medicinas y sacó una botella con el precinto roto–. Cuenta estas cápsulas de seconal. Anoche tomaste dos.

–Sí.

–Karen se tomó una al acostarse, otra más tarde; Joe sólo una. Ni Bárbara ni yo tomamos, ni Grace. Cinco.

–Basta, Espera, estoy contando.

Su padre comenzó a contar mientras Duke apartaba las cápsulas a un lado.

Noventa y una –anunció Duke.

–Controla –Hugh volvió a meter las cápsulas en el frasquito–. Así que ella tomó cuatro.

–¿Qué hacemos, papá? ¿Un lavado de estómago?

–Nada.

–Oh, no tienes corazón... ¡Trata de matarse!

–Cálmate, Duke. No ha hecho nada de esa especie. Cuatro cápsulas,

seis gramos, simplemente producen estupor en una persona saludable... y ella tiene tanta salud como un caballo; por lo menos, la tenía físicamente hace un mes. No, se tomó esos comprimidos para emborracharse –Hugh frunció el ceño. Un alcohólico es cosa bastante mala. Pero gente que se mata así mismo sin pensarlo con comprimidos para dormir...

–Papá, ¿qué quisiste decir con "ella se las tomó para emborracharse"?

–¿No las has usado?

–Jamás las probé en mi vida hasta que tomé dos anoche.

–¿Te acuerdas cómo te sentiste poco antes de quedarte dormido? Caído, feliz y cómodo!

–No. Me acosté y me quedó dormido. Lo único que supe fue que había chocado con mis hombros en la pared.

–No has desarrollado tolerancia para estos comprimidos. Grace conoce su efecto. Te emborracharon, te produce una borrachera muy feliz. Yo no me he enterado jamás que tomase más de una, pero es que tampoco se ha visto antes con el licor cortado en seco. Cuando una persona toma comprimidos para dormir porque no tiene alcohol, es que se encuentra en mal estado.

–¡Papá, debiste impedirla que bebiese hace muchísimo tiempo!

–¿Cómo, Duke? ¿Decirle que no podía tomarse una copa? ¿Quitársela de las manos en cualquier fiesta? ¿Pelearme con ella en público? ¿Luchar con ella delante de Joe? ¿No dejarla tener dinero, impedirle el acceso a nuestra cuenta del banco, procurar que no le diesen crédito? ¿Acaso eso le habría impedido empeñar sus pieles?

–Mamá no habría hecho jamas eso.

–Es la conducta típica en tales casos. Duke, es imposible impedir que cualquier adulto que esté decidido a tomarlo, se quede sin él. El gobierno de los Estados Unidos no tuvo tanto poder. Yo iré más lejos. Es imposible para nadie ser responsable del comportamiento de otra persona. Hablo de mí mismo como "Responsable" de este grupo; eso ha sido una figura retórica. Lo más que puedo hacer... o tú, o cualquier jefe... es animar a cada cual para que sea responsable de sí mismo.

Hugh se mordió el pulgar y pareció angustiado.

–Quizá mi error fue dejarla holgazanear. Pero me consideraba pringoso porque sólo le permitía tener un criado y una mujer de limpieza. Duke, ¿ves algo que pude haber hecho, a no ser pegarle alguna buena paliza?

–Oh... eso está fuera de lugar. ¿Qué haremos ahora?

–Eso es, consejero. Bueno, impediremos que vuelva a tomar comprimidos de esos.

–¡Y que me condene si no le corto por completo el suministro de licor!

–Oh, yo no lo haría.

–¿Tú no lo harías, eh? ¿Oí correctamente cuando dijiste que yo era el encargado del licor?

–La decisión te corresponde a ti. Simplemente dije que yo no lo haría. Me parece un error.

–Bueno, pues a mí no. Papá, no quiero seguir con el asunto de sí pudiste o debiste haber impedido que mamá adquiriera la costumbre que

tiene. Pero intento poner fin a ella.

–Muy bien, Duke. Hmm, de todas maneras, en cuestión de días se va a quedar sin beber. Debía ser más fácil irla acostumbrando. Si aceptas contribuiré con una botella de mi parte. ¡Diablos, puedes llevarte las dos! Me gusta un trago tanto como al que más, pero Grace lo necesita.

–No será necesario –dijo su hijo con voz dura–. No dejaré que tome nada. Si supera la crisis, se pondrá bien mucho antes.

–La decisión es tuya. ¿Me permites una sugerencia?

–¿Qué?

–Por la mañana, levántate antes que ella. Saca el licor fuera y entiérralo en algún lugar que solo tú conozcas. Luego abres una botella cada vez y la repartes hasta que se acabe. Dile a los demás que beban donde ella no pueda verlo. Será mejor que también tengas fuera de casa la botella abierta.

–Parece razonable.

–Pero lo que me parece más urgente es impedir que los comprimidos de dormir estén a su alcance.

–¿Los enterramos?

–No. Los necesitamos dentro y no sólo comprimidos para dormir. Demerol, agujas hipodérmicas, varías drogas, algunos venenos y unos cuantos aditivos y todo lo insubstituible. Sí no encuentra Seconal... cinco frascos con cíen comprimidos cada uno hace mucho bulto... es imposible adivinar qué es lo que se tomaría. Utilizaremos la caja fuerte.

–¿Eh?

–Una caja pequeña construida en el fondo de cemento de esa alacena. No hay nada excepto certificados de nacimiento y cosas por el estilo, más reserva de municiones y dos mil dólares en plata. Puse la moneda junto con la herramienta, la utilizaremos como metal. La clave es "4 de julio de 1776"... "47–17–76". Será mejor que la cambies; Grace podría adivinarla.

–¡En seguida!

–No tengas prisa, no despertará. Duke, tú eras el encargado del licor y de los cigarrillos y ahora lo eres también de las drogas. Iré más lejos, te nombro jefe de racionamiento. Responsable de todo lo que no se puede substituir: Licor, tabaco, munición, clavos, papel higiénico; fósforos, pilas secas, kleenex, agujas...

–¡Buen Dios! ¿No tiene más trabajos sucios?

–En abundancia. Duke, trato de utilizar a cada cual según sus habilidades. Joe es demasiado desconfiado... y hoy mismo se pasó por alto evidentes economías. Karen no es previsora. Bárbara se siente como una invitada, aunque no lo es. Tú tienes la naturaleza indicada para la misión; no dudarías en imponerte una rígida disciplina. Y eres previsor cuando te tomas la molestia de emplear la cabeza.

–Muchísimas gracias. De acuerdo.

–La cosa más difícil de meterse en la sesera de todos es ahorrar hasta el último pedazo de metal, papel, tela y madera, cosas que los americanos han desperdiciado durante años. Los elementos no son tan importantes; los substituiremos, tú cazando, Bárbara haciendo de hortelana. No obstante,

será mejor anotar lo que no se puede substituir. La sal. Especialmente he de racionar la sal.

–¿Sal?

A menos que te encuentres con un yacimiento de sal mineral mientras vayas de caza. Sal... ¡Maldita sea, vamos a tener que curtir cuero! Todo lo que se podía hacer con una piel era frotarla con sal y entregársela al taxidermista. Buscaremos sal. ¡Demonios, vamos a descubrir que deje de almacenar infinidad de cosas que sin ellas no lo pasaremos bien!

–Papá –emitió Duke–. Me parece que lo has hecho muy bien.

–¿De veras? Me agrada oírlo. Lograremos...

–¡Papaíto!

¿Sí? –Hugh fue a la sala del depósito. La cabeza de Karen asomaba por la escotilla.

–Papaíto, ¿podemos entrar, por favor? Es oscuro y da miedo... y algo grande persigue a "doc" hasta hacerle entrar. Joe no nos quiere permitir la entrada hasta que tú no lo digas.

–Lo siento, nena. Que todo el mundo entre. Y colocaremos la tapa.

–Sí, señor. Pero, papaíto, deberías echar un vistazo fuera. Estrellas. ¡La Vía Láctea como un letrero luminoso! Y constelaciones... así que quizás no estamos en otro planeta. ¿O aún se pueden ver en el que estamos las constelaciones familiares?

–No estoy seguro –recordó el descubrimiento de que todavía estaban en el Condado James, zona de Mountain Springs. Sin embargo, faltaba la comprobación. Duke debía decirlo; era deducción suya–. ¿Duke, quieres echar un vistazo antes de que cerremos?

–Gracias, ya he visto antes estrellas.

–Como gustes –Hugh salió, aguardó hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y vio que Karen tenía razón: nunca había visto antes los cielos en una noche clara de las montañas sin otras luces, ni rastro de bruma, que disminuyera su magnificencia.

– ¡Hermoso! –murmuró.

Karen colocó su mano en las de él.

–Sí –asintió–. Pero me gustaría ver algunas farolas. Hay cosas ahí fuera. Y hemos oído coyotes.

–Hay osos y Duke vio a un león de montaña. Joe, será mejor mantener el gato dentro por la noche y que no se separe mucho durante el día.

–No irá lejos, es tímido. Y algo le dio una lección.

–¡Y a mí también! –anunció Karen–. ¡Osos! Vamos, Barbie, entremos. Papaíto, si sale la luna, esto debe ser la Tierra... y jamás me volveré a fiar de ningún libro de historiales.

–Ve y pregúntaselo a tu hermano.

El descubrimiento de Duke fue tema de conversación durante la cena. El desencanto de Karen se había substituido por su interés en cómo concedieran Mountain Springs.

–Duke, ¿estás seguro de que viste lo que pensaste ver?

–No hay posible error –respondió Hugh por él–. Si no fuese por los árboles, tú misma te podrías haber fijado. Tendremos que descender a Reservoir Hill para conseguir un panorama claro.

–¿Y oí que hay todo ese tiempo para llegar a Reservoir Hill? ¡Oh, sólo queda a cinco minutos de distancia!

–Duke, explica a tu hermana lo de los automóviles.

–Creo que la bomba fue la causante –exclamó Bárbara de pronto.

–Oh, segura, Barb. La cuestión es ¿cómo?

–Me refiero a la enorme bomba H que afirmaban los rusos tener en órbita. La que llevaba la "Bomba Cósmica". Creo que fue la que nos dio –sigue, Bárbara.

–Bueno, la primera bomba fue terrible y la segunda nada; por poco nos queman. Por la tercera nos dio con un "¡Booom!" y luego no oír ruido, ni calor ni murmullos y la radioactividad disminuía en vez de empeorar. He aquí lo que pienso: ¿habéis oído hablar de mundos paralelos? ¿Un millón de mundos uno junto al otro, casi iguales, pero no del todo? ¿Mundos en donde Elizabeth se casara con Essex y Marco Antonio odiase a las pelirrojas? ¿Y Benjamín Franklin muriera electrocutado con su cometa? Bueno, esto es uno.

–Primero los automóviles y ahora Benjamín Franklin. Voy a ver una película de Ben Casey.

–Fíjate bien, Karen, la Bomba Cósmica nos dio en el centro... y nos envió a un mundo contiguo. Exactamente igual al que vivíamos... excepto que jamás vivieron en él hombres.

–No estoy seguro de que me gustaría un mundo sin hombres. Prefiero un planeta extraño, con señores feudales cabalgando en monstruos. ¿O no?

–¿Qué te parece mi teoría, Hugh?

–La contemplo con criterio abierto. Admitiré esto. No deberíamos contar con hallar otros seres humanos.

–Acepto tu teoría, Bárbara –ofreció Duke–. Explica los hechos, deformándolos como si fuese una semilla de melón. ¡Uff!

–Y aterrizamos aquí.

Duke se encogió de hombros.

–La conoceremos como la Teoría del Transporte Cósmico de Bárbara Wells y queda adaptada. Aquí estamos atascados... y yo me marcho a la cama. ¿Dónde duermo Hugh?

–Aguarda un momento. Amigos, os presento al Jefe de Racionamiento. Haz una reverencia, Duke –Hugh explicó el programa de austeridad–. Duke le perfeccionará, pero la idea esencial es esa. Por ejemplo, me fijé en un clavo doblado en el suelo del tocador. Eso merece un gorro con orejas de burro y azotes. Para un delito grave, como desperdiciar una cerilla, se debe poner de rodillas. ¡La reincidencia... deberá significar la horca en el patio!

–¡Uff! ¿Tenemos que vigilar?

–Cállate, Karen. No habrá testigos, sólo el triste conocimiento de que has privado al resto de algo necesario para la vida, la salud, o la comodidad. Así que no hagas hablar a Duke. Quiero hacer otro nombramiento. Nena,

¿sabes taquigrafía?

–Eso es mucho decir. El señor Gregg no pensaría lo mismo.

–Hugh, yo sé taquigrafía sí lo necesitas.

–Está bien, Bárbara, te nombro historiadora. Hoy es el Día Uno. O empezaremos con el calendario que usábamos, pero deberemos ajustarlo; las estrellas de ahí fuera son de invierno. Cada noche anotarás los acontecimientos y después lo registrarás todo en escritura normal. Tu titulo es Guardiana del Fuego. En cuanto sea posible, serás en realidad la verdadera Guardiana del Fuego; tendremos que encender una hoguera y mantenerla por la noche. Siento haberte tenido levantado, Duke.

–Dormiré en el cuarto del depósito, Hugh. Ocupa tú una litera.

–Aguarda un momento. Hermaníto, ¿puedes permanecer levantado unos minutos más? Papaíto, ¿podríamos Bárbara y yo utilizar la sala del depósito para darnos un baño? ¿Tenemos bastante agua? Una chica que se pasa el día cavando letrinas, necesita un baño.

–Seguro, hermanita –asintió Duke.

–El agua es otro problema –dijo Hugh–. Pero podéis bañaros en el arroyo por la mañana. Sólo una cosa: cuando se baña alguien, otra persona deberá montar guardia. No quiero jugar con los osos.

Karen se estremeció.

–Ni yo tampoco. Pero eso me recuerda, papíto... ¿tendremos que salir al... tocador por la noche? ¿O aguantarnos hasta que amanezca? No estoy segura de que pueda. ¡Pero lo intentaré... lo prefiero a jugar al escondite con los osos!

–¿Pero no está aún acabado el retrete interior?

–Bueno... yo pensé que con instalar una nueva cañería hacia el exterior...

–Pues claro que no.

–Me siento mejor. Está bien, hermanito, entréganos a Bárbara y a mí algo que sirva de orinal y después puedes irte a la cama.

–¿No hay baño?

–Si lo hacemos, podemos bañarnos en el dormitorio de las chicas después de que vosotros os hayáis acostado. Así os ahorraremos sonrojos.

–Yo no me sonrojo.

–Pues debieras hacerlo.

–Basta –interrumpió Hugh–. Los "sonrojos" no nos hacen falta. Aquí estamos más atestados que un apartamento de Moscú. ¿Sabéis lo que dicen los japoneses sobre el desnudismo?

–Sé que se bañan en compañía –contestó Karen–, y me gustaría unirme a ellos. ¿Agua caliente? ¡Oh, que divinidad!

–Dicen: "la desnudez se ve con frecuencia pero jamás se mira". No os aconsejo que desfiláis en traje de Adán y Eva, pero tenemos que evitar los remilgos. Si os toca cambiar de ropa y se descubre que no hay intimidad... pues, a cambiarse. O si es necesario tomar un baño en el arroyo, la persona que esté disponible para hacer guardia quizá no sea del mismo sexo que la

persona que desea bañarse. Así que olvidaros de eso –mira a Joseph–. Me refiero a ti. Supongo que eres muy delicado en esa cuestión.

Joe parecía tozudo.

–Así me educaron, Hugh.

–¿De veras? Pues a mí también me educaron del mismo modo, pero trato de comprender las circunstancias. Después de un día sudoroso de trabajo, quizá la única persona que sea asequible para montar guardia contra los osos mientras tú te bañas sea Bárbara.

–Correrá el riesgo. Yo no vi ningún oso.

–Joe, no quiero que hagas tonterías. Eres mi comisario.

–No lo pedí.

–Pues no lo serás, a no ser que cambies de tono. Te bañarás cuando lo necesites y aceptarás servicios de guardia de cualquiera.

Joe continuaba testarudo.

–No, gracias.

Hugh Farham suspiró.

–No esperaba delicadezas de esa índole de tu parte Joe. Duke, ¿me respaldarás? Me refiero a "Condición siete".

– ¡Encantado! –Duke empuñó el rifle que antes llevara y empezó a cargarlo. Joe quedó boquiabierto, pero no se movió.

–Calma, Duke. No serán necesarias las armas. Eso es todo, Joe. Sácate las ropas que llevabas anoche. No las que guardamos para ti, que las pagué yo. Nada más, ni siquiera fósforos. Puedes cambiarte en la sala del depósito; fue tu recato lo que intentaste salvar. Pero la vida es cosa tuya. En marcha.

Joseph habló despacio:

–Señor Farham, ¿lo dice le veras?

–¿Eran verdaderas las balas que había en el rifle con que apuntaste a Duke? Me ayudaste a dominarle; me oíste dominar a mi esposa. ¿Acaso puedo yo mostrarme duro con ellos... y dejarte a ti salir con la tuya? Buen Dios, las próximas que se revelarían serían las chicas. Luego el grupo se desmoronaría y moriría. Prefiero que seas solo tú. Tienes dos minutos para decir adiós al "Doctor-Livingstone".

"Doctor-Livingstone" estaba en el regazo del negro. Joe se puso despacio en pie, aún sujetando al animal. Parecía atontado.

Hugh añadió:

–A menos que prefieras quedarte.

–¿Puedo?

–En las mismas condiciones que el resto.

Dos lágrimas corrieron de las mejillas de Joe. Miró al gato y le acarició, luego contestó en voz baja:

–De acuerdo. Me gustaría quedarme.

–Bien. Confírmalo pidiendo excusas a Bárbara.

Bárbara pareció sobresaltada. Estuvo a punto de hablar, luego lo pensó mejor.

–Ejem... Bárbara. Lo siento.

–No tiene importancia, Joe.

–Me sentirla... feliz y orgulloso de que me vigilaras. Mientras tomo el baño, me refiero. Si quieres, claro.

–Cuando gustes, Joe. Encantada.

–Gracias.

–Y ahora –dijo Hugh–, ¿quién quiere jugar al "bridge"? ¿Karen?

–¿Y por qué no?

–¿Duke?

–Yo me acuesto. El que necesite el bote, que pase por encima de mí.

–Duerme en el suelo junto a las literas, Duke y evita el tráfico. No, ocupa la litera superior.

–Tómala tú.

–Yo seré el último en acostarme, quiero examinar un asunto. ¿Joe? ¿Juegas?

–No, creo, señor, que desee jugar a las cartas.

–¿Tratas de ponerme en mi lugar, eh?

–No dije eso señor.

–No fue preciso, Joe. Te ofrecí la ramita de oliva. Una partida solo. Hemos tenido un día muy duro.

–Gracias. Preferiría que no.

–Maldición, Joe, no podemos permitirnos el lujo de estar enfadados. Anoche Duke lo pasó bastante peor. Estuvo a punto de verse arrojado a un infierno radiactivo... ¿Se puso de malhumor?

Joe bajó la vista, rascó la cabeza del "Doctor-Livingtone"... De pronto alzó los ojos y sonrió.

–Una partida. ¡Y voy a pegarte una paliza!

–¡Y un cuerno! ¿Barbie, haces la cuarta?

–Encantada.

Al contar quedaron aparejados Joe con Karen y le tocó a él dar. Barajó las cartas.

–Ahora vamos a jugar como verdaderos expertos.

–Vigílale, Barbie.

–¿Quieres una apuesta, papito?

–¿Qué tienes que ofrecer?

–Bueno... ¿mi joven y hermosa personalidad?

–Mucha grasa.

–¡Oh, grosero endiablado! Yo no estoy gorda, sólo regordeta. Bueno, ¿qué te parece mi vida, mi fortuna y toda mi inteligencia?

–Contra qué?

–¿Contra una pulsera de diamantes?

Bárbara se sorprendió al ver lo mal que jugó Hugh, descontándose e incluso dudando. Advirtió que estaba atontado por la fatiga... ¡Oh, pobre hombre! Alguien tendría que ajustarle las cuentas a él también. O se mataría tratando de llevar la carga de todos.

Cuarenta minutos más tarde Hugh redactaba un pagaré por una pulsera de diamantes. Luego se prepararon para acostarse. Hugh se mostró complacido al ver que Joe se desnudaba y se metía en la litera inferior. Duke se tumbo en el suelo pues hacia calor en el cuarto; la masa se enfriaba despacio y no circulaba aire por estar tapada la escotilla, pese a los ventiladores de la sala del depósito. Hugh tomó nota mental de que debía de inventar alguna trampa para osos... o para felinos... alguna reja en lugar de la tapa. Más tarde... se dijo.

Llevó la lámpara de campaña a la sala del depósito.

Alguien había colocado los libros en las estanterías, pero algunos estaban abiertos para que se secaran; los ojeó, esperando que no se hubiesen estropeado.

Los últimos libros del mundo...

Eso parecía.

Sintió de pronto pena por aquel abstracto conocimiento de las muertos de millones de personas del mundo. De alguna manera, el destruir enormes cantidades de libros era algo mucho más brutalmente obsceno que matar a las personas. Todos los hombres deben morir, eso era su única herencia común. Pero el libro jamás muere y no debería asesinársele; los libros son la parte inmortal del hombre. Quemar libros... ¡Violar un amistoso e indefenso libro!

Los libros siempre fueron sus mejores amigos. Centenares de bibliotecas públicas lo demostraban. Desde un millar de estanterías habían dado color a su soledad. De pronto sintió de que no haber sido capaz de salvar algunos libros, la vida apenas habría sido digna de soportar.

La mayor parte de su colección era útil; La Enciclopedia Británica... Grace pensó que el espacio podía haberse empleado para un televisor, "porque quizás sean difíciles de comprar después". A él también le supo mal el espacio que ocupaba, pero era el conjunto más compacto de conocimientos que había en el mercado. Estaba también la "Guerra de guerrillas", de "Che" Guevara... ¡Gracias a Dios que no se necesitaría! Ni tampoco precisaría la obra "Yank" de Leivy, un manual para la lucha y la resistencia. El libro "Nuevos sistemas de guerra", de Tom Wintringham..., ¡De esos tomos había que olvidarse! ¡Ya no habría más guerra moderna!

El "Manual del explorador" la "Ingeniería Mecánica", de Eihbach; la "Guía del Reparador de Radio"; "Caza y Pesca", "Setas comestibles y cómo conocerlas"; "La vida hogareña en los días coloniales"; "Su cabaña de troncos"; "Chimeneas y hogares"; Libro de la cocina campestre; "Medicinas sin médicos"; "Cinco acres o independencia"; "Aprenda ruso" y los diccionarios ruso-inglés o inglés-ruso; "Manual de Herbolario"; los manuales de supervivencias del Departamento de Armas de la Marina, las "Técnicas de Supervivencia", de la aviación; el "Carpintero Práctico"... todos libros muy útiles.

"El libro de Oxford del verso inglés"; "Un tesoro de poesía americana"; "Libro de los jueves" de Hoyle; "Anatomía de la Melancolía" de Burton y otra

del mismo autor "Mil y una noches"; "La vieja y buena Odisea", con ilustraciones de Wyeth; la "Antología Poética" de Kipling y sus "Historias Indiferentes", un poema único de Shakespeare; el Libro de Naciones, La Biblia, "Ensayos y Curiosidades Matemáticas"; "Así hablaba Zarathustra"; "El libro del Viejo Possilin sobre Gatos Prácticos", de T. S. Eliot; Los "Versos" de Robert Frost, "Hombres contra el Mar"...

Deseó haber tenido tiempo para guardar la lista de novelas que comenzara. Deseó haber bajado sus obras completas de Mark Twain. Deseó...

Demasiado tarde, demasiado tarde. Eso era. ¡Cuán poco quedaba de una poderosa civilización! "Las torres que llegaban hasta las nubes",

Se despertó sobresaltado y encontró que se había dormido de pie. ¿Para qué he venido aquí? Algo importante.

¡Oh, sí! Curtido del cuero... ¿cuero? Bárbara iba descalza, Bárbara necesitaba mocasines. Seria mejor probarle la Británica. O en aquel volumen de los "Días Coloniales"

¡No, gracias a Dios, no era preciso utilizar la sal! Había que buscar algunos robles. Mejor todavía, que los buscara Bárbara; eso la haría sentirse útil. Era preciso hallar algo que sólo pudiese hacer Joe, para que ese pobre negro se sintiera apreciado, amado. Se le recordará...

Volvió dando tumbos a la sala principal, miró hacia la litera superior y se dio cuenta de que no podría llegar hasta ella. Se tumbó en la manta sobre la que habían jugado a las cartas e inmediatamente quedó dormido.

V

Grace no se levantó para el desayuno. Las chicas sin decir nada le dieron de comer, luego se quedaron para hacer la limpieza. Duke fue de caza, llevando un 45 y un arco de flechas. Lo eligió él; era posible recuperar las flechas o substituirlas; las balas se perdían para siempre. Duke hizo unos cuantos ensayos y decidió que ya tenía bien el hombro.

Comprobó los relojes y partió, dejando entendido de que una hoguera se encendería hacía el arroyo si no había vuelto hacia las tres.

Hugh dijo a las chicas que sacasen fuera cualquier libro que no estuviese seco, luego que tomaran pico y pala y empezaran a nivelar la casa. Joe trató de ayudarlas; Hugh lo prohibió.

–Mira, Joe hay un millar de cosas que hacer. Hazlas. Pero nada de trabajo pesado.

–¿Como qué Hugh?

–Oh, corrige los inventarios. Echa una mano a Duke anotando todo lo que no se puede substituir. En el caso de que se te ocurra algo; que pienses alguna cosa, lo escribes. Averigua cómo se fabrica el jabón y velas. Revisa los dosímetros. Coge un arma y mantén los ojos abiertos... y procura que esas chicas no salgan sin pistola. ¡Infiernos!, descubre el modo de instalar una cañería y hacer que corra el agua, puesto que no tenemos tuberías ni plomo ni inodoros de porcelana y tampoco cemento para hacer obras.

–¿Y cómo diablos voy a poder hacer todo eso?

–Alguien lo hizo por primera vez.

–Está bien. Ven aquí, "Doc". ¡Ven, ven, ven!

–Y, Joe, hablando de cuarto de baño, deberías ofrecerte para montar guardia mientras las chicas se bañan. No es preciso que mires.

–Está bien, me ofreceré. Pero les diré que lo sugeriste tú. No quiero que piensen...

–Mira, Joe, son una pareja de limpias chicas americanas... me refiero a limpias mental y anímicamente. Di lo que tú quieras, pero seguirán creyendo que en cuanto puedas les echaras una miradita. Es parte de su credo el estar convencidas de ser tan fatalmente irresistibles para un hombre, que sería una decepción terrible para ellas descubrir lo contrario. Herirías sus sentimientos.

–Lo entiendo. Creo– Joe se fue. Hugh comenzó a cavar, mientras reflexionaba; de joven jamás habría perdido la oportunidad de dar una miradita a las chicas sin sentirse avergonzado... pero aquel incorregible muchacho no se atrevería jamás a mirar ni siquiera a Lady Godiva. Era un buen chaval, sin imaginación pero de la máxima confianza. Lastima haberse tenido que poner tan duro anoche...

Con mucha rapidez Hugh se dio cuenta de que se había olvidado de algo imprescindible: no tenían carretilla alguna.

Había excavado un poco antes de comprender esta nueva necesidad. Cavar mediante fuerza muscular era malo, pero llevarse la tierra en cubos era una afrenta al sentido común.

Así, mientras transportaba los cubos de tierra, pensó cómo construir una rueda... sin metal, sin fragua, sin taller, sin fundición, sin...

¡Un momento! Tenia las botellas de acero. Había fleje de hierro en las literas y hierro blando en el albergue del periscopio. Podría fabricar carbón y la construcción del fuelle era sencillo, utilizando la piel de un animal y algunas ramas. El estúpido que no pudiese tener una rueda con todo eso a su disposición, merecía hacer de burro de carga.

Poseía unos diez mil árboles, ¿no? Finlandia no tenía nada excepto árboles. Sin embargo, Finlandia era el país más estupendo de los pequeños del mundo.

–!"Doc", apártate de entre mis pies! si todavía quedaba Finlandia... allá donde el mundo estuviera...

Quizás a las chicas les gustara un baño finlandés, junto al arroyo, donde pudiesen sumergirse después y chapotear y sentirse bien. Pobres criaturas, jamás tendrían un hermoso saloncito; quizá una "sauna" seria un "equivalente moral".

A Grace quizá le gustara. Sería estupendo sentirse otra vez alegre y esbelta. Qué hermosa había sido!. Bárbara apareció con una pala.

–¿De dónde sacaste eso? ¿Y qué piensas hacer?

–Es la que utilizaba Duke. Voy a cavar.

–Descalza? Estas lo... Eh, pero si llevas zapatos.

–Mejor. Los pantalones son suyos también. La camisa es de Karen.

¿Dónde quieres que cave?.

–Un poco más allá de mí, aquí. Si encuentras algún peñasco de más de doscientos kilos, pides ayuda. ¿Dónde está Karen?.

–Bañándose. Decidí que era preferible seguir oliendo mal, trabajar y bañarme más tarde.

–Cuando gustes. No trates de seguir en esa tarea todo el día. No puedes.

–Me gusta trabajar contigo, Hugh. Casi tanto como lo dejo colgado.

–¿Cómo jugar al bridge?

–Cómo jugar al bridge siendo pareja tuya. Si, puedes decir eso.

–Barbie, criatura.

Hugh descubrió que cavar era divertido. Daba descanso a la mente y un desahogo a los músculos. Te hacía feliz. No lo había intentado desde hacia muchísimo tiempo.

* * *

Bárbara llevaba cavando una hora cuando la señora Farnham apareció doblando la esquina.

–Buenos días– dijo Bárbara; añadió una palada al cubo, cogió ambas cosas semillenas y desapareció doblando la otra esquina.

Grace Farnham dijo:

–!Bien! Me preguntaba dónde te escondías. Me dejasteis sola. ¿Te das cuenta de eso?– llevaba puestas las ropas con las que durmió. El rostro parecía hinchado.

–Se te dejó dormir, querida.

–No resulta agradable despertar sola en un lugar extraño. No estoy acostumbrada.

–Grace, no se te descuidó. Se te dio incluso el desayuno.

–¿A eso llamas tu desayuno?

–No hablemos más, ¿te importa?.

–En absoluto.

–¿De veras?– pareció reanimarse, luego dijo con tristeza–. Quizá no puedas hacer una pausa lo bastante larga para decirme dónde has escondido mi licor. Mi licor. Ni pensar en tocar la vuestra... después del modo en que me tratasteis... Especialmente tu... delante de criados y desconocidos...

–¿Qué quieres decir?

–Duke se encarga del licor. No se donde lo guardó.

–! Mientes!

–Grace, en veintisiete años no te he mentido ni una sola vez.

–!Oh! Eres un hombre brutal, brutal!

–Quizás. Pero no miento y la próxima vez que digas que lo hago, me pondré duro contigo.

–¿Dónde está Duke? !No te permitirla que me hablases así! !Me lo dijo,

me lo prometió!.

–Duke se ha ido a cazar. Espera volver sobre las tres.

Ella se le quedó mirando, luego regresó. corriendo y doblando la esquina. Bárbara reapareció, recogió la pala. siguieron trabajando.

Hugh dijo:

–Siento que hayas presenciado eso.

–¿El qué?

–A menos que estuvieses a cien metros de distancia, has debido oírlo.

Hugh, eso no me importa.

–En estas condiciones, todo importa a todos. Has formado una mala opinión de Grace.

–Hugh, ni en sueños criticaría a tu esposa.

–Puedes tener opiniones, pero quiero que formes una profunda. Imagínatela como era hace veinticinco años. Piensa en Karen.

–Se parecía a Karen.

–Sí. Pero Karen jamás tuvo responsabilidades. Grace si y las aceptó bien. Yo era un recluta; no ascendí hasta después de Pearl Harbor. La familia de ella era la que se conoce como "buena familia". No se mostraba muy ansiosa de que su hija se casase con un soldado sin un céntimo.

–Supongo que no.

–No obstante, se casó. Bárbara, ¿tienes tú la menor idea de lo que era ser esposa de un joven soldado en aquellos días, sin dinero? Los padres de Grace querían que fuese a su casa... pero no le enviaron un céntimo mientras siguiera conmigo. Siguió.

–Bien por Grace.

–Sí. No estaba preparada para vivir en un cuarto y compartir un baño que se encontraba en el pasillo con los demás vecinos, ni para esperar en las clínicas de maternidad de la Marina. Ni tampoco para hacer que un dólar valiese el doble de lo que debiera valer. Ni para estar a solas mientras yo me encontraba en el mar. Joven y bonita y en Norfolk, pudo haberse divertido con facilidad. En vez de eso, encontró trabajo... en una lavandería, separando ropa sucia. Y cada vez que yo volvía a casa, la encontraba brillante y animosa y sin quejarse.

–Alexander nació el año siguiente... –dijo Hugh al cabo de una pausa.

–¿Alexander?

–Duke. Le bautizamos así por su abuelo materno; yo no conseguí ni un solo voto. Sus padres estaban ansiosos de hacer de una vez las paces con nosotros ahora que tenían un nieto; incluso parecían ganosos de aceptarme. Grace permaneció fría y jamás aceptó un céntimo... Volvió a trabajar con nuestra patrona cuidando del niño durante semanas.

"Esos años fueron los más duros. Yo subí deprisa y el dinero ya no fue problema. Vino la guerra y a mí me reclutaron de soldado y terminé como teniente en Seabees. En 1.946 tuve que elegir entre volver a ser jefe o licenciarme. Con el respaldo de Grace, abandoné la milicia. Así que me encontré en la playa, sin trabajo, con una esposa, un hijo en el parvulario,

una hija de tres añitos, viviendo en un remolque, con los precios muy altos y subiendo todavía más. Poseíamos unos cuantos bonos de guerra.

"Ese fue un segundo periodo duro. Hice una inversión en una firma de contratos, perdí nuestros ahorros, me puse a trabajar para una compañía hidráulica. No nos morimos de hambre, pero apurábamos lo que había en la nevera y hacíamos sopa a todo pasto, con las sobras. Bárbara, mi esposa, se portó como un soldado... como una madre que trabajaba de sol a sol para cuidar a su familia, una columna básica de la comunidad y siempre animosa.

"Antes fui capataz de construcción y entonces traté de nuevo el asunto de los contratos. Esta vez resultó. Construí una casa a base de material viejo, la vendí antes de terminarla y construí de inmediato otras dos más. Desde entonces, jamás hemos estado arruinados.

Hugh Farnham pareció turbado.

–Fue entonces cuando comenzó a resbalar. Cuando empecé a necesitar ayuda. No nos peleábamos... jamas lo hicimos excepto del hecho en el que trato de educar al Duke con rigidez y Grace no consentía ni siquiera que tocase al muchacho.

"Pero eso fue cuando todo empezó, al comenzar a ganar yo dinero. No estaba preparada para soportar la prosperidad. Grace siempre aguanto la adversidad de manera magnífica. Esta es la primera vez que no se mostró así. Pero creo esta nueva adversidad si que la aguantará.

–Pues claro que lo aguantará, Hugh.

–Eso espero.

–Me alegro de conocer más detalles acerca de ella, Hugh. Trataré de ser considerada.

Maldición, no te pido eso. Sólo quiero que sepas que esa gorda, estúpida y egoísta que hay ahí, no es Grace. Ni su hundimiento fue culpa suya por entero. No soy una persona con la que se pueda vivir fácilmente, Bárbara.

–¿De veras"

–!De veras!. Cuando pudimos disminuir el tren de vida, yo no lo hice. Dejé que los negocios me mantuviesen lejos de casa por las noches. Cuando una mujer se queda sola, es fácil tomarse alguna cerveza de más, mientras aparecen los comerciales en la televisión y seguir bebiendo toda la noche un vaso tras otro. Si me quedaba en casa, lo más probable es que me pusiera a leer antes que hacer alguna visita, de cualquier forma. Y no se me olvidaba ni un momento del negocio; me hice miembro del club comercial de la localidad. Ella también, pero pronto lo abandonó. Era capaz de llevar una buena vida social... pero yo prefería luchar en cada escaramuza comercial. No es que la critique, no hay virtud en lo que yo hacía que era trabajar como si me jugase la vida. El sistema de Grace es mejor... De haber aceptado yo una vida más cómoda, también... bueno, no seria lo que es ahora.

– ¡Tonterías!

–¿Qué?.

–Hugh Farnham, lo que es una persona nunca es culpa de nadie más que de ella, según creo. Soy lo que soy por que Barbie en persona me obligó

a serlo. Y eso pasó con Grace. Y te ha pasado a ti –añadió en voz baja–, te amo. No es culpa tuya, ni es culpa de ninguno de los dos. No escucharé como te das golpes en el pecho y sollozas "mea culpa." Tu no te apuntas los honores de la virtud de Grace. ¿Para qué echarte la culpa de sus faltas?.

Hugh parpadeó y sonrió.

–Siete sin triunfo.

–Eso es mejor.

–Te amo. Considérate besada.

–Te devuelvo el beso. Pero cuidado– dijo por la comisura de los labios–. Aquí vienen los policías.

Era Karen, limpia, brillante, el pelo cepillado, los labios recién pintados y sonriendo.

–!Qué visión más inspiradora!– exclamó–. ¿Acaso vosotros, los pobres esclavos, os gusta una corteza de pan y un jarrito de agua?.

–Dentro de poco –dijo su padre–. Mientras, no lleves esos cubos tan pesadamente cargados.

Karen dio un paso atrás.

–!No me presente voluntaria.?.

–Esta bien. Nada de formalidades.

–!Pero, papaíto, estoy limpia!.

–¿Es que se ha secado el arroyo?

–!Papaito! Tienes que preparar el almuerzo. Ahí fuera. Estáis demasiado sucios para entrar en mi adorable y limpia casa.

–Sí, nena. Vamos. Bárbara– cogió los cubos.

* * *

La señora Farnham no se presentó a almorzar. Karen afirmó que su madre había decidido comer dentro. Hugh dejó el asunto; ya se pondría la cosa infernal cuando Duke volviera.

Joe dijo.

–Hugh, ¿cómo van esas nociones de fontanería?.

–¿Has inventado algo?.

–Quizá he visto un modo de hacer que corra el agua.

–Si tenemos agua corriente, te garantizo que te proporcionaré las partes necesarias de cañería.

–¿De verdad, papaíto? Ya se lo que quiero. Mi cuarto de baño ha de ser de colores. Y con un tocador construido...

–Cállate, niña. ¿Sí, Joe?.

–Bueno, ya conoces esos acueductos romanos. Este arroyo desciende por la colina. Quiero decir que está a superior altura que el refugio. Tal y como lo entiendo, los acueductos romanos no estaban formados por cañería, sino abiertos.

–Comprendo– Farnham meditó. Había una cascada a un centenar de

metros arroyo arriba. Quizás encima había suficiente altura–. Pero eso significará muchos ladrillos, bien sea de piedra seca, o de mortero. Y cada arco requiere un andamiaje mientras se construye.

–¿Y no podríamos partir por la mitad troncos y ahuecarlos? ¿Y apoyarlos en otros troncos?.

Podríamos– Hugh medito en la solución–. Hay un sistema más fácil y así mataremos dos pájaros de un tiro. ¿Bárbara, qué clase de comarca es esta?.

–¿Qué?

–Dijiste que esta zona es por lo menos semitropical. ¿No puedes asegurar en que estación nos encontramos? ¿Y cómo será el resto del año? Quiero llegar a este punto: ¿Vas a necesitar riego?.

– ¡Cielo santo, Hugh, no puedo contestarte!

–Inténtalo.

–Bueno… –miró a su alrededor–. Dudo que llegue a helar aquí. Si tuviésemos agua, cosecharíamos todo el año. No nos encontramos en un bosque tropical lluvioso, puesto que la maleza seria mucho más densa. Parece un lugar con una temporada de lluvias y una temporada de sequía.

–Nuestro arroyo no se ha secado; tiene peces en abundancia. ¿Dónde piensas instalar tu huerto?.

–¿Qué te parece aquella zona río abajo, al sur? Habré de cortar, sin embargo, varios árboles y muchos arbustos.

–Arboles y arbustos no son problema…, demos un paseo. Yo llevaré un rifle; tú cuélgate en el cinturón tu cuarenta y cinco. Chicas, no os quedéis demasiado, no sea cosa que la casa se vuelque sobre vosotras. Os echaríamos de menos.

–Papaíto, tenía intención de hacer la siesta.

–Bien. Piensa en eso mientras estés cavando. Hugh y Joe subieron corriente arriba.

–¿Qué estás calculando, Hugh?.

–Una acequia que siga al contorno. Necesitaremos llevar el agua hasta algún agujero de ventilación del techo, si lo podemos hacer, estará todo resuelto. Pondremos un retrete higiénico, mas un lavabo, agua corriente para cocinar y lavarnos. Y para el huerto, viniendo de bastante altura para canalizaría hacía donde la quiera Bárbara. Pero ese lujo nos costará mucho, aunque también representará mucho para las mujeres, ya sabes lo que les gusta el baño y la cocina.

Despejaremos la sala del depósito y allí cavaremos ambas cosas.

–Hugh, veo que podrías conseguir agua con una acequia. Pero qué hay de las junturas? No querrás que el agua salpique y caiga a través del techo.

–Todavía no se cómo hacer aislamientos impermeables, pero los haremos. No será un lavabo cómodo, resulta demasiado complejo. Pero si un lavabo de agua corriente constante, de los que solían ser comunes en los barcos de guerra. Se compone de una serie de asientos con agujero. El agua entra por un extremo y sale por el otro. La vemos bajar por la escotilla, se adentra en el túnel y alejarse de la casa. ¿Has visto algo de arcilla?.

–Hay un banco arcilloso en el arroyo por debajo de la casa. Karen se quejó de lo pegajosa que era aquella tierra. Subió río arriba para bañarse, en un lugar arenoso.

–Le daré un vistazo. Si podemos cocer la arcilla, haremos toda clase de cosas. Un inodoro, una pila, platos, cañería. Construiremos un horno con arcilla no cocida, utilizaremos el horno para cocer cualquier cosa. Pero la arcilla facilita todo. El agua es un verdadero oro; todas las civilizaciones se construyeron sobre el agua. Joe, estamos a bastante altura.

–¿No te parece que sería un poco mejor mas alto? Seria embarazoso excavar una acequia de un centenar de metros de largo...

–Más larga.

–... Bueno más larga y descubrir que era demasiado baja y que no hay forma de hacerla subir hasta el techo.

–Oh, lo examinaremos todo primero.

–¿Examinarlo? Hugh, quizás no te has dado cuenta, pero ni siquiera tenemos un nivel de alcohol. La gran explosión destrozo todos los cristales,. Ni tampoco hay un trípode ni herramientas necesarias para hacer las nivelaciones.

–Los egipcios inventaron la agrimensura con mucho menos, Joe. El perder el nivel de alcohol no importa. Lo construiremos, uno pero que vaya sin alcohol.

–Me tomas el pelo, Hugh?

–En absoluto. Los artesanos construían niveles y escuadras, siglos antes de que se pudieran comprar instrumentos.

Construiremos también un nivel con plomada. No es más que una T boca abajo y una cuerda con un peso para señalar la vertical. Se puede construir de dos metros de largo y dos de alto para que nos dé un brazo comparativo lo suficientemente grande... y así disminuir los errores. Hay que desmontar una de las literas para emplear las tablas. Es un trabajo ligero y divertido que puedes hacer mientras se curan tus costillas. Las chicas harán entretanto las aburridas excavaciones pesadas.

–Dibújalo, lo construiré.

–Cuando tengamos el edificio nivelado, nos subiremos en él, sobre el tejado y miraremos hacia el arroyo. Habrá que cortar un árbol o dos, pero no tendremos dificultades en colocar una línea de cuerda básica. Los obstáculos los resolveremos con un nivel más pequeño. ¿Qué te parece, Joe?.

–Trabajoso, ¿verdad?.

–Muchos sudores. Pero seis metros por día de una acequia poco honda y tendremos agua para el riego cuando llegue la sequía. El cuarto de baño puede esperar... las chicas se animarán sólo con el hecho de que les prometeremos uno, algún día. Joe, me convendría que tu cordel básico cortase el arroyo por aquí. ¿Ves algo?.

–¿Y que debería ver?.

–Derribaremos esos dos árboles y con ellos haremos un dique en el arroyo. Luego les quitaremos las ramas, las uniremos con barro y algo de maleza y más barro y rocas y para entonces el arroyo retrocederá formando

una charca– Hugh añadió–. Hay inventar una compuerta y no veo cómo, para que podamos trabajar. Cada problema te mete derecho en otro. Maldición.

–Hugh, estás contando los huevos antes de tener gallinas.

–Supongo que sí. Bueno, vamos a ver lo que has hecho las chicas excavando mientras nosotros holgazaneábamos.

Las chicas habían cavado poco; Duke regresó con un gamo miniatura de cuatro puntas. Bárbara y Karen lo colgaron de un árbol y trataban de despiezarlo. Karen parecía tener tanta sangre sobre ella como la que había en el suelo.

Pararon al ver acercarse a los hombres. Bárbara se secó la frente, dejando una mancha roja.

–No sabía que tuviesen tantas complicaciones en sus extrañas.

–!O que fueran tan pringosos! –suspiró Karen.

–Con ese tamaño es más fácil sobre el suelo.

–Y ahora nos lo dices. Enséñanoslo, papaíto. Te miraremos.

–¿Yo? Yo soy un carnicero deportista; el guía es el que hace el trabajo sucio pero... Joe, ¿puedes empuñar esa hachuela?

–Seguro. Está afilada; la empleé ayer.

Hugh partió el esternón y luego los huesos pélvicos y extendió el esqueleto de la res. Después extrajo las vísceras y pulmones dejándolas aparte, mientras que para sí felicitaba a las chicas por no haber perforado a los intestinos.

–Niñas, es vuestro. Bárbara, si puedes quitarle la piel, quizá la uses pronto. ¿Te has fijado si hay por aquí robles?.

–Los hay muy pequeños. Y también zumaques. ¿Piensas en el tanino?.

–Sí.

–Pues se cómo extraerlo.

–Entonces sabes más acerca del tanino que yo. Me inclino ante ti. Hay libros.

–Lo se, estuve mirándolos. "Doc"! No olisques eso, muchacho.

–No se lo comerá– la tranquilizó Joe–, a menos que sea bueno para él. Los gatos son delicados.

Mientras se procedía al troceado del gamo, Duke y su madre salieron y se les unieron. La señora Farnham parecía animosa, pero no saludó a nadie simplemente miró la presa cobrada por Duke.

–!Oh, pobrecillo! Duke querido, ¿cómo tuviste corazón para matarlo?.

–Me atacó y me puse furioso.

–Es una presa estupenda, Duke –comentó Hugh–. Bueno para comer

Su esposa le miró de reojo.

–Quizás te lo comerás tu, yo no podría soportarlo. Firmarlo.

Karen dijo:

–¿Te has vuelto vegetariana, madre?.

–No es lo mismo. Voy a entrar, no quiero que eso caiga sobre mi conciencia. Karen, no te atrevas a penetrar en el refugio a menos que te hayas lavado; después de haber limpiado como una esclava el lugar y dejarle inoculado, no quisiera que lo mancharas tu con gotas de sangre –se encaminó hacía el refugio.–. Entra, Duke.

–Dentro de un momento, mamá.

Karen dio a la res un tajo innecesario y con aire enfadado.

–¿Dónde lo mataste? –preguntó Hugh.

–Al otro lado del ribazo. Pude haber vuelto antes.

–¿Y por qué no?

–Fallé un tiro fácil y astillé una flecha contra un peñasco. La impaciencia. Han pasado años desde que utilicé el arco de flechas como arma de caza.

–Una flecha perdida y una pieza, no está mal, ¿Salvaste la punta de la flecha?.

–Pues claro. ¿Acaso es uno tonto?

Karen contestó:

–No, pero yo sí. Hermanito, yo limpie la casa. Si mama intervino, fue para liar las cosas

–Me di cuenta.

–!Y apostaría que cuando vea estos filetes no se mostrara remilgada!.

–Olvídalo.

Hugh se alejó, haciendo señal a Duke para que le siguiera.

–Me alegra ver que Grace está animosa. Has debido tranquilizarla.

Duke le miró con aire de cordero degollado.

–Bueno… Cómo dijiste, es duro cortarle el licor por completo –añadió. Pero se lo racioné. La di una copa y le dije que tomaría una más antes de la cena.

–Eso está muy bien.

–Será mejor que entre adentro. La botella está allí.

–Quizás estaba.

–Oh, no hay peligro. Se la confié a su honorabilidad. No sé cómo manejarla, papá.

–Eso es cierto. Yo tampoco.

VI

Del diario de Bárbara Wells:

Me veo afectada por una torcedura en el tobillo, as! que estoy acostada y haciendo recuento. He tomado notas cada noche… pero en taquigrafía. Le he transcrito demasiado.

La versión de escritura normal ocupa las hojas primeras de la Enciclopedia Británica. Hay diez páginas en blanco en cada volumen, existen veinticuatro volúmenes y reduzco el tamaño de la letra para que

quepan mil palabras por página... en total doscientas cuarenta mil palabras... lo bastante para registrar nuestra hazañas hasta que consigamos dominar el arte de hacer papel...

Además, la versión de lo que escribo está censurada, porque, no puedo soltarme el pelo ante nada... Y algunas veces una chica lo necesita! Lo escrito en taquigrafía es un diario que sólo yo puedo leer, puesto que Karen sabe tan poco del sistema Gregg como afirmó antes.

¿Quizás Joe conoce el sistema Gregg? ¿No es una asignatura obligada en las academias comerciales? Pero Joe es un caballero y no leerla esto sin que se lo indicara. Tengo cariño a Joseph; su bondad no es falsa. Estoy segura de que mantiene la boca cerrada en muchas ideas desagradables; su posición es tan anómala como la mía y más difícil.

Grace ha dejado de mandarles... excepto que ahora nos manda a todos nosotros. Hugh da órdenes, pero en bienestar de la comunidad. Y tampoco da muchas; todos nos hemos adaptado a la rutina. Yo soy la granjera y planee mi propio trabajo; Duke mantiene la mesa servida de carne y me echa una mano cuando no va de caza; hace tiempo que Hugh no ha tenido que decirme lo que tenemos que hacer y Karen tiene carta blanca dentro de la casa. Hugh tiene planeado unos decigros de trabajo mecánico y Joe le ayuda.

Pero las órdenes de Grace son para su propia comodidad. De ordinario las cumplimos; es lo más fácil. Ella se sale con la suya y recibe más de lo que le corresponde, simplemente poniéndose difícil.

Se llevó la parte del león en el licor. A mi no me importa el licor; raras veces necesito una copa. Pero me gusta beber en compañía y tuve que recordarme que no era mi licor, sino el licor de las Farnham.

Grace acabó con su parte a los tres días. Después consumió la de Duke. etcétera. Por fin desapareció todo excepto un cuarto de "bourbon" rotulado como "medicinal". Grace descubrió donde Duke lo escondía y lo desenterró. Cuando Duke llegó a casa, ella estaba como un tronco y la botella vacía.

Los siguientes tres días fueron horribles. Grace gritó, lloró, amenazó con suicidarse. Hugh dijo que, por turnos, estaban siempre con ella. Hugh salió con un ojo morado y Duke con arañazos en todo su hermoso rostro. Tengo entendido de que la obligaron a tomarse una buena cantidad de B1.

El cuarto día lo pasó en su litera; al día siguiente se levantó y pareció casi normal.

Pero durante el almuerzo afirmó, como si fuese algo que "todo el mundo lo supiera", que los rusos atacaron por culpa de la insistencia de Hugh de construir un refugio.

No parecía furiosa... más bien estaba en plan de perdona vidas. Siguió con el feliz pensamiento de que la guerra terminaría pronto y todos podríamos volver a casa.

Nadie discutió. ¿Para qué? Su ilusión parece inofensiva. Se ha reintegrado a su tarea, por lo menos, como cocinera jefe... aunque todavía me falta por ver si es mejor cocinar que Karen. La mayor parte de las veces había de platos que podría preparar si tuviese esto o aquello. Karen trabaja tan duro como siempre y a veces se pone tan furiosa que sale a llorar y a desahogarse conmigo y a criticar hecha una furia.

Duke aconseja a Karen que tenga paciencia.

No debería criticar a Duke; probablemente será mi marido. Quiero decir, ¿quién si no hay otro a mano? Podría soportar a Duke pero no estoy segura de que pudiera aguantar a Grace como suegra. Duke es guapo y además considerado, tanto conmigo como con su hermana. Al principio se peleo con su padre (estúpidamente según me pareció), pero ahora se llevan perfectamente bien.

En esta vecindad es todo un partido.

¿No? No odio el matrimonio aún cuando fracasase una vez. Hugh presume que la raza humana tiene que proseguir. Yo estoy de acuerdo.

(¿Poligamia? ¡Tampoco la negaría! Incluso como Grace como esposa decana. Pero no se me ha consultado. Y estoy segura de que a Grace no le gustaría tampoco. Hugh y yo no discutimos tales cosas. Evitamos contacto mutuo, evitamos estar juntos solos y yo ni siquiera le miro con ojos tiernos. Eso terminó).

Lo malo es que mientras me gusta Duke no siento ninguna emoción particular por él. Así que aplazo el asunto y evito circunstancias en que él pudiera declarárseme. Seria infernal si me casara con él y viniese la noche en que me sintiera tan irritada con su madre y tan dejada con el por consentiría que le dijera con frialdad que no es ni la mitad de hombre que su padre.

No, esto no debe suceder. Duke nada merece.

¿Joe? Mi admiración por él carece de calificaciones... y no tiene problemas maternales.

Joe es el primer negro que he tenido ocasión de conocer bien... y pienso muchísimo y bueno de él. Juega mejor que yo a las cartas; supongo que es más listo que yo. Es fastidioso y jamás entra sin llamar, ni tampoco penetra en la casa sin haberse bañado. Oh, claro que después de que se ha pasado un día excavando, su sudor es muy fuerte. Pero también es el caso de Duke y el de Hugh es mucho peor. No creo en lo que dicen de que los negros huelen de una manera raramente desagradable.

¿Han estado ustedes en un tocador de señoras sucio? Las mujeres huelen peor que los hombres.

Lo malo con Joe es idéntico a lo que pasa con Duke: no me produce emociones. Puesto que es tan tímido y yo siempre hago que me corteje... Bueno, no sucederá nada.

Pero le tengo cariño... como un hermano menor. Jamás está demasiado ocupado para ayudarme. De ordinario vigila la aparición de osos mientras Karen y yo nos bañamos y es un consuelo saber que Joe está alerta... Duke ha matado cinco osos y Joe hizo lo mismo con otro mientras estaba vigilando nuestro baño. Necesitó tres disparos antes de que cayese muerto, casi rozando a Joe. El muchacho no cedió terreno.

Seguimos sin preocuparnos por cuestiones de modestia, lo que trastorna a Joe mucho más que los osos.

O que los lobos, o los coyotes, o los leones de montaña, o un felino que vi y Duke dice que es un leopardo mutado y especialmente peligroso porque ataca dejándose caer de un árbol. Por eso no nos bañamos bajo los arboles ni nos aventuramos a salir de nuestro claro sin un hombre armado. Eso es

tan peligroso como cruzar Wilshire teniendo los semáforos en rojo.

También hay serpientes. Por lo menos, hay una especie venenosa.

Joe y Hugh estaban empezando una mañana a nivelar la casa cuando Joe se dejó caer dentro de la excavación. "Doctor-Livingtone-Supongo" salto con él... y allí estaba la serpiente.

"Doc" la divisó; Joe la vio mientras atacaba, mordiéndole la pantorrilla. Joe la mató con la pala y se dejó caer al suelo, cogiéndose la pierna.

Hugh rajó la herida y sorbió la sangre en una fracción de segundo. Le puso un torniquete rápidamente y cristales de permanganato. Poco después oí yo un hurra y vine corriendo. Siguió el tratamiento con antiveneno contra las serpientes de cascabel.

Trasladar a Joe fue un problema; se desplomó en el túnel. Hugh pasó por encima suyo y tiró, yo empujé y fuimos necesarios tres... Karen también... para subirle por la escalera. Le desnudamos y le pusimos en su cama.

Sobre media noche, cuando su respiración bajó y el pulso era inseguro, Hugh trajo la botella restante de oxigeno instalándola en la habitación, colocó sobre la cabeza de Joe una bolsa de plástico en la que guardábamos las camisas, y le proporcionó oxigeno.

A la mañana se encontraba mejor.

A los tres días se levantaba y estaba bien. Duke dice que se trató de algún reptil venenoso, tipo víbora de los pozos, así que el antíveneno probablemente salvó la vida de Joe.

No me fío ya de ninguna serpiente.

* * *

Se necesitaron tres semanas para excavar debajo de la casa. Peñascos! Esta zona es un valle en forma de cazuela, ancho, plano, con peñascos casi por todas partes. Cada vez que tropezamos con uno grande, excavábamos en su alrededor y los hombres se preocupaban con palancas y garruchas de sacarlo.

La mayor parte de las ocasiones lograban extraer las rocas, pero Karen encontró uno que parecía llegar hasta China. Hugh le echó un vistazo y dijo:

–Estupendo. Ahora excava un agujero precisamente al norte de la piedra y ábrelo más profundo.

Karen se le quedó mirando.

Excavamos. Y chocamos con otra gran piedra.

Bien– dijo Hugh–. Ahondar otro agujero al norte.

Dimos con un tercer peñasco de gran tamaño. Pero a los tres días este último había caído dentro de un agujero contiguo, el del medio se enterró en el agujero que dejó el anterior y el primero, el que inició las dificultades, quedó también enterrado en el agujero del en medio.

En cuanto un túnel había sido ahondado profundamente lo bastante, Hugh lo apuntalaba con pedazos de tronco; se preocupaba de que el refugio no oscilara y aplastara a alguien. Así que cuando terminamos este refugio, tenía debajo un bosque de postes.

Hugh entonces colocó dos troncos muy pesados bajo las esquinas que

daban colina arriba y empezó a quitar los internos, utilizando cuñas y la maza. A veces era preciso excavar debajo. Hugh se mostró nervioso durante esta operación y el mismo se encargó del apuntalar y de las excavaciones.

Por fin la mitad de la geara hasta la parte superior de la colina quedó sostenido en esos dos grandes mojones.

No cedieron.

Había tanto peso en aquellos troncos, que resistieron todos nuestros esfuerzos.

–¿Y qué hacemos ahora, Hugh? –pregunté.

–Intentaremos el último recurso.

—¿Cuál es el último recurso?

–Quemarlos. Pero se necesitarían unas llamas terribles y tendríamos que despejar la hierba y los arbustos y los árboles hasta una gran distancia. Karen, ya sabes donde está el amoniaco. Y la oldina. Necesito ambas cosas.

Siempre me extraño el que Hugh hubiera almacenado tanto amoniaco. Pero lo había hecho en botellas usadas de plástico que antes contuvieron clorox; el Kleenex había resistido las conmociones. Pero ignoraba que hubiese almacenado también en cantidad oldina; no estoy encargado de las drogas.

Pronto tuvo una especie de laboratorio químico.

–¿Qué piensas hacer, Hugh? pregunté.

–Dinamita Ersatz. Y no necesito compañía –contesto–. Este material es demasiado delicado, puesto que estalla si lo miras con fijeza.

–Lo siento –dije retrocediendo. Alzó la vista y sonrió.

–No hay peligro hasta que se seca. Lo tenía preparado por si acaso me encontraba en un subterráneo. Las tropas de ocupación miran mal a los nativos con explosivos, pero no causa sospechas si se posee amoniaco e iodina. El material es seguro, hasta que una las dos cosas y no requiere un disparador. Pero jamás esperé utilizarla para la construcción; es demasiado traicionero.

–Hugh, acabo de recordar que no me importa si el suelo está inclinado o no.

–Si te pones nerviosa, date un paseo.

Construirlo fue sencillo; combinó la tintura iodina y el amoniaco casero ordinario; se formó un precipitado. Lo filtró con Kleenex, el resultado fue una pasta.

Joe perforó agujeros en aquellos tercos postes; Hugh envolvió aquella mezcla formando dos porciones, en cucuruchos de papel, y metió cada uno de los paquetes en su agujero, apretándolo con el dedo.

–Ahora esperad a que se seque–.

Todo lo que usó lo lavó con agua, luego tomó el baño con las ropas puestas, se las quitó en el mismo arroyo y las dejó, lastrándolas con piedras. Eso fue todo aquel día.

Nuestro armamento comprende dos hermosas escopetas para señora, del veintidós, con visores telescópicos. Hugh y Duke y Joe apuntaron con

estas armas. Se construyeron parapetos para apuntar con sacos terreros... bueno, con montones de tierra apisonada. Hugh les dio cinco balas a cada uno, así que adiviné que la cosa era sería. Su lema es: "Una bala, un oso"

Cuando el explosivo estuvo seco, todo lo que, se podía romperse fue sacado del refugio. A las mujeres nos enviaron bien atrás, Karen quedó encargada de sujetar al "Doctor-Liviagstone" y yo quedé armada con el rifle caza osos de Duke, por si acaso.

Duke y Joe se tumbaron de panza a unos treinta metros de los postes. Hugh se puso en pie entre ellos.

–¿Listos para la cuenta?.

–Listos, Hugh.

–Listo, papá.

–Aspirad profundo. Calma, firmes sobre el blanco, apartad el gatillo hasta el primer diente. Cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡fuego!

Sonó un estrépito como el de una puerta gigantesca al cerrarse con violencia y cada poste se desintegró por la mitad. El refugio estalló como si fuese una estantería, pero luego se inclinó hacia abajo, tocó el suelo y quedó nivelado.

Karen y yo lanzamos un viva; Grace empezó a aplaudir; el "Doctor-Livingstone" saltó sólo para investigar. Hugh volvió la cabeza y sonrió.

Y el refugio osciló en el otro sentido al desmoronarse el saliente; comenzó a resbalar. Giró en la protuberancia del túnel, adquirió velocidad y siguió dando vueltas bajando por la ladera. Pensé que iba a terminar en el arroyo.

Pero la ladera se nivelaba; el refugio se detuvo con el túnel tapado por tierra suelta y todo en conjunto más abajo de lo señalado antes.

Hugh cogió la pala que había utilizado para amontonar la tierra que sirvió de soporte a los tiradores, bajó hasta el refugio y comenzó a excavar.

Yo corrí por la pendiente, las lágrimas asomando a mis ojos. Joe llegó el primero. Hugh alzó la vista y dijo:

–Joe, destapa el túnel. Quiero saber si hay algo averiado y las chicas querrán almorzar.

–Jefe... –Joe se cortó en seco–. ¡Jefe! ¡Oh, cielos!

Hugh contestó en el tono en que uno se dirigiría a un niño.

–¿Por qué estás trastornado, Joe? Esto nos ahorra trabajo.

Creí que bromeaba. Joe dijo:

–¿Eh?

–Seguro —le aseguró Hugh–. ¿No ves que ahora el techo está mucho más abajo? Cada pie que ha descendido nos ahorra por lo menos un centenar de palmos de acueducto. Y el nivelar aquí será más sencillo; la tierra es blanda y hay pocos peñascos. Necesitaremos una semana, trabajando todos. Luego traeremos agua a la casa y al huerto con catorce días de antelación.

Tuvo razón; el refugio quedó nivelado en una semana y en esta ocasión arrancó los postes de los finales con palancas; no fue necesario volarlos.

Mejor aún, la puerta blindada volvía a su posición sin hacer ruido y tuvimos dentro aire y luz del sol... El ambiente estaba hasta entonces rancio y las velas lo empeoraban todavía más. Joe y Hugh comenzaron a trazar la acequia el mismo día. En anticipación a la jornada gloriosa, Karen esbozó las paredes del depósito del tanque y a su tamaño natural un lavabo, una bañera, un retrete.

En verdad, estábamos cómodos. Karen llenó dos cubres cosidos con hierba seca; dormir en el suelo ya no era peor que hacerlo en las literas. Teníamos sillas para sentarnos y jugábamos nuestras partidas por la noche en la mesa. Sorprende ver cómo son las cosas distintas cuando el suelo es horizontal y lo magnifico que es poseer una puerta sin tener que descender por una escalera y arrastrarse para salir del agujero del túnel.

Teníamos que cocinar en una hoguera mientras nuestro emparrillado y el horno eran reconstruidos. Karen y yo nos pusimos a trabajar juntos porque, en cuanto el agua llegase a la casa, Hugh tenía intención de empezar a hacer cerámica, no sólo para lavar y para el sumidero, sino también para una cocina protegida de los vientos y que tendrá como chimenea el agujero del periscopio. ¡Vaya lujo! Mi maíz crece de manera estupenda. ¿Qué utilizaremos para comerlo? La idea de pan caliente de maíz untado con manteca sacada de la grasa del ciervo, me pone nerviosa.

25 de diciembre... ¡Felices Pascuas!

Creemos que es ésta la fecha. Hugh dice que no podemos equivocarnos más de un día, porque poco después de que llegásemos aquí, Hugh eligió un árbol pequeño con un peñasco plano que daba al norte y lo aserró de forma que proyectase al mediodía una marcada sombra en la piedra. Como "Guardia del Fuego", mi deber ha sido sentarme junto a aquel peñasco antes de que se produjese el aparente mediodía, y marcar la sombra más corta... siguiendo bajando hasta la menor posición y poniendo una flecha.

Esa sombra ha ido creciendo más a medida que los días se acortaban. Aún no hace una semana comenzó a resultar difícil ver cambio alguno y se lo dije a Hugh, así que vigilamos juntos y hace tres días llegó el punto inverso. Así que ese día se convirtió en el 22 de diciembre y celebramos Navidades en lugar del 4 de julio. Pero izamos nuestra bandera, como Hugh tenía intención, en lo alto del árbol más crecido da nuestro claro, al que quitamos las ramas para convertirlo en una especie de poste. Como "Guardia del Fuego", tengo la misión de subirla y bajarla, pero en esta ocasión la cosa era diferente, muy especial; echamos suertes y ganó Joe. Formamos en fila y cantamos el himno "Bandera de Barras y Estrellas", mientras él la subía hasta lo alto... y todos lloraban tanto que apenas se oía cantar.

Luego juramos mantener la unión. Quizá sea una tontería sentimental hecha por desarrapados proscritos, pero no lo creo. Seguimos formando una nación, bajo la tutela de Dios, libre e indivisible, con libertad y justicia para todos.

Hugh celebra servicios divinos y lee los pasajes relativos a Navidad según el Evangelio de San Lucas y ha encargado a Karen que efectúe las oraciones; después hemos cantado villancicos. Grace tiene una voz fuerte y conductora; Joe parece un tenor agudo y Karen, yo mismo, Hugh y Duke somos soprano, contralto, barítono y bajo. Creo que hicimos un buen coro. En cualquier caso disfrutamos, aunque Grace se puso a llorar durante el

cántico de "Navidades Blancas" y eso resultó contagioso.

No hubiéramos efectuado servicios de cualquier forma hoy, porque sería domingo según el viejo calendario; Hugh conserva la fiesta cada domingo. Todo el mundo asiste a los oficios religiosos, incluso Duke, que antes decía ser ateo. Hugh lee un salmo o cualquier capitulo de la Biblia; cantamos himnos religiosos; él reza e invita a alguien a que lo haga también y se termina todo con "Bendice esta casa". Hemos vuelto a la época en que el hombre más anciano era sacerdote.

Hugh nunca hace referencia a ninguna iglesia protestante y en particular durante las plegarias. Siempre termina diciendo: "En nombre de Jesús, amén".

En las raras ocasiones en que he hablado con él en privado... esperando el mediodía de la semana pasada... le pregunté qué opinaba en cuestiones de fe.

–Puedes llamarme cristiano.

–¿Cristiano? ¿Católico?

–Yo no he dicho eso. Tampoco puedo expresarme en forma negativa porque la respuesta seria afirmativa. No debe definirme; sólo aumentaría la confusión. ¿No te preguntas por qué?

–Bueno... sí.

–Es mi deber. Hay que efectuar servicios religiosos los días de fiesta. No sé lo que opinarán íntimamente los demás, pero pienso que si no hubiese Dios, este ritual seguiría siendo inofensivo. Pero si existe Dios, como creo, resulta apropiado... y continúa siendo inofensivo. Aquí no formamos un grupo de penitentes que se flagelan hasta sangrar, ni tampoco ofrecemos sacrificios sangrientos, ni fomentamos vanidades de ninguna clase basándonos en la religión. Por lo menos, eso me parece, Bárbara.

Me quedé conforme; no pude sacarle nada más. En la religión que observé durante mi vida pasada, había algo cálido y hermoso que hacía los domingos; no pude decir que el dejar de hacerlo me atormentase. Pero la actitud ante Dios de Hugh me ha hecho comprender que su Presencia es algo muy importante.

En otro sentido son también importantes los domingos. Hugh desestima el trabajo, a no ser el de afeitarse o dedicarse a alguna afición, y fomenta en cambio los juegos, o cualquier cosa divertida. Ajedrez, bridge, modelar en arcilla, cantar agrupados, cosas por el estilo... O simplemente murmurar, charlar. Los juegos son importantes; indican que no sólo somos animales tratando de permanecer vivos, sino humanos disfrutando de la vida y saboreándola. Nunca nos pasamos por alto el bridge nocturno. Eso indica que nuestras vidas no son simplemente vegetativas y destinadas a excavar cunetas, acequias o a trocear las piezas de caza cobradas.

También mantenemos a nuestros cuerpos en buena forma. Yo me he hecho un experto en cortar el cabello. Al principio Duke se dejó barba, pero Hugh se afeitaba cada día y ahora Duke también lo hace. No sé lo que será de ellos cuando no existan ya hojas de afeitar. Me he dado cuenta de que Joe afilaba una de ellas en una piedra aceitada.

Sigue siendo Navidad y yo me retiraré cuando termine la partida de cartas. La cena fue opulenta; Grace y Karen se pasaron dos días

preparándola... trucha de arroyo sazonada con hierbas, ciruelas cocidas en agua potable, filetes y setas hervidas, lengua ahumada, salsa de carne de oso, galletitas (todo un banquete, especialmente en las galletitas), rábanos, lechugas, cerezas verdes, judías pequeñas a la Grace y, lo mejor de todo, una sartén de dulce, de chocolate, aunque precisamente este producto y la leche condensada y el azúcar son insustituibles. Después nescafé y cigarrillos, dos tazas y dos pitillos a cada uno.

Regalos para todos... Todo cuanto yo salvé además de las ropas que tenía iba en mí bolso. Llevaba entonces medias de nylon. Me las quité pronto y desde entonces no me las había vuelto a poner; se las regalé a Karen. Yo tenía una barra de labios; se la di a Grace. Mi cinturón fue a parar a Joe. En mi bolso había un lindo pañuelo; lo lavé, lo planché pegándolo en el cemento liso... Lo recibió Duke.

Hasta esta mañana no pensé nada apropiado para Hugh. Durante años llevé en mi bolso una pequeña agenda. Tiene grabada en oro mi nombre de soltera y aún está a medio llenar. Hugh puede utilizarlo... pero fue mi nombre en oro lo que me decidió.

Tuve que darme prisa; Grace y yo tenemos que vencer a Hugh y Joe.

Jamás pasé unas Navidades más felices.

VII

Karen y Bárbara estaban lavando los platos del día y la colada de la semana. Por encima de ellas, Joe montaba guardia. Arbustos y luego árboles habían sido talados en torno a la zona que utilizaban para los baños; un animal de presa no podía acercarse sin que Joe pudiese disparar con libertad. Sus ojos los dirigía constantemente de una parte a la otra, mirando posibles rutas de llegada. No desperdiciaba ni un segundo de su vigilancia.

Karen dijo:

–Barbie, esta sábana no soportará otro lavado. Está hecha jirones.

–Necesitaremos trapos.

–Pero ¿qué utilizaremos en vez de sábanas? La culpa es de este jabón –Karen cogió un puñado de un recipiente que había en la orilla. Era blando, gris y áspero y parecía como una especie de potaje semisólido–. El jabón causa agujeros–afirmó.

–No temo que nos falten sábanas, pero sí el día en que se nos acabe la última toalla.

–Que pertenecerá a mamá –afirmó Karen–. Nuestro oficial de racionamiento tendrá algún motivo excelente para que así sea.

–Mala, mala. Karen, Duke ha hecho un trabajo estupendo.

–No criticaba. Es su amiga Eddie.

–¿Eddle?

–Edipo Rey, querida.

Bárbara apartó la vista y comenzó a levantar un par de maltrechos pantalones vaqueros.

–¿Qué opinas de mí? ¿Me censuras? –preguntó Karen.

–Todos tenemos defectos.

–Seguro. Todo el mundo, excepto yo. Incluso papaíto tiene los suyos. Le duele el cuello.

Bárbara alzó la vista.

–¿Le duele el cuello a Hugh? Quizá se aliviarla sí le diésemos masaje.

Karen soltó una risita.

–Tu debilidad, hermana mía, es que no comprendes una broma. Papaíto es de los del cuello rígido y esto no se lo cura nadie. No tiene debilidad y eso es su debilidad. No frunzas el ceño. Amo a papá, lo admiro, pero me alegro de no ser como él. Llevaría toda esta carga hasta los arbustos espinosos. Maldita sea, ¿por qué papá no almacenó pinzas para tender? Esas espinas son tan malas como el jabón.

–Podremos pasarnos sin pinzas para tender. Hugh hizo un trabajo increíble. Todo desde un reloj con ocho días de cuerda...

–Que se estropeó, en seguida.

–... hasta herramientas y libros y no sé cuántas cosas más. ¡Karen! ¡No salgas así!

Karen se detuvo, un pie en la orilla.

–Tonterías. El viejo Joe no mirará. Eso es malo, resulta humillante. Creo que le provocaré un poquito.

–No harás tal cosa. Joe es un caballero bajo todas las circunstancias. No le empeores las cosas. Deja esa carga y espera y lo sacaremos todo a la vez.

–Está bien, está bien. No puedo dejar de preguntarme si es que es humano.

–Lo es. Yo te lo juro.

–Humm... Barbie, no me digas que el Casto Joseph se te insinuó.

–¡Cielos, no! Pero se ruboriza cada vez que paso junto a él dentro de la casa.

–¿Cómo lo sabes?

–Bueno, adquiere un tono casi purpúreo. Karen, Joe es bueno. Desearía que le hubieses oído hablar sobre "Doc", explicando...

–¿Explicando qué?

Bueno, "Doc" comienza a aceptarme. Ayer lo tenía en brazos y noté algo y dije: "Joe, Doc está engordando terriblemente. ¿O es que siempre es así?"

"Entonces fue cuando se ruborizó. Pero respondió con una dulce seriedad: "Bárbara, Doctor-Livingstone no es un gato en masculino como él se cree. El viejo Doc es más una hembra. No es gordura. Ejem, mira... Doc va a tener cachorros". Lo dijo balbuceando. Parecía creer que eso me trastornaría. No pasó así, claro, pero me dejó asombrada.

–Bárbara, ¿quieres decir que no sabías que Doctor-Livingstone-Supongo es una hembra?

–¿Cómo iba a saberlo? Todo el mundo le da tratamiento masculino... incluso su nombre es masculino.

–Un doctor puede ser una hembra. ¿No se te ocurrió pensar en un gato salvaje?

–Nunca. Doc es muy cariñoso.

–Humm, si, con un gato persa al principio, uno no puede estar segura de sí es macho o hembra. Pero los símbolos autoritarios de nuestro gato, bueno, de la raza de nuestro gato, son destacados.

–De haberme fijado hubiera creído que lo habían castrado.

Karen pareció sorprendida.

–¡Que no te oiga papá decir eso! Jamás consentiría que se alterase la condición de un gato. Papaíto cree que los gatos son como ciudadanos. Sin embargo, me sorprendes. Gatitos, ¿eh?

–Eso dice Joe.

–Y no me fijé –Karen pareció turbada–. Pensándolo bien, últimamente no le he tenido en brazos. Le acaricié y traté de impedir que se metiera en medio. Estos últimos días no resultaba prudente abrir un cajón; te lo encontrabas de pronto dentro. Quizá buscaba un lugar para tener los gatitos, claro. Debí habérmelo imaginado.

–Karen ¿por qué sigues hablando de él en forma masculina?

–¿Por qué? Ya te lo dijo Joe. "Doc" se cree que es un gato macho... –¿quién soy yo para discutírselo? Siempre se creyó así. era el gato más travieso que tuvimos jamás. Humm... Gatitos. Barbie, la primera vez que colocamos un gato macho para Doc, lo echó a bufidos, así que dejamos de preocuparnos. Humm... Encargada del calendario, ¿cuánto tiempo llevamos aquí?

–Sesenta y dos días. Lo he repasado en los libros; el periodo de gestación de los gatos va desde sesenta días hasta setenta.

–Entonces será en cualquier momento. Apuesto que los tendrá esta misma noche. Los gatos jamás tienen sus cachorros a hora conveniente –bruscamente Karen cambió de conversación–. Barbie, ¿qué es lo que más echas de menos? ¿Cigarrillos?

–Dejé de pensar en ellos. Me imagino que los huevos. Huevos para desayunar.

–Papaíto no planeó eso. Huevos fertilizados y una pequeña incubadora. Bueno, sí que lo pensó, pero no llegó a construirla y ahora... de cualquier forma, los huevos se habrían estropeado. Si, echo de menos los huevos. ¡Pero ojalá las vacas pusieran huevos y papá hubiese descubierto cómo conseguir huevos de vaca! ¡Helado de crema! ¡Leche fría!

–Manteca –siguió Bárbara–. Plátanos con nata. Chocolate malteado.

–Basta! Barbie, me estoy muriendo de hambre ante tus ojos.

Bárbara la pellizcó.

–Pues no adelgazas. El hecho es que diría que has engordado.

–Quizá –Karen se calló y continuó con los platos.

Al poco dijo en voz baja:

–Barbie, Doc no dará mucha sorpresa a la comunidad Por lo menos, tanta como yo.

–¿Qué dices?

–Estoy embarazada.

–¿Eh?

–Ya me oíste. Embarazada. ¡Encinta, si insistes que te lo diga en un término técnico!

–¿Estás segura, querida?

–¡Pues claro que estoy segura! Recuerda el motivo de tu venida a casa aquella noche del bombardeo. Tenía que decir a mis padres que me había casado, sin su consentimiento, sin que lo supieran... Fue, como sabes, algo imprevisto. El tuvo que incorporarse a filas. Sin embargo, aquella noche iba a decirlo... de no haberle llamado tan repentinamente. Por eso confié en que tú me ayudaras.

–Es verdad, Karen... me acuerdo perfectamente. Pero, ¿cómo no se lo has dicho a tus padres durante este tiempo?

–¿Para qué? La mayor parte de las noches, cuando estaba a solas, lloré pensando en mi esposo. Sé con certeza que estará muerto. El bombardeo atómico fue implacable.

–Bueno, pero...

–Sí, tienes razón. Debía hablar antes, pero hemos tenido demasiado trabajo, muchas preocupaciones, infinitas necesidades. Todos hemos estado muy atareados y yo no quise preocuparles más, iniciar una escena con mamá... ya la conoces.

–No creo que...

–Si, Barbie, mamá es autoritaria. Mamá es severista. Mamá hubiera deseado planear mi futuro, dirigirlo con arreglo a sus caprichos. Sé que a papá no le hubiera importado que me casara con el elegido por mi corazón. Pero mamá... eso es harina de otro costal.

De pronto, Karen guardó silencio. Bárbara le pasó una mano en torno a los hombros.

–Debes decirlo.

–Si... lo sé –Karen se echó en brazos de su amiga–. Barbie, estoy de cuatro meses. ¡Y tengo miedo!

Bárbara la abrazó.

–Vamos, vamos, querida. Todo irá bien.

– Y un infierno! balbuceó Karen–. Mamá va a poner el grito en el cielo... y aquí no hay hospitales... ni médicos. ¡Oh!, ¿por qué no estudiaría Duke medicina? Barbie, sé que voy a morir.

–Karen, eso es una tontería. Han nacido más niños sin médicos y hospitales que los que lo hicieron en una clínica maternal. Tú no tienes miedo de morir, tú tienes miedo de decírselo a tus padres.

–Bueno, eso también –Karen se secó los ojos–. Oh... Bárbara, no te enfades... pero te invité para que me ayudasen aquel fin de semana. Me imaginé que mamá no armaría tanto escándalo si estabas presente. La mayor parte de las chicas de nuestro curso son o demasiado formales o demasiado ligeras... bueno, lo eran. Pero tú eres distinta y sabia que me defenderlas.

–Ya te lo dije, querida.

Bárbara secó una lágrima de la cara de Karen y le acarició la mejilla.

–Me alegro de estar aquí. ¿Cuándo piensas decírselo a tus padres?

–Bueno, pensaba hacerlo. Pero... estando mamá hecha pedazos... y papá abrumado con la carga de preocupaciones, no encuentro nunca el momento adecuado.

–Karen, tú no tienes miedo de decírselo a tu padre, sino a tu madre.

–Bueno... principalmente es mamá. Pero también papá. Además de verse sorprendido y dolido... creerá que fui una tonta al no tener confianza en él.

–Bueno, seguro que se sorprenderá, aunque dudo que te considere una tonta –Bárbara dudaba–. Karen, no necesitas sufrir esta prueba sola. Yo la compartiré.

–Eso es lo que esperaba. Por eso te pedí entonces que vinieses a casa y ahora me he confiado...

–Me refiero a compartirla en realidad. También estoy embarazada.

–¿Qué?

–Sí. Podemos decírselo juntas.

–¡Buen Dios, Bárbara! ¿Cómo sucedió?

Bárbara se encogió de hombros.

–Un descuido. ¿Cómo te pasó a ti?

Karen sonrió de pronto.

–¿Cómo?... Tienes razón.

–Bueno,– querida, ¿se lo decimos? Ya hablaré yo.

–Aguarda un momento. Tú no tenias intención de decírselo a nadie, ¿verdad?

–¿Por qué no? –respondió Bárbara con sencillez–. Iba a esperar, claro, hasta que se notara.

Karen miró la cintura de Bárbara.

–No se te nota. ¿Estás segura?

–He tenido ya dos faltas. Estoy embarazada. O enferma, que sería peor. Reunamos la colada y se lo decimos.

–Oh, puesto que no se te nota... y a mi sí; he tenido cuidado de no desnudarte cerca de mamá... puesto que no se te nota, dejémoslo estar y utilicémoslo en caso de que las cosas se pongan feas.

–Como gustes. Karen, ¿por qué no se lo dices primero a Hugh? Luego que se lo cuente él a tu madre.

Karen pareció aliviada.

–¿Crees que está bien?

–Hugh preferiría saberlo si no estuviera tu madre presente. Ve a buscarle y díselo. Yo pondré la ropa a secar.

–¡Está bien, lo haré!

–Y deja de preocuparte. Tendremos nuestros hijos y no habrá dificultades y los criaremos juntas y será divertido. Seremos felices.

Los ojos de Karen se iluminaron.

–Tú tendrás una niña y yo un niño y se casarán y seremos abuelas juntas.

–Ahora me pareces más Karen que nunca –Bárbara la besó–. Corre a decírselo a Hugh.

Karen encontró a Hugh colocando ladrillos para construir el horno; le dijo que quería hablarle a solas.

–De acuerdo –asintió él–. Déjame que le diga a Joe que prenda fuego a esto. Debo inspeccionar la acequia. ¿Vienes y hablaremos?

La entregó una pala y se cargó el rifle.

–¿Qué pasa por tu cabecita, niña?

–Alejémonos un poco más –caminaron siguiendo una serie de desigualdades de terreno hasta alcanzar cierta distancia. Hugh se detuvo, tomó el rifle y se lo cambió a su hija por la pala y empezó a levantar una zona de pared.

–¡Papaíto! ¿No te has dado cuenta de que hay escasez de hombres?

–No. Hay tres hombres y tres mujeres. El aparejamíento ideal.

–Quizá debí decir "solteros elegibles".

–Entonces, dilo.

–Está bien, ya lo he dicho. Necesito consejo. ¿Qué es peor? ¿El incesto o que me convierta en una vieja solterona?

Hugh colocó otra palada, la aplastó con la herramienta.

–No me gusta que fueses una vieja solterona.

–Eso lo resuelve todo, porque pienso igual. ¿Cómo catalogas esos otros hechos?

–El incesto no lo apruebo en absoluto –respondió Hugh.

–Lo que no deja la segunda solución.

–Espera –Hugh se quedó mirando con fijeza a la pala–. Ese es un problema que nunca esperé... pero nos vemos enfrentados a muchos problemas nuevos. En Australia no son raros los matrimonios de hermano con hermana. No resultan necesariamente malos –frunció el ceño–. Pero esta Bárbara... Tendrías que aceptar la poligamia.

–Basta, papaíto. El incesto no es sólo entre hermanos.

La miró con fijeza.

–Has logrado desconcertarme, Karen

–Querrás decir sorprenderte.

–No, desconcertarme. ¿En serio sugerías lo que implicaban tus palabras?

–Papaíto –contestó ella con severidad–, de ese asunto no puedo bromear. Si tuviese que elegir entre Duke y tú... me refiero, como marido... no lo pensaría dos veces.

Hugh se secó la frente.

–Karen, esa afirmación no se puede tomar en serio...

–¡Hablo en serio!

–Tendré que tomarlo así. ¿Debo comprender que has eliminado a Joseph? ¿O no le has considerado?

–Pues claro que lo consideré.

–¿Y bien?

–¿Cómo podía evitarlo, papaíto? Joe es bueno. Pero es un simple muchacho, aunque sea mayor que yo. Si yo le dijese: "¡Bob!", se sobresaltaría. No.

–¿Acaso tiene que ver el color de su piel con tu elección?

–Papaíto, me estás tentando para que te escupa en la cara. ¡Yo no soy mamá!

–Quería asegurarme. Karen, ya sabes que el color de la piel a mí no me importa. En el hombre me interesan otras cualidades. ¿Hace honor a su palabra? ¿Cumple con sus obligaciones? ¿Trabaja con honradez? ¿Es valiente? ¿Soportaría con ánimos una derrota? Según mis normas, Joe es muy hombre y eso es lo que me interesa. Me parece que te has apresurado al descartarlo.

Suspiró.

–Si estuviésemos en Mountain Springs no te apremiaría que te casaras con ningún negro. Las presiones del medio ambiente son demasiado grandes; tales matrimonios casi siempre terminan en tragedia. Pero aquí no tenemos esos factores bárbaros. Por eso te recomiendo que pienses más en serio en Joe.

–Papaíto, ¿crees que debo hacerlo? Podría casarme con Joe. Pero quería que supieses que si se me permitiese elegir, de los tres eligiría a ti.

–Gracias.

–¡Y un infierno! Pero no hablemos más de eso.

Hugh, de pronto, pareció como abrumado.

–Karen, siento terriblemente que no te haya proporcionado una lista más larga de la que elegir un futuro marido.

–Papaíto, si he aprendido algo de ti, es que es inútil desperdiciar lágrimas llorando sobre lo que no tiene solución. Eso es propio de mamá, no mío. Y de Duke, aunque no es tan malo. En ese punto me parezco a ti... Tú cuentas los tantos que tienes a mano y juegas en consecuencia. No gimes por cartas que no se te han dado. Escúchame, papá.

–Sí.

–No vine aquí para hablar de matrimonio, sino para decirte algo mucho más delicado. Debí contártelo antes, mucho antes incluso de todo esto. Antes de que se produjera. Mi decisión estaba tomada la noche del bombardeo. Pero como temía más que nada a mamá, hice que Bárbara estuviera presente. Lo malo del caso es que el ataque atómico no me dio tiempo para hablar. Quiero decir, papá, que me casé. Así, de improviso, sin decírselo a nadie. El... ¡qué Dios le tenga en su gloria, porque supongo que ha muerto!..., era militar. Iba a incorporarse a filas. No teníamos tiempo...

apenas un par de días. ¿Recuerdas que estuve fuera tres noches? Pues... no lo pude evitar. Me enamoré de él y a toda prisa, utilizando las facilidades de aquellos tiempos, contrajimos matrimonio. Luego...

Hugh sacudió la cabeza.

–Lo que me duele es que no te confiaras a mí antes. De todas maneras, es inútil que te diga que siento la muerte... posible... de tu esposo. Y lo siento más porque no tuve ocasión de conocerlo. Con toda seguridad habría sido un buen hombre, digno de ti.

–Gracias, papá. Pero quiero decirte otra cosa. Estoy embarazada.

Hugh dejó caer la pala y tomó a su hija entre sus brazos

–¡Oh, maravilloso! –exclamó.

Al poco ella dijo.

–Papaíto... no puedes disparar contra un oso si me estás abrazando.

La soltó en seguida y cogió el rifle.

–¿Dónde está?

–En ninguna parte. Pero siempre nos previenes para que estemos alerta.

–Oh, está bien; efectuaré servicio de vigilancia. ¿Cómo sabes que...?

–Lo sé positivamente. Y si te fijas en mí, lo averiguarás tú también.

–¡Gracias a Dios! –exclamó Hugh.

Karen le miró extrañada.

–¿Por qué dices eso?

–Porque me alegro que vayas a tener un hijo y mucho más dé que no sea de ninguno de los que están aquí presentes, descontándome yo, naturalmente. Eso significará sangre nueva para la nueva raza, la nueva humanidad que tenemos que forjar nosotros.

–Entiendo.

–En estas circunstancias, me alegra. Te has adelantado a mí y nos darás un niño cuyo padre es de fuera de nuestro reducido grupo... ¿No lo comprendes, querida? Así hemos doblado casi las posibilidades de la supervivencia de esta colonia.

–¿De veras?

—Piénsalo bien, no eres tonta. ¿Era sano el padre de tu hijo?

–Yo diría que sí. Me enamoré de su físico... y de su carácter, papaíto.

–Lo siento, querida. Fue una pregunta tonta –sonrió–. No tengo ganas de trabajar. Vamos a divulgar la buena nueva.

–Está bien. Pero, papá... ¿Qué le diremos a mamá?

–La verdad y yo hablaré. No te preocupes, nena. Tendrás ese niño y yo me ocuparé de todo lo demás.

–Sí, señor papaíto, ahora me siento bien.

–Estupendo.

–Me siento tan bien que casi se me olvidó algo. ¿Sabias también que "Doctor-Livinstong-Supongo" va a tener cachorros?

–Sí.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–Tuviste la misma oportunidad que yo de fijarte.

–Bueno, sí. Pero resulta molesto que te fijases en que Doc está embarazada... y no te fijaras en mí.

–Simplemente pensé que hablas engordado otra vez.

–¿Verdad? Papaíto, a veces te quiero más que en otras ocasiones, pero ahora creo que sea como sea te querré.

Hugh decidió cenar primero antes de dar la noticia a Grace.

La decisión quedó justificada. Según sus normas, le pareció como si Karen fuese una hija desgraciada, una deshonra, una perdida y que Hugh fuese un padre desnaturalizado y el culpable del problema que se había presentado.

Hugh la dejó renegar hasta que ella hizo una pausa para recobrar el aliento.

–Grace, cállate.

–¿Qué? ¡Hubert Farnham, no te atrevas a decirme que me calle! ¡¿Cómo puedes estar ahí sentado, cuando tu propia hija está en fragante delito... afirmando que se ha casado y no sabemos siquiera si es verdad...?!

–Cállate, o te haré callar yo.

Duke intervino:

–Calla, mama.

–¿Tú también? ¡Oh, que haya tenido que vivir para ver el día en que...!

–Mamá, manténte callada un ratito. Que papá se explique.

Grace vibró de pies a cabeza, luego dijo:

– ¡Joseph! Sal de este cuarto.

–Joe, siéntate –ordenó Hugh.

–Si, Joe –asintió Karen–. Por favor, siéntate.

– ¡Bueno! ¡Si ninguno de vosotros tiene decencia para...!

–Grace, estoy más a punto de darte una bofetada que nunca lo estuve en todos estos años. ¿Quieres callarte y escuchar?

Grace miró a su hijo; Duke se había tomado la molestia de mirar hacia otra parte.

–Muy bien, escucharé. Aunque no creo que sirva de nada.

–Espero que si, porque esto es de suprema importancia. Grace, es inútil censurar a Karen. Además de ser cruel, resulta ridículo. Su embarazo es lo mejor que nos ha ocurrido.

–Hubert Farnham, ¿has perdido el juicio?

–Por favor... Estás reaccionando en términos de la moral convencional, lo que es una estupidez.

–¿Eh? ¿De modo que la moral es una estupidez? ¡Hipócrita, falso, embustero religioso!

–La moral no es ninguna estupidez; la moral debe constituir los cimientos de nuestra personalidad, siempre. Pero ten en cuenta que debemos aceptar la palabra de Karen de que se casó, y aunque no lo hiciera, la sociedad no existe, somos nosotros la única humanidad que conocemos, por lo menos, y es imposible prescindir de un miembro de nuestra sociedad; no discutiremos el asunto. El hecho es que está encinta y eso es una bendición para nosotros. Por favor, analízalo. Somos seis, cuatro de una misma familia. Genéticamente, es un mal asunto, no se puede engendrar una casta con garantías de éxito. Sin embargo, de algún modo debemos florecer... o nuestras propias vidas habrán sido desperdiciadas. Pero ahora habrá un séptimo. Eso nos da un motivo más para sentir esperanza. Ruego al cielo que los gemelos a que ha sido tan propensa la familia, aparezcan también aquí. Eso reforzaría el tronco étnico.

–¿Cómo puedes hablar de tu propia hija como sí se tratase de una vaca criadora?

–Es mi hija a quien amo. Pero causa de una importancia suprema, es una mujer y embarazada. Desearla que Bárbara y tú también lo estuvierais... pero por gente del exterior. Necesitamos variedad para la siguiente generación.

–¡No permaneceré aquí para que se me insulte!

–Simplemente dije "desearla", hablando con la inteligencia, no con el corazón. En Karen vamos a tener ese milagro; debemos alegrarnos. Grace, hay que tratar a Karen con la máxima consideración durante su embarazo. Debes cuidarte de ella.

–¿Insinúas que no lo haría? Eres el único que no se interesa por su bienestar, por tu propia hija.

–No importa que sea mi hija. Decidiría lo mismo si fuese el caso de Bárbara o el tuyo, o el de otra mujer. No más trabajo pesado para Karen. Esa colada que hizo hoy... la harás tú; ya has holgazaneado suficiente. Tú la mimarás. Pero lo más urgente, no habrá más reprimendas, ni palabras duras, ni recriminaciones. Serás dulce, amable y gentil con ella. No me falles en esto, Grace, o te castigaré.

–¡No te atreverías!

–Espero no verme obligado –Hugh se enfrentó a su hijo–. Duke, ¿me respaldas? Había alto.

–¿Qué quieres decir con eso de "castigo", papá?

–Cualquier cosa que nos veamos obligados a emplear. Palabras. Sanciones sociales. Si es preciso, castigo físico... Incluso la expulsión de nuestro grupo si no queda otro re medio.

Duke tamborileó con los dedos sobre la mesa.

–Esto es decirlo de una manera brutal, papá.

–Sí. Quiero que pienses en todos los extremos. Duke miró a su hermana.

–Te respaldaré. Madre, tendrás que portarte bien. Grace empezó a sollozar.

–Mi propio hijo se ha vuelto contra mí. ¡Oh, ojalá no hubiera nacido nunca!

–¿Bárbara?

–¿Me pides la opinión? Estoy contigo, Hugh. Karen necesita amabilidad. No se la debe reñir.

– ¡Tú no te metas en esto!

Bárbara miró a Grace sin expresión.

–Lo siento, pero Hugh me lo preguntó. Karen también me indicó que debía intervenir. Creo que se ha portado usted de manera abominable, Grace. Un niño no es ninguna calamidad.

– ¡Eso te resulta muy fácil decirlo!

–Quizá. Pero lleva usted metiéndose con Karen sin parar... y en realidad, no debería hacerlo.

Karen dijo de pronto:

–Díselo, Bárbara. Lo de ti misma.

–¿Quieres?

–Será mejor. O se meterá contigo desde ahora.

–Muy bien –Bárbara se mordió el labio–. Dije que un niño no es ninguna calamidad. También estoy embarazada... y me siento muy feliz.

El silencio dijo a Bárbara que su propósito de apartar la atención de Karen había sido conseguido. En cuanto a si misma, estaba tranquila por primera vez desde que comenzó a sospechar que se encontraba encinta. No había derramado una lágrima... Oh, no!... Halló que la tensión de la que no se dio cuenta acababa de esfumarse.

–¡Oh, perdida! No me extraña que mi hija se descarriase, expuesta a influencias como...

– ¡Basta, Grace!

–Sí, mamá. Será mejor que te calles.

–Yo sólo iba a decir...

–No vas a decir nada, mamá. Te lo aseguro.

La señora Farnham se calló. Hugh prosiguió:

–Bárbara, espero que no sea una broma, que no intentes proteger simplemente a Karen diciendo eso.

Bárbara le miró y no advirtió expresión alguna.

–No bromeo, Hugh. Estoy embarazada de unos dos o tres meses.

–Bueno, la alegría es ahora doble. Tendremos que relevarte del trabajo pesado también. Duke, ¿puedes cuidarte del huerto?

–Seguro.

–Joe también puede hacer lo mismo. Humm... Debo seguir adelante con la cocina y el cuarto de baño. Las dos necesitaréis tales comodidades mucho antes de que nazcan los niños. Joe, aquella habitación extra a prueba de osos no puede ser aplazada ya; será esencial un espacio para las cunas y tendremos que trasladarnos fuera los hombres. Creo...

–Hugh...

–¿Sí, Bárbara?

–No te preocupes esta noche, Puedo seguir con el huerto.

No estoy tan avanzada como Karen y todavía no siento mareos por las mañanas. Te lo haré saber cuando necesite ayuda.

Hugh permaneció pensativo.

–No.

–¡Oh, cielos! Me gusta cuidar del huerto. Las madres de los pioneros siempre trabajaban cuando estaban embarazadas. Sólo cesaban de trabajar cuando venían los dolores.

–Y eso también las mataba. Bárbara, no podemos prescindir de ninguna de las dos. Os trataremos como las joyas preciosas que sois –miró a su alrededor–. ¿De acuerdo?

–De acuerdo, papá.

–Seguro, Hugh.

La señora Farnham se puso en pie.

–En verdad, esta conversación me pone enferma.

–Buenas noches, Grace. No habrá cuidados del huerto para ti, Bárbara.

–Pero me gusta. Lo dejaré a tiempo.

–Supervisa, entonces. Que no te pille utilizando la azada. Nada de sembrar, podrías accidentarte. Ahora eres toda una señora campesina, pero de las viejas, de las feudales.

–¿Acaso lees en tus libros qué cantidad de trabajo puede hacer una embarazada?

–Lo leeré, todo. Pero bueno… soy partidario de mostrarme conservador. Algunos médicos mantienen a sus pacientes en la cama durante meses para evitar que pierdan al niño.

– ¡Papaíto, no esperarás que nos quedemos en la cama!

–Probablemente no, Karen. Pero si que tendremos el máximo cuidado –añadió–. Bárbara se encuentra bien; esto puede dejarse zanjado esta noche. ¿Alguien quiere jugar al bridge? ¿O ha habido demasiada emoción?

– ¡Infierno, no! respondió Karen–. El bridge no puede producirme un aborto; creo que no es tan violento como para eso.

–No –asintió su padre–. Pero el modo en que pujes podría producirte un ataque al corazón.

– ¡Uff. ¿Quién quiere pujar como si fuese un cerebro electrónico? Mi vida es… vivir peligrosamente.

–Lo creo, querida.

No llegaron más allá que repartir las cartas. "Doctor-Liviagstone", que había estado durmiendo en el "cuarto de baño", entró en aquel momento en la sala principal, caminando con las patas bien rígidas y casi arrastrando los cuartos traseros. "Joseph", pareció anunciar, "voy a tener esos cachorros ahora mismo".

El gemido de angustia del gato, y su marcha tan extraña, hizo que el maullido fuera tan claro como las palabras. De inmediato Joe saltó de su silla.

–¡"Doc"! ¿Qué te pasa, "Doc"?

Empezó a coger el gato. Eso no era lo que necesitaba el "Doctor-Livíngstone"; maulló más fuerte y forcejeó. Hugh dijo.

–Joe, déjalo estar.

–Pero al viejo "Doc" le duele.

–Ocupémonos del asunto. Duke, emplearemos luces eléctricas y la lámpara de campaña. Apagad las velas. Karen, mantas sobre la mesa y una sábana limpia.

–En seguida.

Hugh se arrodilló junto al gato.

–Calma, "Doc". Duele, ¿verdad? No importa, no durará mucho. Estamos aquí, estamos aquí –acarició la piel del lomo, luego suavemente palpó el abdomen–. Contracción. De prisa, Karen.

– ¡Listo, papaíto!

–Levanta conmigo, Joe.

Colocaron al gato sobre la mesa. Joe dijo:

–¿Qué vamos a hacer ahora?

–Darte a ti una Miltown.

–Pero a "Doc" le duele.

–Pues claro que si, pero nada podemos hacer. Está pasando un mal rato. Es su primer parto, está asustada y es más vieja de lo que debería ser, para primeriza. No es nada bueno.

–Pero tenemos que hacer algo.

–Tú puedes ayudar calmándola; le estás comunicando tu miedo. Joe, si pudiese hacer algo, lo haría. Pero no nos queda más remedio que esperar y hacer saber a la gata que no se encuentra sola. No la asustes. ¿Quieres ese tranquilizador?

–Oh, creo que sí.

–Dáselo, Duke. No te marches, Joe; "Doc" confía en ti.

–Hubert, si vas a estar en pie toda la noche por un simple gato, necesitaré un comprimido para dormir. No se puede esperar que nadie concilie el sueño con todo este jaleo.

–Un Seconal para tu madre, Duke. ¿No se le ocurre a nadie algo que se pueda emplear como cuna para los gatitos? –Hugh Farnham repasó su memoria. Cada caja, cada madera, había sido usado, rehusado y requeteusado en infinidad de misiones. ¿Construir un nido de ladrillos? Eso no podría hacerse antes de que amaneciese y aquel pobre animal necesitaba un lugar cómodo para esta misma noche. ¿Desmontar algunas estanterías?

–¿Papaíto, qué te parece el cajón de abajo del armario?

–¡Perfecto! Apilarlo todo en una litera. Acolchadlo. Utilizad mi chaqueta de caza. Duke, prepara una especie de marco para sostener una manta; la gata querrá tener una especie de cueva para sentirse segura dentro. Ya sabes.

–Pues claro que sabemos –contestó Karen–. Deja de ponerte nervioso,

papaíto. Este no es nuestro primer parto de gatitos.

–Lo siento, nena. Vamos a tener una gatita. ¿Ves eso. Joe? –la piel del gato se onduló desde la cintura hacia la cola, repitiéndose casi de inmediato el movimiento.

Karen se dio prisa en sacarlo todo del cajón inferior del armario ropero, lo colocó contra la pared y puso dentro la chaqueta de caza, volvía a toda prisa.

–¿Me lo perdí?

–No –la aseguró Hugh–. Pero ahora mismo!

"Doc" dejó de jadear para lanzar un gemido y entonces salió un gatito en dos rápidas convulsiones.

–Oh, parece envuelto en celofán –exclamó Bárbara maravillada.

–¿No lo sabias? –preguntó Karen–. Papaíto, es gris! "Doc" ¿dónde has estado? Aunque quizá no quiera responderme.…

La gata comenzó vigorosamente a lamer al recién nacido, rompió la membrana que le cubría y unas patitas finas, como de rata, se agitaron desvalidas. Un chillido tan fino y alto como para casi ser inaudible anunció su opinión del miedo. "Doc" mordió el cordón umbilical y siguió lamiendo limpiando de sangre y mucosa y runruneando fuerte al mismo tiempo. Al pequeño no le gustó y de nuevo emitió una casi silenciosa protesta.

–Patrón –preguntó Joe–, ¿qué es lo que le pasa? Es tan flacucho y pequeño…

–Es un estupendo gatito. Es un hermoso recién nacido.

"'Doc". Tu amo es un solterón, no entiende –Hugh hablaba con dulzura y rascaba el gato entre las orejas. Siguió con tonos normales–. Y es el peor caso de cachorro listado… pero liso, tiras como los tigres y gris.

"Doc" alzó los ojos con aire reprobador, tuvo un estremecimiento y lanzó una serie de mucosas y aguas. comenzando a masticar aquella masa sanguinolenta. Bárbara tragó saliva, se precipitó hacia la puerta y manoteó en el cerrojo. Karen fue tras ella, abrió y la sujetó mientras salía.

– ¡Duke! –saltó Hugh–. ¡Guardia de osos!

Duke fue tras las muchachas y asomó la cabeza. Karen dijo:

–¡Vete! Estarnos a salvo. Hace una luna brillante.

–Bueno… dejad la puerta abierta –se retiró.

Karen dijo:

–Yo creí que no tenias mareos matutinos.

–No los tengo. ¡Oh! –otra vez con náuseas se sacudió de pies a cabeza–. Fue lo que hizo "'Doc".

–Oh, eso los gatos siempre lo hacen. Déjame que te limpie la boca. querida.

–Es terrible.

–Es normal. Es bueno para ellos. Creo que así toman hormonas o algo por el estilo; pregúntaselo a Hugh. ¿Estás ahora bien?

–Eso creo. ¡Karen! ¿Tendremos que hacer nosotras eso? ¿Lo

tendremos? ¡No quiero, no quiero!

–¿Eh? ¡Oh! Jamás pensé en ello. Oh, sé que no... o lo habremos leído en alguna parte.

–Hay muchas cosas que no hemos leído en ninguna parte –comentó Bárbara. sombría–. Pero desde luego yo no haré eso. Antes dimito, prefiero no tener el niño.

–Camarada –le contestó con aspereza Karen–, eso es algo que ambas debimos pensar antes. Apártate, me toca a mí el turno de vomitar.

Al poco volvieron dentro, pálidas pero firmes. "Doctor-Livingstone" había tenido tres gatitos más y Bárbara logró contemplar la escena sin tener que echar a correr hacia la puerta. De los otros recién nacidos sólo el tercero era notable: un gato varón pero grande dentro de su tamaño diminuto. Nació de espaldas, el cráneo no pasó con facilidad y "Doc" tiró del gatito.

Hugh se atareó en seguida, ayudando al parto del cuerpecito con toda la mano y sudando como un cirujano. "Doc" maulló y le mordió el pulgar. El no soltó al gatito ni dio prisas a la madre.

De pronto el animalito quedó libre; Hugh se inclinó sobre él y lo sopló en la boca; se vio recompensado por un gemido fino e indignante. Colocó al cachorro y permitió que "Doctor-Livíngstone" lo limpiara.

–Si que fue apurado –dijo tembloroso.

–No era intención del viejo "Doc" –Comentó Joe en voz baja.

–Pues claro que no. ¿Cuál de vosotras, niñas, está dispuesta a curarme esto?

Bárbara vendó la herida mientras se decía a sí misma que no debía, no debía morder cuando le llegase el momento.

Los gatitos eran, respectivamente, de pelo gris liso, de blanco esponjoso, de negro absoluto con el pecho blanco y las patas y a manchas. Después de mucha discusión entre Karen y Joe, fueron bautizados: "Feliz-Año-Nuevo", "Magnifica-Priacesa-Blanca", Doctor-Ebano-Medianoche", "Chica-Remendada-de-Oz"... "Feliz", "Magní", "Ebano", Remendada".

A las doce de la noche madre e hijos estaban acostados en el cajón con comida, agua y una caja con serrín cerca y todos se fueron a dormir. Joe durmió en el suelo con la cabeza junto al nido de los gatitos.

Cuando todos estuvieron en silencio, se levantó y empleó la linterna para mirar dentro. "'Doc-Livingstone" tenía a un gatito entre sus patas delanteras, tres más mamaban; dejó de limpiar a "Magní" y lo miró inquisitivo.

–Son hermosos gatitos, "Doc" –la dijo–. Los mejores cachorros.

La gata extendió sus reales bigotes y runruneó indicando que estaba de acuerdo.

VIII

Hugh se apoyó sobre su pala.

–Ya esta, Joe.

–Déjame que limpie en torno a la compuerta –se encontraba al extremo superior de su acequia en donde el arroyo había sido represado para tener agua en la estación seca. Llevaban trabajando durante semanas; el bosque estaba inmóvil, el calor resultaba opresivo. Tuvieron un extremo cuidado en no encender fuego.

Pero ya no se preocupaban tanto de los osos. Seguía siendo norma general ir armado, pero Duke había matado a tantos carnívoros, ursinos y felinos, que en raras ocasiones veían un animal peligroso.

El agua se derramaba por encima del dique, aunque en forma de un pequeño reguero, pero tenían caudal para el riego y las necesidades de casa. Sin la acequia habrían perdido su huerto.

Era necesario cada día, poco más o menos, ajustar el flujo; Hugh no había construido una compuerta; falta de herramientas, escasez de metal y una carencia total de madera le dejaron como abrumado. En su lugar imaginó un sucedáneo. El punto desde el que se tomaba el agua de la charca había quedado encarado a una superficie de ladrillo y con un agujero puesto en un tronco de tilo semíredondo. Para aumentar el flujo se quitaba esto, la brecha se hacia más profunda, los ladrillos se ajustaban y se volvían a colocar las tablas. Era una cosa chapucera, pero funcionaba.

El fondo de la acequia fue cerrado con corteza hasta la casa y huerto; se perdía así un mínimo de agua. El horno funcionaba día y noche; la mayor parte de su ganancia capital había salido del banco de arcilla por debajo de la casa y ahora ya resultaba difícil extraer buena tierra arcillosa.

Eso no preocupó a Hugh; tenían casi cuanto necesitaban.

Su cuarto de baño ya había dejado de ser una broma. El agua afluía en dos chorros a través de los retretes tabicados con piel de gamo; una tubería de corteza "soldada" con arcilla pasaba por la escotilla, salía por el túnel y de allí a un pozo ciego.

Hugh encontró muchísimas dificultades en crear una cañería de desagüe. Después de infinidad de fracasos preparó un molde en tres partes; era necesario dar forma a la arcilla por encima, dejarla en parte secar y quitarla antes de que se agrietara al secarse del todo y encogerse sobre el molde.

La práctica le permitió reducir sus fracasos a un veinticinco por cien cuando moldeaba y otro veinticinco por ciento al cocer.

El estropeado depósito de agua lo tuvo que cortar dificultosamente, con maza y cincel, todo lo largo formando bañeras, una para el interior y otra que se servia también de fregadero para el exterior. Calafateó las costuras con piel cruda; las dos bañeras no tenían filtraciones... bueno, no muchas.

Una cocina de ladrillo con horno llenaba un rincón del cuarto de baño-cocina; los días eran largos y cálidos; Cocinaban en el exterior y comían bajo una especie de tejadíllo formado por pieles de oso... pero estaba todo preparado para la próxima estación lluviosa.

Ahora la casa tenía dos pisos. Hugh determinó que un suplemento lo bastante fuerte para impedir el paso de los osos y prieto los suficiente para desanimar a las serpientes, tendría que ser de piedra y con un tejado sólido. Eso podía hacerlo... ¿pero qué hay de las ventanas y puertas? Algún día

construiría o fabricarla cristal; sí, resolvería el problema de los componentes. Pero no seria pronto. Una recia puerta y unas ventanas firmes las podía conseguir, pero tal cabaña seria sofocante, por falta de ventilación.

Así que construyeron un cobertizo en el techo, con tejado de hierba. No convencido de que el muro detendría a todos sus vecinos, Hugh preparó un dispositivo de cuerdas en torno al borde de manera que al moverlas hicieran que una botella de oxigeno cayera encima. La alarma fue disparada la primera semana, asustando al intruso. También. admitió Hugh, le asustó a él hasta dejarlo desconcertado.

Todo lo que no se podía estropear por la intemperie había sido trasladado al exterior y la sala principal se redispuso para que fuese a la vez dormitorio de mujeres y enfermería.

Hugh estaba mirando corriente abajo mientras Joe terminaba los últimos retoques. Distinguía el tejado de su vivienda. Resultaba bastante bueno, musitó. Todo iba como sobre ruedas y el año próximo las cosas aún mejorarían. Seria conveniente que se tomaran tiempo para explorar. Aun cuando Duke no se había alejado más de treinta kilómetros de distancia, sería preciso explorar otras regiones. No se tenía para viajar nada más que los pies y había que considerar también que era preciso ganarse la vida aprovechando los recursos naturales...

El año siguiente seria diferente.

–¿Si un hombre no coge lo que tiene a mano, para que demonios vive? – se preguntaba a menudo Hugh. Habían comenzado sin ningún cacharro. Este año se obtenía vajilla... ¿Al año que viene ventanas? No había prisa... Las cosas marchaban bien. Incluso Grace parecía satisfecha. Se daba cuenta ahora de que su mujer se aposentaría y seria una feliz abuela. A Grace le gustaban los niños, se llevaba bien con ellos... Cuando recordaba su época maternal.

Ahora ya no faltaba mucho. El niño de Karen era algo confuso en el pensamiento de todos, pero los cálculos indicaban que el día D quedaba a menos de dos semanas de distancia y el estado de la joven permitía confirmar tales sospechas.

Cuanto antes mejor.! Hugh lo tenía todo estudiado sobre el embarazo y el nacimiento de los niños, consultando los libros de su biblioteca; hizo cuantos preparativos pudo. Sus pacientes parecían encontrarse en perfecto estado de salud; ambas tenían medidas satisfactorias pélvicas, ambas no sentían miedo y se ayudaban una a otra con amistosas bromas, evitando engordar demasiado. Con Bárbara para sostener la mano de Karen, con Karen para sostener la mano de Bárbara, con la experiencia maternal de Grace para asesorarles a todos, Hugh no creía que pudieran presentársele dificultades.

Sería maravillosos tener niños en la casa.

Con una cálida oleada de euforia, Hugh Farnham se dio cuenta de que jamás había sido tan feliz en su vida.

* * *

–Ya está, Hugh. Recojamos esas tablas en el camino de regreso.

–Ya está bien. Toma el rifle, yo llevaré las herramientas.

–Creo –comenzó Joe a decir–, que deberíamos...

Sus palabras se cortaron al oír un disparo; los dos hombres se quedaron inmóviles. Se oyeron dos detonaciones más.

Echaron a correr.

Bárbara estaba en la puerta. Empuñaba un arma y la agitaba, luego se metió dentro. Salió antes de que llegaran a la casa, pasando con cuidado por encima de la barrera de alarma y moviéndose despacio; estaba en muy avanzado estado de gravidez. Su vientre se veía enorme vistiendo pantalones cortos hechos de unos viejos que pertenecieron a Duke; llevaba camisa masculina, con modificaciones para que la sentase lo mejor posible. Iba descalza y ya no llevaba armas.

Joe sacó ventaja a Hugh y se encontró con ella cerca de la casa.

–¿Karen? –preguntó.

Sí. Ha comenzado.

Joe entró presuroso. Hugh llegó, todavía jadeando.

–¿Y bien?

–Rompió aguas. Luego empezaron los dolores. Entonces fue cuando disparé.

–¿Por qué no...? No importa. ¿Qué más?

–Grace está con ella. Pero quiere que vayas tú.

–Espera que recobre el aliento –Hugh se secó el rostro, trató de controlar sus temblores. Aspiró una profunda bocanada de aire, mantuvo llenos los pulmones, los vació despacio. Entró, siguiéndole Bárbara,

Las literas cerca de la puerta había sido descendidas. Una cama se empotró en el pasillo, pero se despejó el espacio quitando las estanterías para dejar más paso. La otra litera era ahora un simple somier en un rincón de la sala de estar. La cama estaba cubierta con un colchón de hierba y una alfombra hecha de piel de oso; sobre la alfombra se encontraba el gato de la piel a manchas.

Hugh pasó junto a él, notó cómo otro gato le rozaba los tobillos. Entró en el siguiente recinto. Las literas allí habían sido reunidas formando una cama a través; Karen estaba acostada, Grace sentada, abanicándola y Joe de pie con un aire de grave interés.

Hugh sonrió a su hija.

–¡Hola, gordita! –se agachó y la besó–. ¿Cómo estás? ¿Te duele?

–Ahora no. Pero me alegro de que estés aquí.

–Vinimos a toda prisa.

Un gato subió de un salto, cayendo sobre Karen.

–¡Uff! ¡Maldito seas, "Magul"!

–Joe –ordenó Hugh–, reúne a los gatos y sácales de aquí. –La boca del túnel había sido enladrillada, pero con ventiladores para que penetrase el aire y había una puerta gatera que se podía cerrar tapándola con un gran ladrillo. Los gatos tenían muy mala opinión de esto, pero se construyó después de que "Feliz-Año-Nuevo" se perdiera y se le creyera muerto.

Karen intervino.

–Papaíto, quiero a "Magni" conmigo.

–Joe, reúne a todos los gatos menos a "Magni". Cuando tengamos trabajo, te llevas a "Magul" y la encierras también.

–Voy a hacerlo , Hugh –Joe se fue, cruzándose con Bárbara que entraba.

Hugh acarició las mejillas de Karen, la tomó el pulso. Y dijo a su esposa:

–¿Está preparada?

–No tuvimos tiempo.

–Bárbara y tú prepararla bien.

–Tenemos agua caliente. Yo estaba en el lavabo cuando sucedió. Me encontraba pensando en mis propios asuntos... y de pronto... ¡Me convertí en las cataratas del Niágara!.

–¿Pero se te han movido las entrañas?

–¡Oh, sí!

–Una cosa menos de que preocuparse –Hugh sonrío–. No es que haya nada que indique preocupaciones; la mayor parte de la noche te la pasarás jugando al bridge. Como los gatitos, los niños nacen en las horas más inoportunas.

– ¡De acuerdo! Pues quiero acabar pronto y seguir la partida que empezamos.

–Yo también quiero que acabes pronto, pero los niños tienen opinión propia –añadió–. Tendrás trabajo un ratito y yo también. Estoy sucio. – Empezó a marcharse.

–Papá, aguarda un momento. ¿Tengo que permanecer aquí dentro? Hace calor.

–No. Hay mejor luz junto a la puerta. Especialmente si el joven Tarzán, tiene la decencia de llegar durante el día Bárbara, pon esa alfombra utilizada allá; se estará más fresco. Le colocas encima la sábana. O una limpia si la hay.

–¿La esterilizada?

–No. No saques la sábana hervida hasta que empiece el jaleo mayor – Hugh palmoteó la mano de su paciente–. Trata de no tener dolores hasta que esté todo limpio.

Papaíto, debiste haber sido médico.

–Soy médico. El mejor doctor del mundo.

Al salir de casa se encontró con Duke, empapado de sudor por la larga carrera.

–Oí tres disparos. ¿Mi hermana?

–Sí. No hay prisa, los dolores acaban de empezar. Voy tomar un baño. ¿Quieres acompañarme?

–Primero deseo saludar a mí hermana.

–Date prisa; están a punto de bañarla. Y ayuda a Joe; está encerrando a los gatos. Ellas preferirán que no estemos por medio.

–¿No se debería hervir más agua?

–Hazlo, si eso te tranquiliza. Duke, mi equipo de ostreticia, a pesar de la carencia que tenemos de todo, ya ha preparado seis jarras de agua hervida, para cualquier cosa. Ve a dar un beso a tu hermana y no le permitas que se de cuenta que estás preocupado.

–Eres un pez frío, papá.

–Hijo, estoy asustado hasta los tuétanos. Podría hacer una lista de trece complicaciones en un parto... y no estoy preparado para solucionar ninguna de ellas. Lo más que puedo hacer es darle palmaditas en la mano y decirla que todo va bien... y eso es cuanto necesita. La examiné, tan serio como un juez, sin saber qué es lo que tenia que mirar. Lo hice sólo por tranquilizarla... y te agradeceré que me ayudes en eso.

Duke afirmó muy serio:

–Lo haré, señor. Trataré de engañarla.

–No te excedas. Sólo déjale ver que compartes su confianza en el viejo doctor Farnham.

–Lo haré.

–Si Joe se pone nervioso, sácale fuera. Es el peor. Grace se porta muy bien. Date prisa o no te permitirán entrar.

Más tarde, bañado y tranquilizado, Hugh subía por el arroyo saliendo delante de Joe y Duke; regresó caminando y llevando sus ropas y dejando que el aire las secara. Se detuvo en el exterior y se puso los pantalones limpios.

–¡Pom Pom!

– ¡Fuera! –gritó Grace–. Tenemos trabajo.

–Entonces tapadla. Necesito fregarme con un estropajo.

–No seas tonta, madre. Entra, papá.

Entró; apretándose para pasar en torno a Bárbara y Grace y siguió hasta el cuarto de baño. Se recortó las uñas con la máxima atención, se fregoteó las manos con el agua de]a cisterna, siempre corriente gracias a la acequia... luego repitió la operación con agua hervida. Se secó y entró en la sala principal, teniendo cuidado de no tocar nada.

Karen se encontraba en la cama junto a la puerta, una deshilachada semisábana cubriéndola. Los hombros aparecían cubiertos por una prenda grisácea que fue la camisa que Hugh utilizó la noche del ataque. Grace y Bárbara estaban sentadas en la cama, Duke permanecía en la parte exterior de la puerta y Joe se sentaba triste y lúgubre en la litera que quedaba más allá de la cama.

Hugh sonrió a su hija.

–¿Cómo va? ¿Algún retortijón?

–Ni uno, maldita sea. Y quiero tener a mi hijo antes de cenar.

–Lo harás... porque no cenarás nada.

–¡Bruto! Mi papaíto es un bruto.

–Doctor Bruto, por favor. Largaos, amigos. Quiero examinar a mi paciente. Todos menos Grace. Bárbara, ve a acostarte.

–No estoy cansada.

–Quizás tengas que estar despierta la mayor parte de la noche. Da una cabezadita. No quiero apechugar también con un sietemesino.

Plegó la sábana, miró a Karen por encima y le palpó el vientre hinchado.

–¿Ha dado patadas?

–Claro! ¡En cuanto nazca le voy a inscribir en un equipo de fútbol!

Hugh trató de averiguar si el niño estaba en posición cabeza abajo, o si... ¡Dios no lo quiera!... a la inversa. No pudo saberlo. Así que sonrió a Karen y mintió:

–Los pies del niño no nos molestarán, está cabeza abajo, como debería. Va a ser un nacimiento fácil.

–¿Cómo puedes saberlo, papaíto?

–Pon la mano dentro de la mía. Eso es la cabecita algo puntiaguda, preparada para dar la zambullida. ¿Lo notas?

–Me parece que sí.

–Lo podrías ver mejor si estuvieras donde estoy yo –intentó averiguar si existía dilatación. Había un poco de sangre y decidió no proceder a un examen táctil... y ignoraba como efectuarlo sin aumentar el peligro de infección Había leído en los libros que una exploración rectal le podría decir algo, pero ignoraba el qué, así que resultaba inútil someter a Karen a esa indignidad.

Alzó los ojos, captó la mirada de su esposa y pensó en pedirle su opinión, decidiendo no hacerlo. A pesar de haber tenido hijos, Grace no sabia más del asunto que él; el único resultado habría sido perjudicar la confianza de Karen.

En vez de eso tomó su "estetoscopio" (tres hojas finales de su enciclopedia, enrolladas formando tubo) y escuchó los latidos del corazón fetal. Los había oído con frecuencia últimamente, pero captó sólo una variedad de ruidos que su cerebro no pudo aislar e identificar.

–Tictaquea como un metrónomo –anunció, dejando a un lado el tubo y tapándola–. Tu niño está en buena forma, hijita, lo mismo que tú. Grace, ¿empezaste un gráfico cuando aparecieron los primeros dolores?

–Lo hizo Bárbara.

–¿Quieres mantenerlo al día, por favor? Pero di primero a Duke que quite las cuerdas de la otra cama y las ate aquí.

–Hubert, ¿estás seguro de que ella debería tirar de las cuerdas? Ninguno de mis médicos me dijo nada por el estilo.

–Es el último descubrimiento –la tranquilizó– Ahora las emplean en todos los hospitales –Hugh había leído en alguna parte que las parturientas, por consejo de las comadronas, deberían tirar de cuerdas mientras hacia fuerzas. Había buscado una confirmación en los libros, pero no pudo encontrarla. Sin embargo, le parecía algo lleno de lógica; así una mujer podría hacer fuerzas mejor.

Grace pareció dudosa, pero no discutió y salió del refugio. Hugh comenzó a levantarse. Karen le cogió de la mano.

–No te vayas, papaíto.

–¿Dolor?

–No. Tengo algo que decirte. La semana pasada pedí a Joe que se case conmigo. Y aceptó.

–Me alegro de saberlo, querida. Creo que te llevas un buen partido.

–Yo también. Oh, es una elección forzada, pero le quiero mucho. No nos casaremos hasta que esté bien y fuerte, trabajando de nuevo. Ahora no podría enfrentarme con la pelea Con mama... cuando se entere.

–Yo no se lo diré.

–Será mejor que tampoco se lo digas a Duke. Bárbara lo sabe y opina que es magnifico.

Una contracción se apoderó de Karen mientras Duke estaba ajustando las cuerdas. Gritó, manoteó y rechinó los dientes, extendiendo las manos hacia las cuerdas que Duke se apresuró a entregarla. Hugh le puso la mano en el vientre y notó cómo estaba endurecido al aumentar el dolor que se reflejaba en el rostro de la joven.

–Haz fuerza, nena –aconsejó–. Y jadea; esto alivia.

Karen empezó a jadear, pero el jadeo se convirtió en un grito.

Infinitos segundos más tardes se relajó, elaboró una sonrisa forzada y dijo:

– ¡Desaparecieron los dolores! Lamento los efectos sonoros, papaíto.

–Grita si lo deseas. Pero gemir hace más bien. Ahora descansa mientras puedas. Organicémonos. Joe, te elegimos como cocinero. Quiero que Bárbara descanse y que Grace haga de enfermera... así que tendrás que hacer la cena, por favor. Prepara algo frío también para después. ¿Grace, anotaste?

–Sí.

–¿Cronometraste el tiempo de la contracción?

–Ya lo hice –respondió Bárbara–. Cuarenta y cuatro segundos.

Karen pareció indignada.

– ¡Barb, has perdido el juicio! ¡Duró casi una hora!

–Dejémoslo en cuarenta y cinco segundos –indicó Hugh–. Quiero saber el tiempo que dura cada dolor y cuándo se produce.

Siete minutos más tarde vino el siguiente dolor. Karen logró gemir, gritando sólo un poquito. Pero no tuvo ganas de bromear después; volvió el rostro a un lado. La contracción había sido larga y fuerte. Aunque impresionado por el padecimiento de su hija, Hugh pareció animarse; aquello tenía aspecto de que los dolores y el parto en sí seria cosa breve.

No lo fue. Todo aquel cálido y agotador día la mujer luchó por desembarazarse de su carga... pálida como la cera y acurrucada, el vientre endureciéndose a cada intento, los músculos del brazo y del cuello destacando al esforzarse... luego caía desmadejada al desaparecer las contracciones, agotada y temblorosa, sin hablar, sin interesarse por nada excepto la prueba que estaba sufriendo.

La cosa fue de mal en peor. Las contracciones quedaron a tres minutos una de otra, siendo la última más larga que la precedente y pareciendo doler

más. En una ocasión Hugh le dijo que no utilizase las cuerdas; no veía que sirvieran de ayuda. Rápidamente ella las pidió y pareció como si no hubiese oído a su padre. Pareció algo menos incómoda agarrándose a ellas.

A las nueve de la noche se produjo la hemorragia. Grace se puso frenética; había oído muchas historias de los peligros de tales hemorragias. Hugh le aseguró que era normal y demostraba que el niño llegaría pronto. El mismo lo creía, puesto que si el dolor no era masivo y no continuaba, indicaba una buena señal y no parecía posible que el nacimiento estuviera muy distante.

Grace se puso furiosa y se levantó; Bárbara se instaló en la silla que la madre dejó vacante. Hugh confiaba en que Grace quisiera descansar... las mujeres habían estado turnándose.

Pero Grace regresó pocos minutos después.

–Hubert– dijo en una voz alta y quebradiza– Hubert, voy a llamar a un médico.

–Hazlo– asintió Hugh, los ojos fijos en Karen.

–Escúchame, Hubert Farnham. Debieras llamado de inmediato a un doctor. La estás matando, ¿me oyes? Voy a llamar a un doctor... y no me lo impedirás.

–Sí, Grace. El teléfono esta allí –señaló hacia la otra sala. Grace pareció turbada, luego giró de repente y se fue. !Duke! llamó.

Su hijo se apresuró a entrar.

–¿Sí, papá?

Hugh ordenó con energía:

–Duke, tu madre ha decidido llamar por teléfono a un médico. Ayúdala. ¿Entiendes?

Los ojos de Duke se desorbitaron.

–¿Dónde están las agujas?

–En el bulto pequeño de la mesa. No toques el grande; está esterilizado.

–Entiendo. ¿Qué dosis?

–Dos centímetros cúbicos. Que no vea la aguja, o se sobresaltará– la cabeza de Hugh sufrió una sacudida; se dio cuenta entonces de que estaba como atontado– Pon tres centímetros cúbicos; quiero que se apague como una luz y duerma hasta mañana. Puede tolerarlo.

–Enseguida– Duke se fue.

Karen había estado yaciendo tranquila entre las contracciones, en apariencia sufriendo casi una especie de coma. Ahora susurraba.

–Pobre papaíto... Tus mujeres te dan muchos disgustos.

–Descansa, querida.

–Yo... Oh, Dios, aquí vuelve otra vez! Entonces se la oyó decir entre gritos:

–!Duele! Deténlo! Oh, papaíto, necesito un médico! Por favor, papaíto! Tráeme un doctor!.

–Haz fuerza, cariño. Haz fuerza–.

Siguió y siguió, muy adentrada la noche, sin descanso y empeorando. Dejó de valer la pena cronometrar las contracciones; casi se montaban una tras otra. Karen ya no podía ni hablar; gritaba demandas incoherente de alivio cuando se esforzaba, hablaba sin conexión o no contestaba en los breves períodos entre las contracciones.

Al amanecer... parecía aún que la tortura se prolongará desde hacía semanas, pero su reloj indicaba que Karen estaba padeciendo dieciocho horas... Bárbara dijo con apremio:

–Hugh, ella ya no puede aguantar más.

–Lo se– reconoció Hugh, mirando a su hija. Estaba en la cumbre del dolor, el rostro gris y descompuesto, la boca formando un cuadrado de agonía, gemidos sollozantes saliendo de entre sus dientes.

–¿Y bien?

–Supongo que sería necesario una cesárea. Pero no soy cirujano.

–Me pregunto sí...

–Yo no. No lo soy.

–¡Sabes más sobre esa operación que el primer hombre que realizó una en el mundo! Sabes como mantener la esterilidad. Tenemos sulfamidas y puedes atiborraría de Demerol– No trató de impedir que Karen la oyese; su paciente estaba mucho más allá de las minucias de importarle cuanto se hablara.

–No.

–Hugh, debes. Se está muriendo.

–Lo se– suspiró–. Pero es demasiado tarde para una cesárea, aún que supiera como hacerla. Me refiero para salvar a Karen. Podríamos salvar al niño– parpadeó y se tambaleó–. Sólo que no seria así. ¿Quién haría de ama de leche? Tu no puedes todavía. Y no tenemos vacas.

Aspiró una profunda bocanada de aire, trató de dominarse.

–Sólo queda una cosa. Tratar de sacarlo al estilo esquimal.

–¿Qué es eso?

–Levantarla y dejar que ayude la fuerza de gravedad. Quizás resulte. Llama a los muchachos, les necesitaremos. Tengo otra vez que lavarme; quizá pudiera provocar una infección. Oh, Dios...

Cinco minutos y dos contracciones más tarde estaban dispuestos para intentarlo. Cuando Karen yacía exhausta después de la segunda, Hugh trató de explicarle lo que iban a probar. Fue difícil conseguir su atención. Por último asintió ligeramente y susurró:

–No me importa...

Hugh fue hasta la mesa en donde enseñaba ahora su equipo abierto, tomó su único escalpelo y la lámpara de campaña.

–Está bien, muchacho. En cuanto comience, cogedla.

Sólo tuvieron que esperar escasos segundos. Hugh vio comenzar la contracción e hizo un gesto de cabeza a Duke.

–!Ahora!

–¡Ayúdame, Joe! –Comenzaron a levantarla, cada uno un brazo pasado

por su espalda, una mano cogiéndola del muslo.

Karen gritó y luchó por librarse de ellos.

–!No, no! !No me toquéis... no puedo soportarlo! Papaito, haz que me dejen! Papaíto!

Los dos hombres pararon. Duke preguntó:

–¿Papá?

–!Levantadla! !Ahora'...

La levantaron lo más alto que pudieron, las piernas abiertas. Bárbara se puso detrás de Karen, rodeándola con el brazo y apretó en el torturado vientre de la muchacha.

Karen gritó y forcejeó; la sujetaron con seguridad. Hugh se dejó caer apresuradamente al suelo, encendió la luz.

–!Haz fuerzas, Karen haz fuerzas!.

–!Ooooh! –De pronto vio la cabellera del niño, de un azul grisáceo comenzó a dejar a un lado el bisturí; la cabeza se retiró.

–!Prueba de nuevo, Karen!

Reajustó la lámpara. Se preguntó dónde debería hacer la incisión, ¿delante? ¿detrás? ¿O en ambos lados? Vio otra vez aparecer la cabellera y se detuvo; con la mano de pronto firme como una roca y sin decisión consciente, hizo un pequeño corte.

Apenas tuvo tiempo de dejar caer el bisturí antes de tener ambas manos llenas del húmedo, resbaladizo y ensangrentado niño. Sabía que había algo más que tenía que hacer ahora, pero lo único en que pudo pensar era en coger los pies de la criatura con la mano izquierda, levantarla y darle un azote en el trasero.

El recién nacido lanzó un gemido sofocado.

–Ponedla en la cama, muchachos... Pero despacio! Sigue todavía unida la criatura por el cordón umbilical.

Lo hicieron, Hugh a cuatro patas y obstaculizado por la débil y agitada carga. Una vez depositaron a Karen en la cama, Hugh empezó a ponerle el niño en sus brazos... pero vio que Karen no se había recuperado. Parecía despierta... con los ojos abiertos. Pero se encontraba en un colapso total.

Hugh también estaba al borde del colapso. Miró turbado a su alrededor y entregó el niño a Bárbara.

–No te alejes –le pidió innecesariamente.

–Papá preguntó Duke–. ¿No se supone que debes cortar el cordón umbilical?.

–Todavía no. ¿Dónde estaba aquel escalpelo? Lo encontró, rápidamente lo frotó con tintura de yodo... confiando en que así quedase esterilizado. Lo colocó junto a dos porciones hervidas de cordón de algodón... le dio media vuelta y probó el cordón para ver si latía.

–Es hermoso –dijo en voz baja.

–Niña –corrigió Duke–. Es una niña. Ahora, Bárbara, sí tu...

Se interrumpió. De pronto ocurrió demasiado deprisa.

La criatura empezó a ahogarse; Hugh la cogió, le dio media vuelta poniendo la cabeza abajo, le metió el dedo en la boca le sacó una masa de mucosa, volvió la niña, empezó de nuevo a revisar el cordón umbilical... Vio que Karen se encontraba en dificultades.

Con una sensación de pesadilla, de que necesitaba ser dos personas en lugar de una, cogió el cordel de algodón, lo ató en forma de nudo cuadrado en torno al cordón umbilical cerca del vientre de la niña, tratando de controlar su temblor para no atarlo demasiado fuerte... Empezó a atar el segundo, vio que no era necesario; Karen de pronto expulsó la placenta y siguió con hemorragia. Gimió.

De un tajo, Hugh cortó el cordón y gritó a Bárbara:

Echaba sangre como un río, tenía el rostro gris y parecía inconsciente. Era demasiado tarde para intentar dar algunos puntos de sutura en el corte que había efectuado y notó como las lágrimas le caían por las mejillas; se dio cuenta de que aquel flujo era interno, no del portal dañado. Trató de detenerlo metiendo en las entrañas de su hija el último rollo de gasa mientras gritaba a Joe y a Duke que trajesen una faja y comprimiesen a la propia Karen para hacer presión sobre su útero.

Algunos instantes de agonía después la compresa del vientre no estaba en su lugar y la gasa era mantenida en su sitio por una serie de servilletas sanitarias... irreemplazables, pensó Hugh, cansado, pero no necesitaba mucho. Alzó los ojos y miró al rostro de Karen... Entonces un súbito pánico le dominó y trató de encontrarle el pulso.

Karen había sobrevivido al nacimiento de su hija menos que siete minutos.

Katherine Josephine vivió un día más que su madre. Hugh la bautizo con aquel nombre, y unas gotas de agua, una hora después de la muerte de Karen; resultaba evidente que la niña no podía durar mucho. Tenía dificultades respiratorias.

En una ocasión, cuando el bebé se ahogaba, Bárbara empezó a levantarlo y le aplicó la respiración boca a boca, sacando una bocanada de algo que escupió presurosa. La pequeña Jodie pareció mejor durante un ratito.

Pero Hugh sabía que era sólo un aplazamiento; no veía posibilidad de mantener a la niña viva lo suficiente... dos meses... para que Bárbara la pudiera alimentar. Sólo quedaban dos latas de leche en polvo en el almacén.

No obstante, trabajaron sin descanso las veinticuatro horas del día.

Grace mezcló una fórmula de memoria... leche en polvo, agua hervida, una lata de blanco Karo. No tenían biberones, ni siquiera una tetilla de goma. Una criatura huérfana era crisis para la que Hugh no tenía previsión. Antes del ataque le hubiera parecido la emergencia más improbable. Trató de no pensar en su fracaso; se dedicó a mantener viva a la hija de Karen.

Un cuentagotas de plástico, destinado a dejar caer gotitas de clorhidrio en los ojos, fue lo más próximo a una tetilla de biberón que pudieron encontrar. Lo utilizaron para cargarlo con la fórmula, intentaron igualar la presión de los intentos de la niña de mamar.

No resultó. La pequeña Jodie siguió teniendo dificultades respiratorias y tendía a ahogarse cada vez que intentaban darle de comer; pasaron

tantísimo tiempo tratando de limpiarle la garganta y de darle leche de nuevo que no dispusieron ni de un momento libre. La niña no parecía ganosa de aceptar aquel duro substituto y si ellos, de cualquier forma, le dejaban caer gotas blancas en la boca, la criatura se sofocaba siempre. Por dos veces Grace pudo hacerle tomar casi una onza. En ambas ocasiones la niña lo devolvió. Bárbara y Hugh incluso tuvieron menos suerte.

Antes del amanecer del día siguiente a su nacimiento, Hugh fue despertado por el grito de Grace. La niña se había ahogado hasta morir.

Durante la larga jornada en la que los tres lucharon por salvar a la criatura, Duke y Joe habían excavado una tumba, bien arriba de la colina, en un lugar soleado. Ahondaron mucho y amontonaron una pila de peñascos; temían con horror, que un oso o los coyotes pudieran desenterrar al cadáver.

Cavando muy serio, con los peñascos a la espera, Joe dijo con voz tensa.

–¿Cómo vamos a construir un ataúd?.

Duke suspiró y se secó el sudor de los ojos.

–Joe, no podemos.

–Tenemos que hacerlo.

–Oh, podríamos cortar árboles y partirlos y unir parte de la corteza... Hemos hecho cuanto ha sido preciso. Recuerda el mostrador de la cocina. ¿Pero cuánto tiempo se necesitaría? Joe, estamos en verano... hace calor...!Karen no puede esperar...

–Tenemos que destrozar algo y construir el ataúd así. Quizá una cama, o las estanterías.

–Desmontar el armario ropero sería más fácil.

–Empecemos.

–Joe, la única cosa que podríamos utilizar para construir un ataúd está en la casa. ¿Crees que Hugh nos permitirá entrar ahora y empezar a romper, arrancar y golpear? Si alguien despertara a esa criatura o la sobresaltase cuando tratan de darle de comer, papá le mataría... si Bárbara o mamá no lo mataban primero. No, Joe, no hay ataúd.

Decidieron por fin construir una especie de bóveda, utilizando los ladrillos que tenían existencia; así los emplearon para construir una especie de caja en el fondo de la tumba, luego cortaron el tejadillo que les hacia sombra para la comida y con el la cerraron y cortaron ramas de árbol para cubrirla. Era pobre, pero se sintieron algo consolados al ver su obra.

A la mañana siguiente la tumba recibió a madre e hija.

Joe y Duke las colocaron a las dos en el interior, Duke insistió que su padre permaneciese rezagado y se cuidara de Grace y Bárbara. Duke había imaginado lo dura que seria la ceremonia, meter los cuerpos en la tumba, disponerlos bien; no habría consentido tener a Joe a su lado de no necesitar un ayudante. Sugirió que su madre no se acercase en absoluto a la tumba.

Hugh sacudió la cabeza.

–Ya pensé en eso. Trata de convencerla. Me parece que será imposible.

Duke no pudo lograrlo. Pero cuando hizo que Joe bajase a por los

demás, su hermana y su hija estaban ya decentemente con la sábana mortuoria dispuesta y no quedaba ni rastro del forcejeo que fue necesario para colocarlas ahí dentro, reconstruir parte de la caja de ladrillos que fue necesaria o... aun peor... el momento en que el pequeño cuerpo se había salido de la sábana a intentar bajar a ambos cadáveres a la vez. El rostro de Karen parecía pacifico y el de su hija quedaba recogido en su brazo como si durmiera.

Duke permaneció en equilibrio con un pie en cada pared de ladrillos, casi arrodillado sobre ella.

Adiós, hermanita –susurró–. Lo siento.

Cubrió el rostro y salió con cuidado de la tumba. Una pequeña procesión descendía por la cocina, Hugh ayudando a su esposa, Joe haciendo lo propio con Bárbara. Más allá del refugio la bandera ondeaba a media hasta.

Se colocaron en torno a la tumba, Hugh en la cabeza, su esposa a la derecha, su hijo a la izquierda, Bárbara y Joe al pie. Para alivio de Duke, nadie pidió ver el cadáver, ni siquiera su madre se mostró conturbada por lo que habían dispuesto.

Hugh sacó un pequeño libro negro del bolsillo y lo abrió por una página marcada:

–"Yo soy la Resurrección y la Vida...

"Nada traemos a este mundo y es seguro que nada nos llevaremos.

"El Señor da y el Señor quita..."

Grace sollozó y sus rodillas empezaron a doblarse. Hugh colocó el libro en manos de Duke y avanzó para sostener a su esposa.

–¡Sigue, hijo!

–¡Llévatela, papá!

Grace dijo con voz quebrada:

–!No, no! Debo quedarme.

–Lee, Duke. He señalado los pasajes.

–... acumuló riquezas y no pudo decir quien las disfrutará.

"Por que soy un extraño ante ti y un viajero, como todos mis padres lo fueron.

"Oh, dame un plazo más de vida para que pueda recobrar mis fuerzas...

"El hombre, que ha nacido de mujer, tiene sólo un breve espacio de vida y está llena de tristeza...

"A Ti, Dios Todopoderoso, encomendamos el alma de nuestra hermana... de nuestra hermana... y entregamos sus Cuerpos a la tierra; la tierra vuelve a la tierra, las cenizas a las cenizas, el polvo a polvo..."

Duke hizo una pausa, dejó caer un mínimo puñado de tierra en la tumba. Volvió a mirar al libro, lo cerró y dijo de pronto:

–Recemos.

Se llevaron a Grace y la hicieron acostar; Joe y Duke regresaron para cerrar la tumba. Hugh, viendo que su esposa parecía descansar, empezó a apagar las velas de la habitación posterior. Ella abrió los ojos.

–Hubert...

–¿Sí, Grace?

–Te lo dije. Te lo advertí. No quisiste escucharme.

–¿El qué, Grace?

–!Te dije que necesitaba un médico! No quisiste llamarlo. Eres demasiado orgulloso. Sacrificaste a mi hija en el altar de tu orgullo, a mi niña. ¡La mataste!

–Grace aquí no hay médicos. Lo sabes.

–!Si fueses por lo menos medio hombre no me darías excusas!.

–Grace, por favor. ¿Quieres que te de algo? ¿Una Miltown? ¿O prefieres una inyección?.

–!No, no! –contestó ella con un grito–. Así me engañaste cuando iba a llamar al doctor. A pesar tuyo, no permitiré que me engañes otra vez con drogas. Ni tampoco me volverás a tocar jamás. Asesino.

–Si, Grace– Hugh dio media vuelta y se fue.

Bárbara estaba en el umbral, sentada con la cabeza entre las manos. Hugh dijo:

–Bárbara, hay que bajar la bandera. ¿Quieres que lo haga yo?

–¿Tan pronto, Hugh?

–Sí. Tenemos que seguir adelante.

X

Siguieron adelante. Duke cazaba y con Joe cuidaban del huerto. Hugh trabajó más que nunca. Grace trabajó también y mejoró su cocinar... y su apetito; engordó. Jamás mencionó su convicción de que su marido era responsable de la muerte de su hija.

Ella no le hablaba en absoluto. Cuando era preciso discutir un problema, se lo decía a Duke. Dejó de asistir a los servicios religiosos del domingo.

En el último mes del embarazo de Bárbara, Duke se llevó a su padre a solas.

–Papá, me dijiste que cuando yo quisiese marcharme... o cualquiera de nosotros... podríamos hacerlo.

Hugh se sobresaltó.

–Sí – asintió.

–Afirmaste que nos repartiríamos a prorrateo la munición, las herramientas, etc.

–¿Duke, te marchas?

–Sí... pero no solo por mí. Mamá quiere. Es la que tiene la idea fija. Yo tengo motivos, pero los deseos de mamá son el factor decisivo.

–... Hablemos de tus motivos. ¿No estás satisfecho por el modo que tengo de gobernar las cosas? De buena gana dejaré de dirigir. Estoy seguro de que podré conseguir que Joe y Bárbara acepten, para que tengas un apoyo unánime–suspiró–. Estoy muy ansioso de librarme de la carga.

Duke sacudió la cabeza.

–No es eso, papá. No quiero ser jefe y tu has hecho un buen trabajo. Oh, yo no diré que me gustaba el modo altivo en que comenzaste las cosas. Pero los resultados cuentan y los has conseguido y buenos. Prefiero no discutir mis razones, excepto para afirmar que nada tienen que ver contigo... y que no serian suficientes para hacerme marchar sí mamá no insistiera. Ella quiere irse. Va a marcharse. No puedo dejar que se vaya sola.

–¿Y puedes decirme por qué Grace quiere irse?

Duke dudaba.

–Papá, me parece que no importa; está decidida. Yo le dije que no podría mantenerla a salvo como aquí... ni tan cómeda... Pero se muestra tajante.

Hugh meditó.

–Duke, si así opina tu madre, no intentaré convencerla; hace tiempo que perdí mi influencia sobre ella. Pero tengo dos ideas. Quizás encuentres alguna de ellas práctica.

–Lo dudo.

–Escúchame. Sabes que tenemos tubería de cobre; empleemos algo en la cocina. Poseemos lo necesario para construir un alambique; lo guardé por si acaso se presentaba una guerra en la que el licor fuese tan bueno como el dinero dadas estas circunstancias. Ya sabes lo que representa en nuestra vida primitiva...

"No le he fabricado por las razones que ambos conocemos. Pero podría hacerlo y se cómo obtener licor –sonrió ligeramente–. Nuevos conocimientos sacados de los libros. Mientras estuve en el Pacífico Sur, hice funcionar un alambique, con la vista gorda de mi oficial. Aprendí como convertir maíz, patatas o cualquier cosa en "vodka", o la fruta en coñac. Duke, tu madre podría ser feliz si tuviese licor.

–!Bebería hasta matarse!

–!Duke, Duke! Si es feliz haciéndolo, ¿quiénes somos para impedírselo? ¿Qué atractivos tiene la vida para ella? Adoraba la televisión, disfrutaba con las fiestas, podía pasar un día feliz en la peluquería, seguida por una película, luego tomando unas copas con una de sus amigas. Esa era su existencia, Duke. Dónde está todo esto ahora? !Se fue, se fue! Y es sólo eso lo que podemos darle para compensar cuanto ha perdido. ¿Quién eres tu para decidir que tu madre no debe beber hasta matarse?.

–!Papá, esa no es la situación!.

–¿No?.

–Sabes que no... no aprobé el que mamá bebiese en exceso. Pero podría tolerar dejarla beber cuanto quisiera ahora. Si construyes ese alambique, quizás todos seriamos clientes. Pero tendríamos que marcharnos, porque eso no resolverá el problema de mamá.

–Bueno, Duke, eso deja solo en pie mi otra idea. Me marcharé yo. Solo que... –Hugh frunció el ceño. Duke, dile que me iré en cuanto Bárbara tenga su cariño. No puedo abandonar a mi paciente. Puedes dar a Grace mi segurí...

–!Eso, papá, no resolvería nada!

–No entiendo... Oh, Cristo, no tendré más remedio que decirlo. Es Bárbara. Ella... Bueno, infiernos, mamá está loca por ese asunto. No puede soportarla desde que Karen murió. Me dice siempre "!Duke, no consentiré que esa mujer tenga su hijo en mi casa, su bastardo! No lo quiero. Dile a tu padre que tiene de echarla de aquí". Eso me dice, papá.

–!Gran Dios!

–Sí. He tratado de razonar con ella. Le he dicho que Bárbara no puede marcharse. La he puesto incluso entre la espada y la pared, papá; dije que no existía ni la más remota posibilidad de que obligases a Bárbara a marcharse. Y que en cuanto hacerla que se marchase ahora, ni siquiera permitírselo; no lo harías como tampoco habrías expulsado a Karen. Le dije que yo tampoco obraría así y que Joe y yo lucharíamos contigo para inpedirtelo, siempre cuando estés lo bastante loco para intentarlo... Cosa que no lo eres, claro.

–Gracias.

–Eso la calmó. Me cree cuando me pongo firme, así que decidió marcharse ella. No puedo dominarla ya más tiempo. Se marcha. Me voy con ella para cuidarla.

Su padre se frotó las sienes.

–Creo que no hay situación tan mala que no pueda empeorar. Duke, incluso contigo, no tiene ningún sitio donde ir.

–No tanto, papá.

–¿Eh?.

–Puedo seguir adelante, con tu ayuda. Te acuerdas de la cueva, allá en Collins Canyon, la que intentamos convertir en nuestra atracción turista? Sigue todavía allí. O su gemela, quiero decir. La primera semana estuve cazando en aquella dirección. El cañón me parecía tan familiar que subí y busqué la cueva. La encontré. Y, papá, es habitable y defendible.

–¿La puerta? ¿La boca?.

–Un problema... si puedes prescindir de la plancha de acero que bloquea el túnel.

–Seguro.

–La cueva tiene un ventilador, muy alto. Tampoco hay problema del humo. Hay un manantial que no se ha secado en todo el estilo. Papá, es tan cómoda como el refugio; todo lo que necesita es equiparía.

–Capitulo. Llévate casi todo ahora. Camas. claro. Utensilios. Elige los alimentos en conserva. Fósforos, munición, armas. Haz una lista, te ayudaré a trasladarlo.

Duke se ruborizó bajo el moreno del sol que cubría su piel.

–¿Sí? Acaso pensaste que me mostrarla mezquino?

–Oh... en los pasados días ni lo pensé. Trasladé unas cuantas cosas allá los primeros días que nos encontrábamos en este valle. Mira... cuanto tú y yo tuvimos aquella pelea... y entonces me nombraste jefe de racionamiento. Eso me dio la idea y durante una semana o más siempre me fui de aquí cargado, cuando nadie me miraba.

–Robando.

–No lo creí así. Jamás me llevé nada que superase a una sexta parte del todo... el simple material que me hubiera correspondido en un reparto. Fósforos, munición, aquel rifle que no encontrabas. Una manta, un cuchillo, un poco de comida, alguna velas. Mira... bueno, ponte en mi lugar. Existió siempre la posibilidad de que te enfadaras conmigo o tuviéramos una pelea... que muriera uno de nosotros tal como lo dijiste... a que huyera y no pudiera detenerse por nada. Decidimos luchar. Así que hice mis preparativos. Pero no lo robé; dijiste que podía llevármelo. No tienes más que dar una orden y te lo traeré todo.

Hugh Farnham se examinó uno de los callos de su mano, luego alzó la vista.

–Lo que un hombre roba es quizás la supervivencia de otros hombres, supongo. Una cosa solo... Duke, entre la comida que te llevaste: ¿había alguna lata de leche?

–Ninguna. Papá, ¿crees, que de haberla habido, no hubiese batido todos los "récords" subiendo allí arriba y volviendo cuando murió Karen?.

–Sí. Lamento habértelo preguntado.

–Yo lamento no haber robado unas cuantas latas; hubieran sido útiles.

–La niña no sobrevivió a la leche que teníamos, Duke. Esta bien, eso requiere una cirugía rápida... pero no olvides que puedes volver cuando quieras. Tu madre y tu. Duke, las mujeres a veces se ponen irrazonables, en especial si tienen la edad de tu madre... luego se les olvida y se convierten en amargas viejecitas. Quizá volvamos a tener otra vez unida la familia. Espero verte de cuando en cuando. Podrás llevarte cuantas verduras podáis comer, claro.

–Iba a mencionar eso. Allá arriba no puedo tener un huerto. Supongamos que sigo cazando para todos... y cuando traiga una carga de carne, me llevo otra de verdura, ¿eh?.

Su padre sonrío.

–Acabamos de reinstituir el comercio. Y podemos suministrarte cacharros de alfarería y no hay necesidad de que curtas tus propias pieles. Duke, sugiero que elijas lo que necesites y mañana, Joe, tú y yo empezaremos a hacer el equipaje para llevarlo a tu cueva. Sé prudente. Sólo una cosa...

–¿Qué?

– ¡Los libros son míos! Cuando quieras echarle un vistazo, tendrás que venir aquí. No se trata de una biblioteca circulante.

–Está bien.

–Lo digo de veras. Puedes llevarte mi navaja de afeitar, también mi mejor cuchillo. Pero si me coges un libro, te despellejaré vivo y encuadernaré el volumen con piel humana. Todas las cosas tienen su limite. Está bien, se lo diré a Joe y sacaremos a Bárbara fuera de la casa y permaneceremos lejos hasta que oscurezca. Buena suerte y dile a Grace que no le guardo rencor, Lo tenía, quizá lo tenga, pero dile eso.

Sin embargo, no estoy demasiado enfadado. Son precisas dos personas para crear un cielo... pero un infierno lo puede conseguir una sola. Yo no afirmo que últimamente he sido feliz y Grace quizá sea más lista de lo que

nos creemos.

–Ese es un modo muy suave de decirnos que nos vayamos al infierno, papá.

Posiblemente.

–Pues te deseo a ti lo mismo que nos deseas a nosotros. No fue un accidente lo que me hizo marcharme de casa en cuanto pude.

–¡Touché! Bueno, sigue adelante –su padre dio media vuelta y se alejó.

Joe no hizo comentarios. Simplemente dijo que era mejor seguir con el riego. Bárbara se mantuvo callada hasta que se encontraron solos.

Hugh tomó un almuerzo frío... unos pedazos de torta de maíz unas cuantas tiras de tasajo, dos tomates más una cantimplora de agua. Cogió un rifle y una manta. Subieron colina arriba por encima de la tumba y se sentaron a la sombra de un árbol. Hugh advirtió que había flores frescas sobre la tumba y se preguntó si Bárbara había subido hasta allí. La ascensión resultaba dificultosa para ella; ahora mismo la habían hecho muy despacio. ¿O fue Grace quien las puso? Eso parecía menos probable. Entonces pensó en lo evidente: Joe.

Una vez Bárbara tuvo su pesado cuerpo instalado cómodamente, apoyada la espalda en el árbol y las rodillas levantadas, Hugh dijo:

–¿Y bien? –La joven guardó silencio largo rato.

–Hugh, lo siento terriblemente. La culpa es mía. ¿Verdad?

–¿Tuya la culpa, porque una mujer, enferma mentalmente, centra en ti su odio? Me dijiste una vez que no me culpase a mí mismo por los defectos de otra persona. Deberías seguir tu propio consejo.

–No quería decir eso, Hugh. Me refiero a perder a tu hijo. Grace no podía irse si no la acompaña Duke. ¿Te dijo algo de mí?

–Nada excepto esa ridícula manía que se ha apoderado de Grace. ¿Qué otra cosa pudo haber dicho?

–Me pregunto si soy libre para decirlo. En cualquier caso, voy a hacerlo. Hugh, después de que muriese Karen, Duke me pidió que me casara con él. Le rechacé. Se sintió ofendido y sorprendido. Mira... ¿Sabías lo de Karen y Joe?

–Sí.

–Yo ignoraba que Karen te lo hubiera dicho. Cuando ella decidió casarse con Joe, yo me hice el propósito de que tendría que casarme con Duke. Karen lo daba por sentado y yo admití que ésa era también mi intención. Así que quizá se lo dijese a Duke. De cualquier forma, él esperaba que diera el sí. Le dije que no. Y se ofendió. Lo siento, Hugh. Si tú quieres, le diré que he cambiado de idea.

–¡Basta!! Creo que cometiste un error. Pero no deseo que lo corrijas por complacerme. ¿Qué es lo que tú quieres hacer? ¿Planeas casarte ahora con Joe?

–¿Joe? Jamás tuve intención de casarme con Joe... aunque me casaría con él tan fácilmente como con Duke. Hugh. quiero hacer lo que siempre deseé. Lo que tú quieras se volvió de costado y le miró–. Ya lo sabes. Si quieres que me case con Duke, lo haré. Dilo, yo obedeceré.

– ¡Bárbara, Bárbara!

–Lo digo de veras, Hugh. Nada más, ni nada menos. Tú eres mi jefe. No mi jefe parcial, sino total. ¿No te he obedecido desde que estamos juntos aquí? He jugado a tu aire.

–Deja de decir tonterías.

–Si es una tontería, es una tontería cierta.

–Quizá. Quiero que te cases con quien desees casarte.

–Esa es una cosa que no puedo. Ya estás casado.

–¡Oh!

–¿Te sorprende? No, te he sorprendido sólo diciéndolo... cuando le hemos mantenido en silencio tanto tiempo. Así es, y así será siempre. Puesto que no puedo casarme contigo, me casaré con quien digas. O no me casaré nunca.

–Bárbara, ¿querrás casarte conmigo?

–¿Qué es lo que dijiste?

–¿Querrás casarte conmigo?

–Sí

Se inclinó y la besó. Ella le devolvió el beso, los labios abiertos, plenamente rendida.

Al poco Hugh se incorporó.

–¿Quieres un poco de torta de maíz?

–Todavía no.

–Pensé que podríamos comer algo para celebrarlo. Esto requiere champaña. Pero no poseemos aquí nada más que torta de maíz.

–Oh, entonces daré un mordisquito. Y un sorbo de agua. Hugh, mi amado Hugh, ¿qué vas a hacer con Grace?

–Nada. Se divorcia de mí. De hecho, se divorció hace más de un mes, el día... el día que enterramos a Karen. Que siga todavía aquí es por escasez de viviendas. No se necesita un juez para conceder el divorcio en este mundo que vivimos, como tampoco es preciso que yo consiga una licencia para casarme contigo.

Bárbara extendió las manos sobre su abultado vientre.

– ¡Aquí mismo tengo yo mi licencia de matrimonio! –su voz era ligera y feliz.

–¿El niño es mío?

Ella le miró.

–Fíjate en el este.

–¿Qué debo mirar?

–¿No ves cómo se acerca mi galán, aquel que es más alto de toda la multitud?

–Humm... –exclamó–. ¡Tonta!

–El niño es tuyo, amado mío. Una cosa que una mujer jamás puede probar, pero de la que está del todo segura.

Volvió a besarla. Cuando se detuvo, ella le acarició la mejilla.

–Ahora si que acepto la torta de maíz, en cantidad. Tengo hambre. Me siento muy llena de vida y ansiosa de vivir.

– ¡Sí! Mañana comenzará nuestra luna de miel.

–Hoy. Ya ha comenzado, Hugh. Voy a anotarla en nuestro diario. Cariño, ¿me permites dormir esta noche en el tejado? Puedes subir por la escalera.

–¿Conmigo? Eres muy pícara...!

–No me refería a eso. No soy nada pícara ahora, en mi estado. No es pasión querido. Sólo amor. No serviré para ninguna luna de miel. Oh, seré feliz estando a tu lado; muy feliz. No, querido, pero es que no quisiera dormir en la misma habitación con Grace. Me da miedo... por lo menos tengo miedo por el niño. Quizá sea una tontería.

–No, no lo es. Puede que no sea necesario... pero es una precaución que tomaremos. Bárbara, ¿qué opinas de Grace?

–¿Debo decirlo?

–Dímelo.

–No me gusta, dejando aparte el que la tenga miedo; no me gustaba desde mucho antes de que me sintiese intranquila al estar junto a ella. No me gusta el modo en que me trata, no me gusta el modo en que trata a Joseph, no me gusta el modo en que trataba a ..... Siempre le tuve rencor por la forma en que te trata a ti... y tuve que fingir no darme cuenta... y la desprecio por lo que ha hecho a Duke.

–A mí tampoco me gusta... desde hace años. Me alegro de que se marche. Bárbara, me alegraría aunque tú no estuvieras conmigo.

–Hugh, es un alivio oír decir. Ya sabes que yo me divorcié.

–Sí.

–Cuando en mi matrimonio fracasó, juré solemnemente que jamás rompería el matrimonio de otra persona. Me he sentido culpable desde la noche del ataque.

Hugh sacudió la cabeza.

–Olvídalo. Mi matrimonio estaba muerto desde hacía mucho tiempo. Lo único que quedaban eran deberes y obligaciones. Míos, porque ella no se sentía obligada a nada. Querida, de haber sido mi matrimonio una realidad, ya podrías haberte lanzado en mis brazos aquella noche y lo único que hubieras obtenido habría sido comodidad y consuelo. Tal y como estaban las cosas, nos moríamos... así lo creí... y me sentí por última vez tan hambriento de amor como tú. Estaba sediento de cariño... Tú me lo diste.

–Querido, jamás consentiré que te vuelvas a resecar por falta de cariño.

Sobre las nueve de la mañana siguiente todos estaban donde los artículos para la nueva casa que se habían apilado.

Hugh repasó lo elegido por su esposa con malicioso aire divertido. Grace aceptó literalmente la invitación de "llevarse casi todo"; había saqueado el lugar... Las mejores mantas, casi todos los utensilios, incluyendo la tetera y la única perola, tres de los cuatro colchones de espuma de caucho, casi el resto de los alimentos en conserva, todo el

azúcar, la parte total de tres productos irreemplazables, todos los platos de plástico.

Hugh hizo una única objeción: la sal. Cuando se dio cuenta de que Grace había cogido toda la sal, insistió en hacer partes. Duke estaba de acuerdo y preguntó si Hugh objetaba cualquier otra cosa.

Hugh sacudió la cabeza. A Bárbara no le importaría carecer de muchos artículos. "Más vale comer hierba con amor que...

Duke se mostró tenso y restringido, llevándose una pala, un hacha, un martillo, menos de la mitad de los clavos y ninguna herramienta que no tuviera un duplicado. En su lugar, Duke observó que podría necesitar que le prestaran algún día las herramientas. Hugh estuvo de acuerdo y ofreció sus servicios cuando éste necesitara ayuda. Duke le dio las gracias. Ambos hombres se encontraban en embarazadora situación, disimulando sus sentimientos con una excesiva capa de cumplidos.

La plancha de acero para la puerta de la cueva causó un retraso. Su peso no era demasiado grande para un hombre tan corpulento como Duke, pero si era molesta de llevar. Tuvieron que idear un embalaje, lo bastante tosco para que soportara el viaje, y con cuerdas, de manera que quedara sujeto a la espalda de Duke y éste pudiera disparar el rifle.

Se necesitarían seis viajes por tres hombres para trasladar todas las cosas que había elegido Grace; Duke pensó que como máximo se podrían hacer dos viajes al día. Si no empezaban pronto, en aquella jornada sólo harían un viaje.

Por fin pusieron en la espalda de Duke un almohadillado de piel para protegerle la columna vertebral.

–Parece perfecto –decidió Duke–. Cojamos el resto de los paquetes, y en marcha.

–En seguida –asintió Hugh, inclinándose para recoger su carga.

–¡Dios mío!

–¿Alguna dificultad, Duke?

–¡Mira!

Una forma había aparecido por las montañas de levante. Subía, flotando en el aire, pero al verles se quedó como parada, giró y se encaminó hacia ellos.

Pasó majestuosa por encima de las cabezas. Al principio Hugh se sintió incapaz de calcular su tamaño; no tenía punto de comparación... Era una forma oscura proporcionada como una ficha de dominó. Pero mientras descendía a unos ciento cincuenta metros de altura, le pareció que tendría unos treinta metros de ancho y tres veces eso de longitud. No distinguía rasgos. Se movía rápidamente, aunque sin hacer ruido.

Pasó como un rayo, dio media vuelta, les circundó... y se detuvo; giró de nuevo y vino hacia ellos a una altura inferior.

Hugh se dio cuenta de que con el brazo rodeaba a Bárbara. Cuando el objeto apareciera, la joven estaba a cierta distancia, colocando ropas a enjabonar en la pila del exterior. Ahora ella estaba arrollada por el brazo izquierdo de Hugh y éste la notaba temblar.

–¿Qué es, Hugh?

–Gente.

La cosa osciló cerca de su bandera. Ahora podían ver a las personas; las cabezas asomaban por encima de sus costados.

Una esquina se desprendió por sí misma, de manera brusca y viva. Descendió, se detuvo junto a lo alto del asta de la bandera Hugh vio que era un coche de unos tres metros de largo y uno de ancho, con un solo pasajero. No pudo distinguir más detalles, no había pista que indicase cuál era su motor; el vehículo encerraba la parte inferior del cuerpo del hombre; su tronco, sin embargo, se proyectaba por encima.

El individuo quitó la bandera y se unió a la nave principal. Su vehículo quedó fundido en el total.

El rectángulo se desintegró.

Se fraccionaron en unidades como la que les había quitado la bandera. La mayor parte de los coches permaneció en el aire; cosa de una docena aterrizó, tres formando triángulo en torno a los colonos. Duke gritó:

–Cuidado! –y saltó a por su arma.

Nunca llegó a cogerla. Se inclinó hacia delante en un ángulo extremo, dio un zarpazo en el aire con una expresión de asombro y poco a poco se vio izado hasta recuperar la vertical.

Bárbara murmuró al oído de Hugh:

–Hugh, ¿qué es esto?

–No lo sé –no tuvo necesidad de preguntar lo que la joven quería decir; lo notó en el instante en que su hijo se había detenido, advirtiendo que él parecía encontrarse metido hasta la cintura en arenas movedizas–. No luches contra ello.

–No iba a hacerlo.

Grace lanzó un grito agudo.

–¡Hubert! ¡Hubert, haz algo...! –sus gritos quedaron cortados. Pareció desmayarse, pero no cayó.

Cuatro vehículos se encontraban a unos diez metros en el aire, alineados en fila y cruzaban por encima del huerto de Bárbara. Cuando hubieron pasado, todo, plantas de maíz, tomateras, judías, lechuga, patateras, incluso los ramales de la acequia de riego, quedó aplastado en una simple y absurda confusión.

El extremo tosco de la acequia principal derramó agua sobre aquel pavimento. Un vehículo giró en redondo, trazó una nueva acequia en torno a la zona destruida con un amplio barril que permitió que el agua circulase dando vuelta al destruido huerto y llevarse el arroyo en un punto inferior.

Bárbara enterró su rostro en el pecho de Hugh. Este la acarició.

El vehículo, entonces, subió corriente arriba siguiendo la antigua acequia. Pronto dejó de fluir el agua.

Con todo el huerto nivelado, los otros coches aterrizaron en él. Hugh fue incapaz de imaginarse lo que hicieron, pero un gran pabellón, de un negro brillante, adornado con rojo y oro, creció en cosa de segundos dentro del claro.

Duke gritó:

–¡Papá! ¡Por Dios! ¿No puedes sacar tu arma?

Hugh llevaba un cuarenta y cinco, revólver que eligiera para el viaje. Pero sus manos estaban ligeramente inmovilizadas por lo que les dominaba a todos. Sin embargo, respondió:

–No quiero probarlo.

–¿Es que acaso te vas a quedar ahí plantado y dejar...?

–Sí. Duke, utiliza la cabeza. Si nos quedamos quietos, quizá vivamos más.

Del pabellón salió un hombre parecía tener más de dos metros de altura, aunque en parte se debía al casco, bruñido y emplumado. Llevaba un faldellín flotante rojo y bordado en oro y aparecía desnudo de cintura para arriba, excepto un extremo del faldellín sobre el hombro, que cubría parte de su amplio pecho. Calzaba botas negras.

Todos los demás iban vestidos con una especie de mono negro, con un retazo rojo y dorado en el hombro derecho. Hugh tuvo la impresión de que aquel hombre (no había la menor duda de que era el jefe) se había tomado tiempo para cambiarse y ponerse ropas normales. Hugh se sintió animado. Eran prisioneros... pero si el jefe se molestaba en vestirse antes de entrevistarles, entonces eran prisioneros de importancia y quizás un parlamento resultara fructífero. ¿O se equivocaba?

Sin embargo, el rostro del hombre también le animó. Tenía un aire arrogante de buen carácter y sus ojos eran brillantes y felices. La frente era alta, el cráneo masivo; parecía inteligente y alerta. Hugh no pudo precisar su raza. Tenía la piel morena, oscura y brillante. Pero su boca era ligeramente negroide; su nariz, aunque amplia, estaba arqueada y el pelo negro aparecía nudoso.

Llevaba un pequeño látigo, o quizás una fusta.

Avanzó hasta ellos, se detuvo bruscamente cuando llegó Joseph. Dio una orden seca a su más próximo subordinado.

Joe estiró y dobló sus piernas.

–Gracias.

El hombre habló a Joe. Joe contestó:

–Lo siento, pero no entiendo.

El hombre le volvió a hablar. Joe se encogió de hombros desvalido. El hombre sonrió y le dio unas palmadas en el hombro, dio media vuelta, cogió el rifle de Duke. Lo manejó con torpeza, haciendo que Hugh parpadeara.

No obstante, parecía entender de armas. Hizo funcionar el cerrojo, expulsando un cartucho, luego se lo colocó sobre el hombro, apuntó arriba y disparó.

La detonación fue ensordecedora, había hecho fuego junto al oído de Hugh. Sonrió ampliamente, lanzó el rifle a un subordinado, caminó hasta Hugh y Bárbara... Extendió la mano para tocar el vientre hinchado de la joven.

Hugh le apartó la mano de un golpe.

Con un gesto casi descuidado, ciertamente sin cólera, el hombretón apartó la mano de Hugh con el látigo que llevaba. No fue un golpe; no habría

ni matado una mosca.

Hugh lanzó un gemido de dolor. La mano le ardía como fuego y tenía el brazo como dormido hasta el sobaco.

–¡Oh, Dios!

Bárbara dijo, apremiante:

–No, Hugh. No me hace daño.

Ni tampoco le hacia daño a él. Con unos modales de interés impersonal, como los que tendría un veterinario al palpar una yegua preñada, el hombretón siguió la forma del niño que ella llevaba en su seno, luego la examinó la cara... mientras Hugh se retorcía con la humillación especial del hombre incapaz de proteger a su mujer.

El hombre acabó su examen, sonrió a Bárbara y la dio unas palmaditas cariñosas en la cabeza. Hugh trató de ignorar el dolor de su mano y buscó en su memoria algún idioma imperfectamente aprendido.

–Voooi govoriti'yeh po–Russki, Gospodin?

El hombre le miró de reojo. No contestó. Intervino Bárbara:

–Sprechen Sie deutsch, mein Herr?

Eso fue recompensado con una sonrisa. Hugh gritó:

– ¡Duke, prueba en español?

–Está bien. ¿Había usted español, señor? –no hubo respuesta.

Hugh suspiró.

–M'sieur? –preguntó Joe–. Est–ee que vous parlez la langne francaise?

El hombre se volvió.

–Tiens?

–Parlez–vous francais, monsieur?

–Mais oui! Vous étes francáises?

–Non, non! Je suis américain. Nous sommes tous américains.

–Vraiment? Impossible!

–C'est Vrai, monsieur. Le vous en assure. –Joe señaló a la vacía asta de la bandera–. Les Stats-Unlts de l'Amériqne.

La conversación se hizo difícil de seguir cuando ambos lados daban tumbos en un francés quebrado. Por último hicieron una pausa y Joe dijo:

–Hugh, me ha pedido... me ha ordenado... que entre en su tienda y hable. Yo le he rogado que antes os deje a todos libres. Dice que no. "¡Infiernos, no!", fueron sus palabras.

–Dile que suelte a las mujeres.

–Lo intentaré –Joe habló un momento con el hombretón–. Dice que enceinte femme... es decir, Bárbara... puede sentarse donde está. La "gorda", se refiere a Grace... tiene que venir con nosotros.

–Buen trabajo, Joe. Consíguenos algún trato de favor.

–Lo intentaré. No le entiendo muy bien.

Los tres entraron en el pabellón. Bárbara descubrió que podía sentarse,

incluso tenderse. Pero la red invisible que mantenía a Hugh, era tan poderosa como antes.

–Papá –dijo apremiante Duke–, ésta es nuestra posibilidad, puesto que nadie comprende el inglés.

–Duke –respondió, cansino, Hugh–, ¿no te das cuenta de que ellos tienen todos los triunfos? Me imagino que viviremos mientras nuestro captor no se enoje...

–¿Es que ni siquiera vas a intentar luchar? ¿Dónde está esa energía que utilizabas cuando eras hombre libre y planeabas permanecer libre?

Hugh se frotó la mano dolorida.

–Duke, no quiero discutir. Si inicias algo, nos matarán a todos. Así es cómo veo la situación.

–Era una simple fanfarronada –murmuró Duke, desdeñoso–. Bueno, no te hago ninguna promesa.

–Está bien. Basta.

–No te hago ninguna promesa. Sólo dime esto, papá. ¿Qué tal te sientes al verte arrollado, en vez de arrollar tú como era tu costumbre?

–No me gusta.

–Tampoco me gustó a mí. Nunca lo olvidaré.

Bárbara habló:

–¡Duke, por todos los cielos, deja de hablar como un necio!

Duke la miro.

–Me callaré. Sólo una cosa. ¿De quién es ese hijo que llevas en el vientre?

Bárbara no contestó. Hugh habló tranquilo:

–Duke, si salimos de ésta, te prometo una paliza.

–Cuando quieras, viejo.

Dejaron de hablar. Bárbara extendió la mano y acarició el tobillo de Hugh. Cinco hombres se reunieron en torno a la pila de objetos caseros, mirándolos y remirándolos. Un hombre vino y les dio una orden; se dispersaron. El recién llegado miró los utensilios, luego dirigió los ojos al refugio y entró.

Hugh oyó el sonido del agua y vio una oleada parda recorriendo el lecho del arroyo. Bárbara alzó la cabeza.

–¿Qué es eso?

–Nuestro dique ha desaparecido. No importa.

Al cabo de largo rato, salió sólo Joe del pabellón. Se acercó a Hugh y dijo:

–Bueno, ésta es la situación, casi como la entendí. Aunque quizá no me acerque mucho; él había un idioma francés un poco especial y el mío es muy fluido. Pero aquí tienes. Somos invasores, ésta es una tierra particular. Se imaginó que éramos prisioneros fugitivos... la palabra es alguna otra cosa, no francesa, pero leída es igual. Le he convencido. Parece... de que somos gente inocente que estamos aquí sin haber cometido ningún delito.

"De cualquier forma, no está enojado, aun cuando teóricamente somos invasores y plantamos cosas en donde no debía haber ninguna granja, y construimos un dique y una casa y cosas por el estilo. Pienso que todo resultará bien... mientras hagamos lo que nos digan. Nos encuentra interesantes desea saber cómo llegamos aquí, etcétera.

Joe miró a Bárbara.

–¿Recuerdas tu teoría sobre universos paralelo?

–Me parece que tenias razón, ¿no?

–No. Esta parte es tan confusa como lo demás. Pero hay una cosa segura. Bárbara, Hugh... Duke... entended esto! ¡Estamos en nuestro propio mundo!

–Joe, eso es mucho decir –exclamó Duke.

–Discute tú con él. Sabe a lo que me refería al indicarles Estados Unidos, conoce dónde está Francia. Eso es incuestionable.

–Bueno... –Duke hizo una pausa–. Quizá. Pero esto ¿qué es? ¿Dónde está mi madre? ¿Cuál es tu idea? ¿Dejarla con ese salvaje?

–Se encuentra bien, está almorzando con él. Y disfrutando. Déjala estar, Duke, y no nos pasará nada, según creo. En cuanto terminen de almorzar, nos iremos.

Algún tiempo más tarde Hugh ayudó a Bárbara a subir a una de las singulares máquinas voladoras; luego montó él en otra, detrás del piloto. Encontró cómodo el asiento, y en lugar de cinturón de seguridad, un campo de aquella especie de arenas movedizas encerró la parte inferior de su cuerpo al sentarse. Su piloto, un joven negro que se parecía mucho a Joe, miró hacia atrás de reojo, luego despegó sin ruido ni vaivén y se unió al rectángulo que se reformaba en el aire. Hugh vio que quizá la mitad de los vehículos tenían pasajeros; eran blancos, los pilotos invariablemente de color, oscilando desde el pardo ligero de los japoneses hasta un negro absoluto, como los isleños de Fiji.

El coche en que iba Hugh se encontraba en la parte posterior, a la mitad y en el lado de estribor. Miró a su alrededor en busca de los demás y advirtió que se encontraba en la fila delantera, posición central. Joe se hallaba tras ellos, bastante sorprendido al ver cómo Grace viajaba detrás del jefe, en la primera fila, posición de en medio. Joe, de por sí, parecía medio enterrado por los gatos.

A su derecha diez vehículos se les habían unido. Uno osciló por encima de la pila de artículos caseros, los reunió en una inexistente red de carga y los trasladó. El segundo vehículo se encontraba sobre el refugio.

En bloque impresionante se levantó derecho sin conturbarse el cobertizo de su terraza. El pequeño vehículo y su carga gigante ocuparon su posición a unos quince metros de distancia del lado de estribor. La formación avanzó y adquirió velocidad, pero Hugh no sintió ni viento ni movimiento. El coche que los flanqueaba parecía no tener dificultades en mantener la velocidad. Hugh no pudo ver que los otros vehículos cargados tuvieran tampoco dificultades.

Lo último que vio de su hogar fue una cicatriz en donde estuvo posado el refugio, una gran cicatriz todavía mayor allá donde estuviera el huerto de Bárbara y un reguero serpenteante que indicaba la antigua situación de la

acequia de riego.

Se frotó la mano lastimada, reflexionando sobre todo el asunto y considerándolo una gran coincidencia. Le ofendía lo imprevisto, como suele ofender a todo hombre sensato. Meditó en una observación que Joe hiciera antes de cargar:

"Hemos tenido una suerte increíble al haber encontrado un universitario. El francés es un idioma muerto... **une langue perdue,** según me dijo él."

Hugh dobló el cuello y captó la mirada de Bárbara. La joven sonreía.

IX

Memtok, Jefe Doméstico del Palacio del Señor Protector de la Región de Noonday, estaba atareado y feliz... feliz por estar atareado, aunque no se daba cuenta de esta felicidad y se sentía inclinado a quejarse de lo duro que tenía que trabajar, porque, como afirmaba, aunque tenía a sus órdenes a mil ochocientos criados, apenas había tres entre todo ese número capaces de vaciar un vaso de noche sin necesidad de supervisión.

Acababa de celebrar una agradable entrevista en la que se cebó con el cocinero jefe; sugirió en ella que el jefe en persona, viejo y endurecido como era, preparase una carne mejor asada que la que envió a Su Merced la noche antes. Una de las obligaciones de Memtok, que debía realizar en persona, era siempre probar los alimentos que consumía su amo, pese al riesgo de envenenamiento y pese al riesgo de que los gustos de Su Merced en cocina diferían de los suyos propios. Era uno de los innumerables ejemplos de cómo Memtok prestaba atención a los detalles, diligencia que le condujo, a tan temprana edad, a su presente eminencia suprema.

El cocinero jefe rezongó y Memtok le despidió haciéndole probar el sabor del látigo y le recordó la circunstancia de que no era difícil encontrar cocineros. Luego se reintegró feliz a su papeleo.

Había montones de documentos, puesto que se acababa de completar el traslado de la hacienda desde el Palacio Veraniego... treinta y ocho Escogidos pero sólo cuatrocientos sesenta y tres sirvientes, ya que la residencia estival era mantenida con un reducido grupo de personal de servicio. El traslado semestral entrañaba una enorme cantidad de papeleo... órdenes de compras, relaciones, inventarios, recibos, listas de embarque, certificados de inspección de los registros de las secciones, oficios... y llegó a pensar en solicitar de su señor que le asignara como ayudante a algún jovencito mudo y adiestrado de manera debida. Pero rechazó la idea; Memtok no se fiaba de los criados que sabían leer, escribir y contar, puesto que esto les hacia albergar ideas, aunque no pudieran expresarlas oralmente.

La verdad era que Memtok amaba su papeleo y no quería compartirlo con nadie. Sus manos manejaban documentos comprobando firmas, poniendo su contraseña como vistobueno, autorizando los pagos. Sostenía la pluma de una manera rara, anidada entre los tres primeros dedos de su mano derecha... lo hacía así porque carecía de pulgares.

Tampoco echaba de menos la existencia de sus dedos gordos apenas podía recordar lo que se sentía al tenerlos. Ni los necesitaba. Sin ellos podía manejar una cuchara, una pluma y un látigo y tampoco tenía verdadera

necesidad de manipular esos objetos.

Así que, lejos de echar de menos a sus pulgares, se sentía orgulloso por su carencia; de esta manera demostraba que había servido a su señor en ambas e importantes capacidades: de más joven como ganado y ahora, desde hacia muchos años, como doméstico atemperado. Cada sirviente macho mayor de catorce años (con apenas excepciones especiales) mostraba signos de una u otra alteración; poquísimos podían exhibir ambas, sólo unos cuantos en toda la Tierra entera. Esos pocos se hablaban entre sí de igual a igual, constituían una élite.

Alguien llamó a la puerta.

– Adelante! —gritó, luego lanzó un gruñido–. ¿Qué es lo que quieres?

El gruñido le salió automáticamente porque, en realidad, sentía antipatía hacia este criado y con buenos motivos; puesto que no estaba sujeto a la disciplina de Memtok. Pertenecía a una casta distinta, monteros, guardianes ,vigilantes y batidores y dependía del Mayordomo de la Reserva. El Mayordomo se consideraba a sí mismo de la misma categoría que e] Jefe Doméstico y nominalmente lo era. Sin embargo, poseía pulgares.

El mayor reparo que oponía Memtok al Palacio Veraniego era el de que le obligaba a estar en contacto con los sirvientes que tenían el imperdonable defecto de no estar bajo sus órdenes. Aunque bastaría una sola palabra de Su Merced para poder caer sobre uno de éstos, no quería pedir tal autorización, y si alcanzaba a uno de los servidores de esa especie con la seguridad de no recibir una reprimenda, el piojo recurriría a su jefe y eso le comportaría molestas complicaciones. A Memtok no le seducía la idea de provocar alguna fricción entre los criados ejecutivos. Perjudicaba la moral general.

–Mensaje del Jefe. Radiado para que se te diga de parte de Su Merced, mientras está de regreso. Dice que vienen cuatro salvajes escoltados, Dice que será mejor que subas a la terraza, te hagas cargo de ellos. Eso es todo.

–¿Todo? Maldito seas, ¿qué quieres decir con "eso es todo"? ¿Por qué cuatro salvajes? Y, en Nombre del Tío, ¿cuándo llegarán?

–Eso es todo –insistió el sirviente– El mensaje llegó hace veinte minutos. He estado buscándote por todas partes,

–¡Lárgate! —la parte más importante del mensaje era que Su Merced regresaba a casa en vez de pernoctar fuera. Jefe de Cocina, Recepcionista, Director Musical, Amo de Llaves, Encargado de Jardines, todos los jefes de sección... telefoneaba órdenes incluso mientras pensaba. ¿Cuatro salvajes? ¿Y quién se preocupaba ya de los salvajes?

Pero se presentó en la terraza y aceptó su custodia. De todas formas tenía que haber estado ahí, siendo así que volvía el Señor Protector.

Al llegar, Hugh no tuvo ocasión de ver a Bárbara. Cuando le libertaron de la contención del "cinturón del asiento", se vio frente a frente a un hombrecito calvo, de rostro irascible, modales bruscos y que llevaba un látigo. Vestía una túnica blanca que le recordó a Hugh los camisones, excepto que esta prenda mostraba en su hombro derecho el galón rojo y dorado que Hugh presumía era la enseña del pez gordo, del jefe. El emblema se repetía en rubíes y oro en el pecho del hombrecillo en un medallón sostenido por una gruesa cadena áurea.

El hombre le miró con evidente disgusto, luego les hizo, a él y a Duke, dar media vuelta y les confió a otro hombre de blanco con camisón. Este individuo no lucía medallón, pero portaba un látigo pequeño. Hugh se frotó la mano y decidió no poner a prueba si este látigo era tan potente como el adornado que llevaba el gran jefe.

Duke si lo probó. El colérico hombrecillo dio instrucciones a su subordinado y se fue. El subordinado emitió una orden; Hugh interpretó el tono y el gesto como: "Está bien, fulanos, en marcha...", y se puso en movimiento.

Duke, no. El subordinado apenas le tocó en la pantorrilla; Duke lanzó un gemido. Cojeó el resto del camino... rampa abajo, hasta llegar primero a un rapidísimo ascensor, luego a una habitación clara, sin ventanas, que olía a clínica. Duke comprendió la orden de desnudarse sin necesidad de recibir desagradables estímulos; maldijo por lo bajo, pero obedeció. Hugh se limitó a esto último. Empezaba a comprender el sistema. Los látigos se empleaban como emplea un buen jinete sus espuelas, para obtener una pronta y exacta obediencia sin causar daño.

De allí fueron conducidos a un cuarto más pequeño, en donde chorros de agua cayeron sobre ellos procedentes de todas partes. El operador se encontraba en una galería superior. Primero les gritó, luego les indicó con gestos que debían fregarse los miembros.

Se los fregaron. Cortada el agua, recibieron una rociada de jabón liquido. Volvieron a frotarse, se les enjuagó y se les pidió que repitieran el frotado, todo con gestos que no dejaban la menor duda de que se esperaba de ellos que se dieron un buen baño. Los chorros de agua salieron muy calientes y fuertes, cambiaron a fríos y aún más duros, siendo sustituidos por ráfagas de aire cálido.

Se parecía mucho aquello a un lavaplatos automático, pensó Hugh, pero terminaron estando más limpios de lo que lo estuvieran en muchos meses. Un ayudante del encargado de les baños les pegó tiras de algo parecido a tela en sus cejas, les frotó el cabello con una emulsión, se metió con sus barbas (ninguno de los dos se había afeitado aquel día), trató sus espaldas. pechos, brazos y piernas y finalmente el resto del cuerpo de cada uno. Duke recibió otra lección de obediencia antes de someterse a aquellas manipulaciones higiénicas. Cuando después tuvieron que someterse por grado o por fuerza a lavativas. rechinó los dientes y aguantó. El retrete era un torbellino de agua colocado en el suelo. Les cortaron con esmero las uñas de manos y pies.

Después recibieron otro baño. Los retazos colocados en las cejas fueron arrancados suavemente por el agua. También quedó limpio el cabello. Cuando salieron de aquel cuarto ambos eran completamente calvos, excepto las cejas.

El encargado de los baños les obligó a hacer gárgaras, mostrándoles cómo efectuar la operación y escupiendo en el torbellino. Gargarizaron tres veces... un líquido agradable y picante... y al terminar Hugh notó que tenía los dientes más limpios que nunca en su vida. Ahora se sentía totalmente aseado, henchido de bienestar... pero humillado.

Les llevaron a otra habitación y se les examinó.

Su examinador llevaba el convencional camisón blanco y una pequeña

insignia pendiendo de la fina cadena de oro, pero no necesitaba exhibir diplomas en la pared para indicar cuál era su profesión. Sus modales de médico jamás le habrían conquistado la riqueza, decidió Hugh; tenía el aire de los cirujanos bruscos y rudos que Hugh conociera en la milicia de países subdesarrollados... No es que fuera poco amable, sino que se mostraba impersonal.

Pareció sorprenderse e interesarse por un puente que halló en la boca de Hugh. Lo examinó, miró la brecha en la boca de Hugh que llenara el puente odontológico, y, por último se lo entregó a uno de sus ayudantes, dándole instrucciones. El ayudante se fue y Hugh se preguntó si su masticar quedaría definitivamente perjudicado al faltarle aquella pieza dental.

El médico empleó más de una hora en cada uno de ellos utilizando instrumentos que Hugh no pudo reconocer... El peso, la altura y la presión sanguínea fueron las únicas pruebas que le resultaron familiares. Les hicieron cosas, también, aunque ninguna en realidad fuera desagradable. No se emplearon agujas hipodérmicas ni bisturíes. Durante todo esto, devolvieron a Hugh su puente y le permitieron que se lo colocara en la boca.

Pero las pruebas y... o los tratamientos parecían a menudo indignidades, aunque no fueran dolorosos. En una ocasión, cuando Hugh estaba tumbado en una mesa de la que acababa de bajar Duke, el hombre más joven dijo:

–¿Cómo te sientes, papá?

–Descansado.

Duke rezongó.

El hecho de que ambos mostraran cicatrices de respectivas operaciones de apendicitis interesó tanto al médico como el puente dental. Mediante gestos les indicó dolor de vientre luego señaló con el dedo al llamado punto de McBurney. Hugh asintió con la cabeza... expresando su aprobación con dificultades, puesto que mover la cabeza de atrás adelante parecía una negativa a aquella gente.

Un ayudante se acercó al médico y le entregó una cosa que resultó ser otro puente dental. Pidieron a Hugh que abriera la boca; le quitaron la vieja prótesis y le instalaron la nueva. Al tocarla con la lengua, Hugh creyó que volvía a tener sus viejas muelas. El médico hurgó en diversas cavidades, las limpió y las llenó... sin dolor y sin anestesia, por lo que comprendía Hugh.

Después, Farnham se vio de pronto "sujeto" (un campo de fuerzas divisibles) a una mesa y sus piernas fueron elevadas. Otra mesa vino rodando y Hugh comprendió que le preparaban para una intervención quirúrgica... ¡y horrorizado, adivinó de qué especie!

–¡Duke! ¡No les dejes que te atrapen! ¡Apodérate de ese látigo!

Duke dudó demasiado. El terapeuta no llevaba látigo; simplemente tenia uno a mano. Duke intentó saltar y cogerlo, el médico llegó primero. Momentos más tarde, Duke había caído de espaldas. aún gimiendo de dolor ante el castigo recibido, se vio sujeto y con las piernas elevadas y abiertas. Padre e hijo no dejaron de protestar.

El médico les miró pensativo y el lugarteniente que les trajeron fue llamado. Al poco entró el hombrecillo de rostro maligno y gran medallón,

examinó la situación y salió como un tornado.

Hubo una larga espera. El terapeuta en jefe ocupó su tiempo repasando los preparativos que, para la intervención quirúrgica, hacían sus ayudantes, y ni en la mente de Hugh o en la de Duke quedó la menor duda de la índole de esta operación. Duke recalcó que habría sido mejor que hubieran peleado... – y muerto... a principios de aquel día, antes que acabar así. Recordó a su padre que hubiera habido pelea si Hugh no se achica.

Hugh no discutió, estuvo de acuerdo. Trató de decirse a sí mismo que su docilidad al dejarse capturar se debía a que buscó la salvaguardia de las mujeres. Eso le produjo muy poco consuelo. Cierto, no había tenido ni la mas mínima actividad masculina en los últimos años... a excepción de cierta noche... y quiz... ¡Maldición, no quería verse castrado!

Y para Duke, siendo más joven, la cosa aún resultaría más insoportable.

Al cabo de largo rato el hombrecillo irrumpió de nuevo con su ya clásica violencia, más furioso que nunca. Bramó una Orden; Hugh y Duke se vieron libres.

Con eso terminó todo, excepto que les frotaron de pies a cabeza con una crema fragante. Se les dio a cada uno un camisón blanco, se les condujo por una serie de desnudos y largos corredores y Hugh se vio obligado a entrar en una celda. La puerta no estaba cerrada con llave, pero le fue imposible abrirla.

En un rincón había una bandeja, con platos y una cuchara. La comida era excelente y, en parte, inidentificable; Hugh comió con buen apetito, rebañando los platos y bebiéndose toda la suave cerveza. Luego se durmió en una parte blanda del suelo, después de despejar su mente de preocupaciones.

Un pie, hurgándole en el costado, le despertó.

Le llevaron a otra habitación lisa, sin ventanas, que resultó ser un aula. Dos hombres blancos, bajitos, con sus respectivos camisones, estaban ya allí. Iban equipados con punteros, había el equivalente a una pizarra (podía limpiarse instantáneamente y como por arte de magia), y tenían paciencia... y un látigo, porque eran partidarios del método de "la letra con sangre entra". Todo error era castigado.

Ambos maestros sabían dibujar y poseían abundante imaginación para expresar con gestos; a Hugh se le enseñó a hablar.

Hugh descubrió que su memoria quedaba agudizada por los estímulos dolorosos; apenas tenía tendencia alguna a repetir un error. Al principio le castigaron sólo por olvidar el vocabulario, pero en cuanto aprendió, se esperaba las punzadas de dolor cuando se equivocaba en las inflexiones, en la construcción en el idioma y en el acento.

Este tratamiento "pavloviano" continuó –si sus cálculos mentales eran correctos– durante diecisiete días; no hizo otra cosa ni vio a nadie, excepto a sus maestros. Trabajaban en turnos; Hugh lo hacía en todo instante posible, unas dieciséis horas al día. Jamás se le permitía dormir bastante, aunque nunca se sintió adormilado, ni se atrevió, durante las lecciones. Una vez al día le bañaban y le daban un camisón limpio; dos veces diarias le daban de comer, alimentos sabrosos y abundantes, y tres veces cada jornada le acompañaban al cuarto de aseo. Todos los restantes minutos los pasaba

aprendiendo a hablar, con el espíritu siempre alerta ante cualquier equivocación que significara castigo.

Pero aprendió a eludir este castigo. Una pregunta, formulada con rapidez, servía ordinariamente.

–Maestro, este servidor comprende que hay modos de protocolo para cada estado social ascendente o descendente, pero este servidor, en su ignorancia, carece de conocimiento acerca de qué estado corresponde a su modo... puesto que me falta absolutamente experiencia en los propósitos inescrutables del Tío Poderoso... y también uno no se da cuenta a veces del estado asumido con propósitos de enseñanza por mi caritativo profesor y del estado que este humilde siervo debe asumir como respuesta. Más aún, este servidor ignora cuál es su propio estado en la gran familia. Quizá si su maestro hace el favor de...

El instructor bajaba entonces el látigo y durante la siguiente hora recibía una conferencia. El problema era más extenso de lo que indicaba la pregunta de Hugh. Es estado inferior era el de ganado, No, todavía había uno más bajo: sirviente niño. Pero puesto que se esperaba que los niños cometieran errores, no había que hacer caso a ese estado. El escalón ascendente siguiente era el de perro, luego el de sirviente atemperado... una categoría con gradaciones sutiles e ilimitadas de rango tan entremezcladas que se empleaba el había entre iguales si el gradiente no resultaba evidente con total claridad.

Muy por encima de todos los sirvientes estaban los Escogidos, con infinitas y a veces cambiantes variaciones de rango, incluyendo aquellas circunstancias rituales en las que una dama adquiere precedencia sobre un señor. Pero eso no constituía una preocupación de ordinario; siempre se usaba el modo ascendente del protocolo. Sin embargo...

–¿Si dos Escogidos te hablan a la vez, a cuál debes contestar?

–Al joven –repuso Hugh.

–¿Por qué?

–Puesto que los Escogidos no cometen errores, el defecto estaría en los oídos de este servidor. El mayor no habló en realidad, porque jamás le hubiera interrumpido el joven.

–Correcto. Tú eres un jardinero atemperado y te encuentras con un Escogido del mismo rango que tu señor tío. El te dice: "¿Qué clase de flor es esa, muchacho"?

–Como Su Merced sabe mucho más que este humilde servidor al que sus ojos pueden traicionar, supongo que esa planta es una hidrangea.

–Bien, pero baja los ojos mientras hables. Ahora, en lo referente a tu estado... –el profesor parecía apenado–No tienes ninguno.

–¿Por favor, maestro?

–¡Tío?– He tratado de averiguarlo. Nadie lo sabe excepto nuestro Señor Tío y los demás aún no lo han reglamentado. No eres un niño, no eres ganado, no eres un atemperado, no perteneces a nada. Eres un salvaje y no encajas.

–¿Pero qué forma de protocolo debo emplear?

–Siempre la ascendente. Oh, no para con los niños. Ni para los perros...

no es preciso excederse.

Excepto por los cambios de inflexión causados por el estado social, Hugh encontró el idioma sencillo y lógico. Carecía de verbos irregulares y su sintaxis era muy sensata; probablemente fue perfeccionado en alguna época. Sospechó, por algunas palabras que reconoció –"simba", "bwana", "wazir", "étage", "trek", "oncle"– que tenía raíces en varias lenguas africanas. Pero eso no importaba; esto era un "Idioma" y, según sus maestros, el único idioma hablado existente.

En adición a los modos de protocolo, una buena porción del vocabulario era doble, una palabra usada en sentido descendente era sinónimo aunque diferente en raíz si se la utilizaba ascendente. Tenía que conocer ambas... ser capaz de distinguir y apreciar una, pero emplear la otra.

La pronunciación al principio le ofreció dificultades, pero al cabo de una semana podía chasquear los labios, emitir crujidos, efectuar una rápida detención glotal y escuchar y pronunciar distinciones en las vocales que jamás sospechó existieran. Al decimosexto día hablaba con fluidez, comenzando a pensar en ese idioma y sufriendo los castigos del látigo en rarísimas ocasiones.

XII

Aunque se había bañado aquella mañana, le hicieron repetir la ablución, frotándole de pies a cabeza con fragante crema y entregándole una túnica limpia, antes de conducirle a los apartamentos particulares del señor. Allí tuvo que franquear una serie de recepcionistas, pegado a los talones de Mentok y entrar en una suntuosisima sala de estar.

El señor no se encontraba allí; Joseph y "Doctor-Livingstone-Supongo", si.

– ¡Hugh! –exclamó Joe–. ¡Maravilloso! –y añadió, volviéndose hacia el Jefe Doméstico: Puedes irte.

Memtok dudaba, pero luego retrocedió y se fue. Joe no le hizo el menor caso, tomó del brazo a Hugh y le llevó hasta un diván.

–¡Cielos, cuánto me alegro de verte! Siéntate, hablaremos hasta que venga Ponse. Tienes muy buen aspecto.

"Doctor-Livingstone" inspeccionó los tobillos de Hugh, runruneó y se frotó contra ellos.

–Me encuentro bien. ¿"Ponse"? –Hugh rascó las orejas al gato.

–¿No sabias su nombre? Me refiero al Señor Protector. No, me imagino que no lo sabias. Se trata de uno de sus nombres, el que usa en famille. Pero eso importa. ¿Te no han tratado bien?

–Supongo que si.

–Mejor para ellos. Ponse dio órdenes para que se esmerasen contigo. Mira, si no te tratan bien, dímelo. Lo solucionaré.

Hugh dudaba.

–¿Joe, han empleado contigo alguno de esos látigos?

–¿Conmigo? Joe parecía estupefacto–. Pues claro que no. Hugh, ¿te han

maltratado? Quítate ese camisón y déjame que te eche un vistazo.

Hugh sacudió la cabeza.

–En mi cuerpo no hay señales. No me han lastimado. Pero no me gustó lo del látigo.

–Pero si te han golpeado sin motivo algunos... Hugh, eso es una cosa que Ponse no tolera. Lo único que quiere es disciplina. Si alguien... alguien, incluso Memtok... se ha mostrado cruel contigo, lo va a pagar caro.

Hugh meditó. Casi sentía cariño hacia sus maestros. Habían trabajado con ahínco y paciencia y siempre prefirieron razonar a utilizar el látigo.

–No me han lastimado. Sólo me recordaron algunas... cosas.

–Me alegro de oír decir. En verdad, Hugh, no podía saber cómo estabas. El azote o fusta que lleva Ponse... puede matar a un hombre a trescientos metros; se necesita pericia para usarlo con suavidad. Pero los juguetes que llevan los sirvientes superiores, lo único que producen son cosquilleos y no se permite que se pase a mayores.

Hugh decidió no discutir el diferente concepto que parecían tener ambos en lo tocante al vocablo "cosquilleo"; tenia en mente otras cosas más urgentes.

–¿Cómo están los demás, Joe? ¿Les has visto?

–Oh, están muy bien. ¿Te has enterado de lo de Bárbara?

–¡No me he enterado de nada! ¿Qué hay de Bárbara?

–Cálmate. Me refiero a lo de haber tenido sus niños.

–¿Ha tenido un hijo?

–"Hijos". Dos niños gemelos, idénticos. Hace una semana.

–¿Cómo se encuentra? ¿Cómo se encuentra?

–Calma, hombre. Está estupendamente, no podría estar mejor. Claro, nos llevan una gran delantera en el campo de la medicina; perder una madre, o un niño, es algo inconcebible –de pronto, Joe pareció triste–. Es una lástima que no nos localizaran unos cuantos meses antes –se iluminó–. Bárbara me dijo que quería bautizar a su hija, si era niña, con el nombre de Karen. Al resultar gemelos ha puesto al mayor... que nació cinco minutos antes... "Hugh" y al otro "Karl Joseph". Bonito, ¿eh?

–Estoy abrumado. Eso quiere decir que la has visto. Joe, tengo que verla. En seguida. ¿Cómo puedo lograrlo?

Joe le miró atónito.

–Pero no puedes, Hugh. Supongo que lo sabes.

–¿Por qué no puedo?

–Porque... no fuiste atemperado, esa es la razón. Imposible.

–Oh.

–Lo siento, pero así son las cosas –Joseph sonrió de pronto–. Tengo entendido que casi te hicieron elegible por casualidad. Ponse se partía de risa al pensar en lo cerca que estuviste y en cómo Duke y tú protestabais.

–No le veo la gracia por ninguna parte.

–Oh, Hugh, simplemente Ponse tiene un robusto sentido del humor. Se

carcajeaba al contárselo. Yo no me reí y por eso pensó qué yo carecía de sentido del humor. La gente se ríe de cosas distintas. Karen solía emplear una especie de cosas distintas. Karen solía emplear una especie de caricaturesco dialecto negro para provocarme y hacerme rabiar. Pero no era su propósito ofenderme. Karen... Bueno, ellos no saben ser mejores y tú y yo lo sabemos y yo no diré nada al respecto. Mira, el veterinario hubiera seguido adelante, sin haber recibido órdenes, eso le habría costado sus manos; Ponse se lo advirtió. Claro que pudo haber mantenido en suspenso la sentencia... los buenos cirujanos son de gran valor. Pero su asunción era sólo natural, Hugh; tanto tú como Duke sois demasiado altos y corpulentos para pasar a la categoría de ganado. Sin embargo, Ponse no tolera la suciedad.

–Está bien, está bien. Pero sigo sin ver nada malo en que visite a Bárbara y conozca a mis hijos. Tú la viste. Y a ti tampoco te han atemperado.

La paciencia de Joseph parecía haber llegado a su límite.

–Hugh, no es lo mismo. Supongo que ya lo sabes.

–¿Por qué no es lo mismo?

Joe suspiró.

–Hugh, no fui yo quien hizo las leyes. Pero soy un Escogido y tú no, y eso lo cambia todo. No tengo la culpa de que seas blanco.

–Está bien. Olvídalo.

–Alegrémonos de que uno de nosotros se encuentre en posición de hacer favores a los demás. ¿No te das cuenta de que todos vosotros habríais sido ejecutados?... Si yo no hubiese intercedido...

–Ya lo he pensado. Por suerte tú sabías francés. Y aquel tipo también sabía francés.

Joe sacudió la cabeza.

–El francés nada tuvo que ver, simplemente ahorró tiempo. La cuestión es que yo estaba allí... y los demás fuisteis relevados de toda responsabilidad por esa causa. La que había que dilucidar era el grado de mi criminalidad; tenía prácticamente el cuello en el lazo de la horca... –Joe frunció el ceño–. Todavía no estoy libre de sospechas. Quiero decir que Ponse está convencido de mi inocencia, pero mi caso ha de ser revisado por el Supremo Señor Propietario; esta es su reserva... Ponse es sólo un custodio. Aún podrían ejecutarme.

–¿Joe, que hay en el mundo que te haga hablar de ser ejecutado?

–¡Mucho! Mira, si vosotros cuatro "ofays"... blancos... hubierais estado solos, Ponse os habría juzgado nada más veros. Dos crímenes capitales y ambos evidentes por si mismos. Fugados. Sirvientes que habían huido de su señor. Invasión destructora de un dominio personal del Supremo Propietario. Delitos claros y probados, con pena de muerte para ambos. No me digas que no era así porque lo sé y me costó mucho hacérselo comprender a Ponse, empleando un idioma que ninguno de los dos conocemos demasiado bien. Y todavía corre peligro mi pescuezo. Sin embargo –se iluminó–, Ponse me ha dicho que el Supremo Propietario lleva un retraso de muchos años en revisar los casos criminales y que han pasado muchos años también desde la última vez que pisó esta reserva o

que la cruzó siquiera por los aires... y que cuando mi caso sea examinado por él ya no quedará rastro de destrucción. Están replantando los árboles talados y nunca se ha llevado una cuenta exacta de los osos, ciervos y otras piezas de caza existentes en la reserva. Me ha asegurado que no hay que preocuparse.

–Bien, eso es una buena noticia.

–¡Pero quizá creas que no he trabajado lo mío en el asunto! El mero hecho de dejar que tu sombra se proyecte sobre el Supremo Señor Propietario significa la pena de muerte y estornudar en su presencia es todavía peor... así que imagínate que invadir su tierra, una tierra que le pertenece personalmente no es algo que se deba tomar a la ligera. Pero mientras Ponse diga que no hay que preacuparse, vivamos tranquilos. Me trata como si fuera un invitado, no como a un prisionero. Pero, háblame de ti. Me han dicho que has estado estudiando el idioma. Yo también... tuve un maestro cada día que disponía de tiempo para estudiar.

Hugh contestó:

–Contando con su aprobación, este humilde servidor, como ellos saben, no se ha dedicado a otra cosa.

–¡Uf! ¡Pero si hablas este idioma mucho mejor que yo!

–Me aplicaron incentivos repuso Hugh, volviendo al inglés. Joe, ¿has visto a Duke? ¿Y a Grace?

A Duke, no. No lo he intentado. Ponse ha estado fuera la mayor parte del tiempo y se me llevó consigo. He tenido muchisimo trabajo. A Grace, sí. Es posible que puedas ver a Grace. Viene con frecuencia a estos apartamentos. Es la única manera en que podrías verla. Aquí mismo. Y en presencia de Ponse. Podría suceder. No se aferra demasiado al protocolo. Quiero decir en privado; aunque guarde las apariencias en público.

–Humm... Joe, en ese caso, ¿no podrías pedirle que me dejara ver a Bárbara y a los mellizos? ¿Aquí? ¿En su presencia?

Joe le miró exasperado.

–Hugh, ¿no puedes comprender que sólo soy un invitado? Se me tolera. No tengo ni un criado propio, ni dinero, ni título. Te dije que podrías ver a Grace; no que la verías. Si la vieses, seria porque él habría enviado a por ti y, al mismo tiempo, le convino no despedirla... aunque no por tu conveniencia. En cuanto a pedirle que te permita entrevistarte con Bárbara... no puedo. ¡Y eso es todo! Te aconsejo que no lo intentes tampoco. Quizás averiguarás que su fusta no se limita a producir cosquilleos.

–Lo único que deseaba era...

– ¡Atención! Aquí viene.

Joe fue al encuentro de su anfitrión. Hugh permaneció donde estaba, la cabeza inclinada, los ojos bajos, en espera de que se fijasen en él. Ponse vino dando zancadas, vestido de manera muy semejante a como Hugh le viera anteriormente, excepto el casco que había sido sustituido por una boina roja. Saludó a Joe, se dejó caer pesadamente en un gran diván, extendió las piernas. "Doctor-Livingstone" saltó al regazo del señor; Ponse lo acarició. Dos sirvientas surgieron de la nada, le quitaron las botas, le limpiaron los píes con una toalla caliente, se los secaron, les dieron masaje, les pusieron unas zapatillas y desaparecieron.

Mientras ocurría todo esto, el Señor Protector habló a Joe de asuntos que Hugh no pudo entender más que como palabras huecas, pero se fijó en que el noble empleaba con Joe el tratamiento de igual a igual y que Joe le correspondía del mismo modo. Hugh decidió que la posición de Joe debía ser tan sólida como la del 'Doctor-Livingstone" Bueno, Joe poseía una agradable personalidad.

Por último el gran hombre le miró de reojo.

–Siéntate, muchacho.

Hugh se sentó, en el suelo. El señor prosiguió:

–¿Has aprendido el idioma? Nos han dicho que sí.

–Que ello complazca a Su Merced, el tiempo de este humilde servidor sólo ha tenido ese propósito, ojalá sus inadecuados resultados parezcan mejor a vos que lo que vuestro sirviente se aventuraría a estimar.

–No está mal. El acento un poco duro. Y se te pasó por alto una inflexión. ¿Te gusta el tiempo que hemos tenido?

–El tiempo es como lo ordena el Tío Poderoso. Si le place a Su sobrino favorito, no puede por menos que causar satisfacción a tan humilde sirviente.

–Muy bien. El acento turbio, aunque comprensible. Trabaja en perfeccionarlo. Dile a tus maestros que nos lo ha ordenado. Ahora abandona esa manera de hablar cortés ya que no tengo tiempo para perderlo en dialoguismo. Siempre, había de iguales. Quiero decir , en privado.

–De acuerdo. Yo. –. –Hugh se interrumpió; una sirvienta había regresado, para arrodillarse ante el señor y ofrecerle una bandeja con un refresco.

Ponse miró con viveza a Hugh, luego posó los ojos en la criada.

–¿Eso? No importa, es sordomuda. ¿Ibas a decir?

–Iba a decir que me es imposible opinar del tiempo puesto que no he salido al exterior desde que vine aquí.

–Supongo que tienes razón. Di órdenes para que aprendieras el idioma lo antes posible y los sirvientes son propensos a seguir las instrucciones literalmente. No tienen imaginación. Está bien, pasearas al aire libre una hora cada día. Díselo al que se encargue de ti. ¿Alguna petición? ¿Te dan suficiente comida? ¿Se te trata bien?

–La comida es buena. Me he acostumbrado a comer tres veces al día, pero…

–Si lo deseas puedes comer cuatro veces por día. Díselo también al que se encargue de ti. Perfecto, ahora veamos otros asuntos, Hugh… ¿ese es tu nombre, verdad?

–Sí, Vuestra Merced.

–¿Es que no me oíste? Dije: "Utiliza el había de iguales". Mi nombre en privado es Ponse. Empléalo. Hugh, sí no os hubiera recogido a ti y a tu gente yo mismo, sí no fuera universitario y si no hubiera visto con mis propios ojos los artefactos de la curiosa construcción, tu casa, no lo habría creído. Como fue así, debo creerlo. No soy hombre supersticioso. El Tío tiene maneras de obrar muy misteriosa, pero no acostumbra a hacer milagros… y

no dudaría en repetir esto en cualquier templo de la Tierra, por heterodoxo que parezca. Pero... ¿Cuánto tiempo hace de eso, Joe?

–Dos mil ciento tres años.

–Dejémoslo en dos mil. ¿Qué te pasa, Hugh?

–Oh, nada, nada.

–Si vas a vomitar, ve afuera; yo mismo elegí las alfombras. Como iba diciendo, has dado a mis científicos algo en qué pensar... y algo bueno además; llevaban años sin obtener nada que superara en importancia a una vulgar ratonera. Truhanes perezosos. Les he dicho que me vengan con una explicación sensata, no con milagros. Cómo cinco personas... o seis... y un edificio de cierto volumen han podido atravesar veinte siglos sin que se rompiera ni un huevo de cuanto poseía. Exageración. Joe afirma que se rompieron algunos huesos y otras cosas. Hablando de huesos, Joe me dijo que eso no te agradaría... y tampoco le agrada a él... pero he dado órdenes a mis científicos para que desentierren algunos huesos. Análisis del estroncio y cosas por el estilo. Clara prueba de que el cadáver había madurado antes del período de máxima radioactividad... Mira, te avisé de lo de las alfombras. ¡No lo hagas!

Hugh tragó saliva (¡Karen! ¡Karen! ¡Oh Cariño mío!)

¿Estás ya mejor? Quizá debí decirte que estuvo presente un sacerdote, habiéndose efectuado las oraciones pertinentes... exactamente como si se hubiera tratado de uno de los Escogidos. Por orden mía se efectuó esta concesión. Y cuando analizaron las pruebas se devolvió a su lugar hasta el último átomo y la tumba se cerró con los adecuados ritos.

–Eso es cierto, Hugh –dijo con gravedad Joe–. Estuve presente. Y deposité flores frescas. Me han dicho que "esas flores nunca se marchitarán.

–Claro que se conservarán –confirmó Ponse–, por lo menos hasta que la erosión las desgaste. No sé por qué emplear flores, pero si hay algún otro rito o sacrificio necesario para anular el sacrilegio, si es que eso supone entre vosotros, no tienes más que decirlo. Soy un hombre de abierta mentalidad; me doy cuenta de que en otras épocas las costumbres habrán sido diferentes.

–No. No, mejor es dejarlo estar.

–Como gustes. Se hizo por una necesidad científica. Parecía mucho más sensato que amputar uno de tus dedos. Otras pruebas también impidieron que mis científicos eludieran lo obvio. Alimentos conservados por métodos tan antiguos que dudo que algún experto moderno en alimentación fuera capaz de reproducir... y, sin embargo, la comida se podía consumir. Cuanto menos se requirió a algunos sirvientes para que la consumieran; no se produjo ni un solo caso de intoxicación. Un fascinante gradiente de radioactividad entre los lados externo e interno de la estructura del techo... yo les sugerí que lo estudiaran. Basándome en los informes que me diera Joe, les mandé que buscaran pruebas de que ese acontecimiento tuvo lugar a principios de la Guerra Este-Oeste que destruyó el Hemisferio Septentrional.

"Así lo encontraron. Los cálculos les llevaron a creer que la construcción debió estar cerca del origen de una explosión atómica. Sin embargo, no fue dañada. Eso dio paso a una teoría tan absurda que no quiero cansar tus oídos explicándotela; les he dicho que sigan trabajando.

"Pero lo mejor es el tesoro histórico. Soy historiador, Hugh; la historia, adecuadamente interpretada, lo cuenta todo. El tesoro, claro, lo constituyen los libros que teníais. No exagero al afirmar que son mis posesiones más apreciadas. En el mundo actual hay tan sólo otros dos ejemplares de la Enciclopedia Británica... y no son de esa edición y se conservan en tan mal estado que resultan curiosidades más que una obra para trabajos universitarios; no se las cuidó durante las Eras Atorbellinadas.

Ponse se arrellanó y pareció feliz.

– ¡Pero mi edición está en perfecto estado!

Añadió al cabo de un instante:

–No quiero despreciar los otros libros. Todos ellos son tesoros. Especialmente "Las aventuras de Odiseo", que se conocían tan solo de nombre. ¿Los dibujos son también de la época de Odiseo?

–Me temo que no. El dibujante vivía aún en mi tiempo.

–Lástima. No obstante, son interesantes. Arte primitivo, más enérgico que el actual. Pero yo exageraba al decir que los libros eran mi principal posesión.

–¿Sí?

–¡Tú eres mi posesión más preciada! ¡Sí! ¿No te complace?

Hugh apenas dudó.

–Sí. Si es verdad...

(Si es verdad que soy posesión tuya, arrogante bastardo, ¡prefiero ser una posesión valiosa!)

–Oh, completamente cierto. De haber hablado tú utilizando el protocolo no habría podido expresar duda. Yo jamás miento, Hugh; recuerda eso. Tú y... ¿El otro, Joe?

–Duke.

–Tú y Duke. Aunque Joe me alaba mucho tus conocimientos universitarios y no tanto los de él. Pero déjame que te explique. Hay otro universitarios que saben leer el inglés antiguo. Es verdad que ninguno pertenece a mi hacienda; puesto que bajo ningún concepto es un idioma fundamental, pocos se deciden a estudiarlo. Sin embargo, se puede pedir prestado a los universitarios. Pero ninguno de ellos podría compararse a ti. Tú viviste esa época; podrás traducir de manera docta, sin esas enloquecedoras cuatro o cinco interpretaciones de un sencillo pasaje que desfiguran a la mayor parte de las traducciones de fuentes antiguas, y todo porque el universitario no sabe de qué hablaba o a qué se refería el autor antiguo. Falta de contexto cultural, quiero decir. Y sin duda tú podrás proporcionar explicaciones para las cosas que me parezcan oscuras y que te serán a ti vulgares y corrientes.

–¿De acuerdo? ¡De acuerdo! Así que ya sabes lo que quiero. Empieza con la Enciclopedia Británica. Ponte a trabajar hoy, tradúcela. Escribe con rapidez... con claridad y rapidez. Alguien lo aseará para que yo lo repase. ¿Comprendido? Bien, ya puedes comenzar.

Hugh tragó saliva.

–Pero, Ponse, no puedo escribir este idioma.

–¿Qué?

–Se me ha enseñado a hablar; no se me enseñó a leer y escribir.

Ponse parpadeó.

– ¡Memtok!

El Jefe Doméstico de Palacio llegó con tanta prontitud que cualquiera habría sospechado que estuvo junto a la puerta. Y así fue… escuchando una conversación privada con medios que Memtok estaba seguro que ignoraba el Señor Protector… puesto que Memtok seguía respirando. Tales medidas eran arriesgadas pero las halló indispensables para la eficiente realización de sus obligaciones. En el peor de los casos, era más seguro que plantar allí un servidor que no fuese en verdad sordomudo.

–Memtok, te dije que se le enseñara a hablar, y escribir el idioma.

Hugh escuchaba, los ojos bajos, mientras el Jefe Doméstico trataba de protestar alegando que jamás se le dio esa orden (era verdad) pero que no obstante se había llevado a cabo (evidentemente falso), todo sin contradecir al Señor Protector (imposible de reconciliar, inconcebible el intentarlo siquiera).

–Tonterías –observó Ponse–. No sé por qué no te ofrezco para la adopción. Quedarías muy bien en una mina de carbón. Esa palidez de tu cutis mejoraría con algún saludable polvo de carbón encima –retorció su fusta y Memtok palideció todavía más–. Muy bien, que se corrija el error. Tiene que pasar medio día aprendiendo a leer y escribir, la otra mitad traduciendo y dictando lo traducido en un grabador. Debí haber pensado en eso; escribir es algo lento. No obstante, quiero que sea capaz de leer y escribir –se volvió a Hugh–. ¿Se te ocurre algo? ¿Algo que necesites?

Hugh comenzó a frasear una petición en la necesaria imprecisión indirecta creciente, según el protocolo, afirmando que no necesitaba nada.

Ponse le interrumpió.

–Había directamente, Hugh. Memtok, cierra tus oídos. En presencia de Memtok no hay que emplear ceremonial alguno, es un miembro de mí familia anterior, mi sobrino en espíritu si no a Ojos de mi hermana mayor. Habla.

Memtok se relajó y adoptó una expresión tan beatífica como se lo permitían sus rasgos faciales avinagrados.

–Bien, Ponse, necesito espacio para trabajar. Mi celda tiene apenas el tamaño de ese diván.

–Describe lo que necesites.

–Bueno, me agradaría una habitación con luz natural; ventanas, digamos… una tercera parte en tamaño de esta. Mesas para trabajar, estanterías, material para escribir, una silla cómoda… sí, y acceso a un cuarto de aseo sin tener que esperar; de otro modo la espera perjudica mi proceso mental.

–¿Es que no tienes todo eso?

–No. Y no creo que me ayude a pensar el que se me azuce con un látigo.

–Memtok, ¿le has estado azotando?

–No, tío mío. Lo juro.

–Jurarías ser inocente aunque se te pillara con crema en los labios. ¿Quién ha sido? Hugh se atrevió a interrumpir.

–No me estoy quejando, Ponse. Pero esos látigos me ponen nervioso. Y jamás sé quién tiene derecho a darme órdenes. En apariencia, cualquiera puede hacerlo. Todavía no he encontrado cuál es mi estado social.

–Humm... Memtok, ¿dónde le tienes colocado dentro de la Familia?

El principal sirviente apenas admitió que no se había sentido capaz de resolver el problema.

–Resolvámoslo. Le haremos jefe de departamento. Humm... Departamento de Historia Antigua. Titulo: Jefe Investigador. Decano de departamento, precisamente y sólo por debajo de ti. Divulga la noticia. Hago esto para que quede bien claro lo valioso que es para mí este sirviente... y cualquiera que entorpezca su trabajo acabará mal. Supongo que el departamento sólo estará compuesto por un único sirviente, pero tú cumplirás con la tarea encomendada, darás a la sección buen aspecto, trasladarás a sus maestros y, como sea, buscarás un grabador, me prepararás el material para que yo lo inspeccione, dispondrás de un limpiador o dos, un asistente para que mande a los del servicio de limpieza... No quiero que el jefe de este departamento recién creado pierda su valioso tiempo en tareas rutinarias. Un mensajero. Ya sabes. Debe haber en esta casa docenas de holgazanes, comiendo y bebiendo por su cara bonita, y que estarían muy bien en el Departamento de Historia Antigua. Ahora proporciónale un látigo menor y una insignia también de segundo orden. Muévete.

A los pocos momentos Hugh lucía un medallón no mucho más pequeño que el de Memtok. Ponse tomó el látigo y le quitó algo.

–Hugh, no te doy un látigo cargado porque no sabrías usarlo. Si alguno de tus ayudantes necesita que se le espolee, Memtok se alegrará de ayudarte. Más tarde, cuando sepas cómo emplear látigo, ya veremos. Ahora... ¿Estás satisfecho?

Hugh comprendió que no era aquel momento oportuno para solicitar poder ver a Bárbara. No, estando presente Memtok. Pero comenzaba a albergar esperanzas.

Memtok y él fueron despedidos juntos. Memtok no objetó nada cuando Hugh caminó a su altura.

X

Memtok guardaba silencio mientras conducía a Hugh a la zona de los sirvientes; pensaba en cómo manejar este asombroso acontecimiento para que resultara en su propio beneficio.

El estado social del salvaje había turbado desde el principio al Jefe Doméstico. No encajaba allí... y en el mundo de Memtok todo tenía que encajar. Bueno, ahora el salvaje poseía un estado asignado; Su Merced habló y eso era todo. Pero la situación no había mejorado. El nuevo estado social era tan ridículo como para hacer de toda la estructura de la zona baja (el mundo entero, es decir) una burla, una farsa.

Pero Memtok era agudo y práctico. Los cimientos de su filosofía se condensaban en esta frase: No se puede luchar contra la Autoridad. Y su estrategia consistía en aplicar la norma pragmática de "Si no les puedes

vencer, únete a ellos".

¿Cómo el notable ascenso de este salvaje se podía presentar como necesario y adecuado... y apuntárselo en el haber del Jefe Doméstico?

–¡Tío! El salvaje ni siquiera estaba atemperado. Ni lo estaría. Por lo menos, aún no. Más tarde, quizá... lo que haría que todo fuese más aseado. Memtok se sorprendió cuando Su Merced pospuso lo obvio. Memtok apenas recordaba su propia atemperación; las emociones e impulsos de antes de aquel tiempo eran algo débil en su memoria... o en la memoria de cualquier otra persona. No había motivo para que el salvaje armara un escándalo por tan simple y necesaria operación; el atemperamiento significaba la promoción en el verdadero vivir. Memtok tenía por delante otro medio siglo de actividad, poder, cómoda existencia... ¿qué miembro de la clase "ganado" podría alardear de eso?

Pero allí estaba. ¿Cómo conseguir que pareciese bien?

Una Curiosidad!... eso es lo que era el salvaje. Todos los grandes señores poseían Curiosidades; hubo ocasiones en que visitando a los de su propia casta se sintió embarazado por el hecho de que su propio señor no se interesara en las Curiosidades; ni siquiera poseía unos gemelos siameses, ni existía en toda la hacienda un monstruo de dos cabezas. Ni un enano con aletas en vez de brazos. Su Merced era, no quedaba más remedio que admitirlo, demasiado sencillo en sus gustos para su alto rango; a veces Memtok se sentía algo avergonzado de él. Pasarse el tiempo con pergaminos y cosas por el estilo cuando debería estar elevando el orgullo de la hacienda...

Aquel señor en Hind... ¿Cuál era su título? Príncipe de no sé qué tontería. No importaba, el caso es que poseía una gran jaula en donde el ganado y los perros vivían y se apareaban con grandes simios, hablaban la misma jerga... no era el idioma... y no se podía distinguir una raza de otra a excepción de que algunos tenían mucho pelo y otros casi nada. ¡Eso si que constituía una Curiosidad digna de una gran hacienda! El jefe doméstico de ese señor declaró, jurándolo en nombre del Tío, que nacieron mestizos de esos cruces del experimento, manteniéndolos escondidos para que los priestes no pudieran objetar. Quizá fuera cierto, puesto que existía el hecho de que, a pesar de la negativa oficial, eran posibles los cruzamientos entre sirvientes y Escogidos... y así ocurría, a pesar de que los sirvientes de cámara eran estériles siempre. Claro es que jamás se permitía que estos "accidentes" fueran vistos a la luz del día.

Una Curiosidad, ese era el enfoque adecuado. Un ser no atemperado y que, sin embargo, era un sirviente ejecutivo. Un Famoso Universitario que ni siquiera había sido capaz de hablar el idioma aunque fuera casi tan viejo como Memtok. Un hombre salido de la nada. De las estrellas. Todo el mundo sabía que en alguna parte de las estrellas había hombres.

Posiblemente un milagro... y los templos investigaban y cualquier año esta hacienda sería famosa por poseer tan única Curiosidad. Sí. Una palabrita dejada caer aquí, allá, una, una velada insinuación...

–Hugh –dijo cordialmente Memtok–. ¿Puedo llamarte Hugh?

–¿Qué? ¡Oh, claro!

–Llámame pues Memtok. Paseemos un poquito y elegiremos un sitio para sede de tu departamento. Querrás una habitación soleada, comprendo.

¿Te parece bien algún cuarto de los que dan a los jardines? ¿O preferirías con vistas a cualquier otra parte, para estar más aislado? –Memtok decidió que era preferible esto último. Expulsaría al primer jardinero y al capataz del "ganado" y daría al salvaje las actuales viviendas de ambos –eso haría que todos comprendiesen lo importante que era esta Curiosidad– y también conseguiría que los despojados sintieran odio hacía el salvaje. Hugh no tardaría en realizar quién era su verdadero amigo. Memtok, claro, y no otra persona. Además, el jardinero últimamente se mostró muy engreído, implicando que su trabajo no quedaba bajo la supervisión del Jefe Doméstico. Lo que le hacía falta era recibir un toquecito de aviso.

–Oh, no me hace falta nada lujoso –dijo Hugh.

–¡Vamos, vamos! Queremos que tengas toda clase de comodidades. Ojalá yo pudiera evadirme de cuando en cuando de mis obligaciones. Pero no puedo... problemas, problemas a cada segundo del día; hay muchísima gente que necesita que se piense por ella. Será algo grande tener entre nosotros a un hombre inteligente. Te encontraremos unas habitaciones cómodas, con espacio abundante para ti y tu ayuda de cámara. Pero separadas esas dependencias del resto. ¿Ayuda de cámara? ¿Había por allí un joven atemperado, con ambiciones y obedeciendo, en el que se pudiera confiar para que mantuviera la boca cerrada y le informara de todo? ¿Y si hacia atemperar al hijo mayor de su hermana? ¿Podría ahormar al muchacho a tiempo de utilizarlo?

¿Pero acaso su hermana comprendería lo sagaz de esta decisión? Tenía puestas grandes esperanzas en el muchacho. Memtok se daba fríamente cuenta de que tendría que hacer algo... de que algún día desaparecería... aunque aún faltaran muchos años para eso... y estaba decidido a que su heredero le sucediera en este gran oficio. Pero necesitaría planear y jamás se empiezan a forjar planes con excesiva antelación. Si pudiese hacer comprender a su hermana...

Memtok condujo a Hugh por una serie de concurridos pasillos; los sirvientes se apartaban rápidamente de su camino... excepto uno que tropezó y recibió una descarga del látigo como castigo a su torpeza.

¡Vaya –exclamó Hugh–. Este edificio es muy grande.

–¿Esto? Espera a ver el Papaíto... aunque no dudo que se estará desmoronando en ruinas por causa de los malos cuidados de mi jefe delegado. Hugh, aquí empleamos tan sólo una cuarta parte del personal. No hay fiestas formales, únicamente fiestas de jardín. Y con apenas un puñado de invitados. En la ciudad los Escogidos siempre vienen y van. En muchas ocasiones me arrancan de la cama en plena noche para abrir apartamentos para que algún señor y sus damas los ocupen, sin avisarme con un minuto siquiera de antelación. Ser capaz de abrir la puerta de un apartamento lateral para invitados y saber... saber, fíjate, sin mirar, que las camas están recién perfumadas, que hay refrescos preparados, que todo está inmaculado, que suena una música suave... requiere mucho talento y experiencia.

–En efecto, hay que tener maña para manejar tanto personal.

– ¡Personal! –rezongó Memtok–. Me gustaría estar de acuerdo contigo. No te puedes imaginar el trabajo que me cuesta inspeccionar cada habitación, cada noche, por muy cansado que me encuentre, antes de irme a acostar. Luego debo insistir para que se corrijan los errores, sin fiarme de

las mentiras del servicio. Todos los criados son embusteros, Hugh. Demasiada "Felicidad". Su Merced es generoso; jamás les rebaja la ración.

–He encontrado que los alimentos son abundantes. Y buenos.

–No dije alimentos, sino "Felicidad". Yo controlo la comida y no creo que sea efectivo hacerles pasar hambre, ni siquiera como castigo. Una sacudida de látigo es mejor. Es cosa que comprenden. Acuérdate siempre de una cosa, Hugh; la mayor parte de los criados no tiene cerebro en realidad. Son tan insensatos como los Escogidos... claro es que no me refiero a Su Merced; jamás criticarla a mi propio patrón. Me refiero a los escogidos en general. Ya comprendes – guiñó un ojo y dio a Hugh un metido suave en las costillas.

–No sé mucho sobre los Escogidos –admitió Hugh–. Apenas los he visto.

–Bueno... ya verás. Es preciso algo más que una piel oscura para tener sesos, no importa lo que nos enseñan en el templo. Espero que te des cuenta de que lo que te digo no lo admitiría si fueras tú quien lo dijese. Pero... ¿Quién crees que gobierna esta hacienda?

–No llevo bastante tiempo aquí para aventurarme a darte mí opinión.

–Muy agudo. Podrías llegar lejos si tuvieses ambiciones. Deja que te lo explique así. Si Su Merced se ausenta, la casa va tan como sobre ruedas como siempre. Si me ausento yo, o me atrevo a caer enfermo... Bueno, me estremezco sólo al pensarlo –hizo un gesto con su látigo–. Ellos lo saben. No los encontrarías escurriéndose tan deprisa para apartarse de su camino.

Hugh cambió de conversación.

–No entiendo tu observación de lo de la "ración de Felicidad".

–¿No te han dado la tuya?

–Es que no sé lo que es.

–¡Ajá! Algún mastuerzo ha recogido la ración de vosotros tres y la ha hecho desaparecer por el camino. Me ocuparé de eso. Y en cuanto a lo que es, te lo enseñaré –Memtok le condujo siguiendo por una rampa y saliendo a una terraza. Abajo estaba el comedor principal de los sirvientes, atestado y con tres grandes colas–. Es la hora del reparto... el ganado tiene otro horario, claro. Lo pueden tomar como bebida, en forma masticable o para fumar. La dosis es la misma, pero hay quien afirma que fumándotela se consigue una felicidad más profunda.

Memtok empleaba palabras que no estaban en el vocabulario de Hugh; Farnham así se lo dijo. Memtok contestó:

–No importa. Ese producto mejora el apetito, tranquiliza los nervios, fomenta la buena salud, permite todos los placeres... y destruye la ambición. El truco consiste en que puedes tomarlo o dejarlo. Yo nunca lo ingiero regularmente, ni siquiera lo hacia cuando era ganado; tenía mis ambiciones.

Ahora lo tomo en días de fiesta o por el estilo... y con moderación – Memtok sonrió–. Esta noche lo conocerás.

–¿De veras?

–¿No te lo he dicho? Banquete en tu honor, poco después de las plegarias de la tarde.

Pero Hugh apenas escuchaba. Registraba con la mirada la cola más lejana, tratando de localizar a Bárbara.

* * *

Memtok envió al Jefe Veterinario y al Ingeniero de la Hacienda para que formasen la escolta de honor de Hugh. Farnham se sentía un poco embarazado por esta atención que le prodigaban aquellos dos hombres, máxime después de haber estado ante ellos, la última vez que vio al médico y cirujano, en una postura harto "desvalida", por no decir humillante. Pero el veterinario se mostró de lo más cordial.

Memtok presidía la gran mesa, con Hugh a su derecha. Veinte cabezas de departamento se hallaban sentados; detrás de cada huésped aparecía en pie un sirviente de menor rango, mientras que una corriente incalculable de otros criados iba venia de la cocina y despensa. La sala de banquete era hermosa, con lujosos muebles, y el festín resultó suntuoso e interminable; Hugh se preguntó qué comerían los Escogidos, si los sirvientes de la categoría superior se regalaban de aquella manera.

En parte, pronto lo averiguó. A Memtok dos veces, una de los sabrosos platos que todos compartían, otra de un menú diferente. Estos segundos platos sólo los probaba, utilizando distintas vajilla, aunque rara vez hacía algo más que probarlos. Del servicio normal comía con sobriedad y en diversas ocasiones se pasó por alto algunos platos.

Memtok se fijó en la mirada de curiosidad que le dirigía Hugh.

–La cena del Señor Protector. Pruébela. Claro que a tu cuenta y riesgo.

–¿Qué riesgo?

–El de veneno, naturalmente. Cuando un hombre sobrepasa el centenar de años de edad, seguro que su heredero se impacienta. Por no hablar de los competidores comerciales, rivales políticos y falsos amigos. Mira bien; el catador lo prueba todo media hora antes de Su Merced o de mí... y este año tan sólo hemos perdido a un catador.

Hugh consideró que estaban poniendo a prueba el estado de sus nervios; trató de saborear una cucharada de la comida del señor.

–¿Te gusta? –preguntó el Jefe Doméstico.

–Me parece algo oleoso.

–¿Oíste eso, Gnou? Nuestro nuevo primo es un hombre de gusto. Oleoso. Algún día, me temo, te freirás en tu propia grasa. La verdad, Hugh es que comemos mejor que los Escogidos... aunque el servicio es más barroco en el Gran Salón, claro. Pero yo soy un sibarita que aprecia el aspecto artístico; Su Merced no se preocupa de lo que come mientras que no de un chillido al morderlo. Si las salsas son demasiado complicadas, las especias muy exóticas, lo devolverá todo a la cocina, pidiendo una rebanada de carne asada, un mendrugo de pan y un jarrito de leche. ¿Verdad, Gnou?

–Tú lo has dicho.

–Es decepcionante.

–Mucho –admitió el "chef".

–Así que las mejores obras del primo Gnou son para nosotros y los Escogidos discuten con aquellos cuya principal habilidad de su "chef" consiste en despellejar un pájaro sin alborotar sus plumas. Primo Hugh, si me excusas, debo subir al Gran Salón e intentar, con el ceremonial adecuado, que la "piéce de résistence" del primo Gnou parezca mejor de lo

que es. No hagas caso a lo que te digan de mí mientras esté ausente... lamentablemente, todo será cierto –mostró los dientes en lo que debió ser una sonrisa y se fue.

Nadie habló durante un rato. Por último, alguien (Hugh creyó que era el jefe de transportes, pero no estuvo seguro, dada la gran cantidad de gente a la que fue presentado), dijo:

–Jefe Investigador, ¿me permites preguntarte con qué hacienda estabas antes de ser adoptado?

–Claro que si. Estaba en la Casa de Farnham, Terrateniente Extraordinario.

–Vaya. Me veo obligado a admitir que el titulo de tu Escogido me resulta nuevo. ¿Quizás es titulo reciente?

–Viejisimo –respondió Hugh–. Extremadamente antiguo y concedido directamente por el Tío Todopoderoso, bendito sea Su Nombre. El rango es poco más o menos equivalente al de rey, aunque más antiguo.

–¿De veras?

Hugh decidió dejar estar aquel juego sustituyéndolo por algo más amplio, generalmente hablando. En conversaciones anteriores descubrió que Memtok sabia mucho acerca de muchas cosas... pero casi nada de trivialidades como historia, geografía y materias que no concernían al gobierno de la hacienda. Y gracias a sus lecciones de idioma comprendía que era raro hallar un sirviente que supiera leer y escribir, incluso entre los ejecutivos, a menos que esa pericia fuera necesaria para realizar sus deberes. Memtok le había dicho con orgullo que solicitó la oportunidad mientras era ganado y que trabajó aprendiendo mientras el resto del ganado le hacia objeto de sus pullas. "Yo tenía puestos mis ojos en el futuro", le confesó a Hugh. "Pude haberme pasado cinco, probablemente diez, años más como ganado... pero en cuanto supe leer, solicité que me atemperaran. Por eso fui el último en reír... porque, ¿dónde están ahora los que se reían de mí?.

Hugh se decidió por una "farolada" mayor; resulta más fácil decir una gran mentira... y más fácil también que los demás se la traguen.

–El titulo lleva intacto trescientos años en la Casa Farnham. La línea ha permanecido sin quebrarse gracias a la intervención directa del Tío a través del Torbellino y del Cambio. A causa de su origen Divino, su detentor había al Propietario como a un igual, de "tú a tú" –Hugh se irguió con orgullo. Y yo era el brazo derecho del Señor Farnham.

–Una casa noble en verdad. Pero ¿"Brazo derecho"? Aquí no conocemos lo que significa ese titulo. ¿Es un criado?

–Sí y no. El Jefe Doméstico trabaja a las órdenes del "Brazo derecho".

El hombre casi carraspeó de asombro.

–Y lo mismo hacen todos los demás ejecutivos –continuó Hugh–, domésticos o no... comerciales, políticos, agrarios, todos. La responsabilidad es abrumadora.

– ¡Me lo imagino!

–Lo es. Yo envejecía y me fallaba la salud... hasta sufrí una parálisis temporal de mis miembros inferiores. En verdad, jamás me gustó la

responsabilidad, soy universitario. Por eso solicité ser adoptado en esta casa y aquí me tenéis... universitario para un Escogido de gustos similarmente universitarios... una ocupación adecuada para mis últimos años.

Hugh se dio cuenta en seguida de que se había extendido demasiado en un particular; el veterinario alzó la vista.

–No noté signo alguno de esa parálisis de que hablaste.

(¡Maldición, los médicos no se preocupan de otra cosa que no sea su especialidad!)

–Me sobrevino de repente, una mañana –contestó Hugh con suavidad–, y desde entonces no me ha vuelto a molestar. Pero para un hombre de mis años constituyó un aviso.

–¿Y qué edad tienes? Lo pregunto por interés profesional, claro, ¿Me lo permites?

Hugh trató de rechazar la pregunta de manera tan directa como oyera en cierta ocasión a Memtok librarse también de otra consulta.

–No te lo permito. Ya te lo diré cuando necesite tus servicios. Pero... –añadió, para tranquilizar al facultativo–, puedo afirmar que nací unos cuantos años antes que Su Merced.

–Asombroso. Muy bueno, juzgo, dada tu condición física... Yo no te habría calculado más de sesenta años, como máximo.

—La sangre lo confirmará –dijo Hugh con cierta sorna–. No soy el único de mi casta que vive muchísimos años.

El regreso de Memtok le ahorró nuevas evasivas, Todos se pusieron en pie. Hugh no lo advirtió a tiempo, así que permaneció sentado y mostrando una gran desfachatez. Si a Memtok le supo mal, no lo demostró. Se apoyó en el hombro de Hugh al sentarse.

–Supongo que te habrán dicho que acostumbro a comerme a mis jóvenes subordinados, ¿verdad?

–Se me ha dado la impresión de que formamos una familia feliz presidida por nuestro bienamado tío.

–Embusteros... todos. Bueno, terminé por esta noche... Hasta que se presente alguna emergencia. Su Merced sabe que te estamos festejando; me ordenó que no volviera al Gran Salón. Así que ahora podemos relajarnos y ser felices

–el Jefe Doméstico golpeó su copa con una cucharilla–. Primos y sobrinos, un brindis por nuestro primo más reciente. Posiblemente habéis oído lo que dije... el Señor Protector se siente complacido por nuestro modesto esfuerzo desplegado para hacer que el primo Hugh se sienta en su casa dentro de su familia. Pero estoy seguro de que ya lo habréis adivinado... ¡puesto que salta a la vista que el primo Hugh lleva, no un látigo inferior, sino una fusta menor exactamente igual a la mía! –Memtok sonrió con malicia–. Confiemos en que nunca tenga ocasión de usarla.

Un fuerte aplauso general acogió el brillante parlamento del jefe. Memtok prosiguió con aire solemne:

–Todos sabéis que ni siquiera mi principal ayudante posee tal autoridad, mucho menos aún el jefe de departamento ordinario... y de solo que estoy seguro que comprenderéis que una insinuación del primo de

Hugh, Jefe Investigador y Ayudante de Universitarismo de Su Merced, por nombramiento directo... una insinuación suya es una orden mía... así que no me obliguéis a que la formalice con una orden directa...

"¡Y ahora... brindemos! Todos los primos juntos y dejemos que la Felicidad fluya liberalmente... así que permitamos que el más joven de nosotros pronuncie el primer brindis. ¿Quién reclama el derecho, quién lo reclama?"

La fiesta se hizo áspera. Hugh advirtió que Memtok bebía con moderación. Recordó el aviso y trató de emularle. Fue imposible. El Jefe Doméstico podía pasarse por alto cualquier brindis, alzando simplemente su copa pero Hugh, como invitado de honor, se sentía obligado a beber con todos en general.

Algún indeterminado tiempo después, Memtok le condujo a sus recientes y lujosas habitaciones. Hugh se notaba borracho, pero no inseguro en su caminar... tan sólo le parecía que el suelo quedaba muy abajo. Se sentía iluminado, poseyendo una sabiduría ancestral, flotando en nubes plateadas y empapado por completo de angélica felicidad. Aún no tenía idea de qué es lo que componía las bebidas de Felicidad. ¿Alcohol?. Quizá. ¿Nuez de betel? ¿Hongos? Probablemente. ¿Marihuana? Parecía que sí. Se anotaría la fórmula mientras la tuviera fresca en la mente. ¡Eso era lo que le hacía falta a Grace! Tenía él que... ¡Pues claro que ahora ella tomaría de eso! ¡Qué estupendo! Pobre Grace... Jamás la comprendió... y lo único que la mujer necesitaba era un poco de Felicidad.

Memtok le acompañó a su dormitorio. Acostada y sumida en un profundo sueño, ocupando la majestuosa cama, había una linda muchacha, rubia y rizada.

Hugh la miró desde lo que le parecía una altura de más de treinta metros y parpadeó.

–¿Quién es?

–Tu "calienta-camas". ¿No te lo había dicho ya?

–Pero...

–Todo está bien. Sí, sí. Sé que eres técnicamente "ganado". Pero no te preocupes, porque no puedes perjudicarla; para eso está destinada. No hay peligro. Es una muchacha imperfecta'' por naturaleza.

Hugh giró en redondo para discutir aquello, volviéndose despacio a causa de la sensación de gran anchura y enorme altura. Cuando terminó el movimiento, Memtok se había ido. Hugh comprendió que a duras penas lo máximo que lograrla seria acercarse a la cama.

–Lárgate, gatita – murmuró y cayó dormido.

Se despertó muy tarde y la "gatita" aún estaba allí, con el desayuno preparado. La miró intranquilo... no porque sufriera resaca, cosa que no experimentaba. En apariencia la Felicidad no dejaba tales rastros molestos. Se sentía fuerte físicamente, alerta mentalmente y estricto en el sentido moral... y con mucha hambre. Pero aquella joven resultaba embarazosa.

–¿Cómo te llamas, gatita?

–Ojalá les complazca a ellos, pero el nombre de esta humilde sierva es de tan escasa importancia que me pueden llamar con un grito.

– ¡Basta, basta! Utiliza el tratamiento de igual a igual.

–Señor, en realidad no tengo nombre. La mayoría me llama simplemente diciendo "¡Eh, tú!"

–Está bien, te llamaré "Gatita". ¿Te acomoda? Pareces una gatita.

Sonrió marcándose en su cara unos lindos hoyuelos.

–Sí, señor. Es todavía más bonito que "¡Eh, tú!"

–De acuerdo, te llamas "Gatita". Díselo a todos y no contestes cuando te griten "¡Eh, tú!". Indícales que es oficial porque así lo dispone el Jefe Investigador y si alguien lo duda, que se lo pregunten al Jefe Doméstico, si se atreven.

–Sí, señor. Gracias, señor. Gatita, Gatita –repitió como si quisiera aprenderse el nombre de memoria, luego soltó una risita–. ¡Bonito!

–Bueno. ¿Es ese mí desayuno?

–Sí, señor.

Comió en la cama, ofreciéndola a ella algunos bocados y descubrió que la joven esperaba que le diesen de comer, o, por lo menos, que le dieran permiso para hacerlo. Había comida bastante para cuatro; entre los dos consumieron la ración de tres. Hugh averiguó después que Gatita esperaba poder ayudarle en el cuarto de baño; se opuso terminantemente.

Más tarde, preparado para acudir a sus obligaciones, le preguntó:

–¿Qué vas a hacer ahora?

–Volveré a las dependencias de los perros, señor, en cuanto me dejes libre: Regresaré a la hora de dormir… o cuando tú lo ordenes.

Estaba a punto de decirle que era encantadora, pero que en el futuro no necesitaría de sus servicios… cuando se contuvo. Acababa de ocurrírsele una idea.

–Mira. ¿Conoces a una mujer de los perros llamada Bárbara? Oh, es más alta que tú. Fue adoptada hace cosa de dos semanas y ha tenido mellizos, dos niños, hace unos siete días.

–Oh, sí, señor. La salvaje.

–Esa misma. ¿Sabes dónde está?

–Oh, sí, señor. Sigue en la enfermería. Me gusta ir a esa dependencia y contemplar a los niños –parecía triste–. Debe ser hermoso…

–Ah, sí. ¿Puedes llevarla un mensaje?

Gatita pareció dudar.

–Quizá no entienda. Es una salvaje, ni siquiera había bien.

–Humm… Maldición. No, quizá sirva de ayuda. Aguarda un momento en sus habitaciones había un escritorio; fue hasta él, sacó una de aquellas extraordinarias plumas (ni manchaban, ni parecían gastarse y se las veía sólidas), halló un pedazo de papel. Se apresuró a escribir una nota, pidiendo a Bárbara que le diera noticias de sí misma y de los gemelos, informándola de su singular ascenso de categoría, diciéndola que pronto, fuera como fuera, la vería, que tuviese paciencia y terminando por asegurarle su inmarchitable cariño.

Añadió una postdata: "La portadora es Gatita… si la joven que te

entrega esta nota es bajita, rubia, desarrollada y modosa. Es mi doncella particular... lo que no significa nada para mí, así que... ¡no pienses mal, "brujita"!. Tengo que recurrir a ella porque es un medio, el único medio, según parece, de comunicarme contigo. Trataré de escribirte cada día y que me aspen si no aguardo una nota tuya también cada día. Si es que puedes. Y si alguien te hace algo que no te guste, dímelo y te mandaré su cabeza en una bandeja. Creo. Las cosas presentan mejor aspecto. Tengo aquí papel y plumas en abundancia. Amor, amor, amor...

H".

"Post P.S.– ten prudencia con "Felicidad". Habitúa".

Dio la nota y recado para escribir a la muchacha.

–¿Conoces de vista al Jefe Doméstico?

–Oh, sí, señor. Le serví de "caliente–camas". Dos veces.

–¿De veras? Estoy sorprendido.

–¿Por qué, señor?

–Bueno, no creí que se interesara por las chicas.

–Lo dices porque está atemperado? Oh, pues muchos ejecutivos gustan de tener doncellas de cámara. Prefiero eso que cuando me mandan a los pisos altos; es menos molesto y una duerme mejor. Sin embargo, el Jefe Doméstico no suele solicitar los servicios de una sirviente... cuando lo hace es para inspeccionar nuestra conducta y enseñarnos modales antes de permitirnos que subamos a los pisos altos para servir a los invitados –hizo una leve pausa y añadió: Mira, lo sabe todo acerca de ti; no ignoras que antes era ganado –miró a Hugh con inocente curiosidad–. ¿Es verdad lo que afirman de ti? ¿Permites que te lo pregunte?

–Ah... no te lo permito.

–Lo siento, señor –parecía abrumada–. No quería molestarte en nada –miró temerosa al látigo de Hugh y bajó la vista.

–Gatita.

–Sí, señor.

–¿Ves este látigo?

–¡Oh, "sí señor"!

–Tú nunca, nunca, nunca conocerás el sabor de mi látigo. Te lo prometo. Nunca. Somos amigos.

La carita de ella se iluminó y en vez de linda pareció angelicalmente hermosa.

–¡Oh, muchísimas gracias, señor!

–Otra cosa. El único látigo que debes temer de ahora en adelante es el del Jefe Doméstico... así que procura no cruzarte en su camino. Cualquier otro... cualquier "látigo inferior"... que pretenda castigarte, le dices que recibirá castigo por mi parte si se atreve contigo. Le indicas que lo compruebe con el Jefe Doméstico y se enterará de sí tengo o no autoridad para meterme con él. ¿Entendido?

–Sí, señor –la joven parecía íntimamente feliz.

Demasiado pensó Hugh.

–De todos modos, no te metas en dificultades. No hagas nada que merezca latigazo... o quizá te mandaría yo al Jefe Doméstico para que te aplicara un buen castigo, de los que le han hecho famoso. Pero mientras trabajes para mí, no permitiré que nadie, excepto él, te fustigue. Ahora vete y entrega eso. Te veré esta noche, dos horas después de la plegaría vespertina. O, si tienes sueño, ven antes y te acuestas a dormir.

Debo recordar el tomar las medidas necesarias para que la instalen aquí una cama para ella, se dijo a sí mismo.

Gatita se rozó la frente con la mano y se fue. Hugh marchó a su despacho y pasó un día feliz aprendiendo el alfabeto y dictando tres artículos de la Británica. Halló inadecuado como diccionario. Aún así encontró necesario sumirse en casi interminables explicaciones; los conceptos habían cambiado.

Gatita se fue derecha al despacho del Jefe Doméstico, presentó su informe y entregó la nota y el recado para escribir. Memtok se sintió muy enojado porque tenía en la mano lo que podría ser una prueba de importancia... y no había manera de leer papel. Se le ocurrió que el otro... ¿Duke? ¿Juke?... algo por el estilo... podría leerle aquellos garabatos. Pero, claro, no era probable y ni siquiera azotando al salvaje podría estar seguro de que Juke se lo estaba traduciendo sinceramente y no tendría medio alguno de averiguarlo.

Nunca le cruzó por la mente la idea de preguntar a Joe. Ni tampoco a la nueva "calienta–camas" de Su Merced. Pero aquella situación de tablas ofrecía un aspecto intrigante. ¿Era posible que en verdad esta salvaje, con categoría social de perro, pudiese leer? ¿Y basta quizás ensayar a escribir tina respuesta?

Colocó la nota en su copiador y luego la devolvió a la muchacha.

–Está bien. Tu nombre es Gatita. Y haz exactamente lo que él te ha dicho de no dejarte azotar... y asegúrate de contarlo por ahí; quiero que todos lo sepan. Pero entiende esto... –dijo a Gatita el más suave, de los recordatorios con su fusta; la joven saltó–. Este látigo espera que no cometas ningún error.

–!La humilde servidora oye y obedece!

Hugh regresó del comedor de ejecutivos bastante tarde; había permanecido sentado, haciendo una sobremesa cargada de chismorreos. Halló a Gatita dormida en su cama y recordó... que se había olvidado de pedir un lecho para la sirviente.

La mano de Gatita aferraba un papel plegado. Suavemente se lo quitó sin despertarla. Decía:

"¡Cariño!"

¡Qué maravilloso es ver tu letra manuscrita'. Por Joe sabia que estabas sano y salvo, pero no me había enterado de tu ascenso, ni sabía que estuvieras enterado de lo de los gemelos. Primero trataré de ellos... Se van desarrollando, ambos se parecen a su papá, ambos poseen su angélica disposición. Calculo que pesarían unos 2'700 kilos cada uno al nacer, pero, aunque los pesaron, su sistema de medidas no me dice nada. ¿Yo? Soy toda una vaca campeona en muchos certámenes, querido, no sufro ni sufrí la menor complicación... y el cuidado que recibí (y estoy recibiendo) es fantásticamente bueno. Al Iniciárseme los dolores me dieron algo que beber

y no volví a padecer ni un instante, aunque me di perfecta cuenta de todo el proceso del nacimiento de los niños... pero como si le hubiera ocurrido a otra persona. La cosa fue tan libre de penalidades y placentera incluso que de buena gana la repetiría cada día. Y más aún si la recompensa fuera tan magnífica como los pequeños Hugh y Karl Joseph.

En cuanto a lo demás... aburrido, excepto por nuestros hijitos, pero estoy aprendiendo el idioma todo lo de prisa que puedo. Y alguien debería comunicar mi caso a la Compañía Láctea Borden... porque, a pesar de que los rapaces tragan como descosidos, tengo hasta para echar una manita a la chica de la cama contigua, que anda escasa de leche. De ser una miembro de la raza vacuna, en vez de Bárbara se me podría llamar "Generosa".

Tendré paciencia. No me sorprenden tus nuevos honores; los esperaba, esperaba que en el plazo de un mes estuvieras mandando toda esta casa. Tengo confianza en mi hombre. En mi marido. ¡Qué palabra más bonita!...

En cuanto a Gatita, no creo tus afirmaciones de puritano, mi casquivano amado; tu largo historial indica que sueles aprovecharte de tu singular atractivo para con las mujeres guapas. Y ella lo es mucho.

Hablando en serio, cariño, sé que eres honrado y noble y que en ningún momento se te habrá pasado por la imaginación mal pensamiento. Claro que dadas las circunstancias, poco se te podría censurar que... hubieses caído en la debilidad, en especial tras haber comprendido por lo que se me ha dicho cuál es la misión de Gatita para contigo. Quiero decir que esa pobre muchacha ha sido educada dentro de una moral tan absurda e "inmoral" que para ella no existen lo que nosotros siempre consideramos valores espirituales. En el tiempo que llevamos aquí, en esta supersociedad, he podido comprender con una fuerza avasalladora lo superior que era nuestro mundo a este. ¡Y eso que creíamos vivir en medio de la corrupción y del vicio!... ¿No te parece que los humanos tenemos la costumbre de quejamos del presente? Bueno, poseíamos ese defecto, porque ahora, en este mundo al que nos han forzado a incorporarnos, es obligación para quienes conservamos la Fé, la verdadera Fé cristiana, vocear nuestra disconformidad ante un estado de cosas que abjura de todo sentimiento humanitario, en especial de la Caridad, ocultando esta perversidad de espíritu bajo la cepa de un orden social archicivilizado, supercientífico.

Pero volvamos a nuestro caso particular. Seria peligroso que los conceptos que insinúo en esta carta cayesen en malas manos y malas han de ser si no son las tuyas o las de cualquiera de nuestro perdido mundo, el mundo que quedó atrás. Bien, te digo que no siento celos ni de Gatita, ni de nadie... por lo menos, no muchos. Claro está que, bajo ningún concepto, deseo que te libres de esa pobre muchacha, puesto que constituye el único medio de comunicación entre nosotros. Pórtate bien con ella; es una buena chica. Aunque no hace falta que te haga ninguna recomendación; tú eres bueno con todo el mundo.

Te escribiré todos los días... y lloraré sobre mi almohada y me sentiré morir el día que no reciba tus noticias.

B.

P.S... La mancha corresponde a la huella del piececito derecho del pequeño Hugh.

Hugh besó la carta, luego se acostó, teniéndola entre las manos. Gatita

ni siquiera se dio cuenta de nada.

XI

Hugh no encontró dificultades en aprender a leer y escribir el idioma. Era fonética y tenía un signo para cada sonido. No habían letras mudas ni ninguna dificultad sobre el deletreo o la pronunciación. El acento recaía en la penúltima sílaba, a menos que se señalara lo contrario; el sistema estaba tan libre de trampas como el Esperanto. Podía pronunciar en voz alta cualquier palabra en cuanto aprendió el alfabeto de 47 letras y, meditando, le era posible deletrear todas las palabras que era capaz de pronunciar.

Escribir e imprimir eran cosas por el estilo; se escribía en letra cursiva y las páginas impresas parecían escritas por una mano humana. No se sorprendió al descubrir que la escritura parecía árabe y su búsqueda en la Enciclopedia Británica confirmó que el alfabeto debió derivarse del árabe de su época. Media docena de letras no habían cambiado; algunas eran similares, aunque con alteraciones. Habían muchísimas letras nuevas para cubrir la expansión y llegar a un sistema de un sonido, un signo... más letras para sonidos que el árabe del XX jamás había utilizado. La búsqueda en la Británica le convenció de que el árabe, francés y el swahili eran las raíces principales del idioma. Pero no pudo confirmarlo; en apariencia no existía ningún diccionario con derivados, como él había usado para el inglés... y sus maestros parecían convencidos de que el idioma había sido siempre igual. El mismo concepto de cambio les turbaba.

Existía sólo un interés intelectual; Hugh no sabía árabe, francés o swahili. Había aprendido algo de latín y menos de alemán en la universidad y luchó por aprender ruso en sus últimos años. No estaba preparado para estudiar las raíces del idioma; simplemente tenía curiosidad.

Tampoco se atrevía a perder tiempo en ello; deseaba complacer a Su Merced, engatusarle para que. pudiese, eventualmente, concederle la gracia de ver a Bárbara... y eso significaba una gran cantidad de artículos traducidos. Hugh trabajó con ahínco.

El segundo día después de su ascenso, Hugh pidió que le trajesen a Duke y Memtok envió a por él. Duke estaba bastante agobiado... había arrugas en su cara... pero hablaba Idioma. Duke no lo hablaba tan bien como su padre y en apariencia había peleado más con sus maestros; su humor parecía oscilar entre la desesperanza y la rebelión y cojeaba mucho.

Memtok no puso objeción alguna a trasladar a Duke al Departamento de Historia Antigua.

–Me alegro de desembarazarme de él. Es demasiado monstruosamente grande para ser "ganado"; sin embargo, no parece servir para ninguna otra cosa. Con certeza, ponlo a trabajar. No puedo soportar ver a un criado holgazaneando, comiendo a pan y cuchillo, sin hacer nada.

Y así Hugh lo tomó. Duke dio un vistazo al apartamento privado de Hugh y dijo:

–¡Cristo! Con toda seguridad has logrado subir oliendo como si fueses una rosa. ¿Cómo fue?

Hugh explicó la situación.

–Por eso quiero que traduzcas artículos legales y materias relacionadas... lo que creas hacer mejor.

Duke unió los puños y pareció mostrarse tozudo.

–Puedes guardartelo.

–Duke, no adoptes esa actitud. Esto es una oportunidad.

–Para ti, quizá. ¿Qué haces por mamá?

–¿Qué puedo hacer? No se me permite verla, ni tampoco a ti. Lo sabes. Pero Joe me asegura que no solamente se encuentra cómoda y bien tratada, sino que es feliz.

–¿Lo dice o tú dices que lo dice? Quisiera verlo por mí mismo. Insisto en verlo.

–Muy bien, insiste. Entrevístate con Memtok para ese asunto. Pero te lo debo advertir, de él no puedo protegerte.

–Ratas. Sé lo que ese pequeño bastardo diría... y lo que haría –Duke frunció el ceño y se frotó la pierna herida–. Es cosa tuya arreglarlo. Tienes aquí muchísima influencia; lo menos que puedes hacer es emplearla para proteger a mamá.

–Duke, no tengo esa clase de influencias. Me miman por el mismo motivo que se mima a un caballo de carreras... y tengo tan poca opinión en eso como el propio caballo. Pero si puedo hacer que te mimen también si cooperas... Puedo proporcionarte habitaciones decentes e inmunidad para los malos tratos, un lugar agradable en donde trabajar. Pero no puedo llevarte a las habitaciones de las mujeres, o hacer que envíen a Grace aquí, como tampoco puedo ir a la Luna. En esta casa hay una especie de reglas de harén, como ya sabes.

–¿Y tú te muestras satisfecho de sentarte aquí y ser la foca amaestrada de ese memo, olvidándote de mamá? ¡Conmigo no cuentes!

–Duke, no quiero discutir. Te asignaré una habitación y te enviaré un volumen de la Británica cada día. Lo demás es cosa tuya. Si no trabajas, trataré de que Memtok no se entere. Pero me parece que tiene sepias por toda la casa.

Hugh lo dejó estar. Al principio no tuvo ninguna ayuda de Duke. Pero el aburrimiento dio resultado donde habían fracasado los argumentos; Duke no pudo soportar el estar encerrado en un cuarto sin nada que hacer. No se encontraba encerrado, literalmente, pero no se aventuraba demasiado a salir porque siempre corría el riesgo de tropezarse con Memtok, o con cualquier sirviente de rango superior portando su látigo, que quizá deseara saber lo que estaba haciendo siempre atareados aunque no tuvieran trabajo, desde las horas de la mañana hasta las de la noche.

Duke comenzó a producir traducciones y, con ellas, una queja indicando que estaba escaso de vocabulario. Hugh pudo asignarle un empleado atemperado que había trabajado en asuntos legales de Su Merced.

Pero raras veces vela a Duke... Parecía que ésta era la única manera de evitar discusiones. La producción de Duke aumentó después de la primera semana, pero perdió calidad... Duke había descubierto el poder soberano de "Felicidad".

Hugh consideró la necesidad de avisar a Duke previniéndole sobre la droga, pero decidió no hacerlo. Si eso mantenía satisfecho a Duke, ¿quién era él para negarle este placer? La calidad de las traducciones de Duke no preocuparon a Hugh: Su Merced no tenía modo de juzgar... a menos que Joe emitiera su opinión, lo que parecía improbable. El mismo no se esforzaba demasiado en producir buenas traducciones "es preferible cantidad a calidad", era el principio que seguía. Había que dar al jefe una gran masa de traducciones... y pasarse por alto las partes difíciles.

Además, Hugh descubrió que un par de copas de "Felicidad" durante la cena eran el remate adecuado para todo el día. Eso le permitía leer la carta diaria de Bárbara en medio de una especie de fulgor cálido, escribir una respuesta animosa para que la Vida se la llevara y luego acostarse y dormir como un lirón.

Pero Hugh no empleaba mucho la droga.

Le daba miedo aquel material. El alcohol, razonó, tenía la ventaja de ser un veneno. Pero aquello carecía de esta ventaja; meramente convertía la ansiedad, la depresión, la preocupación, el aburrimiento, cualquiera emoción desagradable, en un fulgor feliz ajeno a toda crítica. Hugh se preguntaba sí estaba compuesto principalmente por metilmeprobamato. Pero conocía muy poco de química y ese poco resultaba dos mil años atrasado con respecto a estas épocas.

Como miembro del grupo de sirvientes ejecutivos, Hugh podía tener todo el género que necesitaba. Pero advirtió que Memtok no era el único jefe que utilizaba el producto de manera casi abstemia; ningún hombre subía en la escala de la jerarquía de los sirvientes entorpeciéndose con drogas... si a veces algún criado llegaba alto, luego resbalaba hasta el fundo, incapaz de soportar en la prosperidad la falta de racionamiento de Felicidad. Hugh jamás supo lo que había sido de aquellos que ascendieron durante una efímera temporada.

Hugh podía incluso guardar una botella en sus habitaciones... y eso resolvió el problema de Gatita.

Hugh decidió no pedir una cama para Gatita; no quería poner ante las narices de Memtok el hecho de que utilizaba solo a la criatura como intermediaria para llegar a las habitaciones de las mujeres. En su lugar, exigió a la chica que hiciese una cama cada noche en el diván de su sala de estar.

Gatita se vio muy ofendida por esto. Ahora estaba segura de que Hugh podía utilizar mejor a una "calienta–camas" y lo consideraba como un rechazo a ella en su honorable capacidad de producir consuelo y solaz... y eso la asustaba. Si no gustaba a su amo, podría perder el mejor trabajo que tuviera Jamás. (No se atrevió a informar a Memtok el hecho de que Hugh no la utilizara como "calienta–camas"; sin embargo, formó de todos los demás puntos.)

Lloró.

No pudo haber hecho nada mejor; Hugh Farnham siempre fue débil ante las lágrimas de las mujeres. La sentó en sus rodillas y le explicó que le gustaba muchísimo (cierto), que era una cosa triste, pero se sentía demasiado viejo para apreciar los encantos de una hembra (mentira), que dormía mal y estaba incómodo si lo hacia en compañía de alguien (una

semiverdad)... y que estaba satisfecho con ella y que quería que siguiera sirviéndole.

–Ahora, sécate los ojos y toma un trago de esto –concluyó.

Estaba enterado de que la joven utilizaba el producto; masticaba su ración como si fuese goma de mascar... y, en efecto, era chicle, con el polvo añadido en su fabricación. La mayor parte de los creoles preferían esa goma porque podían pasar el día en medio de ensueños, masticándola mientras trabajaban. Gatita pasaba los días vacíos afilando las mandíbulas y seguía haciéndolo en los dormitorios de Hugh después de enterarse de que a su amo no le importaba. Hugh no dudó en ofrecerle una copa.

Gatita se acostó feliz e inmediatamente se durmió, sin preocuparse ya de que su amo pudiera desembarazarse de ella. Eso sentó un precedente. Cada noche, media hora antes de que Hugh apagara las luces, la daba una copíta de licor.

Durante una temporada mantuvo control del nivel del líquido en la botella. Gatita estaba con frecuencia en sus habitaciones cuando él se hallaba ausente; sabia lo mucho que ella disfrutaba bebiendo y no había cerraduras en aquellos cuartos... Su rango le daba derecho a tenerlas, pero no se había molestado en pedirlas.

Dejó de preocuparse cuando se convenció de que Gatita no le robaba bebida. De hecho, Gatita se hubiera mostrado aterrorizada ante el pensamiento de su amo. El ego de la joven apenas era mayor que el de un ratón; resultaba inferior que nada y lo sabía. Y también sabía que jamás poseería una cosa, ni siquiera un nombre; no lo poseyó hasta que Hugh se lo dio. Bajo las amabilidades de aquel hombre ella empezaba a ser una persona, pero seguía siendo el más débil chispazo en su interior y asistía al mismo tiempo al temor de que un viento frío pudiera apagarlo. No se hubiese arriesgado a robarle, como tampoco se hubiera arriesgado a matarle.

Hugh, medio a propósito, animó su confianza. Era una chica diestra en los servicios del baño; la dejó frotarle la espalda y prepararle las piletas, le permitió ayudarle a vestir en parte y a tener cuidado de sus ropas. También era masajista; a veces encontró placentero que le frotaran el cuello y la cabeza después de pasarse un día luchando con la letra impresa o siguiendo las líneas de algún pergamino... y la joven se mostraba patéticamente ansiosa de hacer algo que la convirtiera en imprescindible; por lo menos, en necesaria.

–Gatita, ¿qué haces de día?

–Oh, principalmente nada. Los "perros" de subcasta principalmente no tienen que trabajar, si tienen labores nocturnas. Puesto que yo tengo trabajo cada noche, se me permite permanecer en el laboratorio hasta mediodía. Así lo hago, aun cuando no tenga sueño, porque el jefe de "perros" es capaz de ponerla a una a trabajar si la pilla dando vueltas y holgazaneando. Por las tardes... bueno, principalmente trato de pasar desapercibida. Eso es lo mejor, lo más seguro.

–Comprendo. Puedes esconderte aquí sí gustas. ¿O no te lo permiten?

La cara de ella se iluminó.

–Si me das un pase, podré.

–Está bien, lo haré. Puedes mirar la televisión... No, no hay a esa hora. Humm, tú no sabes leer, ¿verdad?

–¡Oh, no, señor! No me atrevería a pedirlo.

–Humm... Hugh sabía que el permiso para aprender a leer no lo podía conceder ni siquiera Memtok; requería autorización de Su Merced y ésta sólo se concedía después de investigar la necesidad. Además, cualquier cosa que hiciese podría poner en jaque sus posibilidades de reunión con Bárbara.

Pero... ¡Maldición, el hombre a de ser hombre!

–Aquí hay rollos y pergaminos. ¿Quieres aprender?

–¡Que el Tío nos proteja!

–No jures. Sí quieres... y al mismo tiempo deseas mantener tu linda boquita cerrada... te enseñaré. ¡No te muestres tan asustada! No es preciso que decidas ahora. Dímelo más tarde. Pero no hables de eso a nadie.

Kiten no lo hizo. Le asustó no anunciarlo, pero poseía el reflejo de la autoconservación y, sin saber por qué, sabía que informar esto pondría en peligro a todo su maravilloso modus vivendi.

Gatita se convirtió en la vida familiar sustituta para Hugh. Ella le enviaba a trabajar animosa, le recibía con una sonrisa cuando volvía, hablaba si él deseaba hablar y jamás lo hacía a menos que le hablaran primero. La mayor parte de las noches ella se acurrucaba delante de la televisión... Hugh consideraba aquello como "la televisión y era un sistema de circuito cerrado bajo principios ignorados por él, en color, tres dimensiones y sin líneas.

Se representaba cada tarde desde el salón principal de los criados, a partir de las oraciones vespertinas hasta que se apagaban las luces, retransmitiéndola desde una casa especial y con salidas a los apartamentos de los sirvientes ejecutivos. Hugh lo había visto varias tardes, esperando alcanzar un mayor conocimiento de esta extraña sociedad en la que debía aprender a vivir.

Comprendió que igual podía tratar de estudiar los Estados Unidos viendo una película del Oeste. Era un detonante melodrama, con los actores representando como en un estilizado teatro chino y la intriga favorita parecía ser la del fiel sirviente que muere dolorosamente porque su señor pueda seguir viviendo.

Gatita contemplaba la televisión, masticando su chicle y reprimiendo gritos de excitación, todo el rato mientras Hugh leía... para luego suspirar felizmente cuando terminaba el programa, aceptar su copita de Felicidad con profusión de muestras de agradecimiento y tocándose la frente, para irse tranquila a dormir. Algunas veces Hugh continuaba leyendo.

Leía mucho... cada noche (a menos que Memtok entrara a visitarle) y casi la mitad del día. Hasta le sabia bien el tiempo que pasaba traduciendo para Su Merced, pues nunca descuidó esta tarea; era la clave esperanzadora para mejores cosas. Encontró necesario estudiar cultura moderna si tenía que traducir cuestiones inteligibles de la antigua historia. El Palacio de Verano poseía una estupenda biblioteca; se le permitió el acceso cuando dijo que era necesario para su trabajo... Memtok se ocupó de todas las gestiones.

Pero su verdadero propósito no era el traducir, sino tratar de comprender lo que había pasado a su mundo para entender este mundo.

Así, de ordinario tenía rollo en el lector, en su despacho, o en su sala de estar. Encontró admirable el sistema de imprimir en rollos; habían mecanizado la forma más antigua del libro convirtiéndolo en un procedimiento mucho más eficiente que el de hojas encuadernada... No había más que dejar caer el doble cilindro en el lector, conectarle y estarse quieto. Las letras corrían delante de los ojos varios centenares de palmos de un tirón, hasta el final del rollo. Luego el rollo giraba un poco y seguía la línea inferior, que estaba impresa boca abajo con respecto a la que acababa de leerse.

El ojo no perdía tiempo en recorrer de izquierda a derecha cada línea. Pero una ligera opresión aceleraba el dispositivo hasta la velocidad que el cerebro pudiera aceptar. Cuando Hugh se acostumbró a la fonética, adquirió mayor rapidez de la que había conseguido en el idioma inglés.

Pero no encontró lo que buscaba.

En alguna parte del pasado la distinción entre hecho, afición, historia y escritos religiosos parecía haberse confundido. Aun cuando le pareció claro que la guerra Este-Oeste que le lanzó de su propio siglo al actual, tuvo lugar en el 703 A. G. C. (Antes del Gran Cambio), encontraba dificultades en conjugar el mundo que conociera con la "historia" escrita en aquellos rollos.

No encontraba difícil creer en la propia guerra. Había experimentado sólo a ojo de gusano sus primeras horas, pero lo que relataban los rollos concordaba con las posibilidades: misiles y bombas que ascendían sus primeros minutos al "brillante primer golpe" y a un "contraataque en masa" y destrozo de ciudades desde Pekín a Chicago, desde Toronto a Smolensk; tempestades de fuego que causaron diez veces más daño que las bombas; gas nervioso y otros venenos que remataron lo que iniciaron las explosiones; epidemias que se incubaban cuando los sorprendidos supervivientes estaban reanimándose y comenzando a esperar... Plagas que se produjeron con más fuerza cuando ya la radiación atómica no era mortífera.

Sí, podía creer eso. Los grandes cerebros lo habían hecho posible y los tontos trabajaron porque no sólo la posibilidad fuese un hecho real, sino que jamás creyeron en eso cuando los inteligentes produjeron lo que les ordenaban los tontos.

No, se recordó a sí mismo, no es que creyera en "mejor rojo que muerto"... o dejaba de creerlo. La agresión había sido infernalmente unilateral... y no lamentaba ni un megatón del "contraataque en masa".

Pero allí estaba. Los rollos decían que mataron a todo el hemisferio norte.

Pero ¿qué pasará con el resto? Se decía aquí que los Estados Unidos, durante la guerra, mantenían su población negra en la categoría de esclavos. Alguien había arrancado un siglo. ¿A propósito? ¿O era una sincera confusión por carencia de archivos? Sabía que hubo una gran quema de libros que duró dos siglos durante el Torbellino e incluso después del Cambio.

¿Era historia perdida, como Creta? ¿O los sacerdotes lo querían así?

¿Y después, cuando se clasificaba a los chinos como "blancos" y a los hindúes como "negros"? Sí. estrictamente en el color de la piel, los chinos y los japoneses eran tan claros como el "blanco" de su tiempo y los hindúes eran con certeza tan oscuros corno la mayor parte de los africanos... pero

ése no era el orden antropológico admitido en su tiempo.

Claro, si todos se referían al tono de la piel... y aparentemente eso es lo que pretendían... no podía discutir. La historia sostenía que los blancos, con sus costumbres diabólicas se destruyeron mutuamente casi hasta el último individuo... dejando a la raza oscura, inocente, caritativa, piadosa... bienamada por el Tío Todopoderoso... para que heredase la Tierra.

Los pocos supervivientes blancos, cuya existencia era prever la merced del Tío, habían sido socorridos y animados como niños y ahora eran numerosos bajo la guía de niebla de los Escogidos. Así se leía.

Hugh pudo ver que la guerra azotó a Norteamérica, Europa, toda Asia, excepto la India; pudo matar a la mayor parte de los blancos y casi a todos los chinos. Pero ¿qué había pasado con la minoría blanca de toda Sudamérica, con los blancos de la Unión Sudafricana y los australianos y los neozelandeses? Por mucho que buscó, Hugh no pudo encontrarlo. Lo único que parecía seguro era que los Escogidos eran morenos mientras que los criados tenían rostros claros... y de ordinario eran pequeños. Hugh y su hijo excedían en altura a los otros criados. Por el contrario, los pocos Elegidos que había visto eran hombres grandotes.

Los blancos de aquella época descendían principalmente de australianos... No, no podía ser, los australianos jamás fueron bajitos. Y aquellas "expediciones de Merced"... ¿eran ataques en busca de esclavos? ¿O de aniquilamiento? ¿O como decían los rollos, misiones de rescate para los supervivientes? –

Las quemas de libros podrían explicar estas discrepancias. No resultaba claro a Hugh si todos los libros fueron lanzados a la hoguera, o se les perdonó la vida posiblemente a los técnicos... porque quedaba claro que los Escogidos tenían una tecnológica superior a la de su época; parecía improbable que hubieran empezado desde lo más bajo.

¿O no lo era? Toda la tecnología de su propia era necesitó menos de quinientos años para llegar a su cumbre, y aún este progreso se efectuó en el último siglo y aún más durante las últimas partes de una generación. ¿Podría el mundo haber retornado a las épocas oscuras, saliendo de ellas y arrancando hasta un nivel muy superior en dos mil años? ¡Pues claro que sí!

De cualquier forma el Corán fue el único libro oficialmente exento del fuego... y Hugh albergaba la sospecha de que el Corán tampoco se salvó. En su casa del siglo XX poseía una traducción del Corán y lo había leído varias veces.

Deseó ahora haberla guardado en el refugio, porque el Corán que leía no concordaba– con el que retenía en su memoria. Había un detalle; recordaba que Mahoma era un árabe pelirrojo; este "Corán" mencionaba varias veces el color de su piel indicando que era negro. Y Hugh estaba seguro de que el "Corán" se encontraba libre de racismos. Esta versión "mejorada" parecía impregnada de tal defecto antírracial.

Además, el Corán presente poseía una especie de nuevo testamento absurdo. Hubo una especie de profeta, al que ahorcaron por predicar. Todos los viejos pergaminos y rollos estaban señalados con una horca esquemática. Hugh no opuso objeciones al nuevo testamento. A lo que sí se oponía era al trabajo revisionista en las palabras de ese profeta, hecho

aparentemente para que encajasen con el nuevo libro. Eso no era noble, eso era un engaño.

Encontró Hugh que la organización social era casi turbadora. Comenzaba a formarse una imagen de una cultura compleja, estable, incluso estática... gran tecnología, pocas innovaciones, suavidad, eficiencia... y también decadencia. La iglesia y el estado eran una sola cosa... "Una lengua, un rey, un pueblo, un dios." El Señor Propietario era soberano y supremo pontífice y poseía todas las cosas por la merced del Tío y los Señores Protectores, tales como Ponse, eran sus lugartenientes y usufructuarios. Sin embargo, existían en abundancia ciudadanos particulares (Elegidos, claro... los blancos no eran personas), tenderos, terratenientes, profesionales libres, etc. Un escenario ideal para un comunismo absoluto y totalitario, salpimentado, sin embargo, por lo que podía ser la empresa privada... Infiernos, incluso había corporaciones, si es que entendía lo que estaba leyendo.

El punto más interesante para Hugh (dejando aparte el desalentador hecho de su propio estado quedara fijo por la ley y las costumbres en un nivel semejante al cero) era el sistema hereditario. La familia lo era todo, aunque el matrimonio fuera casi nada... Bueno, resultaba algo presente pero sin importancia. La descendencia tenía lugar por línea femenina... pero el poder lo acreditaban los varones.

Esto confundió a Hugh hasta que de pronto lo comprendió todo. Ponse era Señor Protector por el hijo mayor de una hija mayor... cuyo hermano mayor había sido Señor Protector antes que Ponse. El heredero de Ponse, por tanto, era el hijo mayor de su hermana mayor... el titulo descendía por línea materna infinitamente, recayendo el poder en el hermano mayor de cada heredera hembra. No importaba quién hubiera sido el padre de Ponse e incluso importaba menos los hijos que tuviera; ninguno de ellos podría heredar. Ponse heredó del hermano de su madre; su heredero era el hijo de su hermana.

Hugh pudo ver que, bajo este sistema, el matrimonio jamás seria importante... La bastardía quizá fuera un concepto tan abstracto como para ser reconocido, pero la familia alcanzaría mayor importancia que nunca. Las mujeres (de los Escogidos) jamás podrían ser degradadas; eran más importantes que los varones incluso, aun cuando ellos regían a través de sus hermanos... y aquella estúpida religión lo reconocía.

El único dios, Tío Poderoso, tenía una hermana mayor, la Mamabí Eterna... tan "sagrada" que ni siquiera se la rezaba y su nombre nunca se utilizaba para la blasfemia. Ella estaba simplemente allí, pero el Principio Eterno Femenino que daba toda la vida y todo el ser.

Hugh tuvo la sensación de haber leído antes ya esta especie de descendencia, de tía a sobrino a través de la línea femenina, así que repasó la Enciclopedia Británica. Le sorprendió descubrir que aquella institución prevaleció en una época u otra de cualquier continente y en muchas culturas.

El Gran Cambio se efectuó cuando Mamaloi por fin logró, trabajando de manera indirecta, como siempre, unir a todos sus hijos bajo un techo y colocar a su Tío al mando. Entonces pudo descansar.

El comentario de Hugh fue: "¡Que Dios ayude a la raza humana!"

Hugh continuó esperando a que Su Merced le mandara llamar. Pero pasaron dos meses sin que ocurriese esto y Hugh comenzaba a temer que jamás tendría posibilidad de pedir permiso para ver a Bárbara... En apariencia, Ponse no tenía interés en él mientras siguiera produciendo traducciones. Traducir la Británica parecía un trabajo de varias vidas; lo calculó así y decidió escribir una carta que envió a Su Merced con la remesa del día.

Una semana más tarde, el Señor Protector le mandó buscar. Vino Memtok a por Hugh, bailando de impaciencia pero insistiendo en que Hugh se lavase los sobacos, se frotase con desodorante y se pusiera una túnica limpia.

El Señor Protector no pareció preocuparse de cómo olía Hugh; le dejó esperar mientras hacia otra cosa. Hugh aguardó de pie y en silencio... aunque Grace estaba presente. Su antigua esposa estaba tumbada en un diván, jugando con los gatos y masticando chicle. Miró de reojo a Hugh, y pareció ignorarle salvo que su rostro adoptó aquella secreta sonrisa que Hugh tan bien conocía... La llamaba la "del canario que se comió al gato".

El **Doctor-Livingtone-Supongo** saludó a Hugh bajando de un salto, acercándosele y frotando el morro contra sus tobillos. Hugh se daba cuenta de que debía ignorarlo, aguardando a que el Señor reconociese su presencia... pero este gato había sido su amigo muchísimo tiempo; no podía despreciarle. Se inclinó y acarició al gato.

Los cielos no se hendieron. Su Merced ignoró la falta del protocolo.

Al poco, el Señor Protector dijo:

–Muchacho, ven aquí. ¿Qué es eso de sacar dinero de tus traducciones? ¿Qué, en nombre del Tío, te puede proporcionar la noción de que necesito dinero?

Hugh había sacado esa idea de Memtok. El Jefe Doméstico gruñía sobre lo difícil que era gobernar las cosas con el escaso dinero que recibía de las alturas y empeorando todo a cada año.

–Quizá complazcan a Su Merced las opiniones de este humilde servidor, que no tienen valor, es cierto, pero...

–Basta de floreos, maldito seas!

–Ponse, en mi mundo jamás ha habido un hombre tan rico que no necesitase dinero. De ordinario, cuando más rico era, más necesitaba.

El Señor sonrió.

–Plus ça change, plus s'est la meme chose. Hugh, veo que no estás olisqueando felicidad. Ahora las cosas siguen igual. ¿Bien? ¿Cuál es tu idea? Escúpela.

–Me parece que hay cosas en tu enciclopedia que podrían resultar beneficiosas. Procesos que se han perdido en los últimos dos mil años... pero que ahora valdrían dinero.

–Está bien, hazlo. El género que me envías es satisfactorio, por lo menos, el que tuve tiempo de leer. Pero hay otras cosas insignificantes. "Smith, John, nació y murió... un político que no hizo nada y aun lo que hizo fue de escaso beneficio." ¿Sabes lo que quiero decir?

–Creo que sí, Ponse.

–Está bien, pásate por alto esa basura y tráeme cuatro o cinco ideas jugosas que yo pueda convertir en efectivo.

Hugh dudaba. Ponse dijo:

–¿Bueno? ¿No me comprendiste?

–Me parece que necesito ayuda. Mira, no sé nada realmente, excepto lo que ocurre en el piso bajo. Pensé que Joe podría ayudarme.

–¿Cómo?

–Tengo entendido que él viajaba contigo, viendo cosas. Es muy probable que pueda elegir materias que merezcan su estudio. Podría escoger los artículos, yo los traduciría y tú juzgarías si hay algo que valga la pena explotar. Te los puedo enviar resumidos, para que no pierdas tiempo con detalles si el asunto no lo merece.

–Buena idea. Estoy convencido de que Joe se mostrará feliz de ayudarte. De acuerdo, envíale la enciclopedia. Toda

Hugh fue despedido tan bruscamente que no tuvo ocasión de mencionar a Bárbara. Pero, reflexionó, no podía arriesgarse en presencia de Grace.

Pensó en llamar a Duke, contándole que su madre estaba gorda y feliz... en todos los sentidos, pero decidió dejarlo estar. Ignoraba si Duke se complacería al recibir un informe verdadero. No lo había visto en persona y era hora de que le importara su hijo.

XIV

Joe le devolvió un volumen cada día durante muchas jornadas, con páginas señaladas; Hugh se esclavizó por mantenerse al día y efectuar traducciones útiles. Al cabo de dos semanas mandaron a buscar a Hugh.

Esperaba una conferencia sobre alguna idea comercial. Se encontró con Ponse, Joe y un Escogido que no había visto nunca.

El Señor Protector dijo:

–Ven aquí, Hugh. Corta las cartas. Y no empieces con una de esas aburridas formalidades; nos encontramos en familia. En privado.

Hugh se acercó dudoso. El otro Escogido, un hombretón moreno con ceño permanente, no parecía satisfecho. Llevaba su látigo y lo retorcía entre las manos. Pero Joe alzó la vista y sonrió:

–Les he estado enseñando a jugar al bridge, Hugh, y el cuarto jugador se ha marchado. He dicho a Ponse que tú eras el que más sabía de bridge de todos los tiempos. Así que no me decepciones.

–Lo intentaré – Hugh reconoció un mazo de cartas; fueron antaño suyas. El otro parecía pintado a mano y era hermoso. La mesa de juego no era la del refugio; ésta resultaba una fabulosa obra de artesanía.

El corte hizo a Hugh pareja del desconocido Escogido.

Hugh trató de no demostrar lo nervioso que estaba, puesto que veía con claridad que no agradaba al otro formar pareja con él. Pero el Escogido

gruñó y lo aceptó.

Su pareja contrató tres espadas... por un azar de la distribución les dieron cuatro. Su pareja gruñó.

–Muchacho, pujaste por lo bajo, desperdiciaste un juego. Que no vuelva a ocurrir.

Hugh guardó silencio y repartió.

La siguiente mano, Joe y Ponse hicieron cinco bastos. El compañero de Hugh estaba furioso... con Hugh.

–Si hubiese iniciado con diamantes, les habríamos ajustado las cuentas. Y has perdido una baza. Te lo previne. Ahora...

–¡Mrika! –exclamó Ponse con viveza–. Esto es un juego. Tómalo como tal. Y baja ese látigo. El sirviente jugó de manera correcta.

–¡No es verdad! Y que me condenen si voy a continuar en el juego. Puedo oler su rango, el olor fuerte de un sirviente "potro", no importa lo mucho que se haya fregoteado. Es más, creo que este tipo ni siquiera se ha lavado.

Hugh notó cómo el sudor le corría por los sobacos y parpadeó. Pero Ponse intervino con llaneza:

–Muy bien, te excusamos. Puedes marcharte.

–¡De acuerdo! –el Escogido se puso en pie–. Sólo una cosa antes de marcharme... si no dejas de cometer estupideces, Su merced hará que el Protectorado de la Estrella Norte...

–¿Tienes intención de invertir el dinero? –preguntó con viveza Su Merced.

–¿Yo? Es cuestión de familia. ¡Eso no quiere decir que no me alegrase ante la posibilidad! ¿Cuarenta millones de hectáreas y en su mayoría de bosque espeso? ¡Pues claro que sí! Pero no me atrevería a precipitar las cosas... y tú sabes por qué.

–Con certeza que lo sabemos. Juegas.

–¡Oh, vamos! Un hombre de negocios tiene que correr el riesgo. No se puede llamar juego cuando...

–Pues le llamamos juego. No objetamos al juego, no lo suponemos, pero nos disgusta muchísimo que se pierda. Si debes perder, lo harás con tu propio capital.

–Pero esto no es juego, es algo seguro... al mismo tiempo que nos colocará en una situación sólida ante Su Merced. La familia...

–Nosotros decidimos qué es lo mejor para la familia. Tu turno vendrá bien pronto. Mientras, están muy ansiosos de complacer al Señor Propietario, como lo estás tú. Pero no con el dinero que la familia no tiene en su tesorería.

–Te lo podían prestar. El interés sólo vendría a...

–Debieras marcharte, Mrika. Hemos notado que ya te marchaste – Ponse recogió las cartas y empezó a trabajar.

El joven Escogido rezongó y se fue.

Ponse inició un solitario. Al poco, dijo a Joe:

–A veces ese joven me pone tan enfadado que de buena gana cambiaría mi testamento.

Joe le miró confuso.

–Creí que no podrías desheredarle.

— ¡Oh, no! –Su Merced también pareció sorprenderse–. Ni siquiera un patán puede hacerlo. ¿Qué seria de nosotros si no hubiese estabilidad aquí en la Tierra? Ni soñarlo, aún cuando la ley lo permitiera; es mi heredero. Pensaba sólo en los criados.

–No te comprendo –dijo Joe.

–Oh, ya sabes... No, quizá no lo sepas. Siempre me olvido de que no te has criado entre nosotros. Mi testamento dispone de las cosas personalmente mías. No es mucho... joyas, pergaminos, etc. Valdrá probablemente menos de un millón. Una nimiedad. Excepto los sirvientes de la casa. Sólo de la casa, no hablo de los criados en las minas o en los ranchos, o en nuestra líneas de comunicaciones. Es costumbre poner en lista a todos los sirvientes de la casa en un testamento... de otro modo acompañan a su Tío –sonrió–. Seria una buena broma para Mrika que descubriese que iba a tener que ganar dinero para adoptar quinientos o dos mil sirvientes... o cerrar la casa y vivir en una tienda. Ya me lo imagino. Oh, ese muchacho no puede obtener un céntimo sin que cuatro sirvientes se lo ganen. Dudo que sepa como ponerse una de sus botas. Hugh, si me dices que coloque la reina negra sobre el rey rojo, te azotaré. No estoy de buen humor.

Hugh se apresuró a contestar:

–¿Te perdiste el juego? No me había fijado.

–¿Entonces Por qué miras con tanta fijeza las cartas?–en verdad que Hugh había estado contemplando el juego, tratando de no destacar su presencia. Le puso nervioso una pelea entre Ponse y su sobrino. Pero no se perdió ni una sola palabra, lo encontró todo muy interesante.

Ponse prosiguió:

–¿Qué preferirías, Hugh? ¿Acompañarme hasta el Cielo o quedarte aquí a servir a Mrika? No contestes con tanta rapidez. Si te quedas aquí, te advierto que podrías llegar a comerte tus zapatos por hambre antes de que yo llevase un año muerto... mientras que el Cielo es un estupendo lugar, así nos lo dice El Buen Rollo.

–Es una elección dificultosa.

–Bueno, no tienes que tomarla, ni lo sabrás. Los sirvientes jamás deben saberlo, eso les pone nerviosos. El granuja de Memtok no deja de rogarme que le conceda el honor de formar parte de mis escolta. Si creyera que es sincero le despediría por incompetente –Ponse reunió las cartas–. ¡Maldito sea ese chalado! Es un mal compañero, pero estaba decidido a jugar unas cuantas y buenas partidas. Joe, tenemos que enseñar a más personas. Quedarse sin cuarto es enojador.

–Seguro –asintió Joe–. ¿Ahora mismo?.

–No, no. Deseo jugar, maldición, no ver como alguien balbucea. Me estoy aficionando. Le quita las preocupaciones a uno.

Hugh Sintió un ramalazo de inspiración.

–Ponse, si no te importa que otro sirviente participe en el juego...

Joe pareció iluminarse.

–!Pues claro! El...

–Bárbara– interrumpió deprisa Hugh, antes de que Joe pudiese mencionar a Duke.

Joe parpadeó. Luego captó el propósito.

–Él... Hugh, quiero decir... estaba a punto de mencionar a una sirviente llamada Bárbara, que es muy buena jugadora de bridge.

–!Bueno! ¿Has estado enseñando este juego a las gentes del piso bajo, Hugh? —preguntó Ponse–. ¿Bárbara? No conozco ese nombre. No es de ninguna de las sirvientes del piso alto.

–Te acuerdas de ella –dijo Joe–. Estaba con nosotros cuando nos recogiste. La mujer alta.

–Oh, sí. Grandota que era. Joe, ¿me dices que una "torre" puede jugar a este juego?.

–Es una gran jugadora –le aseguró Joe–. Lo hace mejor que yo. Cielos, Ponse, es capaz de maravillarte. ¿Verdad, Hugh?.

–Bárbara es una excelente jugadora.

–Tengo que verlo para creerlo.

Minutos más tarde Bárbara, recién bañada y asustada, entró. Miró de reojo a Hugh, pareció absurdamente sobresaltada, abrió la boca, la cerró y permaneció muda.

Ponce se le acercó.

–De modo que esta es la 'torre" que decís que sabe jugar al bridge deja de temblar, pequeña; nadie te va a comer –en unas cuantas palabras la convenció de que estaba allí sólo para jugar al bridge y que debía relajarse y olvidar las formalidades... –Nada de protocolo. Compórtate como si estuvieses en el piso bajo, divirtiéndote con los demás sirvientes. ¿Me oyes?.

–Sí, señor.

Una cosa sólo –la dio un golpecito en la espalda–. Cuando seas mi compañera, no me enfadaré si cometes errores... después de todo, eres solo una "perro" y se supone que no puedes jugar a ningún juego intelectual Pero... –hizo una pausa–, cuando juegues en mi contra, si dejas de luchar hasta el máximo, si llego a sospechar que tratas de dejarme vencer, te garantizo que te azotaré cuando te marches. ¿Comprendido?

–Eso está bien –asintió Joe–. Su Merced lo espera. –Juega con arreglo al reglamento y hazlo lo mejor que puedas.

Con arreglo al reglamento –repitió Ponse–. Jamás he visto ese reglamento, pero comprendo que es el sistema que empleó Joe para enseñarme. Obedece. Está bien, cortemos las cartas.

Hugh apenas escuchaba, estaba bebiéndose con los ojos a Bárbara. Tenía buen aspecto y parecía lo bastante sana, resultando asombroso volverla a ver esbelta... o casi esbelta, se corrigió a si mismo; aún tenía la cintura dilatada y también el busto. Había perdido la mayor parte del tono moreno de la piel y vestía la túnica corta e informe de todas las sirvientes hembras del piso bajo, pero se mostró encantado al advertir que no se había

cortado el pelo. Un poco recortado, aún que no con exceso.

Advirtió que su propio aspecto pareció asombrarla y se dio cuenta del por que. Dijo, sonriente:

–Ahora me peino con un peine de dos púas, Barbie. No importa, tengo poquísimo pelo. Claro que ahora que me he acostumbrado a ser calvo, noto que me gusta.

–Tienes aspecto distinguido, Hugh.

–Es tan feo como un pecado –intervino Ponse– ¿Pero estamos charlando o juzgando al bridge? Tu pujas, Barba.

Jugaron durante horas. Mientras progresaba la partida, Bárbara pareció relajarse y disfrutar. Sonreía mucho, de ordinario a Hugh, pero también a Joe e incluso a Su Merced. Jugó según el reglamento y Ponse no le encontró ni un defecto. Hugh decidió que su anfitrión era buen jugador, todavía no perfecto, pero recordaba que cartas se habían jugado y de ordinario pujaba con seguridad. Hugh veía en él una pareja satisfactoria y un oponente adecuado; fue una buena partida.

Pero una vez, con Bárbara como pareja de Ponse y un contrario en su mano, Hugh vio que Ponse iniciaba una especie de fanfarronada y que había sobrepujado en su respuesta. Por eso contribuyo a perder un juego seguro, dejando que Bárbara hiciese contrato, ganara el juego y la partida.

Recibió una mirada inexpresiva de Bárbara y Joe le contempló con una especie de brillo en los ojos, pero mantuvo la boca cerrada. Ponse no se dio cuenta. Lanzó una fuerte carcajada, extendió la mano y acarició la cabeza de Bárbara.

– ¡Maravilloso, maravilloso! Pequeña, en verdad sabes jugar a bridge. Oh, dudo haber sido capaz de realizar yo mismo esa hazaña.

No se quejó Ponse cuando, en la siguiente partida, Bárbara y Hugh le dieron a él y a Joe una buena paliza. Hugh decidió que Ponse había nacido deportista por naturaleza... y que además una gran afición hacia las cartas.

Una de las pequeñas sordomudas entró trotando, se arrodilló y sirvió a Su Merced un vaso con algo frío, luego otro a Joe. Ponse tomó un trago, se seco la boca y dijo:

–!Ah eso da en el clavo!

Joe le hizo una sugerencia al oído. Ponse pareció sobresaltado y exclamó:

–Oh, seguro. ¿Por que no?

Hugh y Bárbara fueron servidos. Hugh se mostró satisfecho al descubrir que era jugo de manzana; no estaba seguro de sí su capacidad para jugar un bridge duro había sido debido a la felicidad.

Durante esta partida advirtió Hugh que Bárbara se mostró un poco inquieta y tenía dificultades en concentrarse. Cuando termino la mano, la preguntó en voz baja.

–¿Dificultades, tesoro?

–Un poco. Cuando me mandaron a buscar tenía que haber dado de comer a los niños.

–Oh! –Hugh se volvió a su anfitrión–. Ponse, Bárbara necesita terminar.

Ponse alzó la vista mientras estaba barajando las cartas.

–¿Tienes que ir al lavabo? Una de las criadas la acompañará, supongo. Deben estar por alguna parte.

–No es eso. Bueno, quizá también. Lo que quiero decir es que Bárbara tiene gemelos.

–¿Sí? Los "perros" de ordinario tienen gemelos, las hembras para eso tiene dos pechos.

–Esa es la cuestión, tiene que darles de comer y ya ha pasado la hora. Por eso ha de marcharse.

Ponse pareció enojado, dudó, pero luego dijo:

–¡Oh, basura! No les pasará nada por un retraso breve. Toma, corta las cartas.

Hugh no las tocó Ponse dijo:

–¿No me has oído?

Hugh se levantó. Notaba como el corazón le latía con violencia y sintió un escalofrío de miedo.

–Ponse, Bárbara siente dolor. Necesita alimentar a sus gemelos ahora mismo. No puedo obligarte a que la dejes... pero si quieres jugar a las cartas mientras tu no le das permiso, estás loco.

Durante largo rato el hombretón le miró con fijeza, inexpresivo. De pronto sonrió:

–Hugh, me gustas. Ya hiciste algo por el estilo una vez antes, ¿verdad? Supongo que la "perra" es hermana tuya.

–No.

–Entonces eres tu el que estás loco. ¿Te das cuenta de lo cerca que has estado de convertirte en un fiambre?.

–Me lo imagino.

–Lo dudo, no pareciste preocupado. Pero me gusta el valor, aún cuando pertenezca a un criado. Muy bien, haré que den de comer a esos cachorros. Podrán alimentarse mientras jugamos.

Trajeron a los gemelos y Hugh vio de inmediato que eran los niños más guapos, sanos y adorables que viera jamás; así se lo dijo a Bárbara. No tuvo ocasión inmediata de tocarles puesto que Ponce tomo cada uno en un brazo y se río al mirarles, soplándoles en la cara y haciéndoles carantoñas.

–!Estupendos niños! –bramó–. Estupendo niños, Barba Sagrados pequeños terrores, apostaría! ¡Sigue, mueve ese puño, chaval! Voy a pegarle en la nariz al Tío. ¿Cómo les llamas, Barba? ¿Tienen nombre?.

–Este es Hugh...

–¿Eh? Tiene algo que ver Hugh con ellos? ¿O acaso se cree tenerlos?.

–Es su padre.

–!Bien, bien! Hugh, puedes ser feo, pero tienes otras cualidades. ¿Cómo se llama el otro?

–Ese pequeño, Joe. Karl Joseph.

Ponse alzó una ceja mirando a Joe.

–¿Así que tienes cachorros de "perros" con tu nombre, Joe? Tendré que vigilarte, eres un picarón. ¿Qué le diste a Barba?

–¿Qué?

–Tonto, regalo de nacimiento. Trae el anillo que llevas. Hay tantos cachorros en esta casa con mi nombre que no me queda más remedio que darles tonterías, cachivaches, baratijas; saben que eso me obliga a hacerles un regalo. Hugh tiene suerte, no tiene nada que dar. !Hugh, Hughie ya tiene dientes!.

Hugh lo sostuvo mientras se instalaban para jugar al bridge y al mismo tiempo alimentar a los gemelos. Bárbara tomó uno de ellos cada vez y jugó las cartas con la mano libre. Las pequeñas doncellas jugaron con el que no se alimentaba y, a su debido tiempo, se los llevaron. A pesar de la desventaja, Bárbara jugó bien, incluso brillantemente; la larga sesión terminó cuando Ponse consiguió un gran tanteo, Bárbara quedó muy de cerca y Joe y Hugh empatados en la cola. Hugh había hecho algunas trampas para que la cosa resultara así; las cartas favorecieron a Ponse y Bárbara cuando formaban pareja; lograron hacer dos pequeños "slam"

Ponse se sintió muy jovial.

–Bárbara, ven aquí, pequeña. Pile al capataz de los "perros" que he dicho yo que te consiga un ama de leche para tus cachorros y luego vas al veterinario para que te sequen cuanto sea posible. Te necesito a mano como mi pareja para el juego. Un oponente... porque en este caso haces a un hombre combatir con todas sus fuerzas.

–Sí, señor. ¿Puede esta humilde persona hablar?.

–Preferiría alimentar yo misma a mis hijos. Son todo lo que tengo.

–Bueno... se encogió de hombros–. Parece que es mi día débil con los criados. Me temo que seguís siendo salvajes. De acuerdo, pero a veces tendrás que jugar con una sola mano; no quiero tener críos interrumpiendo el juego –sonrió–. Además, me gustaría ver de vez en cuando a esos pequeños chacales, especialmente al que muerde. Ya puedes irte. Eso es todo.

Bárbara fue despedida tan repentinamente que Hugh apenas tuvo tiempo de intercambiar con ella una sonrisa; había esperado acompañarla, robar una visita particular. Pero Su Merced no le despidió, así que tuvo que quedarse... con un cálido fulgor en su corazón, había sido el momento más feliz de toda una larga vida.

Ponse discutió los artículos que había estado traduciendo, porque ninguno de ellos ofrecía prácticas aventuras comerciales.

–Pero no temas, Hugh; sigue ahondando y llegaremos a alcanzar la mina de oro– se volvió para hablar de otros asuntos, manteniendo todavía a Hugh. Este se encontró con una conversación llena de cosas interesantes, mientras escuchaba lo que se hablaba y le parecía a Hugh aquello la culminación del perfecto caballero decadente... urbano, educado, desilusionado y cínico, un aficionado a las artes y las ciencias, ni piadoso ni cruel, al que su propio rango no le impresionaba, no siendo racista... que trataba a Hugh como un igual en intelecto.

Mientras hablaban, las pequeñas doncellas servían la cena a Ponse y a Joe. Nada se ofreció a Hugh, ni lo esperaba tampoco... ni lo quería, puesto

que podía hacerse servir comida en sus habitaciones si no llegaba a tiempo al comedor principal de los criados y había decidido desde tiempo atrás, por las pruebas que tenía de las comidas, que Memtok tenía razón: los sirvientes superiores comían mejor que su amo.

Pero cuando hubo terminado Ponse, empujó los platos hacía Hugh.

Come.

Hugh dudó una fracción de segundo; no era preciso que le dijesen que le estaban haciendo un honor... para un criado. Había abundancia de comida, quedaba por lo menos alimentos en tres veces mayor cantidad de la que consumiera Ponse. 'Hugh no podía recordar haberse comido jamás las sobras de nadie y menos aún con una cuchara usada. Empezó a hacerlo.

Como siempre el menú de Su Merced no complacía especialmente a Hugh... Y no le gustaba mucho el cerdo. El ganado de cerda apenas se servía en el piso bajo, pero con frecuencia formaba parte de las comidas que probaba Memtok según había advertido Hugh Eso le sorprendió, puesto que el Corán revisado aún contenía las leyes dietéticas y los Escogidos seguían parte de las costumbres originales musulmanas. Practicaban la circuncisión, no empleaban el alcohol más que en una cerveza suave y observaban el ramadán por lo menos nominalmente, conservando su nombre. Mahoma se hubiera quedado sorprendido por las revisiones de sus enseñanzas, pero hubiera logrado reconocer algunos detalles. Pero el pan resultaba bueno, las frutas soberbias y también los helados y otras muchas cosas; no era necesario comer únicamente asado. Hugh mantuvo intacto su historial disfrutando como siempre de lo inevitable.

Ponse se interesaba por el clima que existió en la región de Hugh durante su época.

–Joe me dice que a veces teníais heladas. Incluso nieve.

–Oh, sí, cada invierno.

–Fantástico. ¿Cómo lo conseguíais?

Hugh tuvo que pensar. No había tenido ocasión de aprender como notaba o marcaba esta gente las temperaturas.

–Sí se considera el espacio que hay desde el agua helada a la que hierve, no era cosa extraña conseguir una tercera parte de esa distancia por debajo del punto de congelación.

Ponse pareció sorprendido

–¿Estás seguro? Llamamos a esa distancia, entre congelarse y hervir, como compuesta por cien puntos. ¿Me dices que en ocasiones bajaba treinta y tres puntos por debajo del punto de congelación?.

Hugh notó con interés que la escala centígrada había sobrevivido dos milenios... claro que no había motivos para que no lo hiciese; empleaban el sistema decimal en la aritmética y el dinero. En su cabeza tenía que hacer esta conversión.

–Si, eso es lo que yo quiero decir. Casi cerca del punto de congelación del mercurio y en lo alto de las montañas

–Hugh señaló por la ventana–, se congelara el agua.

–Suficiente frío –asintió Joe–, para helarte los dientes. Es la única cosa que me ha hecho añorar al Mississippi.

—¿Dónde esta el Mississippi? –preguntó Ponse.

–Ya no está –le contestó Joe–. Ahora queda el agua.

Eso llevó a una discusión acerca del por qué había cambiado el clima y Su Merced envió a por el último volumen de la Británica, que contenía antiguos mapas y también mandó buscar mapas nuevos. Los compararon. Dónde había estado el valle del Mississippi el Golfo se extendía ahora mucho más norte. Florida y Yucatán habían desaparecido y Cuba estaba compuesta por unas pocas islas pequeñas.

California tenía un mar central y la mayor parte del norte de Canadá no existía.

Semejante disminuciones habían tenido lugar por muchas zonas. La península Escandinavia era una isla, las Islas Británicas eran una porción de islitas pequeñas, parte del Sahara quedaba bajo el agua. Todas las tierras bajas ya no existían... Holanda, Bélgica, Alemania del Norte era imposible encontrarlas. Ni Dinamarca... el Báltico era un golfo del Atlántico.

Hugh lo miró todo con un antigua pena y jamás experimentó tanta nostalgia. Había conocido un mundo distinto, la lectura le indicó que habían habido cambios; pero ahora tenía ante sí el primer mapa del planeta actual.

–La cuestión –dijo Ponse–, es si la fusión del hielo fue provocada por la Guerra Este Oeste, que produjo, alzó un cambio inactual que, como máximo, se aceleró un poco por acontecimientos artificiales. Parte de mis científicos decían una cosa, otra parte afirma lo segundo.

–¿Y tu que opinas? –preguntó Hugh.

El señor se encogió de hombros.

–No soy lo bastante estúpido para tener opiniones cuando carezco de suficientes datos; dejo esa estupidez a los científicos. Me alegra simplemente que el Tío creyera oportuno dejarme vivir en una edad en que puedo salir al exterior sin que me hielen los pies. Una vez visité el Polo Sur... allí tengo unas cuantas minas. Había escarcha en el suelo. Terrible. El único sitio adecuado para el hielo es dentro de una bebida.

Ponse se acercó a la ventana y se quedó mirando hacia la silueta de las montañas que se recortaban en un cielo oscurecido.

–Sin embargo, si hubiese frío como ese allá arriba ahora podríamos sacarles en un santiamén. ¿Eh, Joe? –murmuró Ponse.

–Marcharían con la cola entre las piernas –asintió Joe.

Hugh parecía turbado.

–Ponse se refiere –lo explicó Joe–, a los fugitivos que se esconden a las montañas. Lo que creyeron que éramos cuando nos encontraron.

–Fugitivos y unos cuantos aborígenes –explicó Ponse–. Salvajes. Pobres criaturas que nunca han sido rescatadas por la civilización. Resulta difícil salvarles, Hugh. No están por allí esperando que se les recoja como hicisteis vosotros. Son tan astutos como zorros. La menor sombra en el cielo y se quedan inmóviles y no se les puede distinguir... y resultan muy destructores para la caza. Claro, podríamos echarles utilizando gases de diversas formas. Pero mataría a la caza, lo que no es de aconsejar. Hugh, has vivido ahí fuera; debiste adquirir gusto por esa clase de vida. ¿Qué te parece salir a reclutar esas criaturas? Bueno, no es preciso reclutarlas, si no rescatarlas.

Sin matar la caza.

El señor Hugh Farnham dudó sólo una fracción de segundo antes de dar su respuesta.

–Su Merced sabe que soy un humilde servidor. Los anillos de extermino deben ser defectuosos al creer haber oído que se convoca para resolver un problema que se les presentó a los Escogidos.

–Oh, maldita sea tu desfachatez. Vamos, vamos, Hugh, quiero tu opinión.

–Tendrás mi opinión, Ponse. Soy un criado. Mis simpatías están con los fugitivos, los salvajes. No vine aquí voluntariamente. Se me trajo a la fuerza.

–¿Y aún te sabe mal? Pues claro que te capturamos, incluso capturamos a Joe. Ahora ya has visto la diferencia.

Tu sabes.

–Sí, sé.

–Entonces te habrás dado cuenta de lo mucho que ha mejorado tu condición. ¿Ahora no duermes en una cama mejor? ¿No comes también mejor? ¡Tío! Cuando te cogimos, estabais todos medio muertos de hambre e infestados de microbios. Apenas podíais permanecer con vida teniendo que realizar el más duro de los trabajos, según pude ver. No soy ciego ni tonto; no hay miembro de mi Familia bajando hasta el último peldaño que trabaje la mitad de duro como vosotros teníais que hacerlo, o que duerma en una cama tan pobre... y en un cuchitril hediondo; apenas se pudo soportar el olor antes de que lo fumigáramos... en cuanto a la comida. si es la palabra que se le podía aplicar, cualquier criado de esta casa apartaría las narices ante lo que vosotros consumíais. ¿No es todo esto cierto?.

–Sí.

–¿Y bien?

–Prefiero la libertad.

–!Libertad! –Su Merced rezongó–. Un concepto sin referencia, como el de "fantasmas". Carente de significado. Hugh, deberías estudiar semántica. Me refiero a la semántica moderna; dudo que en tu época tuvierais tal ciencia. Todos somos libres... para caminar por los senderos predeterminados, como una piedra es libre de caer cuando se la arroja al aire. Nadie es libre en el significado abstracto que das a la palabra. ¿Crees que soy libre? ¿Digamos, libre para cambiar de sitio contigo? ¿Lo haría si pudiese? ¡Apuesto a que sí!. No tienes idea de las preocupaciones que yo tengo, el trabajo que me veo obligado a hacer. A veces permanezco despierto media noche, preocupado por el camino a tomar... eso no lo encontrarás en el dormitorio de mis sirvientes. Son felices, no tiene preocupaciones. Pero he de llevar mi carga lo mejor que sepa.

Hugh pareció tozudo. Ponse se le acercó y le rodeó los hombros con el brazo.

–Vamos, hablemos de esto con sensatez... como dos seres civilizados. No soy uno de esos personajes engreídos que **creen que un sirviente** es incapaz de pensar porque su piel es pálida. Seguro que te habrás dado cuenta. ¿No respeté tu inteligencia?.

–Bueno... sí.

–Eso está mejor. Permíteme que te explique unas cuantas cosas... Joe las ha visto... y puedes hacer preguntas y llegaremos a una comprensión racional. Primero... Joe, has visto Elegidos aquí y allá que son lo que tu amigo Hugh no dudaría en describir como "libres". Explícale.

Joe respingó.

–Hugh, deberías ver... entonces te alegrarías de poseer el privilegio de vivir en la casa de Ponse. Sólo una frase tengo para describírtelos. Pobre basura negra. Cómo la basura blanca que solía ver en Mississippi. Pobre basura negra, sin saber cual será su próxima comida.

–Te sigo.

–Creo que yo también –asintió Su Merced–. Una frase muy punzante. Espero con ansia el día en que cada hombre tenga criados. Eso no puede suceder de la noche a la mañana, los demás habrán de levantarse un poco sobre su condición social. Pero llegará el día en que todos los Escogidos serán servidos... y todos los sirvientes estarán tan bien cuidados como los de mi propia Familia. Ese es mi ideal. Mientras, hago lo mejor que puedo. Procuro su bienestar desde el nacimiento hasta que soy llamados a la Casa por el Tío. No tienen nada que temer, gozan de profunda severidad... cosa que no tendrían en aquellas montañas como es seguro que sabes mejor que yo. Son felices, jamás padecen de excesos de trabajos... lo que me pasa a mí... y tienen diversiones en abundancia, ¡lo que a mi no me sucede! Esta partida de bridge de hoy... es la primera diversión real que he tenido en todo un mes. Y nunca se les castiga, más de lo necesario para recordarles lo que son. Hay que hacerlo, ya te has dado cuenta de lo estúpidos que son en su mayoría. No es que infiera que aún lo eres... No, reconozco sinceramente que creo que eres lo bastante inteligente para cuidar por ti mismo de criados, a pesar de tu piel. Hablo en regla general. Con franqueza, Hugh, ¿crees que serian capaces de cuidarse de si mismos tan bien como yo les cuido?

–Probablemente no –Hugh ya había oído todo esto antes, noches atrás y casi en las mismas palabras... pronunciadas por Memtok. Con la diferencia de que Ponse parecía tener sincero cariño por sus criados o interesarse en serio por su bienestar, mientras que el jefe Doméstico se mostró únicamente desdeñoso con ellos. No, en su mayoría, no podrían.

–¿Ah? ¡Estás de acuerdo conmigo!

–No.

Ponse pareció apenado.

–Hugh, ¿cómo podemos mantener una discusión racional si tú dices una cosa y la contradices a la siguiente frase?

–Yo no me –contradigo a mí mismo. Estoy de acuerdo en que te preocupas mucho del bienestar de tus criados, pero no estoy de acuerdo en que yo lo prefiera eso a la libertad.

–¿Pero por qué, Hugh? Dame un motivo, no una abstracción filosófica. Si no eres feliz, quiero saber la causa, para así corregirla.

–Puedo darte un motivo. No se me permite vivir con mi esposa e hijos.

–¿Eh?

–Bárbara. Y los mellizos.

–Oh, ¿es eso tan importante? Tienes una doncella para tus habitaciones. Me lo dijo Memtok y yo le felicité por haber utilizado la iniciativa en una solución tan extraña. No se le escapa mucho a ese viejo zorro. Tienes una mujer a tu disposición y es seguro que será más experta en su especialidad que la casta ordinaria de los "perros". En cuanto a los chavales, no hay motivo para que no les veas... no tienes más que pedir que te los traigan cuando gustes. ¿Pero quién quiere vivir con críos? ¿Y con una esposa? Yo no vivo ni con mi mujer ni con los hijos, de eso puedes estar seguro, Los veo en las ocasiones adecuadas. ¿Pero quién iba a querer vivir con ellos?

–Yo.

–Bueno... Tío! Quiero que seas feliz. Eso se puede solucionar.

–¿Se puede?

–Seguro. Si no hubieses armado tanto escándalo en lo de no dejarte atemperar, los podrías tener contigo siempre... aunque confieso que no llevas razón. ¿Deseas ver al veterinario?

–Oh... no.

–Bueno, hay otra alternativa. Haré que operen a la "perro".

–¡No!

Ponse suspiró.

–Eres duro de complacer. Sé práctico. Hugh; no puedo cambiar un sistema de procreación científica para complacer a un criado. ¿Sabes cuántos sirvientes hay en esta familia, aquí y en Palacio? Alrededor de ochocientos, según creo. ¿Sabes lo que ocurriría si permitiese la procreación sin restricciones? En diez años habría el doble. ¿Y qué sucedería después? ¡Se morirían de hambre! No podría mantenerles si nacieran sin control. Quizá lo lograse con un esfuerzo, pero seria pedir la Luna. Peor, porque podemos ir a la Luna cuando valga la pena, pero nadie puede apechugar con el modo en que se reproducirían los sirvientes si se les dejase eso a su antojo. ¿Y qué es mejor? ¿Controlarlo? ¿O dejarles que se mueran de hambre?

Su Merced suspiró.

–Ojalá fueses un poco más corto de mollera, entonces sacaríamos algo. ¿Has estado en los dormitorios y viviendas del "ganado"?

–Lo visité una vez, con Memtok.

–¿Te fijaste en la puerta? Tuviste que agacharte; Mentel: entró sin inclinarse... solía ser como antes de su ascenso, "ganado". Las puertas tienen esa altura en todas las habitaciones de los "ganado" del mundo... y no se le dice sirviente si no puede caminar sin agacharse, al entrar o salir. Y la "perro" en este caso es también demasiado alta. Una ley prudente, Hugh. No la hice yo; nos fue entregada hace muchísimo tiempo por Su Merced. Si se nos permitiera engendrar seres altos, se les tendría que azotar demasiado a menudo y eso no es bueno ni para el amo ni para el sirviente. Hugh. Pide cualquier cosa dentro de la razón, pero no lo imposible –se apartó del diván en donde había estado sentado en compañía de Hugh y tomó asiento en la mesa de juego. Cogió un mazo. Así que no hablemos más. ¿Sabes jugar al solitario doble?

–Sí.

–Entonces ven a ver si puedes vencerme y anímate. El hombre se trastorna cuando sus esfuerzos no son apreciados.

Hugh se calló. Pensaba con tristeza que Ponse no era un malvado. Resultaba exactamente como cualquier miembro de todas las clases gobernantes de la historia; estaba convencido de su honradez y su benevolencia y se ofendía si se le desafiaba.

Jugaron una partida; Hugh perdió, su mente no estaba en el juego. Comenzaron otra. Su Merced también observó:

–Debo hacer que pinten más cartas. Estas se están gastando.

–¿No se podría realizar eso con más rapidez, utilizando una imprenta como se suele hacer con los rollos? –preguntó Hugh.

—¿Eh? No se me había ocurrido –el hombretón frotó una de las cartas del siglo XX–. Esto no parece muy impreso. ¿Dónde las fabricaban?

–Oh, sí las imprimían. Millares a la vez. Millones, debería decir, calculando la cantidad enorme de cartas que se solían vender.

–¿De veras? No se me habría ocurrido pensar que el bridge, que exige inteligencia, atrajera a muchísima gente.

Hugh de pronto dejó sobre la mesa las cartas.

–Ponse, ¿No querías un modo de ganar dinero?

–Seguro.

–Lo tienes en la mano. ¡Joe! Ven aquí y hablemos de esto. ¿Cuántos juegos de cartas se vendían al año en los Estados Unidos?

–Cielos, Hugh. No lo sé. Quizá millones.

–Eso diría yo. Con un beneficio bruto del noventa por cien. Humm... Ponse, el bridge y el solitario no son los únicos juegos que se pueden efectuar con estas cartas. Las posibilidades resultan ilimitadas. Hay juegos tan sencillos como el solitario, pero en el que intervienen dos o tres o más jugadores. Hay juegos para que puedan actuar a la vez una docena de personas. Hay juegos difíciles y fáciles, incluso hay una forma del bridge... se le llama "duplicado"... más difícil que el que jugamos nosotros. Ponse, cada familia... tenía a mano un par o tres de juegos de cartas; era raro el hogar que no se poseía esa baraja. No me imagino cuántas vendían. Probablemente cien millones de barajas había en uso sólo dentro de los Estados Unidos. Y tú tienes un mercado virgen. Lo único que hace falta es interesar a la gente.

–Ponse, Hugh tiene razón –asintió solemne Joe. Las posibilidades son ilimitadas.

Ponse chasqueó los labios.

–Si las vendiésemos por un sueldo el juego, digamos... humm...

–Demasiado –objetó Joe–. Matarais el mercado antes de iniciar el gran negocio.

Hugh dijo:

–Joe, ¿cuál es la fórmula para ajustar el precio al máximo beneficio que supera a las ventas?

–Bueno, eso se consigue con un monopolio.

–¿Y bien? ¿Qué tal se hace esto aquí? Me refiero a las patentes, derechos de reproducción y cosas por el estilo. No he visto nada en lo que he estado leyendo.

Joe pareció turbado.

–Hugh, los Escogidos no usan tal sistema, no lo necesitan. Todo está bien elaborado, las cosas no cambian mucho.

–Mala cosa –dijo Hugh–. Dos semanas después de que comenzásemos, el mercado se vería inundado de imitaciones.

–¿Qué es lo que estáis hablando? –preguntó Ponse–. Hablad Idioma –la pregunta de Hugh fue hecha necesariamente en inglés; Joe respondió en el mismo lenguaje.

–Lo siento, Ponse –contestó Joe y explicó las ideas que respaldaban los derechos de patente, de reproducción y el monopolio.

Ponse se relajó.

–Oh, eso es fácil. Cuando un hombre consigue inspiración del Cielo, el Señor Propietario prohibe a los demás que lo utilicen sin su permiso. Eso no suele ocurrir, recuerdo sólo dos casos en toda mi vida. Pero el Tío Poderoso de vez en cuando sonríe.

No se sorprendió Hugh al enterarse de lo escasos que eran los inventos. Aquella no era más que una cultura estática, estando en manos de los esclavos atemperados lo que llamaban ciencia... Si patentar una nueva idea era tan difícil, existiría muy poca iniciativa para inventar.

–¿Dirías tú que esta idea es inspiración del Cielo?

Ponse meditó.

–Inspiración es lo que Su Merced, en su sabiduría, reconoce como inspiración –de pronto sonrío–. Mi opinión es que todo lo que permite repostar los fondos de la Familia es una inspiración. La dificultad estriba en hacer que lo comprenda el Propietario. Pero hay un modo. Seguid hablando.

–Hugh, la protección debería extenderse no sólo en las cartas de juego, si no también en los propios juegos –dijo Joe.

–Pues claro. Si no compran cartas de Su Merced, no jugarán sus juegos. Es difícil de impedir, puesto que cualquiera puede falsificar una baraja. Pero el monopolio haría ilegal esta actividad.

–Y no sólo cartas como esta, si no cualquier otra clase de naipes. Se podría jugar al bridge con cartas que tuviesen simplemente números.

–Sí –meditó Hugh–. Joe, había un juego de Scrabble en el refugio.

–Está todavía aquí. Los científicos de Ponse lo trajeron todo. Hugh, ya veo dónde quieres ir a parar, pero no podría aprender nadie el Scrabble. Es preciso conocer inglés.

–¿Y quién nos impide inventar otra vez el Scrabble... **en Idioma?** Déjame que mi personal se ponga a redactar un alfabeto de letras ordenadas con la frecuencia en que aparecen en el **Idioma y** tendré un juego de Scrabble, tablero y reglas adaptadas al lenguaje que se habla hoy en día.

–¿Y qué es el Scrabble, en nombre del Tío?

–Es un juego, Ponse. Muy bueno. Pero la cuestión es que se trata de un juego que podemos vender más caro que el precio que pongamos al juego de naipes.

–No es eso todo –intervino Hugh. Comenzó a tamborilear con los dedos–. Parchís, Monopolio, Damas, la oca para los niños... aun con otro nombre... el dominó, los onagramas, el póker de fichas y de cartas, los rompecabezas... ¿Has visto algo de esto?

–No.

–Es bueno para jóvenes y mayores y con toda clase de dificultades. Dados... hay muchos juegos con los dados. Joe ¿hay aquí casinos?

–De cierta especie. Hay lugares para jugar y mucho juego privado.

–¿Ruletas?

–No lo creo.

–Esto empieza ha hacerse demasiado grande para pensarlo. Ponse, vas a tener que pasarte las noches en vela, contando tu dinero.

–Hay criados para esas tareas. Desearía saber de qué estáis hablando. ¿Puedo preguntarlo humildemente?

–Lo siento, señor. Joe y yo hablábamos de antiguos juegos... y no sólo juegos, si no toda clase de recreos que teníamos y que se han perdido ahora. Por lo menos eso creo.

–Lo único que he visto que parece familiar es el ajedrez.

–El ajedrez es el único juego capaz de aguantar el peso de los siglos. Ponse, la cuestión es que cada una de estas cosas pueden producir dinero. Seguro que ahora tenéis juegos. Pero todo esto resultaría una novedad. Es tan viejo que parecería nuevo otra vez. El Ping-pong... las boleras, ¿Joe, has visto...?

–Billar. Billar ruso. Me detengo, estamos ante una infinidad de cosas distintas. Ponse, el primer programa es conseguir una protección de Su Merced para cubrirlo todo... y ver lo qué haría que lo convierte en inspiración desde lo alto. Ha sido un milagro.

–¿Qué? Paparruchas. No creo en milagros.

–No tienes que creer en ello. Mira, nos encontrasteis en tierra personal del Propietario... y tú fuiste quien nos halló. ¿No parece eso como si el Tío tuviese intención de que el Propietario se enterara de todo lo que preparamos? ¿Y que tú, como Señor Protector, fueras el custodio?

Ponse sonrió.

–De esa teoría podría sacarse un buen argumento. Quizás sea caro, pero no se puede hervir agua sin encender primero el fuego, como solía decir mi tía –se levantó.

Hugh veamos ese juego del Scrabble. Pronto. Joe, encontraremos tiempo para explicar esas otras cosas. Os excuso a ambos. Eso es todo.

* * *

Gatita estaba dormida cuando Hugh regresó, tenía entre la mano una nota:

Oh, cariño. fue maravilloso verte. ¡Espero impaciente que Su

Merced nos pida que juguemos otra vez al bridge! ¿Verdad que es un viejo estupendo? Aún cuando fue insensato en una cuestión. Corrigió su error y eso es lo que le nota un verdadero caballero.

Estoy tan excitada por haberte visto que apenas puedo escribir y Gatita está aguardando para llevarte la nota.

Los gemelos te envían besos, muy fuertes. ¡Amor, amor, amor!

Tuya B.

Hugh leyó la nota de Bárbara con un sentimiento confuso. Compartió su alegría en la reunión, por muy limitada que hubiera sido, y estaba ansioso porque se presentase la siguiente ocasión en que Ponse les permitiera estar juntos de nuevo. En cuanto al resto... ¡Seria mejor sacarla de aquí antes de que adquiriese mentalidad de esclava! Seguro, Ponse era un caballero dentro del significado corrientemente aceptado del término. Se mostraba consciente de su responsabilidad, generoso y tolerante con sus inferiores. Un caballero.

¡Pero también un tipo asqueroso! ¡Y Bárbara no debió pasarse por alto este hecho! Ignorarlo, si... era preciso. Pero no olvidarlo.

Comenzó a pensar. Sus ideas vagaron en un estudio general de aquel sistema social ultramoderno. Habían corrompido la fe, la única fe verdadera, la fe Cristiana. Los nuevos señores no eran más que negreros, gentes creadoras de un paganismo superior al de Roma. Ahora, los que antaño fueron clases dominadas, serian elegidos a su vez en dominadores y bajo su férula se había logrado aniquilar toda sensación de iniciativa, toda capacidad de pensamiento, toda fe en los valores sacrosantos innatos en el hombre.

Sí, existía un orden absoluto, basado en una absurda farsa que empleaba las peores cualidades del mahometismo y aniquilaba poco a poco las partes más hermosas del intelecto humano. Era preciso que alguien restaurase las ideas cristianas, que renaciese aquel mundo absurdo de sus propias cenizas, sin ninguna destrucción, pero de manera tal que la Humanidad surgiera enérgica, estable y, más que ninguna otra cosa, dominada por el sentimiento más excelso de cuanto Dios otorgara al hombre: el de la Caridad, el del amor al prójimo, el del respeto de los derechos ajenos.

Poco a poco sus pensamientos divagaron hasta los fugitivos, los que habitaban las Montañas Rocosas. Seguro que en ellos ardería la llama inmarcesible de la Fe, el fuego sagrado que impulsó al hombre durante toda su historia para, pese a sus defectos, pese a obrar sobre las fuerzas del mal, culminar en... Se interrumpió al pensar en el holocausto producido por la terrible guerra aniquiladora que destruyó su mundo.

Se acercó a la ventana. Sacudió la cabeza. Pensó en Barbara.

Tenía que libertarla.

–¿Pero cómo? Se acostó.

Una dolorosa hora más tarde volvía a levantarse, entró en su sala de estar y se plantó de nuevo ante la ventana. Distinguía contra el cielo negro la mayor negrura de las Montañas Rocosas.

En alguna parte, allá afuera, había hombres libres. Podía romper aquella ventana, marchar hacia las montañas, perderse en ellas antes de

que amaneciera... encontrar compañeros libres. No necesitaba siquiera romper la ventana... sólo escabullirse ante cualquier centinela que dormitara o utilizar la autoridad simbolizada por su látigo para salir a pesar de la guardia. No se hacia ningún esfuerzo verdadero por mantener encerrados a los sirvientes de la casa. La vigilancia se colocaba más para mantener fuera a los intrusos. La mayor parte de los sirvientes no escaparían, como tampoco lo haría ningún perro.

Perros... Uno de los deberes del capataz de los "perros" era mantener los sabuesos.

Si era necesario, podría matar a un perro con las manos. **¿Pero cómo correr cuando te veías sobrecargado con dos niños pequeños?**

Fue hasta la alacena, se sirvió un trago generoso de Felicidad, se lo tomó y volvió a la cama.

XIII

Durante los siguientes días Hugh estuvo atareado rediseñando el juego del "Scrabble", traduciendo la enciclopedia de los Juegos, de Hoyle, dictando reglas y descripciones de otros juegos y recreos que no estaban en el Hoyle (Como el Ping-pong, el golf, el esquí acuático), celebrando conferencias con Ponse y Joe... y jugando al bridge.

Esto último era lo mejor y con mucho. Ayudado por Joe enseñó a varios Escogidos el juego, pero la mayor parte de las sesiones eran de partidas con Joe, Ponse y siempre Bárbara. Ponse tenía el entusiasmo de un recién convertido; cuando se encontraba en la casa jugaba al bridge cada minuto que podía arrancar de su tiempo y siempre deseaba que el grupo lo formasen los mismos cuatro, los mejores jugadores asequibles.

Le parecía a Hugh que Su Merced tenía sincero cariño por Bárbara tanto cariño como el que sentía hacía el gato el que llamaba "Doclívingtonesupon"... nunca **"Doc". "Doc"** o cualquier felino, era libre de saltar en su regazo incluso cuando estaba jugando una mano. Extendía la misma cortesía y afecto a Bárbara, como si la conociese mejor y siempre la llamaba "Barba", o "Criatura", y jamás se refería a ella como si fuese una inferior. Bárbara le aplicaba el nombre de "Ponse" o "Tío" y claramente se mostraba feliz en su compañía.

A veces Ponse dejaba a Bárbara y a Hugh a solas, en una ocasión durante veinte minutos. Estos instantes eran joyas más allá de todo precio; no se arriesgaban a perder tal privilegio haciendo nada más que cogerse las manos.

Si llegaba el momento de alimentar a los niños, Bárbara lo indicaba y Ponse siempre ordenaba que los trajeran. Una vez mandó que vinieran cuando no era necesario, dijo que no los había visto durante una semana y quería darse cuenta de lo mucho que hablan crecido. Así que el juego aguardó mientras su "Tío" Ponse se ponía a cuatro patas en la alfombra y les hacia ruiditos estúpidos para que rieran.

Luego hizo que se los llevasen; cinco minutos de críos bastaban para él. Pero dijo a Bárbara.

–Criatura, crecen como la caña de azúcar. Espero vivir para verles adultos.

–Vivirás largo tiempo, Tío.

–Quizás. He sobrevivido a una docena de catadores de comida, pero eso no indica nada. Tus chavales serian estupendos lacayos. Ya me los imagino sirviendo en la sala de banquetes de Palacio... la Residencia, quiero decir, no este chalet. ¿A quién le toca dar?

Hugh vio a Grace unas cuantas veces, pero nunca más de algunos segundos. Si aparecía cuando ella estaba allí, se marchaba en seguida, mostrando en su rostro un gran disgusto. Si Bárbara llegaba antes que Hugh, Grace también se quitaba de la vista. Resultaba claro que era una concurrente habitual a los departamentos informales del señor; también resultaba igualmente claro que tenía tanto odio a Bárbara como antes, mientras guardaba la bilis para Hugh. Pero jamás dijo nada y parecía probable que no se atrevería nunca a enfrentar su voluntad con la de Su Merced.

También era oficial ahora que Grace era "calientacamas" de Su Merced. Hugh se enteró por Gatita. El "ganado" salía cuando el señor se encontraba en la residencia (Hugh, lo ignoraba por regla general), gracias al conocimiento de Grace estaba en el piso bajo o en el superior. No tenía otras obligaciones y era inmune a todos los látigos, incluso al de Memtok. Estaba también, las veces en que Hugh la pudo ver, lujosamente vestida y enjoyada.

Y muy gorda, tan gorda que Hugh sintió alivio al no tener siquiera una obligación nominal para con ella. Cierto, todas las "calientacamas" eran gordas, según el gusto de Hugh. Incluso Gatita era bastante rechoncha más de lo que lo fuera la chica normal americana del siglo XX, incluso el propio Hugh estaba convencido de que debería observar una dieta... Gatita estaba furiosa por no poder aumentar de peso... ¡y hasta creía que ese era el motivo de que no le gustase a Hugh!

Gatita era tan joven que su redondez resultaba en cierto modo agradable como con un niño. Pero Hugh encontró la gordura de Grace otra cosa distinta... De algún modo aquella masa fofa había enterrado por completo a la chica hermosa con la que se casara. Trató de no pensar en ello e intentar comprender por qué a Ponse le gustaba... si es que le gustaba. Pero, a decir verdad, admitió Hugh, no sabia que Grace fuese nada más que nominalmente una doncella al servicio de Ponse. Después de todo, se decía que Ponse tenía más de un siglo de edad. Ponse, con arreglo a las normas de vida de la época de Hugh, parecía gozar de unos sesenta y cinco años fuertes y viriles. Pero Hugh, sin embargo, estaba seguro interiormente de que el papel de Grace era más de odalisca que de hurí.

Aún cuando la cuestión no le importaba, no le pasaba lo mismo a Duke. El hijo mayor de Hugh entró tormentoso en el despacho de su padre un cierto día y exigió una entrevista particular; Hugh le condujo a su apartamento. Llevaba sin ver a Duke un mes. Le llegaban traducciones y no tenían necesidad de entrevistarse.

Hugh intentó que la reunión fuese agradable.

–Siéntate, Duke. ¿Quieres que te ofrezca un trago de Felicidad?

–¡No, gracias! ¿Qué es eso que he oído decir de mamá?

–¿Qué has oído, Duke?

(¡Oh, Señor! Allá vamos...)

–¡Sabes condenadamente bien a lo que me refiero!

–Me temo que no.

Hugh le forzó a decirlo con todas las letras. Duke no se equivocaba, ante la sorpresa de su padre, aunque se había enterado aquel mismo día. Puesto que más de cuatrocientos criados lo conocían, fue uno de los últimos del grupo de salvajes en enterarse..., en saber que aquella mujer salvaje, la otra, no la alta y delgada, vivía en el piso alto con Su Merced más tiempo que en la residencia destinada al "ganado". Sin embargo, Duke tenía muy pocas relaciones con los demás criados y no era popular... Memtok le consideraba un "alborotador".

Hugh ni confirmó ni negó la historia de Duke.

–¿Y bien? –preguntó Duke–. ¿Qué piensas hacer?

–¿Sobre qué, Duke? ¿Sugieres que corte por lo sano la murmuración en la sala de los sirvientes?

–¡No me refiero a eso en absoluto! ¿Vas a quedarte aquí sentado sin mover un dedo, mientras tu esposa...?

–Probablemente. Tú vienes aquí con cierta historia que has captado de un segundo, lavaplatos y esperas que haga algo. Me gustaría saber, primero, ¿por qué crees que este chisme es verdad? Segundo, ¿qué crees que es mi esposa...? Tercero, ¿qué esperarías que hiciere yo? Cuarto, ¿qué te imaginas que puedo hacer? Te lo he dicho todo por orden y de manera específica. Contéstame y entonces discutiremos lo que haré yo.

–Deja de retorcer las cosas.

–Yo no retuerzo nada. Duke, me gasté mucho dinero para darte la carrera de abogado... lo sé, la elegí yo. Solías sermonearme acerca de las "normas de costumbre". Emplea ahora esta educación. Refiérete a las preguntas por orden.

Duke miró a su padre durante unos minutos, emitiendo ruidos incoherentes. Hugh le instó:

–Vamos, responde a mis preguntas por orden. ¿Por qué crees que ese chisme es cierto?

–Oh... lo oí y lo comprobé. Todo el mundo lo sabe.

–¿Sí? hubo un tiempo en que todo el mundo sabia que la Tierra era llana. ¿Pero cuál es la acusación? Muéstrate especifico.

–Oh, ya te lo dije. Mamá a sido asignada al servicio de ese bastardo como "calientacamas".

–¿Y quién lo dice?

–¡Oh, todo el mundo!

–¿Se lo preguntaste al capataz del "ganado"?

–¿Crees que estoy loco?

–Lo tomaré en el sentido retórico. Para abreviar, lo que "todo el mundo sabe", como acabas de decir, es que Grace tiene una misión de servicio en el piso superior. Eso se puede verificar, si es cierto. Posiblemente debe atender a Su Merced, posiblemente se pasará la mayor parte del tiempo en la sala de espera para damas de la casa, quizás tenga otros deberes. ¿Quieres que te consiga una cita con el capataz del "ganado" para que le puedas preguntar qué deberes tiene tu madre? Yo no sé que tenga algunos.

–Oh, pregúntaselo tú.

–No lo haré. Estoy seguro do que Grace lo consideraría intromisión. Presumamos que tú se lo has preguntado y que él te lo ha dicho, confirmando lo que era sospecha sólo por las murmuraciones, indicándote que es una "calientacamas". Al servicio de Su Merced. Con esta aseveración, que aceptó únicamente con el fin de poder discutir puesto que no has demostrado... con esta asunción. ¿dónde viene eso de que yo dejo...?

Duke parecía atónito.

–No lo habría creído, y menos de ti. ¿Piensas quedarte aquí sentado afirmando que mamá hace tal cosa voluntariamente?

–Hace tiempo que dejé de intentar adivinar siquiera lo que haría tu madre. Pero yo no he dicho que ella haga nada. Tú sí. No sé que su misión sea la de "calientacamas" más que lo que he oído por las murmuraciones que tú has repetido sin pruebas. Si es cierto, todavía ignoro si ha cumplido con la misión de manera real y verdadera... ignoro incluso dónde está el dormitorio de Su Merced y no he oído ningún chismorreo sobre este punto... sólo tus malos pensamientos. Pero si esos pensamientos son correctos, seguiré sin tener opinión acerca de los deberes de tu madre. Yo tengo una doncella a mis servicios y, te lo aseguro bajo palabra de honor, no ha pasado nada entre ella y yo. En lo que se refiere a actividad sexual... Dudo que Su Merced se haya aprovechado jamás de ninguna hembra en su vida. Y más especialmente lo dudo ahora.

–Crápula. Jamás hubo ningún bastardo negro que no violase a una mujer si se le daba ocasión.

– ¡Duke! Eso es una estupidez perniciosa. Casi me has convencido de que estás loco.

–Yo...

–¡Cállate! Sabes que Joseph, para darte un ejemplo, ha tenido oportunidad de aprovecharse de cualquiera de las tres mujeres blancas durante nueve largos meses. También sabes que su comportamiento quedó por encima de todo reproche.

–Bueno... es que quizás no tuviera ocasión...

–Te dije antes que te callases y no vertieras más veneno. Tuvo ocasiones sin fin. Cualquier día mientras tú estabas cazando... Se quedó solo con cada mujer muchísimas veces. ¡Basta ya! Eso es calumniar a Joseph, incluso al pensar simplemente que pudo caer tan bajo. Me avergüenzas.

–Y yo me avergüenzo de ti. Eres el gato gordo y mimado del rey negro.

–Muy bien, el avergonzamiento es mutuo. Hablando de gatos gordos, en realidad no te necesito. Si quieres dejar de ser un gato gordo y mimado, puedes lavar platos o cualquier otra misión que se te asigne.

–Esto no me importa.

–Comunícame cuando desees que se te releve. Eso te hará perder tu habitación particular, pero tal lujo es un privilegio de los gatos gordos. No Importa. Sólo veo un modo de llegar hasta los hechos, si es que lo hay, acabando con esa estúpida sospecha que alberga tu cerebro. Pregúntaselo al Señor Protector.

– ¡Sigue adelante! Es la primera cosa sensata que has dicho.

–Oh, yo no, Duke. Yo no sospecho nada de él. Pero tú puedes preguntárselo. Ve a ver al Jefe Doméstico. Dile que quieres una audiencia con el Señor Protector. Creo que es todo lo que necesitarás, quizás tengas que esperar una semana o dos. Sí Memtok te envía a mí, me lo dices. Con facilidad puedo conseguir un acuerdo. Entonces, cuando veas al Señor Protector, se lo preguntas a bocajarro.

–Y también me mentirá. ¡Si llego a acercarme a ese mono negro, le mataré!

Farnham suspiró.

–Duke, no comprendo cómo un hombre puede tener tan malas ideas y equivocarse en medios tan distintos. Si se te concede una audiencia, Memtok estará a tu lado. Con su látigo. El Señor Protector se encontrará a unos quince metros de distancia. Y el látigo que e1 lleva no sólo da escozores; es un arma mortífera. Ese viejo ha vivido muchísimo tiempo, no es fácil matarle.

–Puede. Pero tú eres igualmente tonto al pensar que Su Merced te mentiría. Si ha hecho lo que tú piensas... utiliza a tu madre, obligándola a someterse... no sentirá ni la más mínima vergüenza, ni tampoco se mostrará poco ganosa de responderte con sinceridad. Duke, no se molestaría en mentirte, como tú tampoco se te ocurriría mentir a un animal cualquiera, a un perro, digamos por caso. Ni tampoco, fíjate bien, se le ocurriría mentirte como no se le ocurriría apartarse hacia un lado si tú te interpusieras en su camino. Y sin embargo... ¿creerías a tu madre?

–Pues claro que sí.

–Entonces díselo, dile que te gustaría verla. Estoy casi seguro de que accederá a la petición. Durante unos cuantos minutos y en su presencia. Las reglas de harén las puede quebrantar si así se le antoja. Si tienes valor para decirle que quieres oír cómo ella confirma lo que te diga, creo que se quedará estupefacto. Pero me parece que luego te soltará una carcajada y te concederá la petición. Si quieres ver a tu madre, asegurarte personalmente de su bienestar, eso es todo cuanto puedo sugerir. Yo de otro modo no la puedo ver. Esto es tan irregular que tu única posibilidad de saltar sobre él cara a cara, por muchas vueltas que diera el mundo actual, resultaría tan improbable como hallar una aguja en un pajar.

Duke parecía abrumado.

–Mira, ¿por qué diablos no se lo preguntas tú? Tengo entendido que lo ves casi cada día.

–¿Yo? Sí, le veo con frecuencia. ¿Pero preguntarle esa cosa? ¿Es a eso lo que te refieres... a lo de tu madre?

–Sí, ya que prefieres expresarlo de esa manera.

Tienes pensamientos sucios y te preocupa lo que no existe quizás más que en tu imaginación. Pero yo no sospecho de acciones feas en él. No me pondré en tu sitio para vocear tus sospechas. Si hay que hacerlo, debes tener valor para realizarlo en persona –Hugh se puso en pie–. Ya hemos perdido bastante tiempo. Será mejor que vuelvas al trabajo o que te vayas a ver a Memtok.

–No he terminado.

–Oh, sí, terminaste. Fue una orden, no una sugerencia.

–Si crees que me asusta ese látigo...

–Cielos, Duke, no te azotaría por nada del mundo. Si me obligases a hacerlo, pediría a Memtok que te castigara. Tiene fama de ser experto. Ahora, vete. Me has hecho perder la mitad de la mañana.

Duke se fue. Hugh se quedó, tratando de recobrar la compostura. Una pelea con Duke siempre le dejaba tembloroso; así había sido desde que su hijo tenía sólo doce años. Pero también otra cosa le turbaba. Había empleado cada sofisma que pudo imaginar para apartar a Duke de un rumbo desesperanzado. Eso no le preocupaba ni tampoco compartía la preocupación básica de Duke. Pasara lo que pasara a Grace, estaba seguro de que la violencia no era un factor predominante.

Se daba cuenta de algo que Duke. en sus ilusiones y espejismos, aparentemente no comprendió; de la ley más vieja de los Conquistadores, la que decía que las mujeres de los conquistados eventualmente se rendían... de manera voluntaria.

El que se exesposa lo hubiera hecho no en una cuestión casi académica. Sospechaba que jamás se le presentó oportunidad. O bien evidentemente, se satisfacía con lo que ahora tenía... o bien ambicionaba algo mejor. Eso le molestaba bien poco; había tratado de cumplir con su deber para con ella, pero Grace desde mucho tiempo atrás se apartó por completo de él. Sin embargo, no quería que Bárbara sufriera la mortífera carga de la desesperanza que podría, y en muchos casos de la historia lo había conseguido, convertir a las mujeres castas en concubinas voluntariosas. Por mucho que la amaba, no se hacia ilusiones de que Bárbara fuese un ángel o una santa; las mujeres Sabinas no tuvieron la menor oportunidad ni ella tampoco la tendría. "¡La muerte antes que el deshonor!", era una frase que no se cumplía bien. Con el tiempo, se cambiaba para indicar una feliz cooperación.

Sacó su botella de Felicidad, la miró... volvió a dejarla donde estaba. De aquel modo no resolvería jamás su problema.

Hugh no hizo el menor esfuerzo por enterarse si Duke había ido a ver a Memtok. Volvió a trabajar en su infinita tarea de dar a Su Merced lo que éste le pedía y era asequible, bien jugando un buen bridge, con ideas para ganar dinero, o simplemente traduciendo. Ya no tenía ninguna esperanza de que el jefe le permitiese eventualmente trasladar a Bárbara y a los gemelos a su apartamento; en eso el viejo Ponse se mostró tajante. Gozar del favor de la corta podría ser útil, incluso indispensable, ocurriera lo que ocurriese... y mientras eso le permitía ver en ocasiones a Bárbara.

Jamás abandonó su propósito de escapar. En el transcurso del verano se dio cuenta de que las posibilidades de fuga eran mínimas... escapar los cuatro, los mellizos en los brazos... aquel año. Pronto toda la hacienda se trasladaría a la ciudad y hasta ahora, que supiera, el único tiempo posible para escapar era cuando se encontraban cerca de las montañas. No importaba. Un año, dos años, incluso más, quizás se esperara hasta que los niños pudieran caminar. Incluso entonces seria bastante duro, pero casi imposible ahora teniendo que llevar a los pequeños en brazos. Tendría que hablar con Bárbara, con urgencia y en susurros, la próxima vez que se quedaran solos aun cuando fuese ni un minuto, explicándole lo que había pensado... para animarla a aguardar.

No se atrevía a escribirla. Ponse podría hacer que se lo tradujesen... otros universitarios de algunos lugares entendían inglés, aunque Joe jamás le traicionaría. ¿Y Grace? Esperaba que no, pero no se atrevía a hacer deducciones. Probablemente Ponse sabia todo lo de aquellas notas, se las habría hecho traducir cada día, riéndose de su contenido y no preocupándose.

Quizá pudiera lograr un código, una clave... algo tan sencillo como primera palabra, primera línea, luego línea, segunda palabra, etc. Podría arriesgarse.

Había descubierto una cosa que tenían en su favor, una ventaja que podría superar su falta de sofisticación en esta sociedad. Los fugitivos raramente tienen éxito por causa de su apariencia. Una piel blanca podría disfrazarse... pero los sirvientes medios eran muchos centímetros más bajos y con menos peso que los Escogidos.

Bárbara y Hugh eran altos; lo bastante corpulentos para pasar, a ese respecto, por Escogidos. ¿Los rasgos? Los rostros de los Escogidos no eran uniformes; la influencia se mezclaba con la negroide y con otras cosas. Su calvicie no era problema, siempre estaba a punto y tendría ocasiones de robar una peluca. O hacérsela. Pero con ropas robadas, comida escondida, armas de alguna especie (¡sus dos manos!) y un maquillaje... quizá pudiera pasar por "pobre escoria negra" y lanzarse al camino.

Pero a los sirvientes, marcados por su complexión, no se les permitía desviarse un paso de la hacienda, la granja, el rancho, o cualquiera que fuese su jaula legal... sin permiso de su patrón.

Quizá pudiese aprender qué aspecto tenía un pase, falsificar uno. No, Bárbara y él no podrían viajar como sirvientes con un pase falsificado por el motivo que remotamente les posibilitaba para disfrazarse como Escogidos: su tamaño era claro, les distinguirían nada más verles.

Cuanto más pensaba Hugh en eso, más le parecía que tendría que esperar por lo menos hasta el próximo verano. Era el plazo de un año lo que le impresionaba, pero no le quedaba más remedio.

Sí el próximo año se encontraran ellos entre los sirvientes Escogidos para la Residencia de Verano... Sí ambos lo estaban... lo estaban los cuatro. No había pensado en eso. ¡Cielos! Su pequeña familia quizás no volviera a encontrarse bajo el mismo techo. Puede que tuvieran que huir ahora, en el breve espacio de tiempo que quedaba antes del traslado... huir y correr el riesgo con los sabuesos, con los osos, con aquellos odiosos pequeños leopardos... teniendo que proteger a dos niños de pecho. ¡Dios! ¿Alguna vez se había enfrentado un hombre con tan escasas posibilidades para salvar a su familia?

Sí. El mismo cuando construía aquel refugio.

Era preciso prever cada posibilidad... y rogaba al cielo por que le hiciera la gracia de un milagro. Empezó a ahorrar alimentos de las comidas que le servían en sus habitaciones, cosas que se conservarían una temporada. Mantuvo los ojos abiertos para robar un cuchillo... o algo que pudiese convertir en un cuchillo. Ocultó lo que hacia a los ojos de Gatita.

Mucho antes de lo que se esperaba tuvo ocasión de adquirir maquillaje. Un día de fiesta siempre significaba una orgía de felicidad en la sala de los sirvientes; llegó uno en el que se efectuaron representaciones teatrales. A

Hugh le solicitaron que hiciese el papel de payaso imitando al Señor Protector en un chiste cómico escenificado. No dudó en aceptar; el propio Memtok indicó que su tamaño le hacía perfecto para el papel. Hugh rugió por todo el escenario, esgrimiendo un látigo tres veces mayor que el que llevaba Su Merced.

Constituyó un éxito total. Vio como Ponse le contemplaba desde la terraza en la que Hugh viera por primera vez cómo se distribuía Felicidad, mirando y riendo. Así Hugh se animó, gritando:

– ¡Eh, menos ruido en la terraza; ¡Memtok, da unos latigazos a esa criatura!

Su merced soltó una carcajada más fuerte que nunca, los criados se mostraron casi histéricos y, en la partida de bridge del día siguiente, Ponse le dio unas palmaditas en la espalda y le dijo que era el mejor Señor de las Tonterías que hubieran tenido jamás en Palacio.

Resultado: un paquete robado de pigmento que necesitaría mezclarse sólo con abundante crema desodorante para darle un tono exacto al del Señor Protector y una peluca que cubriría su calvicie con pelo negro ondulado. No era la que llevara en la función; esa la devolvió al encargado del teatro, haciéndolo ante los ojos de Memtok y después de haber pedido a éste que se la probara. No, era una peluca que tomó de varias que había en un montón del año anterior... y que le encajaba muy bien. Se la probó, la dejó caer, de una patada la envió a un rincón, la recuperó cuando estuvo solo... y la mantuvo bajo su túnica durante varios días hasta que estuvo seguro que nadie la echara de menos. Terminó bajo una capa archivadora de su despacho cierta noche en que se decidió a trabajar hasta más tarde, después de que se hubieron ido sus empleados.

Siguió todavía buscando algo que pudiese transformar en un cuchillo.

No vio a Duke durante las tres semanas que siguieron a su disputa. A veces venían traducciones de su hijo, a veces faltaban durante un día o dos; Hugh lo dejaba estar. Pero cuando no pudo recordar haber visto ningún pergamino que viniera procedente de las traducciones de Duke en toda una semana, decidió echar un vistazo.

Hugh entró en la cabina que Duke tenía como privilegio por ser un investigador en historia. Llamó a la puerta del dormitorio... No hubo respuesta.

Volvió a llamar, pensó que Duke o estaría durmiendo o habrán salido; abrió y entró.

Duke no estaba dormido, pero sí parecía fuera de este mundo. Se hallaba tumbado y desnudo en su litera, con la jarra más grande de Felicidad que Hugh hubiera visto jamás. Duke alzó los ojos cuando se abrió la puerta, soltó una loca risita, hizo un gesto y dijo:

–Hola, viejo ¿Cómo van tus trucos?

Hugh se acercó para mirar mejor lo que creía haber visto... y sintió ganas de vomitar.

–¡Hijo, hijo!

–¿Todavía con las tuyas, Hughie? ¡El viejo Hugh!

Tragando saliva, Hugh comenzó a retroceder y por poco tropezó con cl

Veterinario Jefe. El cirujano sonrió y dijo:

–¿Visitando a mi paciente? Apenas lo necesita –pasó junto a Hugh murmurando una excusa, se inclinó sobre Duke, le levantó un párpado, le examinó de otros modos, diciéndole jovial: Te estás portando bien, primo. Te daremos otro pequeño tratamiento, luego te enviaré un nuevo banquete para que disfrutes. ¿Qué te parece?

–¡Estupendo, doctor, estupendo! ¡Tú eres mí amigo! ¡El mejor amigo que tuve jamás!

El Veterinario ajustó cierto dial de un pequeño instrumento, lo oprimió contra el muslo de Duke, aguardó un instante y lo sacó. Sonrió a Hugh.

–Prácticamente recuperado. Ahora soñará unas cuantas horas, despertará hambriento y no sabrá que ha transcurrido el tiempo. Luego le daremos de comer y otra dosis. Un estupendo paciente, ha reaccionado de manera magnífica. No sabe lo que ha pasado... Para cuando esté capacitado para comprenderlo, ya no le interesará lo que le hayamos hecho.

–¿Quién ordenó esto?

El cirujano pareció sorprendido.

–El Jefe Doméstico, claro.

–¿Por qué no se me dijo?

No lo se, será mejor que se lo preguntes. Yo he cumplido la orden rutinaria, llevándola a cabo de la manera corriente. Polvos para dormir en la cena de la noche. Quiero decir, fue por la noche cuando se le hizo la operación quirúrgica. Siguió después la dosis masiva para mantenerle tranquilo. La operación tiende a hacer que algunos se pongan algo nerviosos al principio, por eso estamos alerta para tratar al paciente de la manera que más le convenga. Pero, como puedes ver este enfermo se lo ha tomado con facilidad, como sí se le hubiese quitado un diente. A propósito, ese puente que te instale en la boca, ¿es satisfactorio?

–¿Qué? Sí. ¡Eso no importa! Quiero saber...

–Quizá te complazca, pero debes ver al Jefe Doméstico. Ahora, sí perdonas a esta humilde persona, tengo que efectuar una visita a un paciente. Simplemente entré para asegurarme que éste se encontraba bien.

Hugh fue a su apartamento y descargó su cólera con lo que encontró a paso. Después marchó en busca de Memtok.

Memtok le recibió en su despacho de inmediato, invitándole a sentarse. Hugh había comenzado a considerar al Jefe Doméstico como un amigo, o como la cosa más próxima a un amigo que tenía. Memtok tenía ya por costumbre visitar a Hugh por las tardes de vez en cuando y, a pesar del concepto avinagrado de la vida que tenía el encargado de los sirvientes y de la enorme diferencia de sus educaciones, Hugh le encontraba agudo y estimulante y bien informado dentro de sus límites. Memtok parecía tener la soledad que debe soportar el capitán de un navío; se complacía en relajarse y disfrutar con un amigo.

Puesto que los demás sirvientes superiores se mostraron correctamente educados con el Jefe Investigador, más que cálidos, Hugh, solitario en sí, también disfrutaba con los desahogos de Memtok y lo consideraba un amigo.

Hugh habló a Memtok con franqueza, sin protocolo, diciendo lo que pensaba.

–¿Por qué hiciste eso?

Memtok pareció sorprendido.

– ¡Vaya pregunta! ¡Vaya pregunta más impropia! Porque el Señor Protector lo ordenó.

–¿Lo hizo?

– ¡Mi querido primo! El atemperar se hace siempre por orden del Señor. Oh, yo lo recomiendo, seguro. Pero las órdenes para las alteraciones deben venir de lo alto. Sin embargo, por si esto te interesa, en este caso no hice ninguna recomendación. Se me dio la orden y tenía que obedecer. Eso es todo.

– ¡Pues claro que me importa! ¡Trabaja para mí!

– ¡Oh! Pero ya había sido trasladado antes de que se efectuara la operación. De otro modo me habría preocupado por decírtelo. Propiedad, primo, propiedad en todas las cosas. Yo mantengo a mis subordinados informados siempre. Jamás les paso por encima. No se puede gobernar una casa si se abusa. Lo noble es noble.

–No se me dijo que le habían trasladado. ¿Y no te parece eso pasar por encima de mí?

–Pues claro que se te dijo –el Jefe Doméstico miró de reojo una fila de pinzas y casilleros con papeles que había en la parte delantera de su escritorio, buscó un poco, saco un recorte de papel–. Aquí está.

Hugh lo miró. MISION: CAMBIO... UN CRIADO, VARON (salvaje, rescatado y adoptado), CONOCIDO POR EL NOMBRE DE DUKE, DESCRIPCION (Hugh se saltó todo esto), relevado le todos sus deberes en el Departamento de Historia Antigua y asignado al servicio personal de Su Merced, orden efectiva inmediatamente. DISPOSICIONES SOBRE ALOJAMENTO: No cambien hasta nueva...

–¡Jamás vi esto!

–Es mi copia de archivo. Tú tienes el original –Memtok señalo al rincón inferior izquierdo–. Aquí tienes la firma de tu empleado. Me complace siempre que mis ejecutivos sepan leer y escribir, eso hace que las cosas sean mucho más ordenadas. Con un ignorante como el Jefe Guardián de Terrenos, uno le puede decir cien mil veces, hasta que la garganta te escuece, las cosas y ese estúpido después pretenderá que no lo oyó así... Sin embargo, un azote mejora su memoria, aún que sólo sea para aquel día. Descorazonador. No se puede estar azotando siempre a un sirviente de clase superior, por que no resulta –Memtok suspiró–. Yo habría recomendado un cambio sí su ayudante no fuese aún más estúpido.

–Memtok, nunca vi esto.

–Puede ser. Se entregó y tu empleado firmó el recibo. Busca en tu despacho. Me apuesto tres sueldos contra uno a que lo encontrarás. ¿Quieres que de unos azotes a tu empleado? Por mí, encantado.

–No, no –Memtok casi tenía razón, la orden probablemente estaría sobre su despacho, sin haberla leído. El departamento de Hugh había crecido hasta alcanzar un personal de dos o tres docenas de empleados;

cada día parecían venir más. La mayor parte de ellos eran individuos encargados de tareas menores, que querían ahorrarle tiempo. Hugh buscó mucho hasta conseguir aquel empleado de confianza que era bastante culto y así dejar de preocuparse por las nimiedades... De otro modo no hubiera podido traducir la cantidad enorme de artículos que logró cambiar de un idioma a otro; la Ley Parkinson se ocupó de todo. El empleado obedecía y las cuestiones rutinarias se amontonaban. Una vez a la semana Hugh repasaba la pila de comunicados con rapidez, los devolvía a su empleado para que los archivara o los quemara, o que les diera el destino adecuado a los papeles inútiles.

Probablemente la orden al traslado de Duke estaba en la acumulación de los últimos días. De haberla visto a tiempo... ¡Demasiado tarde, demasiado tarde! Apoyó los codos en las rodillas y se tapó la cara. ¡Demasiado tarde! ¡Oh, hijo mío!

Memtok le tocó el hombro, casi con gentileza.

–Primo, anímate. No se te han recortado tus prerrogativas. Lo comprendes, ¿verdad?

–Sí. Si, lo comprendo –murmuró Hugh por entre manos.

–¿Entonces por qué estás tan apenado?

–El era... es... mi hijo.

–¿Lo es? ¿Entonces por qué te comportas como si fuese tu sobrino? –Memtok utilizó la forma específica, significando "El hijo mayor de tu hermana mayor" y se veía sinceramente desconcertado por la singular relación del salvaje. Era capaz de comprender que una madre se interesara por su hijo... su hijo mayor, por lo menos. ¿Pero un padre? ¡Tío! Memtok tenía hijos, de eso estaba seguro, por toda la casa... "Memtok el Larvo" le solía llamar el antiguo capataz de "perros". Pero ignoraba dónde estaban ni se e imaginaba en la tesitura de querer saberlo. Ni le importaba.

–Porque... –comenzó Hugh–. Oh, olvídalo. Cumpliste con tu deber. Admitido.

–Bueno... Todavía pareces transformado. Mandaré que traigan una botella de Felicidad. Por esta vez beberé contigo.

–No. No, gracias.

–Oh, vamos, vamos! La necesitas. Un tónico excelente; lo que hay que evitar es el exceso.

–Gracias, Memtok, pero no lo quiero. Ahora debo expresarme con claridad. Quiero ver a Su Merced. Enseguida, si es posible. ¿Podrías concertarme la entrevista?.

–No puedo hacerlo.

–Maldición, se que puedes. Y se que me vera si se lo pides.

–Primo, yo no dije que no quería; dije: "No puedo". Su Merced no se encuentra en la Residencia.

–Oh– entonces pidió que avisaran a Joe. Pero el Jefe Doméstico le dijo que el joven Escogido había salido con el Señor Protector. Prometió avisar a Hugh cuando cualquiera de los dos regresase...

–Sí, en seguida, primo.

Hugh prescindió de la cena, subió a su cuarto y se quedó meditando. No pudo evitar atormentarse con la idea de que, por lo menos en parte, la culpa era suya... No, no, por no haber leído todo papel inútil que había en su despacho nada más se recibiera; no, eso fue pura mala suerte. Aún cuando re-revisase su "correo inútil" cada mañana, probablemente ya habría sido demasiado tarde; las dos ordenes quizás se expidieron al mismo tiempo.

Lo que angustiaba a su alma era el miedo de haber impulsado la acción con su pelea con Duke. Pudo haber mentido al muchacho, haberle dicho que su madre era, según la idea que tenía Hugh, una especie de doncella de servicio para el Señor Protector, asignada al séquito de su hermana, a salvo dentro del harén real y a la que ningún hombre veía jamás. Mimada, viviendo la vida de Riley y feliz... y que el otro cuento era una simple murmuración de sirvientes con la que pretendían pasar distraídos su tiempo de holganza.

Duke le habría creído, porque deseaba creerlo.

Tal y como estaban las cosas... quizá Duke fue a ver a Su Merced. Quizá Memtok le preparó la entrevista, o quizá simplemente Duke trató de abrirse paso y en la pelea el escándalo llegó a oídos de Ponse. Eso era más que posible, lo sabia ahora, puesto que su consejo a Duke de que viese al jefe de los criados podía haber resultado también en una escena que obligara a Ponse a ordenar el atemperado con tanta indiferencia como daría una orden a su piloto aéreo para cambiar de rumbo. Todo era muy probable...

Intentó decirse que nadie es jamas responsable de las acciones de otra persona. Lo creía, trató de vivir bajo esta creencia. Pero descubrió que la fría sabiduría no ofrecía ningún consuelo.

Por fin dejó de meditar, tomó papel de escribir y se puso a redactar una carta para Bárbara. No había tenido ni siquiera un instante para contarla sus planes de fuga, ninguna ocasión para elaborar un código. Pero ella estaba preparada ante cualquier aviso; tenía que decírselo, fuera como fuera.

Bárbara sabía alemán; él, en la universidad, estudió un curso de ese idioma. También conocía bastante ruso como para enzarzarse en una sencilla conversación y Bárbara aprendió unas cuantas palabras de él durante la época que pasaron en el valle... creando un juego que podían compartir sin causar celos a Grace.

Redactó un borrador, luego, con dificultades, tradujo la carta a una jerigonza de alemán, ruso, inglés vulgar, jerga populachera, alusiones literarias, latín macarrónico, idiomas especiales. Al fin, tenía un mensaje que estaba seguro que Bárbara podría descifrar, pero también estaba seguro de que ningún estudiante de idiomas antiguos lograría traducirlo al idioma actual, incluso en el improbable acontecimiento de que el universitario supiera inglés, alemán y ruso.

No temía que lo pudieran traducir otras personas. Si Grace lo veía, dictaminaría que se trataba de un desvarió, puesto que desconocía el ruso y el alemán. Con Duke no había que contar, a causa de las drogas que le habían sumido en un mundo de ensueño. Joe quizá adivinara el significado... pero confiaba en que Joe no le traicionaría. No obstante, trató de ocultar el significado incluso de Joe, forzando la sintaxis y utilizando

faltas de ortografía deliberadas.

El borrador decía:

Cariño mío:

He estado planeando nuestra fuga durante algún tiempo. No se cómo lo lograré, pero quiero que estés listas, día o noche, para coger a los mellizos y seguirme. Roba alimentos si puedes, roba algunos zapatos fuertes, roba un cuchillo. Nos encaminaremos hacia las montañas. Tenía intención de esperar hasta el próximo verano, para que los niños creciesen primero algo. Pero han sucedido cosas que me han hecho cambiar de Idea: Duke ha sido atemperado. No se porqué y me encuentro desanimado para discutir el asunto. Pero me podría suceder a mi después. Peor que eso... ¿No recuerdas que Ponse decía que deseaba ver a los gemelos convertidos en lacayos a pie? Cariño, el "ganado" no sirve en la Sala de Banquetes. Ni hay otro destino preparado para ellos; ambos serán altos. !No debemos consentir que les hagan nada!.

Y tampoco podemos esperar. La capital del Protectorado se encuentra cerca de donde estaba antes San Luis; no podemos recorrer todo el camino hasta las Montañas rocosas llevando en brazos a nuestros dos ..... y carecemos de medios para saber (y ningún motivo para esperar) que a los cuatro se nos enviara al año que viene a esta residencia de verano.

Se valiente. No toques nada de la droga Felicidad, de ninguna forma de aquí en adelante; nuestra posibilidad de escape probablemente será fugaz, sin poder prevenirte por anticipado.

Te ama

Hugh.

"a

Gatita entró, la dijo que viera el espectáculo del televisor no le molestara. La criatura obedeció.

El borrador final decía:

Luba,

Ya bien humeante Komplott seis Hector se disipó. El párrafo di Conde de Montecristo, ¿recuerdas? Demasiado amable machsnix ya hawchoo! Las dificultades de Goldllock machs nlx– como dúo aquel tipo, es el único juego de la ciudad. La buena muchacha exploradora sigue siempre la pauta que marca el Boy Scout. Speise, schuhen, messer –lo que Fagín enseñó a Oliver, nicht? Da! Schuell es dic herz von duh apparat; Berlín queda demasiado lejos del Pan de Azúcar y Elíza jamás llegará hasta que caiga el telón final.

Em ander jahr, nyet. Hacen falta dos para bailar el tango y cuatro para jugar al "bridge", todo en cin kammer, o frasa el propósito. Una casa dividida es para el vogelen, como la destrucción. Mehr, ya haben schrecken. Mein Króuprinz gobierna ahora el Ducado de Abelard. El paje Christine Jorgenson, responde él... No te engaño. La leche derramada no alimenta después de muerto el burro la echada al rabo, mi dama... pero el falsete no es cl tono adecuado para dctskí cuyo horóscopo es Géminis. Borjemol! El viejo Rey Carbón es un alma Cándida pero no conseguirá zwllling kilineren de ti. Es mejor un cúmulo de huesos ensartados bliren y bcgcgn Kare.... ¿es unánime la ratificación? Igday cemar?

Verb. Sap.: No bebo, fumo, ni masco, ni corro por ahí con los desviados que lo hacen. Nube novena es el final de trayecto de este parrafito. Escribe pronto, aun cuando te queden sólo cinco dólares para hacer bailar al mono del ciego; el dump está ajustado y el Gay Pay Oo está ansioso.

Hasta siempre,

H.

Gatita llevaba ya mucho rato cuando Hugh acabó de componer este jeroglífico. Hizo pedazos el borrador y lo dejó caer por el torbellino continuo de agua del sumidero; luego se fue a la cama. Tras verse acosado largo rato por la risita de Duke, cuyo estúpido rostro aparecía como descompuesto por la droga, se levantó y no aplicándose a si mismos el consejo que diera a Bárbara, se sirvió una generosa ración de Felicidad, con el fin de olvidarse momentáneamente de sus penas.

XVI

La respuesta de Bárbara decía:

Cariño: Cuando tu pujas sin triunfo, mi respuesta es siete sin triunfo, y no lo dudo. Luego todo resulta en un gran "slam"... o nos hundimos sin lamentarnos. Cuando quieras que estemos los cuatro juntos, nos encontraremos dispuestos para el juego.

Te ama siempre.

B.

Nada más sucedió aquel día. Ni al siguiente... ni al otro. Hugh fácilmente dictó traducciones, pero su mente no estaba en el trabajo. Tenía mucho cuidado con lo que comía o bebía, puesto que ahora sabia que el modo humano del cirujano de cobrar una víctima era drogarla; comía sólo platos que hubiera provocado Memtok, trataba de mostrarse artero no aceptando nunca un fruto o una rosquilla que estuviese cerca de él cuando un sirviente se lo ofrecía, evitando beber nada en la mesa... consumiendo solo agua que el mismo obtenía del lavabo. Continuó desayunando en su cuarto, pero empezó a prescindir de muchos alimentos en favor de las frutas sin pelar y de los huevos hervidos en su cascara.

Se daba cuenta de que estas precauciones eran fútiles... ningún Borgia hubiera encontrado dificultad en superarlas... y en cualquier caso, si venia la orden de atemperarle, sólo tenían que cogerle después de dominarle con un látigo si encontraban difícil drogarle. Pero quizá tuviera tiempo para protestar, para exigir que le llevasen ante el Señor Protector.

En cuanto a los látigos... Reanudó su práctica del karate, sólo en sus habitaciones. Un golpe de karate propinado con bastante rapidez haría que el que empuñase un látigo perdiese el conocimiento. No había verdadera esperanza, sin embargo, en aquella actitud; simplemente de no entregarse pacíficamente. Duke tuvo razón; hubiera sido mejor luchar y morir.

No intentó ver a Duke.

Continuó escondiendo comida en su bandeja del desayuno... azúcar, sal, pan duro. Presumió que tales alimentos no debían estar drogados aunque en aquel tiempo no probó ninguno de ellos, porque no afectaban a

Gatita.

La mayor parte del tiempo iba descalzo, aunque llevaba zapatillas de fieltro para sus ejercicios diarios de paseo en el jardín de los criados. Ahora se quejó a Memtok de que las piedras le lastimaban los pies dada la debilidad de las zapatillas... ¿la casa no podría proporcionarme algo mejor?.

Le dieron gruesas sandalias de cuero; las llevó después en el jardín.

Cultivó la amistad del ingeniero jefe de la casa, diciéndole que, en su juventud, estuvo encargado de la construcción por su antiguo Señor. El ingeniero se sintió halagado, no sólo por que era uno de los sirvientes ejecutivos más jóvenes, sino también porque estaba acostumbrado a oír más quejas que declaraciones amistosas de interés. Hugh se sentaba con él después de la cena y lograba aparentar conocimiento, más que nada escuchándole.

Hugh fue invitado a dar un vistazo a las instalaciones y pasó una mañana agotadora deslizándose por las tuberías y mirando planos... el ingeniero no podía escribir, pero sabia leer un poco y comprendía los dibujos. Hubiera sido un día interesante en si de haber estado libre Hugh de preocupaciones; la educación de Hugh hacia que la ingeniería le interesara.

Pero se concentraba en tratar de recordar cada dibujo que veía, comparaba en su mente con los pasadizos y habitaciones por los que era conducido. Tenía un serio propósito mortal: a pesar de haber vivido la mayor parte del verano en aquel edificio, conocía sólo partes pequeñas de él en su interior y sólo el amurallado jardín externo. Necesitaba conocerlo todo; necesitaba saber cada salida posible de los departamentos de los criados. lo que quedaba más allá de la puerta vigilada que conducía a la vivienda de los "ganado" y, más particularmente en qué zona vivían Bárbara y los gemelos.

Llegó hasta la puerta que conducía al lado de los almacenes. El ingeniero dudó cuando el centinela de pronto se puso alerta. Dijo:

–Primo Hugh, estoy seguro de que se te permite entrar ahí, conmigo... Pero será mejor que subamos al despacho del Jefe Doméstico para que te redacte un pase.

–Lo que tu digas, primo.

–Bueno, en realidad no hay nada de interés ahí dentro. Sólo las instalaciones normales de cuarteles... agua, luz, servicio de aire acondicionado, cañerías, baños y cosas por el estilo. Todo lo que era interesante, la planta de energía el incinerador, el control de aire, etc., se encuentra en otro lugar. Ya sabes como es el jefe... se enfada por cualquier variación de la rutina. Si te es igual, más tarde haré una inspección ahí dentro.

–Sin embargo, tu quieres disponer las cosas... –respondió Hugh con una pizca de amor propio ofendido.

–Bueno... todo el mundo sabe que tú eres uno de esos repugnantes jóvenes "perros" –el ingeniero parecía embarazado–. Te diré una cosa... Me dices con claridad que quieres verlo todo... es decir, en mi departamento... yo subiré hasta Memtok y le diré lo que has dicho. El sabe, ¡Tío! todos lo sabemos, que disfrutas del favor de Su Merced. ¿Me comprendes? No pretendo presumir. Memtok me redactará un pase y yo quedaré libre de responsabilidades, lo mismo que el centinela y el jefe de la guardia. Espérate y ponte cómodo. Vendré enseguida.

–No te molestes. Ahí no hay nada que yo quiera ver–mintió Hugh–. Si se ha visto un baño, se han visto todos, suelo decir siempre.

El ingeniero sonrió con alivio.

–Buena frase, la recordaré. "Si se ha visto un baño, se han visto todos". ¡Ja, ja! Bueno, aún tenemos que ir a la carpintería y al taller metálico.

Hugh se fue con él, cogiéndole del brazo, jovial, mientras que por dentro echaba chispas. !Había estado tan cerca! Sin embargo, dejar que Memtok sospechase que tenía algún interés en las viviendas de los "ganado y perros era lo ultimo que deseaba.

Pero la mañana había sido muy bien utilizada. No sólo adquirirlo Hugh la capacidad que tiene el ladrón de juzgar los puntos débiles del edificio (aquella puerta de entregas que daba al muelle de descarga; estaba simplemente cerrada de noche aunque podría violentarse), sino también consiguió dos premios.

El primero era un muelle de acero de unos dieciocho centímetros de largo. Hugh lo cogió de entre la chatarra del taller mecánico; se lo lió en el brazo, después de visitar el lavabo, porque ya estaba preparado para poder robar.

El segundo fue más valioso todavía: un dibujo impreso del piso inferior, mostrando con claridad las instalaciones mecánicas... pero también señalando cada puerta y pasillos, incluyendo la Residencia los "perros".

Hugh lo admiró.

–!Tio, pero qué dibujo más maravilloso! ¿Lo has hecho tú?.

Tímidamente el ingeniero admitió ser el autor. Basado, claro, en planos del arquitecto... pero efectuando cambios y adiciones.

–!Hermoso! –repitió Hugh–. Es una vergüenza que no haya más que una copia.

–¡Oh, hay copias en abundancia, porque se gastan. ¿Te gustaría tener una?.

–La guardaría como un tesoro. Especialmente si el artista me la firmara –al ver dudar al hombre Hugh siguió adelante y dijo–: ¿puedo citarle una frase? Mira, yo te la escribiré y tus la copias.

Hugh se alejó con el plano, al poco se detuvo y escribió: "a mi querido primo Hugh, un amigo artesano que aprecia el trabajo bello".

Aquella noche se lo enseño a Gatita. La criatura se mostró impresionada. No tenía idea de los mapas y se sentía fascinada por la idea de que fuese posible colocar en un pedazo de papel los largos pasillos y los recodos de su mundo. Hugh le enseño aquel que iba de sus habitaciones a la rampa que conducía al comedor de los sirvientes ejecutivos, donde estaba también la sala principal de los sirvientes, el recorrido del pasillo exterior, dando dos giros hasta el jardín. La muchacha confirmó la ruta despacio, frunciendo el ceño en un esfuerzo mental desacostumbrado.

–Debes vivir en alguna parte de aquí, Gatita. Son los domicilios de los "perros".

–¿Sí?.

–Sí. Ve a ver sí puedes encontrar donde vives. Yo no te lo enseñaré, no

quiero ayudarte. Me sentaré aquí a ver si lo adivinas.

–¡Oh, Tío ayúdame! Veamos. Primero, tengo que bajar por esta rampa... –se detuvo a pensar mientras Hugh mostraba impasible su rostro. Había confirmado lo que casi dejó de sospechar; la criatura era una espía– Luego... ¿es ésta puerta?.

–Eso mismo.

–Entonces yo sigo derecha pasando ante el despacho del capataz de los "perros", llegó hasta el fin, giro y... yo debo vivir ahí! –palmoteó y soltó una risita

–¿Tu cabina queda enfrente de nuestro comedor?.

–Sí.

–!Entonces lo has acertado a la primera vez! Eso es maravilloso! Ahora veamos lo que has aprendido.

Durante el siguiente cuarto de hora ella lo llevó en una visita por los departamentos de los "perros"... las salas de los jóvenes y los mayores, los comedores, el dormitorio de las muchachas, el dormitorio de las "calientacamas", sala infantil enfermería, sala para juegos, cabinas del servicio, baños, campo de recreo, puerta del jardín, despachos, apartamento de la matrona decana, todo... y Hugh se enteró que Bárbara ya no ocupaba la enfermería. Gatita se lo dijo de manera espontánea.

–Bárbara... ya saber, la salvaje con la que te escribes... solía estar aquí y ahora esta ahí.

–¿Cómo puedes saberlo?. Todas las habitaciones parecen iguales.

–Lo sé. Es la segunda de las cuatro salas de madres de este lado, cuando una marcha alejándose de los baños.

Hugh advirtió con profundo interés que había un túnel de mantenimiento que corría por debajo de los baños, con una escotilla de acceso en el pasillo donde estaba el cuarto de Bárbara... y aún cosa más interesante que esto era que parecía conectar con otro túnel que cruzaba el edificio. ¿Podría haber aquí alguna ruta abierta y sin guardias entre las zonas principales y la de los sirvientes? Seguro que no, puesto que las líneas parecían mostrar que cualquier "ganado" con iniciativa sólo necesitaba arrastrarse un centenar de metros para introducirse en los departamentos de los "perros".

Sin embargo, podía ser cierto... ¿porque cómo podría saber ningún" ganado" dónde conducían estos túneles?.

¿Y por qué se arriesgaría un "ganado" aunque lo adivinara? ¿Y acaso las mano que tenían podrían abrir los cierres y cerrojos?.

Con respecto a este asunto, ¿se podría abrir las trampillas desde abajo?

–Aprendes muy rápido, Gatita. Ahora prueba una parte que no conoces muy bien. Imagínate, en el dibujo, como llegar de nuestras habitaciones aquí a mis oficinas. Y si resuelves ese problema, aquí tienes otro más difícil, ¿Qué vueltas tendrías que dar y que rampa utilizarias si yo te dijese que llevases un mensaje al Jefe Doméstico?.

Resolvió el primer problemita después de unos momentos de desconcierto; el segundo lo resolvió sin la menor duda.

A la hora del almuerzo el día siguiente, con Memtok a su lado, Hugh llamó desde su sitio al ingeniero.

–!Pipes, viejo primo! ¡Qué hermoso dibujo me diste ayer! –Supones que uno de tus carpinteros me la podría poner en un marco? Me gustaría colgarlo sobre mi escritorio donde la gente lo pueda admirar.

El ingeniero se ruborizó y sonrió ampliamente.

–!Seguro, primo Hugh! ¿Te parece bien un marco de caoba?.

–Perfecto –Hugh se volvió a su izquierda–. Por un momento, nuestro primo demostró su talento con cañerías y conducciones; es un artista. En cuanto lo tenga colgado, tienes que pasar por mí despacho y verás lo que quiero decir.

–Encantado, primo. Cuando encuentre tiempo... sí lo encuentro.

Transcurrió más de una semana sin tener noticias de Su Merced, ni de Joe... una semana sin bridge y sin Bárbara. Por fin, un día en el almuerzo, Memtok dijo.

–A propósito, tenía intención de decírtelo; el joven Escogido Joseph ha regresado. ¿Aún quieres verle?.

–Seguro. ¿También está en la Residencia Su Merced?.

–No. Su graciosa hermana cree que quizás no regrese hasta que hayamos vuelto a casa. Ah, tienes que ver eso, primo.

No es una casucha como esto. Hay mucho que hacer día y noche... y este humilde servidor tendrá suerte si consigue comer en paz tres comidas durante todo el invierno. Correr, correr, preocuparse, preocuparse, preocuparse, problemas asomando a derecha e izquierda –dijo con suntuosa satisfacción–. Alégrate de ser universitario.

Llegó la noticia, un par de horas más tarde, de que Joe esperaba a Hugh. Farnham conocía el camino, habiendo estado en la habitación de invitado de Joe para ayudar a enseñar el bridge a los Escogidos, así que subió sólo.

Joe le saludó entusiasmado.

–!Entra, Hugh! Busca un asiento. Nada de protocolo, aquí sólo nosotros y las poñuelas. Espera hasta enterarte de lo que he hecho. ¡Muchacho, estuve atareado! Una tienda está preparada para iniciarse como planta piloto antes de que Su Merced termine de solicitar la protección. Pero nos encontramos tan organizados que nos pusimos a producir el mismo día en que esa protección fue concedida. Tampoco las condiciones son malas. Su Merced el Señor Propietario se queda la mitad, Su Merced Ponse la otra mitad y aborda la financiación y de la mitad de Su Merced Ponse me reserva a mi un diez por cien y la dirección de la compañía. Claro que nos ramificaremos y abarcaremos otras líneas de producción... El negocio se llama "Juegos Inspirados" y la patente ha sido redactada para proteger cualquier diversión que tu desentierres... cuando lo ramifiquemos. El problema es que necesitaré ayuda; me asusta que el viejo Ponse quiera colocar en la empresa algunos de sus tontos parientes. Espero que no, no hay lugar para el nepotismo cuando se intenta rebajar todos los costos. Probablemente lo mejor es adiestrar sirvientes para esa tarea... A la larga son más baratos, siempre y cuando sean competentes. ¿Qué te parece si fueras tu uno, Hugh? Cree que podrías llevar la dirección de una fábrica? Es

un gran trabajo; ya tengo ciento siete personas en la tarea.

–No veo por qué no. Yo he empleado tres veces esa cantidad y jamás me salió mal una nómina... y en una ocasión fui jefe de dos mil expertos comerciantes en los Seabees. Pero, Joe, vine aquí con otra cosa en la cabeza.

–Oh, está bien, cuéntamelo. Luego te enseñaré los planos.

–Joe, ¿sabes lo de Duke?

–¿Qué hay de Duke?

–Atemperado. ¿No lo sabias?

–Oh, si, lo supe. Sucedió cuando estaba a punto de partir. No estará lastimado, ¿verdad? ¿Complicaciones?

–¿"Lastimado"? Joe fue **atemperado.** Te comportas como si simplemente le hubiesen extraído una muela. ¿Lo sabias? ¿No intentaste impedirlo?

–No.

–En nombre de Dios, ¿por qué no?

–Déjame terminar, ¿puedes? No recuerdo que tú intentases impedirlo tampoco.

–Jamás tuve oportunidad. Nunca lo supe.

–Ni yo. Eso es lo que intentaba decirte, pero no has dejado de atosigarme. Me enteré después de que hubiera ocurrido.

–Oh, lo siento. Creí que querías decir que te quedaste cruzado de brazos y dejaste que se lo hicieran.

–Bueno, no es así. Aunque no sé qué hubiera podido hacer de haberme enterado. Lo que no habría servido de nada, así que me imagino que fue mejor que no tengamos que preocuparnos por eso. Quizá mucho mejor. Ahora, hablando de los planos... Si miras este diagrama esquemático, verás...

–¡Joe!

–¿Eh?

–¿No te das cuenta de que no estoy de humor para hablar de fábricas de naipes? Duke es mi hijo.

Joe dejó los planos.

–Lo siento, Hugh. Hablemos, si así te sientes mejor. Desahógate... Supongo que te sientes mal con respecto a ese asunto. Lo miras desde un único ángulo.

Joe escuchó. Hugh habló. Al poco Joe sacudió la cabeza.

—Hugh, puedo tranquilizarte con respecto a un punto. Duke jamás vio al Señor Protector. Así que tu consejo a Duke, que por otra parte creo bueno, no puede tener nada que ver con que le atemperasen.

–Ojalá tengas razón. Me darían ganas de cortarme la garganta si supiera que era culpa mía.

–No lo es, así que deja de recriminarte.

–Lo intentaré. Joe, ¿qué indujo a Ponse a hacerlo? Sabía lo que opinábamos de ello, desde el momento en que casi nos lo hicieron por un mal entendido. ¿Por qué lo ordenó? Creí quo era mi amigo.

Joe parecía embarazado.

–¿De veras quieres saberlo?

–Tengo que saberlo.

–Bueno... de todos, modos lo averiguarías. Fue cosa de Grace.

–¿Qué? Joe, debes estar equivocado. Claro que Grace tiene sus defectos. Pero jamas haría eso... y menos a su propio hijo.

–Bueno, no exactamente no. Dudo que supiese de lo que era hasta que estuvo hecho. Pero es igual, ella lo disparó todo. Estuvo lloriqueando a Ponse casi desde el día en que llegamos aquí, diciendo que quería a Duke en su compañía. Se sentía solitaria. "Ponsie, estoy muy sola. Ponsie, es muy mezquino con Gracie. Ponsie, voy a provocarte hasta que digas que sí. Ponsie, ¿por qué no quieres?"... Todo con ese lloriqueo infantil que acostumbra. Hugh, me imagino que tú no has visto ninguna de estas escenas...

–No.

–Le habría retorcido el cuello. Ponse se limitaba a ignorarla excepto cuando se ponía pesada. Entonces se echaba a reír y discutían un poquito y él acababa diciéndole que se callara la boca y le hacía sentarse quietecita durante un rato. La trataba como si fuera uno de los gatos. En verdad, creo que nunca... quiero decir, no me parece probable, por lo que he visto, que se interesase en ella como una...

–Tampoco yo me intereso. ¿No le dijo nadie a Grace lo que significaría para ella que la acompañase su hijo?

—Hugh, no lo creo. Jamás se le ocurriría a Ponse que era necesario una explicación... y con certeza yo nunca lo discuto con ella. No me tiene cariño, dice que acaparo la mayor parte del tiempo de su Ponsie –Joe arrugó la nariz–. Así que dudo que lo supiera. Claro que pudo habérselo imaginado; cualquier otra persona lo habría hecho. Pero, perdóname, puesto que es tu esposa, pero no estoy seguro de que sea muy inteligente.

–Y siempre empapada en Felicidad, también... Por lo menos cada vez que la vi. No, no es muy brillante. Pero tampoco es mi esposa. Mi esposa es Bárbara.

–Hablando legalmente, un criado no puede tener esposa.

–Yo no hablaba legalmente, sino que decía la verdad. Pero aun cuando Grace dejó de ser mi esposa, en cierto modo me consuela saber que probablemente ignoraba lo que su capricho le costaría a Duke.

Joe parecía pensativo.

–Hugh, no creo que lo supiera... Pero, de saberlo, tampoco creo que le importara. Ni tampoco estoy seguro de que puedas adecuadamente decir que eso le costó algo a Duke.

–Olvídalo. Quizás sea yo muy torpe.

–Bueno, sí a Grace le importa el que Duke haya sido atemperado, no lo demuestra. Se la ve muy satisfecha. Y a él tampoco parece importarle.

–¿Les has visto desde entonces?

–Oh, sí. Desayuné con Su Merced ayer por la mañana Estaban también presentes.

–Creí que Ponse estaba fuera.

–Volvió, y ahora ha vuelto a salir a la Costa Oeste. Negocios. Estamos dedicados de lleno. Estuvo aquí sólo un par de días, pero le trajo a Grace su regalo de cumpleaños. Me refiero a Duke. Si, ya sé que no era su cumpleaños y que ahora esas fechas no se celebran; lo que importa en este año es la onomástica. Pero dijo a Ponse que estaba a punto de tener un cumpleaños y siguió insistiendo... Ya conoces a Ponse; es indulgente con los animales y las criaturas. Así que lo preparó como sorpresa para ella. Nada más volver, le hizo el presente de Duke. ¡Cáscaras!, incluso tienen una habitación cerca de los dormitorios particulares de Ponse y ninguno de ellos duerme en el piso bajo, sino que viven aquí arriba.

–Está bien; no me importa dónde duermen. Me estabas hablando de lo que opinaba Grace de ese asunto. Y Duke.

–Oh, sí. No pudo decirte cuándo descubrió lo que habían hecho a Duke. Lo único que puedo afirmar es que es tan feliz por eso, que incluso se muestra cordial conmigo... diciendo que ha sido Ponsie muy amable por disponerlo y que Duke está estupendo. Que queda muy guapo con sus nuevas ropas. Y cosas por el estilo. Le ha hecho vestirse con la lujosa librea que emplean los sirvientes aquí arriba, no con una túnica como la que llevas tú. Incluso le ha puesto joyas. A Ponse no le importa. Considera a Duke como un regalo, el criado de un sirviente. No creo que haga el más mínimo trabajo; es, simplemente, la mascota de su madre. Y a ella le gusta así.

–¿Pero qué hay de Duke?

–Eso es lo que estaba diciendo, Hugh; Duke no se siente perdido por lo que ocurrió. Se muestra tan satisfecho como un gatito en una alfombra. Conmigo actuó como si fuera mi patrón. Cualquiera diría que soy yo el que lleva la librea. A mí no me importan sus modales; te advierto que está siempre atiborrado de este tranquilizador que utilizáis siempre vosotros, los sirvientes.

–Has dicho que ha ascendido, ¿es ascender que cojan a un hombre, le droguen y le atemperen y luego le mantengan drogado para que no se preocupe? Joe, estoy sorprendido.

–¡Pues claro que lo considero así! Hugh, deja a un lado tus prejuicios y míralo con inteligencia. Duke es feliz. Si no lo crees, déjame que te lleve con ellos y le hablas. Habla a los dos. Cerciórate por ti mismo.

–No, creo que no podría resistirlo. Admitiré que Duke es feliz. Me doy perfecta cuenta de que sí proporcionas a un hombre suficiente droga de esa llamada Felicidad, será dichoso como un lagarto aún cuando le cortes los brazos y piernas y empieces a arrancarle la cabeza. Pero esa especie de "felicidad" se encuentra en la morfina. O en la heroína. O en el opio. Y no sirve para ennoblecer la cosa. Es una tragedia.

–Oh, no te pongas melodramático, Hugh. Todas las cosas son relativas. Eventualmente, Duke tenía que terminar atemperado. No es legal para un sirviente tan corpulento que se le conserve para que haga de "ganado", seguro que lo sabes. ¿Así, qué importa si se lo hayan hecho la semana pasada, o tengan que hacérselo el año que viene, o cuando muera Ponse? La única diferencia es que es feliz en una vida de lujo, en lugar de en el duro trabajo manual de una mina, O en un cultivo arrocero, o cosas por el estilo. No conoce nada útil, jamás podría esperar subir muy alto. Alto para un

sirviente, quiero decir.

–Joe, ¿te das cuenta de lo que dices? Te pareces a cualquier antologista de la supremacía blanca contando lo bien que están los "morenos" sentándose a la puerta de sus cabañas, tocando el banjo y cantando espirituales.

Joe parpadeó.

–Eso no me gusta.

Hugh Farnham estaba encolerizado y se sentía despreocupado.

– ¡Es igual que no te guste! No puedo evitarlo. Eres un Escogido, yo un sirviente. ¿Quieres que te proporcione una blanca túnica, señor? ¿A qué hora se reúne el Klan?

– ¡Cállate!

Hugh Farnham se calló. Joe prosiguió, tranquilo:

–No quiero enzarzarme de palabras contigo. Supongo que te parece así. En ese caso, ¿esperas que llore? El zapato está en el otro pie, eso es todo... y ya era hora. Antes fui un criado, ahora un comerciante respetado... con una buena posibilidad de convertirme en sobrino por matrimonio con alguna noble familia. ¿Crees que me volvería atrás aunque pudiese? ¿Por Duke? Ni por nadie, no soy hipócrita. Fui criado, ahora lo eres tú. ¿De qué presumes?

–Joe, fuiste un empleado al que se trató con honradez. No eras un esclavo.

Los ojos del hombre más joven de pronto se hicieron opacos y los rasgos adquirieron una dureza de ébano que Hugh jamás le había visto.

–Hugh –dijo con suavidad–, ¿nunca hiciste un viaje en autobús por Alabama? ¿Como "negro"?

–No.

–Entonces cállate. No sabes de lo que hablas –prosiguió–. El asunto queda zanjado y ahora hablemos de negocios. Quiero que veas lo que he hecho y lo que planeo hacer. Este negocio de los juegos es la mejor idea que tuve en mi vida.

Hugh no le discutió de quién había sido la idea; escuchó mientras el joven proseguía entusiasmado. Por último Joe dejó su pluma y se arrellanó en el asiento.

–¿Qué te parece? ¿Alguna sugerencia? Hiciste unas cuantas indicaciones útiles cuando se lo propuse a Ponce... Sigue mostrándote servicial y tendré un buen sitio reservado para ti.

Hugh dudaba. Le parecía que los planes de Joe eran demasiado ambiciosos para un mercado que sólo era potencial y una demanda que aún no se había creado. Pero lo único que comenté fue:

–Quizá valdría la pena meter en cada juego de naipes, gratis, un libro de reglamentos.

–Oh, no; esos los venderemos separadamente. Así ganaremos también dinero con ellos.

–No me refería a un Hoyle completo. Sólo un folletito con algunos de los juegos más sencillos y un par de solitarios. Haz eso y los clientes comenzarán a disfrutar en seguida de las cartas. Y conseguirás más ventas.

–Humm... Lo pensaré. –Joe plegó sus papeles, los puso a un lado. Hugh, hace un rato te mostraste odioso y yo no te dije lo que tenía pensado.

–¿Sí?

–Ponse es un hombre muy mayor, pero no vivirá siempre. Tengo intención de tener mis propios negocios separados de los suyos para entonces, de modo que seré financieramente independiente. Hay que comerciar sea como sea despertando el interés público, pero paralelo a desligarse. No necesito decirte que no me seduce la idea de tener a Mrika como jefe... y ten en cuenta que lo que acabo de decirte no lo repetiré ante nadie. Pero conseguiré independizarme estoy buscando a un número uno –sonrío–. Y cuando Mrika sea Señor Protector no me encontrará aquí. Tendré una hacienda propia, modesta... y necesitaré criados. ¿Te imaginas a quién planeo adoptar cuando me establezca?

–No.

–A ti no... Aunque podías ser muy bien para mí un sirviente comercial, si resulta que eres capaz de llevar a cabo la tarea. No, tengo intención de adoptar a Grace y a Duke.

–¿Eh?

–¿Sorprendido? Mrika no los querrá. Desprecia a Grace a causa de la influencia que ejerce sobre su tío y es seguro que tampoco sentirá simpatía por Duke. Ninguno de ellos está adiestrado y no sería caro adoptarlos si no me muestro demasiado impaciente. Pero a mí me serian útiles. Por un motivo. Puesto que hablan inglés, podría conversar con ellos en un idioma que nadie más conoce y eso seria una ventaja, especialmente cuando hay otros criados cerca. Pero lo mejor de todo... Bueno, la comida aquí es buena, pero a veces siento añoranza por la antigua y sencilla cocina americana y Grace es una buena cocinera cuando se lo propone, así que la nombraré cocinera. Duke no sabe guisar, pero puede aprender a poner la mesa y a responder a la puerta y misiones por el estilo. Un lacayo de la casa, en otras palabras. ¿Qué te parece?

Hugh contestó despacio:

–Joe, tú no quieres tenerlos porque Grace sepa cocinar. Joe sonrió sin la menor vergüenza.

–No, no del todo. Creo que Duke tendría buen aspecto como mi lacayo de casa. Y Grace, mi cocinera. Eso, en parte. Oh, les trataré con decencia, Hugh, no te preocupes. Trabajarán duro y se comportarán bien y no recibirán azotes. Sin embargo, no dudo que tendré que fustigarles un poco con mi látigo antes de que se acostumbren a la idea –retorció su fusta–. Y no quiero decir que no disfrutaré enseñándoles. Les debo un poquito. Tres años, Hugh. Tres años de infinitas exigencias de Grace, jamás satisfecha con nada... y tres años de verme tratado con paternal desdén por Duke.

Hugh nada dijo. Joe continuó:

–¿Y bien? ¿Qué te parece mi plan?

–Tenía mejor opinión de ti, Joe. Creí que eras un caballero. Veo que me equivoqué.

–¿ Sí? –Joe apenas agitó su fusta–. Muchacho, te perdono. Eso es todo.

XVII

Hugh se alejó de la habitación de Joe sintiéndose profundamente desanimado. Sabia que se había mostrado estúpido ...;no!, criminalmente descuidado al dejar que Joe se le pusiera autoritario. Necesitaba a Joe. Hasta que él, Bárbara y los gemelos estuvieran a salvo escondidos en las montañas, necesitaba toda fuente posible de favores. Joe, Memtok, Ponse, cualquiera que pudiera encontrar... Y probablemente a Joe más que a nadie. Joe era un Escogido, Joe puede ir a cualquier parte, decirle cosas que él ignora, darle cosas que no pudiera robar. Incluso había considerado, como último recurso, pedir a Joe que les ayudara a escapar.

Ahora, no. ¡Estúpido! ¡Loco de remate! Arriesgar a Bárbara y a los niños sólo porque no pudo contener su temperamento alborotado.

Le parecía que las cosas eran ya lo peor posibles... y en parte por su propia locura.

No se quedó por allí lloriqueando; buscó a Memtok. Se había convertido en algo más urgente que nunca preparar algún modo de comunicarse secretamente con Bárbara... y eso significaba que tenía que hablar con ella... y también por lo menos una partida de bridge en la sala del Señor Protector y un momento de charla, aun cuando tuviese que hacerlo en inglés, delante de Ponse. Era preciso forzar la mano

Hugh encontró al Jefe Doméstico saliendo de su despacho.

–Primo Memtok, podrías concederme unos minutos para hablar?

El ceño habitual de Memtok apenas se relajó.

–Seguro, primo. Pero acompáñame, ¿quieres? Dificultades, dificultades, dificultades... Uno pensaría que el jefe de un departamento es capaz de gobernar su sección sin tener que limpiar las narices a nadie, ¿verdad? Pues estaría equivocado. El tipo del congelador se queja al primer carnicero y éste presenta la queja al chef; y es una cuestión de mantenimiento, por lo que uno pensaría que Gnou la resolverla directamente con un ingeniero y ellos dejarían el asunto zanjado. ¡Oh, no! Han venido a mí con sus dificultades. Sabes algo acerca de construcción, ¿verdad?

–Sí –admitió Hugh–, pero no estoy muy al día en el asunto. Han pasado unos cuantos años.

(¡Casi dos mil, amigo mío! Pero no hablemos de eso).

–La construcción sigue siendo la construcción. Ven conmigo, concédeme el beneficio de tu consejo.

(Y así descubres si yo fanfarroneo. Amigo, te convenceré con mis palabras aunque me cueste la vida).

–Seguro. Si es que la opinión de esta humilde persona vale para algo.

–¡Maldita sala del frío! Siempre trae dolores de cabeza durante el verano. Me alegro de que volvamos pronto a Palacio.

–¿Se ha fijado ya la fecha? Si puedo preguntarlo.

–Puedes. Dentro de una semana a partir de mañana. Así que ha llegado el instante de pensar en hacer el equipaje de tu departamento y estar dispuesto para el traslado.

Hugh trató de mantener su rostro en calma y la voz firme.

–¿Tan pronto?

–¿Por qué te preocupas? Unos cuantos archivos, equipo de oficinas. ¿Tienes alguna idea de cuántos millones de cosas tengo yo en inventario? ¿Y de cuántas terminan robadas. Se pierden o se averían simplemente porque no se puede uno fiar de estos estúpidos? ¡Tío!

–Debe ser una carga terrible –asintió Hugh–. Pero eso me recuerda algo. Te pedí que me comunicases cuándo Su Merced hubiera vuelto a la residencia. Me enteré por el joven Escogido Joe, que Su Merced regresó hace un día o dos y que ahora está fuera otra vez.

–¿Me estás criticando?

–¡No lo quiera el Tío! Era una simple pregunta.

–Es cierto que Su Merced estuvo físicamente presente durante breve tiempo. Pero no se encontró oficialmente en la residencia y me parece que tampoco estaba de muy buena salud... El Tío le proteja.

–¡Que el Tío le proteja bien! –repitió Hugh con sinceridad–. Bajo estas circunstancias, naturalmente no le pediste que me concediese una audiencia. Pero me gustaría rogarte que me hicieses un pequeño favor, la próxima vez...

–Hablaremos más tarde. Veamos qué es lo que les pasa a esos dos inútiles.

El Primer "Chef" Gnou y el Ingeniero Jefe le recibieron a la entrada de los dominios del primero, cruzaron la cocina, la carnicería y entraron en el departamento de refrigeración. Pero antes se detuvieron en la carnicería, Memtok impaciente, mientras les traían una serie de indumentos que parecían propios de los esquimales, rechazando el Jefe Domestico los que le ofrecieron primero bajo la excusa de que estaban muy manchados.

La carnicería estaba atestada con animales vivos y cuerpos muertos... Pájaros, aves, bueyes, pocos, de todo. Hugh reflexioné que treinta y ocho Escogidos... y cuatrocientos cincuenta sirvientes comían mucha carne. Encontró el lugar algo depresivo, aún cuando él mismo había limpiado y despiezado muchos animales.

La presencia de Memtok durante el servicio le hizo no demostrar sorpresa ante algo que vio en el suelo; eran unos huesos descarnados, cortados casi de un golpe.

Era una mano pequeña, de largos dedos, casi humana.

Hugh se sintió turbado; en sus oídos sonó una especie de estrépito. Parpadeó. Aquellos huesos de la mano estaban todavía allí. Podrían pertenecer a una persona como Gatita...

Respiró con cuidado, controló las náuseas de su estómago, mantuvo la

espalda vuelta hasta que logró dominarse... Contempló entonces otros detalles de la sala. Habían cadáveres a medio descuartizar de monos gordos, casi del tamaño de las personas normales en aquella época. Eran simios no tan altos como él, evidentemente criados como "ganado", para proporcionar carne a la mesa. Se veían sus partes grasosas, despellejadas y casi humanas al quedar libres de aquella piel peluda e hirsuta.

También comprendió las incongruencias de ciertas conversaciones escuchadas, las bromas, las indirectas.

Gnou conversaba nervioso mientras aguardaba a su jefe. Avanzó hasta el tajo de descuartizamiento, dando con indiferencia una patada a los huesos de la mano y desperdigándolos en medio de una pila de restos.

–No te tendrás que molestar en probar esto. Jefe Doméstico, a menos que el viejo regrese inesperadamente.

–Yo siempre me molesto en probar –contestó Memtok con frialdad–. Su Merced espera que la mesa sea siempre perfecta tanto sí está en su residencia como ausente.

–Oh, si, seguro –asintió Gnou–. Eso es lo que siempre digo a mis cocineros. Pero... Bueno, este mismísimo asado ilustra uno de mis problemas. Demasiada grasa. Nota que aparece grasiento... y es verdad. Pero la culpa es por utilizar simios de engorde. Ahora, en mi opinión, en los tiempos antiguos, cuando durante las grandes hambres después del Gran Cambio se empleaban para la comida miembros de la clase de "ganado", la carne resultaba más dura, sí, pero menos grasienta.

–Nadie te pide tu opinión –respondió Memtok–. El criterio de Su Merced es lo único que importa. En esta casa nuestro señor ha prohibido que se insista en las costumbres bárbaras. Afirma que los simios son más tiernos.

– Oh, de acuerdo, de acuerdo! No he intentado ofender.

–Ni lo creí. En realidad, participo de tu opinión. Simplemente aclaraba que nuestros criterios en este asunto son irrelevantes. Ya veo que trajeron las ropas. ¿Acaso han tardado tanto porque las estaban confeccionando?

El grupo se puso las prendas de abrigo y entró. El ingeniero no había dicho nada hasta entonces, apartándose discretamente y no permitiendo más que una inclinación de cabeza y una sonrisa a Hugh. Ahora explicó el problema; un serpentín de la refrigeración. Hugh trató de mantener fija su atención, no mirando los contenidos de la carne almacenada en aquella enorme cámara frigorífica.

La mayor parte estaba compuesta por bueyes y aves. Pero había una gran fila de ganchos en el centro conteniendo lo que parecían cadáveres humanos, abiertos y limpios de entrañas, colgados de los pies, aunque les faltara la cabeza. No tardó en comprender, por la longitud de los brazos, que eran simios. Y muy jóvenes, pero resultaba fácil distinguir los que habían sido atemperados y los que no. Tragó saliva y dio gracias a sus estrellas protectoras de que aquella mano patética le hubiera dado un aviso y que evitara la impresión fuerte de creer otra cosa de aquellos cadáveres, lo que quizá le hubiera hecho desmayarse.

–Bueno, primo Hugh. ¿Qué opinas?

–Oh, estoy de acuerdo con Pipes.

–¿Que el problema no tiene solución?

–Oh, no –Hugh no había escuchado–. Su razonamiento es correcto y, con él, implícita la respuesta .Como dice, el problema no se puede resolver... ahora. Lo que hay que hacer es tratar de poner un remiendo. Aguardar una semana, desmontarlo, colocar un equipo nuevo...

Memtok pareció ensombrecerse.

–Claro.

–Pero más barato a la larga. Una buena maquinaria no se obtiene esquilmando unos cuantos sueldos. ¿Verdad, Pipes?

El ingeniero asintió vigorosamente.

–¡Es lo que yo digo siempre, primo Hugh! Tienes toda la razón.

Memtok seguía con el ceño fruncido.

–Bueno... Prepara un presupuesto. Enséñaselo primero al primo Hugh y después a mí.

–¡Sí señor!

Memtok inició la salida y dio una palmadita a los riñones del cuerpo colgado de un joven macho simio.

–Eso es lo que yo llamo un buen pedazo de carne, ¿eh, Hugh?

–Hermoso –asintió Hugh con el rostro muy serio. ¿Quizás es el de tu sobrino? ¿O sólo de un hijo tuyo?

Hubo un silencio mortal. Nadie se movió excepto que Memtok pareció crecer un poco más. Alzó el látigo ligeramente, no más que al crisparse los dedos sin pulgar de la mano que lo empuñaba.

Luego hizo una mueca y soltó una seca risita.

–Primo Hugh, tu buen conocido sentido del humor será mi muerte. El chiste fue bueno. Gnou, recuérdame que lo cuente esta noche.

El "Chef" asintió y soltó una risita; el ingeniero lanzó una carcajada. Memtok volvió a reír otra vez.

–Me temo no poder alardear de ese honor, Hugh. Todos estos cuerpos son de grandes monos criados para carne de mesa, por lo que ninguno de ellos podría ser primo nuestro. Si, sé que antaño ésa era la costumbre y que el "ganado" se tiene por si se presentan circunstancias anormales. Pero Su Merced lo considera vulgar y barbárico, por lo que en esta casa desde hace ya muchos siglos no se consume carne de esa procedencia. Además, sólo el rumor haría que los sirvientes se mostrasen inquietos.

–Encomiable.

–Sí. Resulta estupendo servir a quien tiene sólidos principios morales. Bueno, basta; estamos perdiendo el tiempo. Vuelve conmigo, Hugh.

Una vez que se hubieron alejado del resto, Memtok dijo:

–¿Qué me decías?

–¿Sobre qué?

–Vamos, vamos, hoy estás distraído. Algo sobre que Su Merced no esté en la Residencia.

–Oh, sí. Memtok, ¿podrías, como favor especial, comunicarme cuando regrese Su Merced? Tanto si está oficialmente en la residencia como si no.

No quiero que le hagas ninguna petición de mi parte. Sólo avisarme.

Maldición, el tiempo se le escapaba como se escapa la vida por una arteria cortada y su único camino seria arrastrarse humildemente ante Joe, excusarse y pedir que intercediera.

–No –contestó Memtok–. No, no creo que pueda.

–¿De veras? ¿Acaso este humilde servidor te ofendió?

–¿Te refieres al chiste? ¡Cielos, no! Alguien quizá lo encontrase vulgar y me apostaría tres sueldos contra uno a que si lo contasen en la zona de vivienda de los "ganado" quizá encontrarlas que uno de esos tipos se desmayaría. Pero si me enorgullezco de algo, Hugh, es de mi sentido del humor.... El día en que no distinga un chiste porque mi cerebro está embotado, solicitaré entregar mi látigo. ¿Qué más decir? Dimitiré. No, es que me tocó el turno de hacer un chistecito a tus expensas. Dije: "No creo que pueda". Eso es una afirmación con dos significados... un chiste de juego de palabras, ¿me entiendes? Me parece que no podré decirte cuándo regresa Su Merced porque me ha enviado aviso que no va a regresar. Así que la próxima vez que le vea será en el Palacio... y te prometo que te comunicaré cuando esté en la residencia –el Jefe Doméstico le dio un metido en las costillas–. Ojalá hubiese podido verte la cara. Mi chiste no fue tan punzante como el tuyo. Pero te quedaste boquiabierto. ¡Muy cómico!

Tras excusarse, Hugh fue a sus habitaciones, tomó un concienzudo baño extra y luego se limitó simplemente a pensar hasta la hora de la cena. Con un esfuerzo decidió a hacer frente a la prueba que significarla la comida, ayudado por una pequeña dosis de Felicidad... no lo bastante para que le afectase más tarde, pero si con la suficiente fuerza para que le durara durante toda la cena, ahora que sabia porque la carne de "cerdo" aparecía con tanta frecuencia en el menú de los Escogidos. Sospechaba que el cerdo servido a los criados era verdad cerdo y que en cambio el plato favorito de los Escogidos era simio. De todos modos, no tenía intención de comer más tocino por sí acaso. Ni jamón, ni chuletas, ni salchichas. De hecho se convertiría en vegetariano... por lo menos hasta que se encontrara libre en las montañas y consiguiera carne de caza para comer. Mantendría esta decisión aunque significara morirse de hambre.

Con un buen trago de Felicidad en su interior, pudo sonreír incluso cuando Memtok probó el asado para el piso alto y hasta pudo preguntar:

–¿Grasoso?

–Peor que nunca. Pruébalo.

–No, gracias. Ya sé qué gusto tendrá. Si se me cocinase a mí sería mejor que eso... aunque no tengo duda de que seria terriblemente picante. Y duro. Claro que quizá el primo Gnou podría prepararme de forma que fuese un plato de carne tierna.

Memtok se carcajeó hasta sofocarse.

–Oh, Hugh, no vuelvas a decir ningún chiste mientras me esté tragando un bocado! ¡Me matarás!

–Esta humilde persona espera que no –Hugh jugueteó con la carne de buey que tenía en su plato, la apartó a un lado y comió unas cuantas nueces.

Aquella noche estuvo muy atareado, escribiendo hasta mucho después

de que Gatita se hubiera dormido. Le era absolutamente necesario llegar hasta Bárbara en secreto; sin embargo, su único medio era la ruta insegura a través de Gatita. El problema era escribir a Bárbara en una clave que sólo ella pudiese leer y que la distinguiese como tal sin haber sido prevenida y sin que el código se lo explicará... Y, no obstante, una clave que no pudiera ser violada por otras personas. Pero la mezcla de frases de doble sentido que le envió las últimas veces, de nada serviría; tendría que darle instrucciones detalladas, las que en verdad importaban, porque si se perdía una palabra o no lograba captar su verdadero significado, todo estaría perdido.

Por fin dejó listo un borrador de su carta a Bárbara. Decía así:

Cariño:

Si estuvieras aquí podríamos entablar una buena discusión literaria. Tú sabes a qué me refiero. Tomemos por ejemplo a Edgar Allan Poe. Puedes recordar cómo afirmaba yo que Poe era el mejor para leer y releer toda la vida, en especial por sus relatos extraordinarios. Esto es verdad porque Poe siempre en sus cuentos y narraciones responde a una calidad absoluta y total, puesto que jamás defrauda al lector de sus obras, incluyendo escenas de relleno que cortan de manera absurda la línea de acción principal, haciendo que el lector se olvide de la misma esencia de la trama, que es lo que se debe resaltar de cualquier manera. Por otra parte, Poe te conduce de la mano hasta un desenlace lógico, punto por punto, y además no desmerece en nada la historia dándole un mal final. ¿No es ésta la mejor cualidad que pude tener un escritor? ¡Hay, éstas y otras diversas cuestiones son, para un hombre civilizado en nuestro desaparecido mundo, pequeñas distracciones, cuya falta se echa de menos cada día más! Poe fue un maestro, aunque tú no hubieras captado en tu primera lectura de sus obras la maestría que llevaban intrínseca. ¿Y qué me dices de Mark Twain? Sin duda, el humorista genial y profundo de nuestra época. Pero dejemos la literatura. Es tarde, estoy cansado y siento profundas añoranzas por eso me perdí desde el principio de esta carta en disquisiciones pseudofilosóficas. Ya no puedo más, querida, me voy a dormir.

Te ama,

H.

Puesto que Hugh jamás había discutido con Bárbara acerca d Edgar Allan Poe en ninguna ocasión, se sentía seguro de que ella estudiaría la nota tratando de encontrar algún significado oculto algún mensaje escondido entre líneas. El único problema estribaba en si lograría no encontrarlo. Tenia que leerse de la siguiente manera: tras el encabezamiento la primera palabra de la primera línea. seguida por la segunda palabra de la segunda línea, la tercera palabra de la tercera línea, la cuarta de la cuarta, etc.

El mensaje decía, en realidad:

"Si

tu

puedes

leer

esto

responde

de

la

misma

manera

punto

final.

Hugh repasó varias veces el escrito, buscando eliminar algún defecto. No encontró ninguno y se sintió satisfecho.

Después de haber hecho todo esto lo mejor que pudo, apartó a un lado la nota definitiva y destruyó todas las pruebas; luego se preparó para realizar algo mucho más arriesgado. En aquel momento hubiera dado diez años de su vida por poseer una linterna, aunque sólo fuese una vela. Sus habitaciones estaban iluminadas con brillantez y suavidad, según deseara, mediante unas esferas translúcidas colocadas en los rincones superiores del techo. Hugh no sabía lo que eran, excepto que no constituían ninguna especie de luz como la que conociera en su tiempo. No producían calor, parecía que no requerían cableado y se controlaban por pequeños mandos en la pared.

Una luz similar, del tamaño de una pelota de golf, estaba montada en su lector de rollos. Quedaba controlada retorciéndola; decidió que girando estas esferas, se las planeaba de alguna manera.

Trató de desmontar la luz del lector de rollos.

Por último la arrancó rompiendo el marco superior. Ahora era una pelota sin características, que brillaba con fuerza y no podía hacer nada por disimular el fulgor... lo que era casi tan embarazoso como carecer en absoluto de iluminación.

Encontró que podía ocultarla bajo un sobaco, dentro de la túnica. Aún brillaba, pero no demasiado.

Se aseguró que Gatita estuviese dormida, apagó todas las luces, levantó la puerta de su cuarto que daba al pasillo y miró hacia fuera. El corredor estaba iluminado por una bombilla de aquéllas, que se encontraba en la intersección con otro pasillo a cincuenta metros de distancia. Lamentablemente, tenía que recorrer aquel trecho. No esperaba que hubiesen luces a estas horas.

Notó" su cuchillo" sujeto bajo el brazo izquierdo... no era en verdad un cuchillo, sino un trozo de metal acerado que había afilado con paciencia con una piedra recogida del jardín y con cinta le había dotado de una empuñadura. Se necesitaba mucho más para el trabajo, pero eso podía realizarlo sólo después de que Gatita estuviera dormida, con el tiempo robado de sus horas de trabajo. Pero le producía una buena sensación llevarlo donde estaba, poseer a la vez cuchillo, cincel, destornillador o palanqueta propia de un ladrón.

La trampilla que daba acceso a los túneles del servicio de ingeniería y maquinaria se encontraba en el pasillo a la derecha después de pasar por debajo del cruce iluminado. Cualquier otro acceso hubiera servido, pero aquél era el que se encontraba en la ruta que conducía a la sección de los veterinarios; sí alguien le pillaba fuera de sus habitaciones, en el momento

de llegar a aquella trampilla, su intención era decir que tenía dolor de estómago.

La trampilla cedió con facilidad al probarla; estaba sujeta por una grapa que era necesario sólo torcer para que se abriera. El suelo del túnel, visto a la luz de la pequeña esfera, quedaba a un metro veinte por debajo del suelo del pasillo. Comenzó a descender y se tropezó con la primera dificultad.

Aquellas escotillas y túneles habían sido diseñadas para hombres un palmo más bajítos y unos veinticinco kilos menos que Hugh Farnham, y proporcionalmente más estrechos de hombros, caderas, de menor longitud de brazos y piernas, etc.

Pero lo logró. Era preciso.

Se preguntó cómo avanzaría, arrastrándose y llevando por menos a un niño. Pero también tenía que hacerlo. Y lo haría.

Casi se quedó atrapado. En el último momento descubrió que la parte inferior de la puerta de la trampilla era lisa, sin mango, y que se quedaba cerrada herméticamente mediante un cerrojo de muelle.

Eso resolvía la cuestión de que nadie se preocupaba de que el "ganado" pudiese tener acceso al recinto de los "perros". Pero también resolvía otra cosa más. Hugh había meditado en aprovecharse de aquella mismísima posibilidad, si encontraba las cosas tranquilas en el otro extremo. Despertar a Bárbara, volver con los cuatro por el túnel... luego salir y alejarse, por cualquiera de la media docena de puntos débiles, y caminando hasta las montañas, llegando a ellas antes de que amaneciese, encontrando cualquier arroyo o un vado y marchando por él para despistar a los sabuesos. ¡Marchar, marchar, marchar! Casi sin comida, sin más armas que un cuchillo improvisado, sin equipo, sin un "camisón" para fabricarse ropas ni esperanzas de conseguir nada mejor. ¡ ¡Marchar! Y salvar a su familia, o morir con ella. ¡Pero morir libres!

Quizás algún día sus hijos gemelos, más sabios en las nuevas costumbres que él mismo y endurecidos por toda una vida de luchar contra la naturaleza, podrían dirigir un levantamiento contra aquella absurda civilización, contra aquella loca sociedad que en su enajenación se había olvidado de Dios, del Dios Único, Todopoderoso, que ordena amar a tus semejantes, no cuidar de ellos corno si fueran animales de una especie inferior. Si, era necesario aunque se necesitaran muchos años, devolver al mundo su cualidad antigua. Por muchas comodidades que ahora disfrutasen los Escogidos, por muchos defectos que tuviera la sociedad de varios siglos atrás, con sus guerras, sus disputas, sus injusticias. era mejor aquel mundo posado en donde el hombre podía equivocarse, pecar, pero en el fondo de su corazón existía una conciencia, una voz divina que le señalaba el camino del bien, el camino y que debía seguir, aunque después prescindiera de este consejo celestial y tomara rumbos nada recomendables. La libertad del hombre sólo conoció entonces las restricciones de su propio carácter, pero no ignoraba las leyes inmutables, ni las tergiversaba, ni prescindía de ellas o las acomodaba a sus antojos, con el solo fin de esclavizar a seres como él y de manejarlos a su capricho, según sus deseos. Pero todo lo que planeaba hacer, todo lo que esperaba conseguir, era libertarlos, mantener libres a sus dos hijos, vivos y libres y sin restricciones hasta que hubieran crecido y fueran fuertes.

Eso o morir.

Siguió haciendo su plan. No perdió ni un solo momento en preocuparse por aquel cerrojo de muelle. Simplemente significaba que tenía que comunicarse con Bárbara, concertar una hora con ella, para que pudiese encontrar abierta la escotilla del extremo opuesto. Lo de esta noche sería un simple reconocimiento.

Descubrió que la cinta del mango de su cuchillo podía mantener sujeto el muelle. Lo probó desde arriba; la tapa ahora podía abrirse sin girar el pomo de forma agarradera.

Pero sus instintos le previnieron. Quizá la cinta no resistiera hasta su vuelta. Quizás se encontrara atrapado en los túneles.

Pasó una sudorosa media hora trabajando con aquel cerrojo de muelle, utilizando cuchillo y dedos y sujetando la bola de luz con los dientes.

Por fin logró romper el muelle. Quitó por entero el cerrojo. La escotilla, cerrada, parecía normal ahora, pero podía ser abierta desde abajo con un simple empujón.

Sólo entonces penetró y cerró la tapa sobre él.

Empezó a caminar a cuatro patas, con la luz en la boca. Se detuvo casi de inmediato. Aquella condenada falda de su túnica le impedía arrastrarse. Trató de arremangársela a la cintura. Se le volvió a bajar.

Regresó unos centímetros hacía el pozo de la trampilla, se quitó aquella prenda por entero, le dejó debajo de la tapa, volvió a arrastrarse sin ella, desnudo excepto el cuchillo que llevaba sujeto al brazo y la luz entre los dientes. Entonces avanzó con mayor velocidad, aunque sin poder hacerlo nunca sobre las manos y rodillas. Tenía que mantener doblados los codos, los muslos inclinados y había lugares en donde las válvulas y los dispositivos y encajes de las cañerías le obligaban a arrastrarse casi sobre su vientre.

Tampoco pudo decir cuánto había avanzado. Sin embargo, habían empalmes en el túnel a cada treinta palmos; los contó y trató de compararlos en su memoria con el dibujo del ingeniero.

Tenía que pasar por debajo de dos trampillas... girar últimamente a la izquierda por otro túnel y atravesar otra trampilla más, y arrastrarse unos cincuenta metros y pasar por debajo de una nueva escotilla...

Algo más de sesenta minutos después se encontraba debajo de la trampilla que debía ser la más próxima al dormitorio de Bárbara.

Sí no se había perdido en las entrañas del Palacio... Si recordaba correctamente aquel dibujo complejo... Si el dibujo en sí estaba puesto al día... (¿Acaso dos mil años tenían alguna importancia en el cambio ocurrido en los sistemas de maquinaria e ingeniería y en las revisiones de los planos para que estuvieran de acuerdo?). Si Gatita sabía de lo que hablaba al localizar el alojamiento de Bárbara por un método tan nuevo ella... Si Bárbara continuaba todavía en el mismo cuarto...

Se agazapo en el reducido espacio y trató de apretar el oído aplicándolo contra la tapa del pozo.

Oyó llorar a un niño.

Unos diez minutos más tarde escuchó voces en susurro de mujeres. Se

acercaron, pasaron por encima suyo y alguien pisó la tapadera.

Hugh se decidió a regresar. El espacio era tan escaso que el modo evidente de volver era seguir el camino por él que había venido, así que se vio obligado a reptar hacía atrás por todo el túnel.

Trabajosamente logró regresar hasta el pozo y con contorsiones y despellejaduras, logró darse la vuelta.

Lo que le parecieron horas más tarde se quedó convencido de que acababa de perderse. Empezó a preguntarse que seria más probable: ¿morirse de hambre o de sed? ¿O algún mecánico se llevaría el susto de su vida al encontrarle?.

Pero siguió reptando.

Sus manos encontraron la túnica antes de que la vieran los ojos. Cinco minutos más tarde se la había puesto; siete minutos después (se detuvo para escuchar) había salido y tenía cerrada la tapa. Se obligó a no volver corriendo a sus habitaciones.

Gatita estaba despierta.

No se dio cuenta de eso hasta que ella lo siguió al cuarto de baño. Entonces la oyó exclamar con ojos horrorizados:

–!Oh, querido! Tus rodillas! Y también tus codos!.

–Tropecé y caí.

Ella no se lo discutió, simplemente insistió en curarle y ponerle esparadrapo en las descarnaduras. Hugh, con voz áspera la mando que se fuese a la cama. No quería que descubriese el cuchillo que llevaba oculto en su cuerpo y que sólo mediante hábiles maniobras impidió que ella descubriera su existencia.

Gatita se acostó en silencio. Hugh escondió el cuchillo en su lugar de costumbre (demasiado alto para Gatita), luego entró en su sala de estar y encontró la criatura llorando. La acarició, la tranquilizó, dijo que no tenía intención de haberse mostrado tan duro y le proporcionó una dosis generosa de Felicidad... se sentó con ella mientras se la tomaba y la vio dormirse dichosa

Luego ni siquiera trató de resistirse. Gatita se había dormido con una mano fuera del embozo. La miró y durante un momento recordó aquellos huesos que encontrara en la carnicería. Se estremeció.

Estaba agotado y bebió un poco para dormir. Pero no para descansar. Soñó que estaba en una cena, el ambiente decorado con cortinajes negros. Pero no le gustaba el menú. Frituras francesas... goulash húngaro... golosinas chinas... bocadillos... falsan... pero que al probarlo todo se convertía en cerdo. Su anfitrión insistió en que probase cada plato.

–!Vamos, vamos! –le decía con una sonrisa maliciosa–. ¿Cómo sabes que no te gusta? !Me apuesto tres sueldos contra uno a que lo encontrarás delicioso!.

* * *

Gatita no charló durante el desayuno, lo que Hugh le agradeció. Dos horas de sueño llenas de pesadillas no bastaron; sin embargo, le era preciso ir a su despacho y fingir trabajar. Principalmente se quedó mirando el plano enmarcado que tenía sobre el escritorio mientras su lector de rollos

funcionaba sin que le hiciera caso. Después del almuerzo se marcho para tratar de echarse una siestecita. Pero el ingeniero llamó a su puerta y con aire de excusa le pidió que le echase un vistazo a sus cálculos para arreglar el refrigerador.

Hugh sirvió a su invitado una buena dosis de Felicidad. Luego pretendió estudiar las cifras que para él nada significaban. Después de un tiempo oportuno felicitó al hombre, luego redactó una nota para Memtok recomendando que se efectuase el contrato.

En la nota de Bárbara aquella noche aplaudió la idea de entablar una discusión literaria y proponía a Mark Twain. Hugh sólo se interesó en leerla diagonalmente.

"Lo
leí
correctamente
querido
interrogación."

XVIII

"Cariño
debemos
escapar
dentro
próximos
seis
días
o
antes
esta
preparada...
luego
que
la
carta
tenga
la
frase
libertad
es
algo
solitario..."

Durante los siguientes tres días las cartas de Hugh a Bárbara fueron largas y profusas y discutían el uso del idioma coloquial por Mark Twain con

respecto a la influencia de la educación progresiva y la relajación de la gramática. La respuestas de ella también eran largas, igualmente "literarias" e informaban que estaría preparada para abrir la escotilla o trampilla, confirmando que comprendía, que tenía una corta existencia de provisiones, pero no cuchillo ni zapatos... aunque tenía callosidades en los pies que le permitirían andar... y que su única preocupación era que los mellizos llorasen o que sus compañeras de habitación despertaran, especialmente cuando dos estaban todavía en el periodo de alimentar a sus niños. Pero que Hugh no se preocupase, porque solventaría todas dificultades.

Hugh trajo una botella llena de Felicidad, la colocó en lo más alto del pozo del túnel próximo al dormitorio de ella, daba instrucciones para que dijese a sus compañeras que la había robado, y que luego la emplease para invitar de la droga a sus compañeros de modo que o bien estuviesen dormidas o tan absortas en su falsa dicha que si despertaban se limitaran tan sólo a soltar risitas... y si es posible proporciona bastante droga a los gemelos para que los niños se durmieran y no llorasen por mucho que se les agitara.

Efectuando un viaje extra a través de los túneles para colocar la botella Hugh corrió un riesgo que no deseaba. Pero le pareció que pagaban dividendos. No sólo cronometró con un reloj de sus habitaciones el tiempo empleado, sino que emprendía más allá de toda posibilidad de error aquel laberinto que debía seguir y también portó una carga práctica, un paquete de rollos atados juntos para formar una masa mayor y más pesada, estaba seguro, de lo que sería uno de sus hijos pequeños. Se lo ató al pecho con una cuerda hecha de paño robado; había sido una funda para el impresor de rollos de sus oficinas. Hizo dos caballetes iguales, unos para Bárbara, y arrancó y los ató de manera que se los pudiera cambiar a la espalda más tarde para permitir que los niños fueran llevados al estilo indio.

Descubrió que era difícil, pero no imposible, transportar a una criatura de esta manera a través de los túneles y señaló los lugares en donde seria necesario avanzar centímetro a centímetro con extremo cuidado para no efectuar ninguna opresión en sus maniquíes; y que no se desataran las sujeciones de su espalda con los sobresalientes de la maquinaria que quedaba por encima.

Pero lo pudo hacer y regresó a sus habitaciones sin despertar a Gatita... ya que tuvo la precaución antes de incrementar su dosis nocturna de Felicidad. Volvió a colocar los rollos en su sitio, escondió el cuchillo y la lámpara esférica, se lavó las rodillas y codos y les puso un ungüento; luego se sentó y escribió una larga postdata a la carta que había redactado antes para decir a Bárbara cómo encontrar la botella. Esta postdata añadía algunas ideas que se le ocurrieron después sobre la filosofía de Hemingway y observaba que parecía raro que un escritor dijera en una historia que la "libertad es algo solitario" y que en otra data afirmase que... etc.

Aquella noche dio a Gatita su ración ordinaria de Felicidad, aunque más generoso que en otras ocasiones.

–No queda mucho en esta botella. Termínala y mañana traeré una nueva.

–Oh, me pondría terriblemente tonta. No me querrías.

–Adelante, bebe. Pasa el avión, anímate. ¿Para qué si no la vida?

Media hora más tarde, Gatita estaba acostada. Hugh se quedó con ella hasta verla dormir profundamente. Le tapó las manos, se quedó mirándola, de pronto se arrodilló y le besó en la frente como despedida.

Unos minutos más tarde bajaba por el primer pozo.

Se quitó la túnica, la amontonó en un manojo con lo que había recogido para supervivencia... comida, sandalias, peluca, dos botes de crema desodorante en la que había mezclado el tinte. No esperaba utilizar disfraz, pero si la luz del día le sorprendía antes de estar en las montañas, tenía intención de oscurecer a los cuatro, transformar sus túnicas en algo parecido a las ropas que sabía eran el traje de trabajo de los granjeros libres entre los Escogidos... "pobre escoria negra", como Joe les llamó... y tratar de seguir adelante, alejándose lo más posible de la gente, hasta que volviera a oscurecer.

Ató uno de los cabestrillos para un niño a su espalda y guardando dentro el otro, empezó la marcha. Se apresuró, porque el tiempo era esencial. Aún cuando Bárbara lograse dormir pronto a sus compañeras, aún cuando no tuviese él dificultades en llegar hasta la salida escogida, aún cuando sí se arrastrase a través de los túneles y pudiese llegar en menos de una hora... cosa dudosa, con los críos... no podrían estar en el recinto exterior antes de después de medianoche, lo que les dejarla cinco horas de oscuridad para llegar a terreno salvaje. ¿Podría confiar en cubrir seis kilómetros por hora? Parecía improbable, con Bárbara descalza y ambos llevando las criaturas, siguiendo un camino desconocido y oscuro... y aquellas montañas vistas desde la ventana parecían quedar por lo menos a veinticinco kilómetros de distancia. Sería una cosa comprometida aún cuando todo resultase perfecto.

Llegó a la residencia de los "perros" en un tiempo muy bueno, a costa, claro, de sus rodillas y codos.

No estaba la botella, lo notó al buscar con los dedos el lugar en que la colocara. Se instaló tan cómodamente como pudo y se concentró en acallar los latidos fuertes de su corazón, disminuyendo el ruido respiratorio y relajándose. Trató de mantener en blanco su cerebro.

Se durmió. Pero al instante quedó alerta cuando levantaron la tapa por encima suyo.

Bárbara no hizo el menor sonido. Le entregó uno de los niños y colocó el cuerpo dormido lo más abajo que pudo en el túnel. Le entregó el otro, volvió a situarlo junto al primero y luego sumó el bulto pequeño que ella llevaba.

Pero no la besó hasta que estuvieron ambos bien abajo y adentrados en el túnel... sólo segundos después de que la tapa se hubiese cerrado en su lugar encima de las cabezas.

Ella se le cogió del cuello, sollozando; le susurró con energía que no hiciese el menor sonido, luego añadió unas instrucciones de última hora. La joven se acalló al instante; ambos se pusieron a trabajar.

Fue difícilmente penoso prepararse para arrastrarse en un agujero tan pequeño para uno y casi imposible para ambos. Lo hicieron porque era preciso. Primero la ayudó a salir librándose de las prendas más cortas que utilizaban las' de su clase, luego tuvo que hacerla tumbarse con el fin de llegar hasta el túnel mientras le ataba el cabestrillo de un niño a su cuerpo,

luego la criatura fue metida en dicho rudimentario medio de transporte y apretado los nudos para evitar que se saliese o que quedase muy alto en el precario medio de transporte. Hugh repitió entonces la operación con el otro pequeño y luego ató la falda de la prenda de ella y metió la comida almacenada en el saco así formado, ligó las mangas en torno a su pierna izquierda y dejó que arrastrase por detrás. Había planeado atárselo a la cintura, pero las mangas eran demasiado cortas.

Hecho esto (y pareció emplear horas), hizo que volviese Bárbara hasta el extremo más lejano del túnel; luego logró con dificultades darse la vuelta y encaminarse por el camino adecuado sin dar golpes al cráneo del pequeño Hughie. ¿O era Karl Joseph?. Se había olvidado de preguntarlo. Cualquiera que fuese, el cálido cuerpecito del niño contra el suyo, el roce de su ligera respiración, le daba nuevo valor. !Por Dios, lo conseguirían!. Quién se interpusiera en su camino moriría.

Partió, con la luz entre los dientes, moviéndose muy deprisa en donde el camino se lo permitía. No disminuyó la marcha en espera de Bárbara y la previno de que no lo haría a menos que ella lo llamara.

La joven nunca lo hizo. Una vez se le soltó el equipaje de la pierna. Se detuvo y se lo ató al tobillo; fue su único descanso. Consiguieron un buen tiempo, pero pareció transcurrir una eternidad antes de llegar a la pequeña pila de objetos que reunió cuando preparó la fuga.

Desataron a los niños y contuvieron el aliento.

Ayudó a Barbará a colocarse la carga, preparó de nuevo el cabestrillo para llevar a la criatura al estilo indio y con el equipaje de ambos hizo un sólo manojo. Todo lo que ahora llevaba él era su cuchillo atado al brazo, la túnica y la luz. Le enseñó cómo sostener la lámpara entre los dientes, luego a que abriese los labios y que dejase que un reguerito luminoso se filtrara por entre ellos. Bárbara hizo un ensayo.

–Tienes un aspecto fantasmal –susurró–. Cómo un espíritu de los que de niño solíamos hacer con la corteza vacía de una sandia. Ahora escucha con cuidado, voy a subir. Estáte preparada para entregarme la túnica instantáneamente. Efectuaré un reconocimiento.

–Aquí mismo puedo ayudarte a ponértela.

–No. Sí me pillan saliendo, habrá pelea y la ropa me estorbaría. No quiero llevarla, probablemente, hasta que lleguemos a un almacén que sea nuestra siguiente parada. Sí arriba está todo despejado, te pediré que me lo entregues todo deprisa, incluyendo el niño que ahora no llevas a la espalda. Pero tu tendrás que llevarle también como el bulto de mi ropa; necesito tener las manos libres. Cariño, no quiero matar a nadie, a no ser que se interponga en nuestro camino. Lo comprendes, ¿verdad?

Ella asintió.

–Yo lo llevaré todo. Puedo hacerlo, marido mío.

–Sígueme, deprisa. Es cosa de dos manzanas de nuestra época la distancia que nos separa hasta el almacén y probablemente no veremos a nadie. Manipulé la cerradura esta tarde, metí una masa de goma de mascar de Gatíta en ella. Una vez dentro reajustaremos las cosas y veremos sí puedes usar mis sandalias.

Mis píes están bien. Fíjate.

–Quizá las llevemos por turno. Luego tendré que romper la cerradura de alguna de las puertas. He localizado unas cuantas barras de acero que vi hace una semana y que supongo que se llevan allí. De cualquier forma, romperé la puerta. Luego nos iremos a toda prisa. Hasta la hora del desayuno no nos echaran de menos, pasará algún tiempo antes de que se convenzan de que hemos escapado y aún más hasta que se organice la persecución. Lo lograremos.

–Seguro que sí.

–Sólo una cosa… si extiendo el brazo para coger mi túnica y luego cierro la tapa sobre ti, quédate aquí. No hagas el menor sonido, no intentes asomarte.

–No lo haré.

–Puede que esté fuera una hora. Quizá tenga que fingir un dolor de vientre y buscar al veterinario, pero luego volveré en cuanto pueda.

–De acuerdo.

–Bárbara, quizá sean veinticuatro horas, si algo va mal, ¿Podrías quedarte aquí y mantener tranquilos a los gemelos tanto rato?.

–Lo que sea necesario, Hugh.

La besó.

–Ahora vuelve a meterte la luz en la boca y cierra los labios. Voy a asomarme un poquito.

Levantó la tapa un centímetro; la bajo.

–Hay suerte –susurró—. Incluso la luz normal está apagada. Allá voy. Prepárate para entregarme las cosas. Joey primero. Y no enseñes la luz.

Alzó la tapa y la dejó sobre el suelo sin hacer ruido. Se levantó, puso el pie en el suelo del pasillo y terminó de levantarse.

Una luz le dio.

–Basta ya –se oyó una voz seca–. No te muevas.

Dio una patada a la mano del látigo tan deprisa que la fusta salió volando mientras cerraba. Luego un golpe… y otro más! El cuello del hombre quedó roto, tal y como decía el libro de instrucciones.

Al instante se arrodilló.

–!Todo fuera! Deprisa!.

Bárbara le entregó un niño y el equipaje y salió nada más él le tendió una mano para ayudarla.

–Alumbra –susurré–. Su luz se apagó y tengo que apartarla de en medio.

Ella le alumbró.

Memtok…

Hugh acallo: su sorpresa, metió el cuerpo en el agujero y cerró la tapa. Bárbara estaba preparada, un niño en su espalda, otro en el brazo izquierdo, el bulto de su equipaje en la derecha.

–!Vamonos! Písame los talones!– salió hacia la intersección, manteniendo el rumbo en la oscuridad mediante el roce de las yemas de los

dedos en la pared.

Jamás vio al látigo que le alcanzó. Lo único que sintió fue un intenso dolor.

XIX

Durante mucho tiempo el señor Hugh Farnham no se dio cuenta de nada excepto del dolor. Cuando éste desapareció, encontró que se hallaba en una celda de confinamiento como aquella en la que vivió durante sus primeros días bajo el Protectorado.

Llevaba allí tres días. Pensó que eran días, porque le dieron de comer seis veces. Siempre sabía cuando estaban a punto de alimentarle... y de vaciar el recipiente donde hacia sus necesidades, porque no le sacaban fuera por ningún motivo. Se encontraba de pronto restringido por alguna invisible telaraña, luego alguien entraba, dejaba la comida, sustituía el recipiente y se marchaba. Le era imposible conseguir que aquel sirviente le respondiera.

Después de lo que podían haber sido tres días (le acababan de dar de comer) su colega y "primo" el Jefe Veterinario entró. Hugh tenía algo más que unas sospecha del por qué; su presentimiento llegó basta la convicción, así que suplicó, exigió que le llevasen ante el Señor Protector y finalmente gritó.

El cirujano no le hizo el menor caso, pero si hizo algo en el muslo de Hugh. Luego se fue.

Hugh no quedó inconsciente, pero descubrió, que no podía moverse de ninguna forma y que se sentía como letárgico. Al poco entraron dos sirvientes, le cogieron y le colocaron en una cama como un ataúd.

Hugh notó que le embarcaban hacia alguna parte. Su embalse fue manipulado de manera casual, pero sin rudezas; en una ocasión notó que subía en un ascensor y que luego este ascensor se detenía; la caja fue colocada en algún lugar y minutos, horas, o días después, la trasladaron de nuevo; al poco se vio sumido en otra sala de confinamiento. Se daba cuenta de que era distinta; las paredes eran de un verde claro en vez de blanco. Para cuando le dieron de comer se había recuperado y volvía a verse impedido de movimientos mientras le colocaron la comida en la celda.

Esto prosiguió así durante ciento veintidós comidas. Hugh conservé la cuenta arrancándose parte de una de sus uñas y arañándose la parte interior del brazo izquierdo. Esa operación le empleaba menos de cinco minutos cada día; pasaba el resto de su tiempo preocupándose y algunas veces durmiendo. Dormir era peor que preocuparse, porque siempre se reproducía en sus sueños el intento de fuga y siempre terminaba en desastre... aunque no necesariamente en el mismo punto. No siempre mataba a su amigo el Jefe Doméstico y por lo menos en dos ocasiones consiguió llegar hasta las montañas antes de que les pillaran. Pero a la larga o a la corta siempre terminaba igual y despertaba sollozando y llamando a Bárbara.

Lo que más le preocupaba era Bárbara... y los gemelos, aunque los

niños no le parecían tan reales. Jamás había oído decir que a ningún "ganado" le castigaran severamente por nada. Sin embargo, tampoco oyó contar que un "ganado" estuviese complicado en un intento de fuga y en un asesinato; simplemente, ignoraba las cosas. Pero si sabia que el Señor Protector tenía gustos muy especiales a este respecto.

Trató de decirse si mismo que el viejo Ponse no haría nada a una "ganado" mientras tenía que dar el pecho a sus niños... y aún pasaría mucho tiempo antes de que los destetara; según Gatita, entre los sirvientes las madres alimentaban a los niños por lo menos dos años.

También se preocupó por Gatita. ¿Castigarían a la criatura por algo que no había hecho ni siquiera tenía nada que ver? ¿Una cómplice completamente inocente? Seguía sin saberlo. Aquí había cierta "justicia"; era como una especie de ramificación de los escritos religiosos. Pero se parecía muy poco al concepto "justicia" de su propia cultura, que descubrió que el género era casi ilegible.

Pasó la mayor parte del tiempo en lo que creyó que era una preocupación "constructiva"; por ejemplo, lo que debería haber hecho en vez de lo que hizo.

Se daba cuenta ahora de que sus planes habían sido risiblemente inadecuados. Jamás debió dejarse llevar por el pánico y efectuar el traslado tan pronto. Hubiera sido mucho mejor haber preparado su relación con Joe, sin llegar nunca a ponerse en desacuerdo con él, halagando su vanidad, trabajando para él y, con el tiempo, insistiendo para que adoptase a Bárbara y a los críos. Joe era una persona acomodaticia y el viejo Ponse era tan generoso que pudo haber hecho a Joe el regalo de aquellos tres inútiles servidores en vez de pedirle que le pagara en dinero efectivo. Esos muchachos no habrían corrido peligro durante años y quizás nunca si Joe era su propietario), y, con el tiempo, Hugh pudo haber esperado convertirse en un respetado servidor del comerciante, con un amplio pase que le permitiera ir a cualquier parte para resolver asuntos de su amo... y Hugh habría adquirido el conocimiento necesario de cómo funcionaba aquel mundo que ningún ser sirviente casero adquiría jamás.

Una vez aprendiese exactamente su funcionamiento, podría haber planeado una fuga que diese resultado.

Cualquier hombre de sociedad conocido, se recordó a sí mismo, era accesible al soborno... y un criado que maneja dinero siempre puede encontrar manera de sisar algo. Probablemente existiría algún "ferrocarril subclandestino o subterráneo" que llegaría hasta las montañas. Si, se había apresurado demasiado.

También consideró aspectos más amplios... por ejemplo un levantamiento de esclavos. Se imaginó aquellos túneles utilizados no para rescate, sino como secreto punto de reunión, para clases de lectura y escritura, para enseñanza en susurros; para juramentos de fidelidad tan poderosos como la iniciación del Mau Mau, ligando a los conspiradores como hermanos de sangre con cada Escogido teniendo asignados a una serie de presuntos asesinos, sirvientes que poco a poco fueron transformando pedazos de metal en cuchillos.

Este sueño "constructivo" fue lo que más le agradó... y en el que menos creía. ¿Acaso aquellos dóciles corderos serian capaces alguna vez de rebelarse? Parecía improbable. Le habían clasificado con ellos por un simple

accidente del color de la piel, pero no eran sinceramente de su casta. Siglos de procreación selectiva les habían hecho muy distintos de su persona, tanto como un perro faldero de un lobo de los bosques.

Y sin embargo, sin embargo, ¿cómo podía saberlo? Lo único que conocía era a los machos atemperados y a unos cuantos "perros" que había visto como atontados por las raciones liberales de Felicidad... por no decir nada de lo que podía hacer al espíritu combativo de un hombre perder sus pulgares a una edad temprana y ser conducido por doquier con látigos que eran algo más que látigos.

Esta cuestión de las diferencias raciales... o la estúpida noción de la "igualdad racial"... jamás se había examinado científicamente; ambos mundos ponían demasiada emoción. Nadie quería datos honrados.

Hugh recordó una zona de Pernambuco que había visto mientras estaba en la Marina, un lugar de ricos propietarios de plantación, dignos, pulidos, educados en Francia, que eran negros, mientras que sus criados y peones del campo, sonrientes, arrastrando los pies, incapaces de la concentración, evidentemente también incapaces de mejores cosas, eran en su mayoría blancos. Se molestó en contar esta anécdota en Estados Unidos; nunca la creyeron en realidad y casi siempre la tomaban a mal... incluso por los blancos que se esforzaban por mostrar lo ansiosos que estaban de "ayudar al negro americano a mejorar su nivel de vida". Hugh se había formado la opinión de que casi todos aquellos corazones sangrantes querían que trabajasen mucho los negros... hasta que estuviesen casi tan hartos como ellos mismos... y ya no gravitaban sobre sus conciencias... pero la idea de que el mundo pudiese dar una vuelta la rechazaban de manera emocional.

Hugh sabía que, en efecto, las tortillas siempre tienen otra cara. Lo había visto una vez, ahora lo experimentaba.

Pero Hugh sabía que la situación era todavía más confusa. Muchos días alarmados habían sido negros como el as de espadas y muchos esclavos de los romanos fueron tan rubios como Hitler lo deseaba para sus alemanes... de modo que cualquier "hombre blanco" debía estar seguro de tener unas gotas de sangre negra. A veces más que unas gotas. Aquel senador sureño..., ¿cómo se llamaba" el que edificó su carrera a base de la "supremacía blanca". Hugh se tropezó con dos hechos irónicos: aquel viejo murió de cáncer y tuvieron que hacerle muchas transfusiones... y su tipo sanguíneo era tal que había una posibilidad entre doscientas de que su propietario tuviese no sólo un toque de sangre negra, sino todo un barril. Un cirujano de la Marina, alegremente le destacó esto a Hugh y le demostró ambos puntos con literatura médica.

No obstante, este asunto confuso de las razas jamás quedaría enderezado... porque casi nadie diría la verdad.

Tomemos la cuestión de los cánticos... Le había parecido a Hugh que los negros de su época eran por término medio mejores cantantes que los blancos; mucha gente así lo creía. Y, sin embargo, las mismas personas, blancas o negras, que insistían en voz alta diciendo que "todas las razas eran iguales", parecían felices y estaban de acuerdo en que los negros eran superiores, por lo menos en término medio, en este campo. Eso le recordaba la "rebelión en la granja", de Orwell, en la que dice: "Todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros".

Bueno ,sabia que aquí no era igual... a pesar de su certeza estadística de que tuviera gotas de sangre negra. Hugh Farham, descubrió que estaba de acuerdo con Joe... "¡Cuando las cosas antes eran iguales, es mucho más cómodo encontrarse en lo alto!".

* * *

En su sexagésimo primer día en aquel moderno lugar, si es que lo era, vinieron a por él, le bañaron, le cortaron las uñas, le frotaron con crema desodorante y le hicieron desfilar ante el Señor Protector.

Hugh se enteró de que aún podía verse humillado mediante el hecho de que no le dieran ni un camisón como ropas, pero admitió que era una pretensión razonable para manejar a un prisionero que mataba con las manos desnudas. Su escolta la componían dos jóvenes Escogidos, con uniformes que Hugh presumía serían militares y los látigos que llevaban, definitivamente no eran "fustas menores".

La ruta que siguieron no era muy larga; claramente se trataba de un edificio enorme. La habitación a la que llegaron se parecía mucho en espíritu a la sala informal en donde Hugh antaño jugaba al bridge. El gran ventanal panorámico daba a un amplísimo río tropical.

Hugh apenas miró hacia allí; estaba presente el Señor Protector. ¡Y Bárbara y los gemelos!

Los niños se arrastraban por el suelo. Pero Bárbara se veía inmersa hasta la barbilla en aquella trampa invisible, trampa que se cerró también sobre Hugh en cuanto se detuvo. Ella le sonrió, pero sin hablar. La miró con cuidado. Parecía no haber sufrido daños y saludable, pero estaba delgada y con profundas ojeras.

Empezó a hablar; ella le hizo un gesto de aviso con los ojos y la cabeza. Hugh entonces miró al Señor Protector... y entonces se fijó que Joe estaba tumbado en un diván cerca suyo y que Grace y Duke jugaban en un rincón a las cartas, ambos masticando goma y demostrando ostensiblemente no haber visto siquiera que Hugh estuviera allí. Volvió a mirar a Su Merced.

Hugh decidió que Ponse debía haber estado enfermo. A pesar del hecho de que Hugh se sentía desnudo pero cómodo, Ponse llevaba una túnica completa con un chal sobre el regazo y parecía, por excepción, poseer la edad que se le adjudicaba.

Pero cuando habló, su voz seguía siendo resonante.

–Puedes irte, capitán. Te excusamos.

La escolta se retiró. Su Merced miró a Hugh con altanería. Por último dijo:

–Bien, muchacho; has hecho un lío con todas las cosas, ¿verdad? –bajó la vista y jugó con algo que tenía en el regazo, lo atrapó y lo volvió a colocar en el centro del chal. Hugh vio que era un ratoncito blanco. De pronto sintió simpatía por el roedor. No parecía gustarle encontrarse allí, pero si trataba de escapar, los gatos acabarían con él. Maggie le miraba con profundo interés.

Hugh no contestó; la observación le parecía retórica. Pero le había

sobresaltado muchísimo. Ponse cubrió el ratón con la mano y alzó la vista.

–¿Y bien? ¡Di algo!

–¡Tú hablas inglés!

–No pongas esa cara de tonto. Soy universitario, Hugh. ¿Acaso crees que me gustaría estar rodeado por gente que había un lenguaje que no comprendo? Yo lo hablo y lo leo, y hasta lo escribo. Diariamente expertos universitarios me han estado dando lecciones... además de la práctica de conversación con un diccionario viviente –señaló con la cabeza hacia Grace–. ¿No te imaginas que yo quería leer los libros míos? ¿No depender de sus traducciones más o menos acertadas? He leído dos veces algunas volúmenes... que he encontrado encantadores... Ahora he empezado con La Odisea.

Hizo una pausa y luego continuó en el idioma de la época.

–Pero no estamos aquí para discutir de literatura. Su Merced apenas gesticulaba. Pero a una indicación suya cuatro sirvientes "perros" vinieron corriendo con una mesa, la colocaron ante el hombretón, depositaron encima cosas. Hugh las reconoció... Un cuchillo de confección casera, una peluca, dos botes de crema desodorante, un hatillo, una botella vacía de Felicidad, una esferita blanca, ahora apagada, un par de sandalias, dos túnicas, una larga, otra corta, arrugada y sucia y una pila sorprendentemente alta de papel, arrugado y con muchas cosas escritas.

Ponse depositó algo blanco sobre el tablero, agitando todos los objetos y dijo pensativo:

–No soy tonto, Hugh. Toda la vida poseo sirvientes. Estimé quién eras antes de que tú mismo te dieras cuenta de quién era yo. No hay que dejar que un hombre como tú se mezcle con los sirvientes leales; los corrompe. Les da ideas que no necesitan. Tenía intención de dejarte escapar en cuanto hubiera terminado contigo, y tú pudiste haberte permitido el lujo de esperar.

–¿Confías en que me lo voy a creer?

–No importa si lo crees o no. Yo no podía conservarte mucho tiempo... Una manzana podrida estropea al resto, como mi tío solía decir. Ni yo podía ofrecerte para tu adopción y dejar que algún equivocado comprador pagase su buen dinero por un criado que luego corrompería a los demás que tuviese dentro de mi reino. No, tenias que escapar.

–Aún si fuera así, jamás hubiera huido sin llevarme mis muchachos.

–Ya te he dicho que no soy tonto. Ten la amabilidad de recordarlo. Pues claro que no te escaparías solo. Iba a utilizar a Barba... y a estos queridos cachorrillos... para obligarte a escapar. En el momento que yo eligiese. Ahora lo has estropeado. Tengo que hacer un escarmiento contigo. En bien de los demás sirvientes –frunció el ceño y cogió el tosco cuchillo–. Un lamentable balance. Hugh, ¿en verdad esperabas conseguir el éxito con esta lastimosa intentona? No tenias siquiera zapatos para tus criaturas. Si al menos hubieses esperado, se te habría dado la oportunidad de robar lo que necesitabas.

–Ponse, juegas conmigo como lo hiciste antes con ese ratón. No tenias intención de dejarnos escapar. Por lo menos, dejarnos que efectuásemos una verdadera fuga. Yo hubiera terminado, prácticamente, en tu mesa, por referirme así a vuestras antiguas costumbres...

– ¡Por favor! –el anciano hizo una mueca de disgusto–. Hugh, no estoy bien, de nuevo alguien trató de envenenarme... Supongo que mi sobrino... y esta vez por poco tiene éxito. Así que no digas asquerosidades que me trastornan el estómago –miró a Hugh de arriba abajo–. Eres duro. Indigesto. Un viejo salvaje, "ganado" es simple basura. Demasiados nervios. Además, ningún caballero consume miembros de su propia familia, sean de la especie que sean. Así que no hablemos de mal gusto. No hay motivo para que te pongas tan insolente. No estoy enfadado contigo, sólo muy, muy provocado –miró de reojo a los gemelos y dijo–: Hughie, no tires de la cola de Maggie –su voz no era ni fuerte ni viva; el niño cesó en seguida–. Reconozco que esos dos, en otro tiempo, serían apetitosos. Pero, dejándonos de bromas, yo había planeado mejores cosas para ellos; ¡son tan graciosos y tan parecidos!... Planeé cosas mejores al principio. Hasta que me di cuenta de que eran necesarios para obligarte a huir.

Nueva pausa. Ponse suspiró.

–Sigues sin creer ni una palabra de lo que te digo. Hugh, no entiendes el sistema. Bueno, los criados jamás lo entienden. ¿Has cultivado alguna vez manzanas?

–No.

–Una buena manzana de mesa, firme y sabrosa, jamás es producto de la naturaleza; es el resultado de un largo desarrollo de algo tan pequeño, agrio y duro y apenas apto para pienso animal. Luego tiene que ser cultivado científicamente y protegido. Por otra parte, las plantas muy evolucionadas... los animales... pueden ir mal, perder su firmeza, su sabor, quedarse blandas e inútiles. Es un problema de dos soluciones. Lo tenemos constantemente con los criados. Hay que deshacerse de los alborotadores, no dejarles procrear. Por otra parte, esos mismos alborotadores, los peores de todos, son sementales de valor incalculable que no se deben perder. Por eso hacemos ambas cosas. Los de la cosecha mala los atemperamos y los guardamos. Los muy peores, como tú, les damos ánimos para que huyan. Sí vives... y algunos de los de tu especie pueden hacerlo... os podemos rescatar, o conseguir a vuestros descendientes y después, juiciosamente, formar una casta para reforzar la que se ha convertido en tan blanda y dócil y estúpida que ya no vale la pena conservarla. Nuestro pobre amigo Memtok fue el resultado de estos cruzamientos de raza. Tenía un cuarto de salvaje... Jamás lo supo, claro... y un buen "ganado" estaba entre sus procreadores, lo que añadió fortaleza a la línea. Pero era muy peligroso y tenía ambiciones, por lo que no se le podía conservar muchísimo tiempo como "ganado"; se le tuvo que convencer de las ventajas de dejarse atemperar. La mayor parte de mis sirvientes superiores tienen un ramalazo reciente de salvajismo en ellos; algunos son hijos de Memtok. Por ejemplo, mí ingeniero. No, Hugh, tú no habrías terminado en la mesa de nadie. Ni atemperado. Me hubiera gustado tenerte como mascota, porque eres divertido... y muy buen jugador de bridge. Pero no podía permitir que permanecieses en contacto con los sirvientes leales, aun cuando estuvieses aislado por tu gracioso título. A no tardar te habrías puesto en contacto con el movimiento clandestino.

Hugh abrió la boca y la cerró.

–Sorprendido, ¿eh? Pues siempre hay un movimiento clandestino donde existe una clase gobernante y otra servil. Siempre. Si aquí no hubiese uno, sería necesario inventario. Sin embargo, puesto que lo hay, lo mantenemos

vigilado, sometido... y lo empleamos. En el comedor de los sirvientes superiores su contacto es el veterinario... que goza de la confianza de todo el mundo y está libre de sentimentalismos por entero; no me simpatiza. Si hubieses confiado en él, te habría guiado, aconsejado y ayudado.

Su Merced tomó la pila de cartas que entregara a Gatíta.

–Estas cosas... Todo lo que debía hacer mi Jefe Doméstico era provocarte para que cometieras una tontería; jamás se enteró de la segunda función del veterinario. Oh, incluso tuve que apretar los tornillos a Memtok para que me entregase copias de todo esto a mí... cuando cualquiera pudo haberse imaginado que un "ganado" como tú encontrarla el medio de ponerse en contacto con su "perra". Deduje que esto ocurriría en el momento que te presentases ante mí hablando de ella, en nuestra primera partida de bridge. ¿Recuerdas? Quizá no. Pero envié a por Memtok y, con toda seguridad, tú ya habías empezado. Aunque no se mostró ganoso de admitirlo, puesto que no me había informado con anterioridad.

Hugh apenas escuchaba. Daba vueltas en su cerebro al hecho resplandeciente de que estaba oyendo cosas dichas sólo por los hombres a punto de morir. Ninguno de los cuatro iba a abandonar esta habitación vivo. No, quizás los gemelos sí. Si, Ponse quería una nueva casta. Pero él... y Bárbara... jamás tendrían oportunidad para hablar.

Pero Ponse iba diciendo.

–Todavía tienes una posibilidad de corregir tus errores. Y los has cometido a montones. Por ejemplo, una nota que escribiste; mis universitarios me aseguraron que era jerigonza, no inglés en absoluto. Así que adiviné que había allí un mensaje secreto que podríamos leer o no. Desde entonces todas tus notas se vieron sometidas a un análisis cuidadoso. Y, claro, encontramos la clave... bastante inocente para ser considerada como tal, y vista la situación. Y útil para mí. ¡Pero maldición, Hugh, lo que me costó! Memtok era ingenuo con respecto a los audaces, no se daba cuenta que luchan cuando se ven acorralados.

Ponse frunció el ceño.

–Maldito seas, Hugh; tu insensatez me ha costado una propiedad valiosa. Yo no hubiese aceptado diez mil sueldos de alguien que quisiese adoptar a Memtok... no, ni veinte. Y ahora su vida está perdida. El cargo de intento de fuga se podía pasar por alto, unos azotes delante de los demás criados seria todo el castigo. Destruir la propiedad de tu amo se puede tapar sí se hubiese hecho en secreto. ¿No sabias que aquella "calientacamas" que te presté conocía la mayor parte de lo que estabas preparando, que veía mucho de lo que hacías? Murmuraciones de "perros".

–¿Ella te lo dijo?

–No, maldición; ella no dijo ni la mitad. Se lo tuvimos que sacar a la fuerza. Luego resultó que sabia tanto que no pudimos permitirnos el lujo de que hablase con los sirvientes y que éstos sumaran uno y dos. Así que tuvo que irse.

–La mataste. –Hugh sintió una oleada de disgusto y lo dijo, sabiendo que nada de lo que afirmase importaba ya.

–¿Y a ti qué te importa? Su vida estaba perdida; traicionó a su amo. Sin embargo, no soy un hombre tan desdeñoso; esa pequeña criatura no tiene sentido moral ni sabía lo que hacía... Debiste haberla hipnotizado, Hugh...

Yo soy un hombre recto; no desperdicio la propiedad. Ha sido adoptada tan lejos que tendrá dificultad en comprender el acento de sus compañeros y mucho menos sus historias podrán ser creídas.

Hugh suspiro.

–Siento alivio.

–Quisquilloso sobre la "perra", ¿eh? ¿De qué sirve eso?

–Era inocente. Yo no deseé nunca que la lastimaran.

–Puede ser. Ahora, Hugh puedes reparar todo este costoso lío. Págame los daños y hazte un favor a ti mismo a la vez.

–¿Cómo?

–Muy sencillo. Me has costado un sirviente ejecutivo clave, así que ocupa su lugar. Nada de escándalo, nada de jaleo, nada de trastornos en el piso bajo... Cada sirviente que vio algo ya está adoptado y lejos. Y puedes contar la historia que gustes de lo que le pasó a Memtok. O incluso pretender que lo ignoras. Barba, ¿puedes contenerte y no murmurar?

– Pues claro que si, siempre y cuando esto redunde en bien de Hugh!

–Buena chica. Me sabría mal tener que dejarte muda; estropearía nuestras partidas de bridge. Aunque Hugh estaba demasiado atareado para el bridge. Hugh, aquí está la miel que atrapó el oso. Ocupa el Jefe Doméstico, haz la clase de trabajo que sé puedes realizar una vez aprendas los detalles... y Barba y los gemelos vivirán contigo, cosa que siempre quisiste. Bueno, esa es la elección. Sé mí jefe de sirvientes y los tendrás contigo... o vuestras vidas estarán perdidas. ¿Qué es lo que dices?

Hugh Farnham estaba tan turbado que tragó saliva y trató de aceptar, cuando Su Merced añadió:

–Sólo una cosa. No te permitiré que los tengas contigo en seguida.

–¿No?

–No. Todavía quiero unos cuantos de nuestra casta, antes de que se te atempere. No es preciso que pase mucho tiempo, si eres tan fecundo como pareces.

–¡No! –exclamó Bárbara.

Hugh Farnham iba a tomar una terrible decisión.

–¡Espera, Bárbara! Ponse, ¿qué hay de los muchachos? ¿Serán también atemperados?

–¡Oh! –Ponse pensó en ello–. Me obligas a un trato duro, Hugh. Supongamos que te decimos que no lo serán. Digamos que puedo utilizarlos como "ganado" una temporada... pero no les quitaré sus pulgares; sería una catástrofe para un "ganado" tan alto como ellos lo serán. Luego, a los catorce o a los quince años, les dejaré escapar. ¿Te parece bien? –El anciano se detuvo a toser; un espasmo le sacudió de pies a cabeza–. ¡Maldición, me estás agotando!

Hugh gritó:

– ¡Ponse, quizás tú no vivas catorce o quince años más!

–Cierto. Pero resulta una falta de educación que me lo digas.

–¿Podías ligas el trato de manera que tu heredero tenga que cumplirlo?

Me refiero a Mrika.

Ponse se frotó el cabello y sonrió.

–Eres agudo, Hugh. ¡Qué buen Jefe Doméstico serás! Pues claro que no puedo... y ésa es la razón de que quiera conseguir algo de ti sin esperar a que maduren los muchachos. Pero siempre hay una elección, como la tienes tú ahora. Te advierto que tú estás en mi escolta celestial. Todos vosotros, incluso los niños. También puedo manteneros vivos y dejar que preparéis un nuevo trato, si es que lo hay. **Le Roi es mort, vive le Roi**...: que decían los antiguos cuando su **Protector** se iba y aparecía un nuevo Protector. Dime una cosa, decide, haré lo que tú creas conveniente.

Hugh pensaba en las siniestras soluciones cuando Bárbara volvió á hablar.

–Su Merced...

–¿Sí criatura?

–Será mejor que hagas que me corten la lengua, ahora, antes dé que me permitas dejar esta habitación, porque no quiero tener nada que ver con este maldito plan. Y no me mantendrá callada. ¡No!

–Barba, Barba, eso no es propio de una buena chica.

–No soy una chica. ¡Soy una mujer, una esposa y una madre! ¡Jamás volveré a llamarte "Tío"!... ¡Eres vil! Nunca volveré a jugar al bridge contigo, con o sin lengua. Estamos desvalidos... pero no te daré nada. ¿Qué es lo que ofreces? Quieres que mi esposo acepte esta cosa diabólica a cambio de unos escasos años do vida para mí y nuestros hijos... Mientras Dios permita que eso que llamas cuerpo tuyo siga respirando. ¿Y luego. qué? ¡Le engañarías incluso entonces! Moriremos o quedaríamos a merced de tu sobrino que es incluso peor que tu. ¡Oh, lo sé! Las "calientacamas" lo odian, lloran cuando se les da orden de servirle... y lloran aún más cuando vuelven. Pero yo no permitiré que Hugh tome una decisión aún cuando nos prometieses llevar una vida de lujo. ¡No! No quiero, no quiero ¡Si tratas de hacerlo, mataré a mis hijos! Luego me suicidaré. ¡Y sé también que después Hugh le matará! ¡No Importa lo que le hayas hecho! –Se detuvo escupió lo más lejos que pudo en dirección al viejo; luego rompió a llorar.

Su Merced dijo:

Hughie, te dije que no provocases al gato. Te arañará – despacio se levantó y dijo–: Razona con ellos, Joe –y abandonó la habitación.

Joe suspiró y se les acercó más.

–Bárbara –dijo con suavidad–, domínate. No te comportas en bien de Hugh, aunque crees que sí lo haces.

Deberías aconsejarle que aceptara. Después de todo, un hombre a la edad de Hugh no tiene mucho que perder...

Bárbara le miró como si no lo hubiese visto jamás en su vida. Luego volvió a escupir. Joe estaba cerca; la saliva el dio en plena cara.

Saltó y levantó la mano. Hugh intervino con viveza:

—¡Joe, si la pegas y yo alguna vez quedo libre, te romperé el brazo!

–No iba a pegarla – dijo Joe despacio–. Sólo a secarme la cara. Jamás pegaría a Bárbara. Hugh; la admiro. Simplemente creo que no tiene buen

sentido, le falta sensatez.

–Cogió el pañuelo para limpiarse la saliva–. Me parece que es inútil discutir.

–Inútil, Joe. lamento haberte escupido.

–Está bien, Bárbara. Te encuentras trastornada... y jamás me trataste como negro, nunca. ¿Bien, Hugh?

–Bárbara lo ha decidido. Y siempre dice lo que piensa. No puedo admitir que lo lamento. Permanecer vivo aquí no vale la pena.

–Me sabe mal oírte eso, Hugh. En total, casi siempre tú y yo nos hemos llevado muy bien. Bueno, sí ésa es tu última palabra. se lo diré a Su Merced. ¿Definitivo?

–Sí, Joe.

–Bueno... Adiós, Barbara. Adiós, Hugh. –Se fue.

El Señor Protector volvió solo, moviéndose con la lenta precaución de un hombre viejo y enfermo.

–De modo que os habéis decidido –dijo, sentándose y arreglándose el chal sobre las piernas. Extendió la mano para coger el ratón, aún agazapado en el tablero de la mesa; los sirvientes vinieron y la despejaron. Prosiguió–: No puedo decir que me sorprende... He jugado al bridge con ambos. Bueno, ahora seguiremos por otro camino. Vuestras vidas están perdidas y no puedo permitir que os quedéis aquí, en otras condiciones que no sean las propuestas. Así que os enviaremos de regreso.

–¿De regreso a dónde, Ponse?

– ¡Oh!.. de regreso a vuestro propio tiempo, claro. Si lo conseguís, y quizá lo hagáis –acarició al ratón–. Este pequeño individuo lo logró, por lo menos hace dos semanas. Y no le perjudicó en nada.

Los criados habían vuelto y estaban colocando sobre la mesa un reloj de hombre, un penique canadiense, un par de gastadas botas montañeras, un cuchillo de caza, algunos mocasines toscamente fabricados, un par de pantalones vaqueros, otro par de destrozados pantalones cortos, con una amplísima cintura, una pistola automática del 45. con cinturón, dos harapientas y descoloridas camisas, una alterada en parte, un sobrecito de fósforos y una pequeña agenda con lápiz.

Ponse miró a todos aquellos artículos.

–¿Había algo más? – quitó el cargador de la pistola y lo sostuvo en la mano–. Si no, vestios.

El campo invisible les soltó a ambos.

XX

No ha habido motivos para que os sorprendáis –les dijo Ponse–. Hugh. recordarás que dije a mis científicos que quería saber cómo llegasteis aquí. Nada de milagros. Eso se lo recomendé con firmeza. Comprendieron que yo no me mostraría muy feliz si los científicos del Protectorado no podían resolver el asunto cuando tenían tantos indicios, tantos datos. Y lo resolvieron. Llegó hoy; por eso envié a por ti. Ahora descubriremos si

funciona hacia atrás en el tiempo tan bien como hacia adelante... y si el gran aparato marcha tan bien como el modelo de laboratorio. Tengo entendido que no importa la cantidad de energía... No se necesitan bombas atómicas, sino la precisa aplicación de esta energía. Pero pronto lo sabremos,

Hugh preguntó:

–¿Cómo lo sabrás? Nosotros sabremos si funciona. ¿Pero tú, cómo?

–Oh, eso. Mis científicos son listos cuando se les da incentivo. Uno de ellos te lo explicará.

Fueron llamados los científicos, dos Escogidos y cinco sirvientes. No hubieron presentaciones. Hugh se encontró tratado tan impersonalmente como el ratoncito blanco que aún pugnaba por caer al suelo y encontrar su muerte. Pidieron a Hugh que se quitara la camisa y dos científicos sirvientes le sujetaron con esparadrapo un paquetito sobre el hombro derecho de Hugh.

–¿Qué es eso? parecía muy pesado para su tamaño.

Los sirvientes no respondieron; el principal Escogido dijo:

–Ya se te dirá. Ven aquí. Mira esto.

"Esto" resultó ser una antigua propiedad de Hugh, un mapa del Servicio de Inspección Geodésico de los Estados Unidos del Condado James.

–¿Lo entiendes? ¿O debemos explicártelo?

–Lo entiendo Hugh utilizó el modo de iguales; el Escogido lo ignoró y continuó hablando empleando el protocolo, descendente.

–Entonces sabes que es aquí donde llegaste.

Hugh asintió cuando el dedo del hombre cubrió el lugar en el que antaño estuvo la casa de Hugh. El Escogido quedó pensativo y añadió:

–¿También comprendes el significado de estas señales?–señaló a una crucecita y a unas cifras pequeñísimas que tenía al lado.

–Seguro. Logramos una "marca de banco". La rotación exacta y la altura. Es un punto de referencia para el resto del mapa.

–Excelente –el Escogido señaló otra marca similar en la cumbre del Monte James, indicada en el mapa–. Ahora, dinos, si lo sabes... pero no mientas; de nada te servirla... qué error debe haber aquí, horizontal y verticalmente, entre los dos puntos de referencia.

Hugh meditó, alzó el pulgar e índice separándolos cosa de dos centímetros y medio. El Escogido parpadeó.

–Debería haber bastante exactitud en aquellos tiempos primitivos. Creemos que mientes. Prueba otra vez. O admite que no lo sabes.

–Yo sugiero que el que no sabe lo que está hablando eres tú. Eso por lo menos no sería tan exacto. –Hugh pensó en decirle que había dirigido grupos de inspección en los Seabees y que efectuó también sus propias exploraciones cuando empezó como contratista... y que hasta que no supo lo que era una segura exploración geodésica, no comprendió los métodos enormemente exactos que había utilizado al colocar aquellas señales que siempre se utilizaban en la inspección ordinaria.

Pero decidió que la explicación sería perder el tiempo.

El Escogido le miró, luego hizo lo propio a Su Merced. El anciano había estado escuchando, pero su rostro permaneció inexpresivo.

–Muy bien, presumiremos que las señales sean exactas, la una con respecto a la otra. Lo que es una suerte, puesto que falta esta otra... –señaló a la primera, cerca de donde había estado la casa de Hugh– ... en cuanto a esta otra... –señaló la cumbre del Monte James–, sigue en su sitio, la roca sólida. Ahora registra tu memoria y no vuelvas a mentir, porque te importaría mucho... e importaría a Su Merced, puesto que una mentira tonta por tu parte podría desperdiciar muchos esfuerzos y Su Merced no se sentiría muy complacido, de eso estamos seguros. Bueno, muy cerca de este punto de referencia y a la misma altura... no, más alto!... está... estaba, quiero decir, en aquellos tiempos primitivos... una extensión de terreno llano, nivelado, ¿verdad?

Hugh meditó. Sabía exactamente dónde había estado aquella señal: en una piedra de la esquina del Southport Savings Bank. Estaba, o había, estado, en una placa de latón pequeña incrustada en la piedra junto a otra placa mayor con una dedicatoria, a unos cuarenta metros sobre la acera, en la esquina noreste del edificio. Se la colocó allí poco después de que se construyera el centro comercial de Southport. Hugh la había visto con frecuencia al pasar; siempre le dio una cálida sensación de estabilidad al contemplar aquella marca geodésica.

El banco se situó sobre un aparcamiento que compartía el establecimiento aquél y el Safeway Supermarket, más un par de otras tiendas.

–El terreno está nivelado y llano en esa zona hasta una distancia de... Hugh calculó la anchura de aquel antiguo parque en pies, luego lo tradujo a las modernas unidades–. Un poco más lejos. Eso es un cálculo aproximado, no del todo exacto.

–¿Pero el terreno es plano? ¿Y no de más altura que este punto?

–Un poco más bajo y en pendiente. Para el drenaje.

–Muy bien. Ahora pon tu atención en esta configuración–de nuevo se trataba de la propiedad de Hugh–. El objeto que te hemos atado al brazo puedes considerarlo como un reloj. No te explicaremos su funcionamiento, porque no lo entenderías; nos basta decir que la radiación del metal que hay dentro de su mecanismo mide el tiempo. Por eso pesa; está forrado de plomo para protegerlo. Tú te lo llevarás aquí –el Escogido señaló a una ciudad del mapa; Hugh advirtió que era la sede de la Universidad del Estado.

A un gesto, el Escogido le entregó un pedazo de papel. Dijo a Hugh:

–¿Sabes lo de esto? ¿O hay que explicártelo?

–Aquí dice "University State Bank" –contestó Hugh–. Me parece recordar que había una institución de ese nombre en esa ciudad. No estoy seguro, porque creo que no tuve jamás negocios con ella.

–Lo dudo –le aseguró el Escogido–. Sus ruinas fueron descubiertas recientemente. Irás a ella. Tú colocarás el reloj en esa caja fuerte. ¿Comprendido?

–Comprendido.

–Por deseo de Su Merced, la caja fuerte todavía no ha sido abierta. Después de que os hayáis ido, se abrirá. Encontraremos el reloj y leeremos

lo que marca. ¿Comprendes por qué es esto crucial para el experimento? No sólo nos dirá que has logrado efectuar el salto en el tiempo sano y salvo, sino también lo que duró el viaje... y así podremos calibrar los demás instrumentos– el Escogido parecía muy fiero–. Hazlo con exactitud, o se te castigará severamente.

Ponse miró a Hugh. El anciano no se reía, pero sus ojos centelleaban.

–Hazlo, Hugh –dijo tranquilo–. Eres un buen muchacho.

Hugh habló al científico Escogido.

–Lo haré. Comprendí.

–Quizá complazca a Su Merced que diga que este humilde servidor va a pesarles ahora –anunció el Escogido, y luego partiremos todos para el emplazamiento.

–Hemos cambiado de idea –anunció Ponse–. Lo presenciaremos –añadió–. ¿Los nervios en buena forma, Hugh?

–Del todo.

–A cuantos hicisteis el primer salto se os ha dado esta oportunidad... ¿No te lo dije? Joe la rechazó con llaneza–el viejo miró por encima de su hombro–. ¿Grace, pequeña, cambiaste de idea?

Grace alzó los ojos.

–Ponse! –dijo con tono de reproche–. Ya sabes que jamás te dejaría.

–¿Duke?

El atemperado criado ni siquiera se molestó en levantar la cabeza. Simplemente, la sacudió denegando.

Ponse dijo al científico:

–Démonos prisa y pesémosles. Tenemos intención de dormir en casa esta noche.

El pesaje tenía que hacerse en algún otro lugar de Palacio. Poco antes de que los cuatro fueran situados en la zona del peso, el Señor Protector levantó el cargador que había sacado de la pistola que Hugh llevaba ahora.

Hugh, ¿has comprendido que no debes mostrarte precipitado con esto? ¿O quieres que quite las balas de los cartuchos explosivos?

–Oh, me comportaré bien.

– Ah!, ¿cuán bien te comportarás? Si fueses impetuoso, podrías tener éxito en matarme. Pero considera lo que sucedería a Barba y a nuestros pequeños cachorros.

(Ya había pensado en eso, viejo bribón. Seguiré haciendo lo que me parece mejor).

–Ponse, ¿por qué no dejas que Bárbara se meta en el bolsillo el cargador? Eso me impediría utilizar el arma y disparar muy de prisa, aún cuando se me ocurriese tal idea.

–Buen plan. Toma, Barba.

El científico jefe parecía mostrarse desgraciado ante el peso total de su grupo experimental.

–Quizá complazca a Su Merced, este humilde servidor encuentra que

los pesos controlados de ambos adultos deben disminuirse notablemente, puesto que el tiempo sobre el que se calculan las cifras resulta un poco precario.

–¿Y qué esperas de nosotros?

–Oh, nada, nada, nada que disguste a Su Merced. Sólo un ligero retraso. El peso tiene que ser exacto. –A toda prisa el Escogido empezó a amontonar discos metálicos en la plataforma.

Eso le dio a Hugh una idea.

–Ponse, ¿de veras esperas que esto funcione?

–Si conociese la respuesta de esa pregunta, no seria quizá necesario intentarlo. Espero que funcione.

–Si funciona, necesitaremos dinero en seguida. Especialmente si he de cruzar medio estado para enterrar este singular reloj.

–Razonable. Utilizabais oro, ¿no? ¿O era plata? Comprendo tu idea–. El anciano hizo un gesto–. Alto el contraspesado.

–A veces utilizábamos ambas cosas, pero necesitaba llevar nuestro sello gubernamental. Ponse, había muchos dólares americanos de plata en mi casa cuando me los quitaste. ¿Están todavía a mano?

Lo estaban, y en Palacio, por lo que el anciano no se opuso a utilizarlos para compensar el peso que faltaba. El jefe científico estaba furioso por el retraso... Explicó a su señor que los ajustes estaban dispuestos para una fracción de tiempo determinada, al igual que para una masa exacta, con el fin de colocar aquellos sujetos de experimentación en un momento antes de que se iniciase la Guerra Este-Oeste, dejando un margen para el error... pero que el retraso reducía el margen y quizá requiriera nuevos cálculos y una calibración penosa y larga. Hugh no comprendió los tecnicismos.

Ni tampoco Ponse. Cortó con brusquedad al científico:

–Entonces, si es necesario, recalculadlo. Eso es todo.

Se necesitó más de una hora para localizar al hombre que podía encontrar al individuo que sabia dónde estaban aquellas mercancías particulares en el archivo, luego sacarlos y traerlos. Ponse se sentó pensativo junto con su ratón. Bárbara cuidó de sus gemelos, luego les cambió los pañales con ayuda de las sirvientas sordomudas; Hugh pidió que les permitiesen ir al lavabo, lo que se le concedió bajo vigilancia, pero todo esto sirvió para alterar los pesos corporales y se tuvo que empezar de nuevo la operación.

Los dólares de plata seguían todavía o habían sido sustituidos, formando pilas de a cien cada una, tal y como las dispusiera Hugh. Se amontonaron con rapidez y (en una feliz asunción de que el salto en el tiempo funcionaría) Hugh se mostró complacido de haber perdido en los días de prisión la panza considerable que desarrollara durante su época cómoda de "Jefe Investigador". Sin embargo, se necesitaron menos de trescientos dólares de plata para compensar el peso calculado... mas un pedazo de metal y algunas hojas de plancha.

–Si conviene al Señor Protector, este humilde servidor cree que los sujetos deberán ser colocados en el recipiente sin retraso.

–¡Entonces hazlo! No pierdas nuestro tiempo.

El recipiente vino como flotando. Era una caja metálica, plana, sencilla, vacía y sin muebles de ninguna clase, y la altura suficiente para que Hugh permaneciese en pie, apenas lo bastante grande para todos. Hugh entró, ayudó a Bárbara que lo hiciese, les entregaron a los niños y Hughie empezó a lloriquear e hizo que su hermano le imitara.

Ponse miró enojado.

–Mis sirvientes han malcriado esos cachorros. Hugh, he decidido no presenciarlo; estoy cansado. Adiós a ambos... y buen viaje; ninguno de vosotros se habría convertido en un sirviente leal. Pero echaré de menos nuestras partidas de bridge. Barba, debes meter en cintura a esos críos. Pero no quebrantes el ánimo al hacerlo; son chicos estupendos. Se volvió y se marchó bruscamente.

Cerraron la escotilla sobre ellos y la sujetaron; se encontraban a solas. Hugh dio un beso a su esposa, estorbado en cierto modo por el hecho de que cada uno sostenía a un niño.

–Ahora no importa lo que ocurra –dijo Bárbara, tan pronto como se separaron lo más que permitía la extensión del recinto–. Todo esto es lo que estaba anhelando. ¡Oh, querido! Joey vuelve a estar "húmedo". ¿Qué tal está Hughie?

–Me parece que van a compás. Hughie también está húmedo. ¿Pero no me acabas de decir que no te importaba lo que ocurriese?

–Bueno, no me importa, en realidad. Pero trata de explicárselo a un niño. Con alegría gastaría uno de estos montones de dólares por diez nuevos pañales.

–Querida, ¿te das cuenta de que la raza humana subsistió un millón de años sin pañales? Quizás logremos nosotros también aguantar por lo menos otra hora, así que no hablemos de trapitos.

–Simplemente quería decir... ¡Hugh! Nos mueven.

–Siéntate en el suelo y aprieta contra la pared. Delante colocaremos a los, niños. ¿Qué decías?

–Simplemente, cariño, que no me importan los pañales; no me importa nada... ahora que estamos juntos de nuevo. Pues si no vamos a morir... sí este chisme funciona... necesitaré ser práctica. ¿Y sabes de alguna cosa más práctica que los pañales?

–Sí. Ahora más práctico es un beso.

–Bueno, cierto. Pero harán falta pañales. Cariño, ¿podrías sostener a Hughie en tu otro brazo y con la mano libre rodearme los hombros? Hugh, vuelven á movernos. Hugh, ¿funcionará esto? ¿O de pronto moriremos? De cualquier forma, me imagino el viaje por el tiempo hacia delante... poco más o menos como hicimos nosotros. Pero no me lo puedo imaginar hacia atrás. Quiero decir, que el pasado ha sucedido ya. Eso es. ¿Verdad?

–Bueno, sí. Pero no los has puesto de manera correcta. Tal y como lo veo, no hay paradojas en el viaje por el tiempo, no pueden haberlas. Si vamos a efectuar este salto temporal, entonces ya lo hicimos; eso es lo que pasó. Y si no funciona, es porque no ocurrió.

–Pero no ha ocurrido todavía. Por tanto, tú dices que no ocurrió, así que no puede suceder. Eso es lo que yo afirme.

–¡No, no! Sabemos si ha ocurrido o no. Si ocurrió, se repetirá. Si no lo hizo, no se repetirá.

–Cariño, me estás confundiendo.

–No te preocupes por este asunto. "El dedo que se mueve escribe y después de haber escrito, sigue adelante"... y sólo entonces descubres que te han escrito al pasar. Creo que marchamos enderezados en un rumbo; ahora nos mostramos firmes, sólo existen debilísimas vibraciones. Si nos llevan donde creo que lo hacen, me refiero al Condado James, entonces llegaremos por lo menos una hora antes de que necesitemos preocuparnos por nada –apretó su brazo en torno a los hombros de ella–. Permanezcamos tranquilos todo este tiempo. –Ella se acurrucó junto a él.

–Eso es lo que yo decía. Querido, hemos pasado juntos muy malos ratos, por lo tanto no me volveré a preocupar. Si nos queda una hora, quiero ser feliz cada segundo. Si son cuarenta años, también quiero ser feliz cada segundo mientras estemos juntos. Y si no estamos juntos, no deseo vivir tanto tiempo. Pero de cualquier forma, seguiremos. Hasta el fin de nuestros días.

–Sí. "Hasta el fin de nuestros días".

Bárbara suspiró feliz, se colocó mejor a uno de los infantes húmedos y dormidos, apoyó la cabeza en el hombro de Hugh y murmuro:

–Esto me recuerda a nuestro primer día. En el refugio, quiero decir. Estábamos atestados e incluso pasábamos más calor... y recuerdo que fui feliz. Y tampoco sabíamos si sobreviviríamos aquel día, aquella noche.

–No lo esperábamos. De otro modo ahora no tendríamos gemelos.

–Por eso me alegro de que creyésemos que íbamos a morir. ¿Hugh? ¿Verdad que estamos más apretados aquí que la noche de la sala del depósito? En efecto, aquí ni siquiera podemos movernos.

–Sí, pero los niños están dormidos y tranquilos. Sigamos así durante toda la hora que nos queda.

–De acuerdo, aunque por mucho que lo intente no puedo dejar de pensar en ellos. Calculo su porvenir, calculo nuestras posibilidades de supervivencia, calculo... –Hugh se interrumpió. Miró a Bárbara; ella le devolvía la mirada en la semioscuridad reinante dentro de la cabina.

–¿En qué piensas? –preguntó ella.

–Me niego a asumir que moriremos. Jamás tendré esa opinión. Todos mis cálculos se basan en la creencia de que sobreviviremos. Seguiremos adelante. No importa lo que ocurra... seguiremos adelante.

–De acuerdo. Siete sin triunfo.

–Eso está mejor.

–Doblado o redoblado. ¿Hugh? En cuanto los niños sean lo bastantes mayores para sostener las cartas en sus manitas, les enseñaremos a jugar al bridge. Tendremos un cuarteto familiar propio.

–De acuerdo. Y si no aprenden a jugar, les pegaremos de vez en cuando y les obligaremos a aprender.

–. ¡No quiero oír la palabra pegar jamás en toda mí vida!

–Lo siento.

–Y tampoco deseo oír ese lenguaje de violencia, querido. Los muchachos crecerán y hablarán nuestro idioma.

–Lo siento de nuevo. Tienes razón. Pero, permíteme resbalar; tomé la costumbre de pensar en... idioma... y luego traducir. Eso me autoriza a cometer unos cuantos resbalones.

–Siempre te permitiré ciertos resbalones. Hablando de eso... ¿qué fue para ti Gatita?

–Nada.

–¿No? Era una chica dulce. Con gusto cuidaba de mis niños en cuanto. Se lo permitía. Adoraba a nuestros hijos.

–Bárbara, no quiero pensar en Gatita. Me pone triste. Sólo espero que la vida le repare el bien. No tiene defensas contra el mundo... es como una gatita antes de abrir los ojos Desvalida. Gatita representa para mí todo lo que es profundamente condenable en la esclavitud humana.

Ella le apretó la mano.

–Espero que la traten bien, también. Pero, querido, no te duelas, no sufras interiormente; nada podemos hacer en su beneficio.

–Lo sé y por eso no quiero hablar de ella. Pero la echaré de menos, como una hija. Era una hija para mí. Su cargo de "calientacamas" no tuvo nada que ver en toda su conducta.

–No lo dudo, querido. Pero... Bueno, mira, mi buen hombre, quizá estemos demasiado apretados. De acuerdo, sobreviviremos; seguiremos adelante. ¡Pero no quiero que me trates a mí como a una hija! Recuerda que soy tu mujer.

–Humm ... Yo deseo que recuerdes que soy un hombre ya muy maduro.

–¡"Muy maduro"! ¡Y un cuerno! Prácticamente tendremos la misma edad... unos cuatro mil años, contando en ambos sentidos. Y mis propósitos son muy prácticos, ¿me entiendes?

–Te entiendo. Supongo que "cuatro mil años" es una buena manera de considerarlo. Aunque quizá no para "propósitos prácticos".

–No te saldrás de rositas con tanta facilidad –dijo ella sombría–. No lo soportaré.

–Mujer, eres tozuda. De acuerdo, haré cuanto pueda. Eh, creo que hemos llegado.

La caja se movió varias veces, luego permaneció estacionaria unos cuantos minutos, después ascendió con vertiginosa rapidez, se detuvo con otra sensación de vacío de estómago, pareció vacilar un poco y luego quedó perfectamente inmóvil.

Vosotros, los de la cámara experimental –dijo una voz salida de la nada–. Se os previene que esperéis una breve caída. Os aconsejamos que estéis preparados para caer. ¿Comprendido?

–Sí –respondió Hugh mientras ayudaba a Bárbara para levantarse–. ¿Será muy grande la caída?

No hubo respuesta. Hugh dijo:

–Tesoro, no sé a qué se referían. Una "breve caída" podría ser de un palmo o de cincuenta. Protege a Joey con tus brazos y será mejor que dobles

un poquito las rodillas. Si la caída es fuerte, cede y no trates de aguantar el golpe con las piernas rígidas. Estos bromistas se preocupan muy poco de lo que nos ocurra.

–Doblad las rodillas. Proteged a Joey. De acuerdo.

Cayeron.

XXI

Hugh nunca supo cuán larga fue la distancia por la que cayeron, aunque más tarde estimara que no pudo ser superior a cuatro palmos. Durante un instante se vieron plantados en una pequeña caja; al instante después estaban en el exterior, en la noche y cayendo.

Sus botas tocaron el suelo, se desplomó, cayendo sobre el lado derecho y sobre dos durisimos paquetes de dólares de plata que llevaba en el bolsillo de la cadera… giró con la cadera y protegió al niño entre sus brazos.

Luego logró sentarse. Bárbara estaba cerca suyo, a un lado. No se movía.

–¡Bárbara! ¿Te has lastimado?

–No –dijo ella casi sin aliento–. No lo creo. Sólo que me quedé impresionada.

–¿Se encuentra bien Joey? Hughie si, pero ahora me parece que está algo más que mojado.

–Joey se encuentra bien –el propio Joey lo confirmó empezando a gritar; su hermano le hizo compañía–. También se quedó sin aliento, creo. Cállate, Joey; mamá tiene trabajo. Hugh, ¿dónde estamos?

Hugh miró en redondo.

–Estamos –anunció–, en un aparcamiento del centro comercial, a unas cuatro manzanas de donde yo vivo. Y en apariencia muy cerca de nuestro propio tiempo. Por lo menos casi hemos caído encima de un Ford del 61.

El aparcamiento estaba vacío, excepto aquel único coche.

Se levantó y ayudó a Barbara a levantarse. La mujer parpadeó a la débil luz que venía de dentro del banco y Hugh se dio cuenta.

–¿Dificultades?

–Me torcí un tobillo al caer.

–¿No puedes andar?

–Si puedo.

–Yo llevaré ambos niños. No es tan lejos.

–Hugh ¿a dónde vamos?

–Oh. A casa, claro –(oirá por la ventana del banco, trató de localizar un calendario. Vio uno pero la luz no le permitió distinguir la fecha–. Ojalá supiese cuál es el día, tesoro. Me sabe mal reconocerlo, pero parece como si el viaje por el tiempo tuviese algunas paradojas… y creo que estamos a punto de dar a alguien una terrible sorpresa.

–¿A quién?

–Quizá a mí. En una encarnación mía anterior. Sería mejor que le

telefonease primero, para no impresionarlo. No él... quiero decir, yo... no lo crearía. ¿Seguro que puedes andar?

—Seguro.

—Está bien. Sostén a nuestros hijos durante un momento y déjame que consulte el reloj –volvió a mirar de reojo al banco en donde se veía visible un reloj de pared aunque el calendario quedase en sombras– . Está bien. Trae. Y grita si necesitas pararte.

Partieron. Bárbara cojeando, pero sin rezagarse. Hugh no tenía ganas de hablar, porque sus pensamientos estaban desordenados. Ver una ciudad que había creído destruida y contemplarla tan tranquila y pacífica en una cálida noche de verano, le impresionó más de lo que se atrevía a admitir. Con cuidado evitó cualquier especulación como lo que quizá encontrase en su casa...

Al poco entraron por un jardín, Bárbara cojeando y Hugh comenzando a sentir calambres en ambos brazos al verse impotente de cambiar de uno a otro su doble carga. Había dos coches aparcados uno detrás de otro, casi frente a la puerta; se detuvo ante el primero, abrió la portezuela y dijo:

–Escabúllete, entra y siéntate, y descarga de peso ese tobillo. Dejare a los niños contigo y efectuaré un reconocimiento.

La casa estaba muy iluminada.

–¡Hugh! ¿No lo hagas!

–¿Por qué no?

–Este es mi coche. ¡Esta es la **noche!** –Hugh la miró durante largo rato. Luego dijo tranquilo.

–Tengo que efectuar un reconocimiento. Quédate aquí sentada.

Volvió en menos de dos minutos; abrió la portezuela del coche y emitió un entrecortado sollozo.

–¡Cariño! ¡Cariño!–exlamó Bárbara.

–¡Oh, Dios mío! –se sofoco y contuvo el aliento–. –Ella esta allí dentro! Grace. Y también yo. – Apoyó la cara sobre el volante y sollozó.

–Hugh.

–¿Qué? ¡Oh Dios mío!

–Basta Hugh. Puse en marcha el motor mientras estabas fuera. Las llaves estaban puestas, las dejé allí para que Duke pudiese tomarlo y marcharse. Así que vamonos. ¿Puedes conducir.

Hugh se serenó.

–Si puedo conducir – necesitó diez segundos para inspeccionar el salpicadero, ajustar el asiento más hacía atrás, colocar la primera, salir del sendero. Cuatro minutos más tarde giraba hacia el oeste en la autopista que penetraba por las montañas, teniendo cuidado de observar el "stop"; se le había ocurrido pensar que no era la noche apropiada para que le detuviesen y le impidieran continuar el viaje por infracciones.

Al tomar la curva un reloj a lo lejos dio la media; consulto el suyo de pulsera y advirtió que había una diferencia de un minuto.

–Pon la radio, tesoro.

–Hugh, lo siento. Ese maldito chisme se estropeó y yo no me he podido permitir el lujo de hacerlo reparar.

—Oh, no importa. Las noticias no importan, quiero decir; lo único que interesa es el tiempo. Estoy tratando de calcular lo lejos que podemos ir en una hora. Una hora y algunos minutos. ¿Recuerdas a qué hora nos alcanzó el primer proyectil?

–Creo que tú me dijiste que eran las once y cuarenta y siete.

–Eso es lo que yo recuerdo también. Estoy seguro, aunque me agradó que me lo confirmaras. Pero todo concuerda. Tú hiciste las "crépes Suzettes", Karen y tú las trajisteis a un tiempo del final del noticiario de las diez en punto. Yo comí con rapidez... estaban estupendas... aquel tipo llamó a la campanilla. Yo, quiero decir. Y fui a responderle. Considero que eran las diez y veinte o un poco después, así que acabamos de oír sonar una medía y mí reloj concuerda. Nos quedan unos setenta y cinco minutos para llegar lo más lejos posible del punto cero.

Bárbara no hizo comentario. Momentos más tarde pasaban los límites de la ciudad; Hugh aumentó la velocidad hasta más de ciento veinte.

Sobre cosa de unos minutos más tarde ella, dijo:

–Querido, lo siento. Me refiero a Karen. De los demás no importa ninguno.

–Yo no siento nada. No, no por Karen. El volver a oír su risa feliz me sorprendió, sí. Pero ahora la guardaré como un tesoro. Bárbara, por primera vez en mi vida tengo el convencimiento de la inmortalidad. Karen vive ahora mismo, allá a nuestra espalda... y sin embargo la vimos morir. Así, de cualquier forma, en algún sentido del tiempo, Karen vive para siempre, puede que en el cielo, en la Gloría Celestial. No me pidas que te lo explique, es un misterio que Dios no pretendió que resolviéramos, aunque nos indicó su existencia.

–Yo siempre lo he creído. Hugh. Pero ahora no me atrevía a decírtelo.

–¡Atrévete a decir cualquier cosa, maldición! Yo ya te lo dije hace muchísimo tiempo. Así que no siento pena por Karen. Tampoco la siento por Grace. Hay gente que hace un propósito de su vida tratando de conseguir realizar sus deseos; ella es una de esas personas. En cuanto Duke. me sabe mal pensar en él. Puse grandes esperanzas en mi hijo. Mí primer hijo. Pero jamás tuve control sobre su educación y ciertamente tampoco pude controlar lo que fue de él. Y, como me indicó Joe, Duke no lo pasa mal... si son suficiente criterio el bienestar y la seguridad y la felicidad –Hugh se encogió de hombros sin apartar las manos del volante. Así que me olvidaré de él. Desde este instante jamás volveré a pensar en Duke.

Pasó un rato antes de que hablase.

–Tesoro, ¿no podrías, a pesar de verte inundada de niños, quitarme ese chisme que nos dieron y que dicen que es un reloj de encima de los hombros?

–Pues claro que puedo.

–Entonces hazlo y lánzalo a la cuneta. Prefiero que quede dentro del circulo de la total destrucción... si todavía estamos en él –frunció en ceño No quiero que esa gente conozca nunca el viaje por el tiempo. En especial, Ponse.

Durante unos momentos ella trabajó en silencio, torpemente y con una mano. Logró soltar el reloj radiactivo y lo arrojó en la oscuridad antes de hablar.

–Hugh, yo no creo que Ponse pensara que aceptaríamos esa oferta. Creo que preparó las condiciones creyendo que rehusaríamos, aun cuando tú te sintieses inclinado a sacrificarte.

– ¡Pues claro! Nos tomó como conejillos de indias... sus ratones blancos... y nos obligó casi a presentarnos como "voluntarios". Bárbara, pude aguantar... y hasta comprender, pero no olvidar... y Ponse era un hijo de perra. Es decir, Ponse era, según mi criterio, mucho peor. Tenía buenas intenciones. Siempre lograba demostrar el por qué del pisotón que te daba diciendo y convenciéndote de que era por tu propio bien. Lo desprecio.

Bárbara dijo, tozuda:

–Hugh, ¿a cuántos hombres blancos de hoy se les podría confiar el poder que tenía y esperar que lo usasen con tanta gentileza como él lo empleó?

–¿Eh? A ninguno. Ni siquiera a los de más confianza. Y eso de "hombres blancos" fue un golpe bajo. El color de la piel nada tiene que ver en la conducta humana.

–Retiro la palabra "blancos". Y estoy seguro de que tú eres uno a los que se podría confiar el poder sin ningún temor. Pero no conozco ningún otro.

–Ni siquiera a mí. Nadie puede poseer el poder. La única vez que lo tuve lo utilicé tan mal como Ponse. Quiero decir aquella vez en que hice que apuntasen a Duke con un arma. Sencillamente debí utilizar un golpe de carate y dejarle sin sentido o incluso matarle. Pero no humillarle. Ni nadie, Bárbara. Pero Ponse era especialmente malo. Fíjate en Memtok. Lamento mucho haber tenido que matar a Memtok, era un hombre que se comportaba mejor de lo que correspondía a naturaleza, no peor. Memtok tenia un ramalazo de mezquindad, de salvajismo, tan amplio como su espalda. Pero lo reprimía con cuidado, para poder hacer mejor su trabajo. Pero Ponse... Barbie, tesoro, en ese asunto probablemente tú y yo nunca estaremos de acuerdo. Te muestras algo blanda hacia él porque fue dulce contigo la mayor parte del tiempo y siempre con nuestros hijos. Siempre mostraba la "misericordia del rey"... siendo menos cruel de lo que pudo haber sido, pero siempre recordando a su víctima lo cruel que podía ser si no fuese tan ancianito y tan buena persona. Le desprecio por eso. Le desprecié mucho menos crecidos, para comérselos.

–¿Qué?

–¿No lo sabías? Oh, claro que has debido saberlo. Durante nuestra última conversación lo discutimos Ponse y yo. ¿No escuchabas?

–Yo creí que era un simple sarcasmo por parte de cada cual.

–No. Ponse es un canalla en potencia. Quizá no haya comido jamás carne humana, como los de su estirpe antaño tenían por costumbre, pero sigue siendo caníbal moralmente al consumir buenos antropoides. Claro está que existe la eximente de que no considera a los antropoides seres humanos... pero es que a sus esclavos tampoco los considera. Ponse siempre ha comido simios. Calculo que en la mesa de su familia desaparece cada día uno. Cuerpos que cuando los vi en el matadero me recordaron la

edad y la redondez de Gatita.

–Pero... pero... Hugh, yo comí de los mismo que él, muchas veces. He debido... he debido...

–Pues claro que sí. Lo mismo que yo. Pero después de que lo supe no volví a repetirlo. Ni tú.

–Tesoro... será mejor que detengas el coche. Me estoy poniendo mala.

Devuelve sobre los gemelos si es preciso. Este coche no se detiene por nada.

Logró abrir la ventanilla y devolvió la mayor parte hacia el exterior. Al poco Hugh la preguntó con suavidad:

–¿Te encuentras mejor?

–Algo.

–Tesoro, no vuelvas contra Ponse nada de tus pensamientos basándote en lo que él comía. Creo que con sinceridad ignoraba que estaba equivocado... y sin duda las vacas opinarían lo mismo con respecto a nosotros, si tuvieran conocimiento. Pero había otras cosas que él sabia eran erróneas. Y lo sabía puesto que trató de justificarlas. Hablaba con racionalizados sofismas sobre la esclavitud, sobre la tiranía, sobre la crueldad y siempre deseaba que la víctima estuviera de acuerdo y le diera las gracias. Era como un verdugo que aguardase agradecimiento.

–No quiero hablar de él, querido. Me siento interiormente confusa.

–Lo lamento. Estoy medio borracho sin haber tomado ni una gota de licor y parloteo. Me callaré. Estate alerta al tráfico de detrás, dentro de poco voy a girar a la izquierda.

Ella obedeció y después de que se hubiesen metido en un camino vecinal, más estrecho y no tan bien pavimentado, Hugh dijo:

–He calculado dónde vamos a ir. Al principio sólo pretendía poner tierra por medio entre nosotros y la ciudad. Ahora tenemos un destino. Quizá sea un lugar seguro.

–¿A dónde. Hugh?

–A una mina clausurada. Yo tuve una parte de ella y perdí dinero, Ahora quizá pague dividendos. Se llama Havely Lode. Grandes y estupendos túneles y tenemos que hallar el camino de acceso desde esta carretera... si lo encuentro en la oscuridad y si podemos llegar antes de que empiece el jaleo. –Se concentró en conducir el coche, reduciendo las marchas en las pendientes cuando ascendían y aumentándolas al descender, frenando con fuerza antes de entrar en cualquier curva, luego tomándola tan cerrado como lo permitía el radio y acelerando hasta el máximo posible.

Después de una curva particularmente peligrosa, con Bárbara en la zona exterior, de manera escalofriante, ella dijo:

–Mira, querido, sé que lo haces para salvarnos. Pero igual podemos morir de un accidente de automóvil que de una bomba H.

Hugh sonrió sin disminuir la velocidad.

–Solía conducir jeeps en la oscuridad, sin faros. Barbie, no nos mataremos. Pocas gentes saben lo mucho que es capaz de hacer un coche y yo estoy encantado de que este tenga cambio manual. Se necesita en las

montañas. No me atrevería a conducir así si el coche tuviese cambio automático.

Ella se calló y se puso a rezar en silencio.

El camino terminaba en un altozano en donde se iniciaba otro sendero; en la intersección se vio una luz. Cuando Hugh la vio, dijo:

–Mira mi reloj.

–Las once y veinticinco.

–Bien. Estamos a algo más de ochenta kilómetros del punto cero. Quiero decir, de mi casa. Y la Havely Lode se halla sólo a cinco minutos de aquí, ahora sé cómo encontrarla. Veo que "Schmidt's Comer" está abierto y vamos bajos de gasolina. Llenaremos el depósito y compraremos también comestibles... si, recuerdo que me dijiste que tenias ambas cosas en este coche; tendremos más... y todavía podremos llegar antes de que caiga el telón.

Frenó y bajo las ruedas la gravilla se esparció. Detuvo el coche junto a una bomba y bajó de un salto.

–Entra y empieza a coger comestibles. Coloca a los gemelos en el suelo del coche y cierra la portezuela. No les pasará nada –metió la manguera de la bomba en la abertura del depósito del coche, empezó a maniobrar la palanca al estilo antiguo.

Ella salió al cabo de un momento.

–Dentro no hay nadie.

–Suena la bocina. Probablemente el irlandés ha vuelto a su casa.

Bárbara hizo sonar la bocina una y otra vez y los niños se pusieron a llorar. Hugh colgó la manguera.

–Le debemos sesenta litros. Vamos, hay que ponernos en marcha dentro de dos minutos, para estar a salvo.

"Schmidt's Comer" era una gasolinera; poseía un pequeño mostrador para almuerzos y refrescos, una tienda de comestibles en un rincón, con todo el género que interesa a la gente de la localidad, los pescadores, a los cazadores y a los turistas que desean encontrar lugares aislados. Hugh no perdía tiempo tratando de despertar al propietario; el lugar narraba su propia historia: todas las luces estaban encendidas, la puerta batiente sujeta por el gancho, el café hervía en una cafetera, una silla se encontraba derribada y la radio sintonizaba la frecuencia de emergencia. De pronto se puso a hablar cuando Hugh entró.

"Aviso bombardeo. Tercer aviso de bombardeo. No es un ensayo. Busquen refugio de inmediato. ¡Dios Santo, cualquier refugio, porque van a ser bombardeados con bombas atómicas dentro de pocos minutos. ¡Yo mismo abandonaré este lugar y buscaré refugio en los sótanos, olvidándome dei micrófono cuando falten cinco minutos! ¡Así que muévanse y dejen de escuchar mis palabras! ¡BUSQUEN REFUGIO!"

–Coge esas cajas de cartón vacías y empieza a llenarlas. No lo ordenes, déjalo todo dentro. Yo lo sacaré a fuera. Llenaremos el asiento posterior y el suelo –Hugh empezó a seguir sus propias órdenes; tenía una caja llena antes que Bárbara. La sacó, volvió presuroso; Bárbara le aguardaba con otra y tenían una tercera casi llena.

–Hugh. Espera un segundo. Mira.

La última caja no estaba vacía. Mamá gata, del toda acostumbrada a los forasteros, le miró solemnemente mientras daba de mamar a cuatro cachorros. Hugh la devolvió la mirada.

De pronto cerró la tapa de la caja.

–Está bien –dijo–. Carga algo ligero en la otra caja, para que haga contrapeso sobre ésta mientras conduzco. Deprisa– salió al coche con la familia gatuna mientras escuchaba desde el interior del embalaje un maullido lastimero.

Bárbara le siguió rápidamente con otra caja a medio cargar y la puso encima de la de los gatos. Ambos tornaron a entrar.

–Toma toda la leche en lata que puedas –Hugh se detuvo lo bastante para colocar un montón de dólares en lo alto de la caja registradora–. Y coge todo el papel higiénico o Kleanex que veas también. Quedan tres minutos para que partamos.

Se marcharon a los cinco minutos, pero con más cajas de cartón el asiento posterior del coche había desaparecido y quedaba al nivel del suelo debido a las cajas amontonadas.

–Conseguí una docena de servilletas de té – dijo Bárbara alegre–, y seis paquetes grandes de algodón.

–¡Eh!

–Pañales querido, pañales. Quizá nos duren hasta que termino la radiación. Eso espero. Y también tomé dos juegos de cartas. Quizá no debía hacerlo.

–No seas hipócrita mi amor. Sujeta a los niños y asegúrate de que la puerta esté bien cerrada condujo durante varios centenares de metros, asomando la cabeza por la ventanilla. – ¡Aquí!

La marcha se hizo muy áspera. Hugh condujo en primera y con el máximo cuidado.

Un agujero negro en la ladera de la montaña apareció de pronto al doblar una curva.

¡Bien, lo logramos! Y entraremos en coche –empezó a cruzar la negra abertura y pisó el freno–.¡Díos Santo! Una vaca.

–Y una ternera – añadió Bárbara, asomándose por su lado.

–Tendré que retroceder.

–Hugh. ¡Una vaca con una ternera!

–Oh... ¿y cómo diablos la alimentaríamos ?

–Hugh, quizá no se queme todo en absoluto. Y se trata de una verdadera vaca viva.

–Oh... está bien, está bien. Si es preciso nos la comeremos.

Había una pared de madera y una recia puerta a unos diez metros dentro de la boca del túnel de la mina. Hugh condujo el coche hacia adelante, obligando a la vaca a que marchase en vanguardia y por fin colocó su lado del coche contra la pared rocosa para permitir que la otra puerta pudiera abrirse.

La vaca inmediatamente trató de escapar; Bárbara abrió la portezuela y con eso la detuvo. La vaca bramó, los gemelos la hicieron eco.

Hugh pasó junto a Bárbara y los niños, pasó junto a la vaca y abrió la puerta, que estaba asegurada con un cerrojo sin candado alguno. Apartó la grupa de la vaca y abrió del todo la puerta.

–Enciende las luces. Ilumina el interior.

Barbara lo hizo. Luego insistió en que entrasen también a la vaca y a la ternera. Hugh murmuró algo sobre: "¡esto no es arca de Noé!", Pero accedió, principalmente porque la vaca estaba ya en camino. La puerta, aunque amplia, era algo más estrecha, apenas un centímetro, que el animal; no quería terminar de cruzarla. Poro Hugh la encaminó bien, dándole unas palmaditas cariñosas. La vaca pasó. La criatura siguió a su madre.

En aquel momento Hugh descubrió por qué la vaca se encontraba en el túnel. Alguien, presumiblemente algún vecino, convirtió la mina como establo; había dentro una docena de balas de heno. La vaca no mostró deseo de marcharse una vez contempló su tesoro.

Entraron las cajas, dos fueron vaciadas y colocaron dentro de cada una a un gemelo, con la de los gatos más allá y las tres cubiertas con un contrapeso para asegurar una cautividad temporal.

Mientras estaban descargando, del portaequipajes el surtido de artículos de supervivencia de Bárbara, de pronto la noche se convirtió en día.

–¡Oh, cielos! . –exclamó Bárbara–. ¡No hemos terminado! –Seguiremos descargando. Faltan quizás diez minutos hasta que llegue la onda sonora. Yo sé muy poco acerca de la onda expansiva. Mira, toma el rifle.

Vaciaron el coche con las latas de agua y gasolina, pero no estaban todavía dentro cuando la tierra empezó a temblar y sintieron un ruido como el de gigantesco ferrocarril subterráneo. Hugh terminó de entrar las latas y gritó:

– ¡Mueve a estos!

– ¿Hugh! ¡Ven!

–¡Pronto! –había paja suelta que quedó en la parte posterior del coche. La reunió, la metió por los resquicios de la puerta, volvió a entrar y barrió, no para salvar la paja, sí no para reducir la posibilidad de que se incendiase la gasolina del depósito del vehículo. Pensó en sacar el coche y dejarlo que se desplomara colina abajo. Decidió no correr el riesgo. Si había bastante calor para que se inflamara el combustible del vehículo... bueno, había también túneles laterales muy profundos– ¡Bárbara, todavía tienes luz!

–Sí! Por favor, entra. ¿Por favor!

Entró, terminó de cerrar la otra puerta.

–Ahora traslada esas balas de paja lo más atrás posible. Mira, lleva la luz, y yo me encargaré de la paja. Y fíjate en donde pones los pies. Hay humedad en el fondo. Por eso cerramos la explotación; era preciso bombear demasiado.

Se llevaron los comestibles, el ganado (humano y felino) y la impedimenta hasta un túnel lateral a un centenar de metros dentro del corazón de la montaña. Tuvieron que chapotear por varios centímetros de

agua durante el camino, pero aquel túnel quedaba algo más alto y estaba seco. En una ocasión Bárbara perdió un mocasín.

–Lo siento –dijo Hugh–. Esta montaña es una esponja. Donde perforas sale agua.

–Yo soy una mujer a la que le gusta el agua –comentó Bárbara–. Y tengo mis motivos.

Cuando Hugh iba a responder, el fogonazo de la segunda bomba lo eliminó todo, incluso en aquella profundidad... penetrando a través de las rendijas de la pared de madera. Consultó su reloj.

–Exactamente a tiempo. Estamos sentados presenciando el segundo pase de la misma película, Barb. Esta vez espero que haga menos calor.

–Me preguntaba..,

–¿Si haría menos calor? Pues claro que si, aun cuando todos arden en el exterior. Me parece conocer un lugar al que podríamos bajar y salvarnos, y quizás salvar también a los gatos, aunque no a la vaca y la ternera, puesto que si sólo entrase el humo se asfixiarían.

–Hugh, no me refería a eso.

–¿A qué te referías?

Hugh, yo no te lo dije en el momento oportuno. Estaba demasiado trastornada por el hecho y no quería trastornarte a ti. Pero mí coche es de cambio automático.

–¿Eh? ¿Entonces de quién es el coche que hay fuera?

–Mío. Quiero decir que mis llaves estaban puestas... y tenía mis cosas en el portaequipajes. Pero el mío es de cambio automático.

–Tesoro –dijo él despacio–, creo que has perdido un poco la chaveta.

–Imaginé que pensarías eso y por tal motivo no te dije nada hasta que estuvimos a salvo. Pero, Hugh, escúchame, cariño... –¡Jamas poseí un coche de cambio manual! ¡No sabia conducir cambiándole las marchas!.

El la miró pensativo.

–No lo entiendo.

–Ni yo tampoco. Cariño, cuando viniste de tu casa dijiste: "ella está ahí dentro. Grace". ¿De veras la viste?

–Oh, sí querido, Grace no se durmió viendo la televisión. Tú la acostaste en su cama mientras yo hacía las "crepes Suzettes". ¿No te acuerdas? Cuando oímos la alerta, fuiste a por ella y la bajaste... en su camisón.

Hugh Farnham permaneció inmóvil durante varios momentos.

–Eso es lo que hice –asintió–. Eso hice. Bueno, traslademos el resto de la impedimenta. Lo más fuerte de las explosiones se producirá dentro de hora y media.

–¿Pero se producirá?

–¿Qué quieres decir?

Hugh yo no sé lo que ha pasado. Quizás sea éste un mundo diferente, o quizá el mismo, pero una pizca cambiado por... bueno, por nuestro regreso, es posible.

–No lo sé. Pero ahora tenemos que seguir trasladando todo el género

La gran explosión llegó a tiempo. Les sacudió por completo, pero no les lastimó. Cuando chocó con ellos la onda de aire, volvió a sacudirles, pero sin más molestias que poner nerviosos a los ya nerviosos animales... aunque los gemelos ahora parecían disfrutar con las sacudidas.

Hugh anotó la hora. luego dijo pensativo:

–Sí es un mundo distinto, no lo es mucho. Y sin embargo...

–¿Sin embargo qué, querido?

–Bueno, es algo diferente. Tú no olvidarías eso de tu propio coche. Yo recuerdo haber acostado temprano a Grace; Duke y yo hablamos después. Así que es diferente –de pronto sonrió–. Podría ser importantemente distinto. Si el futuro puede cambiar el pasado, poco más o menos, quizá el pasado también pueda cambiar el futuro. Es posible que los Estados Unidos no queden del todo destruidos. Quizá ningún bando será tan suicida como para utilizar bombas hepidermicas. Quizá... Infiernos, quizá Ponse jamás tenga oportunidad de practicar su "piadosa" esclavitud y criar monos para cenar– añadió– . –Y que me aspen sino hago una intentona Me refiero para cambiar el mundo aquel que conocimos, para devolver la Fe a un futuro hipotético, para que la Humanidad de este holocausto salga más fortalecida y piadosa que nunca, de manera que se esclarezca el verdadero gobierno interior de cada hombre: el de la Caridad.

–¡Lo intentaremos: Y también nuestros hijos.

–Sí. Pero, pero es cosa del mañana. Creo que por esta noche terminaron los fuegos artificiales. Señora, ¿crees que podrías dormir en un montón de paja?

–¿Dormir?

–Naturalmente... pero no antes de que desempolvemos viejas costumbres y demos gracias al Altísimo por estar aquí.

–Tienes razón, querido... Demos gracias...

Las dieron.

XXII

Sobrevivieron a los proyectiles dirigidos, sobrevivieron a las bombas sobrevivieron a los incendios, sobrevivieron a las epidemias, (que no fueron extremas y siquiera originadas por las armas. Ambos lados descartaron este medio de guerra) y sobrevivieron durante largo período de desórdenes mientras el gobierno civil luchaba como una serpiente con el lomo roto por reinstalar la vida normal. Sobrevivieron. Prosiguieron.

El cartel de su establecimiento dice:

LOS DOMINIOS DE FARNHAM

PUESTO COMERCIAL, Y BAR RESTAURANTE

VODKA AMERICANO

LICOR DE MAIZ

AGUARDIENTE DE MANZANAS

AGUA PURA DE MANANTIAL

LECHE DE GRADO "A"

BUEY ASADO CON PATATAS

FILETE CON PATATAS FRITAS

MANTECA Y ALGUNOS DIAS PAN

CARNE AHUMADA DE OSO

PATO EN DIVERSAS SALSAS

"CREPES SUZETTES" DE ENCARGO

¡¡ACEPTAMOS CUALQUIER LIBRO COMO PAGO

EFECTIVO!!'.

¡¡GATITOS GRATIS!!

HERRERIA, TALLER MECANICO, PLANCHISTERIA...

SI USTED PROPORCIONA EL METAL

ACADEMIA A HORAS CONVENIDAS

ACONTECIMIENTOS SOCIALES CADA VIERNES

¡¡¡AVISO!!!

LLAME A LA CAMPANA. ESPERE. AVANCE CON LAS

MANOS ARRIBA. NO SE DESVIE DEL CAMINO, EVITE

LAS MINAS. LA SEMANA PASADA PERDIMOS TRES

CLIENTES. NO PODEMOS PERMITIRNOS EL LUJO DE

PERDERLE. NO HAY IMPUESTO DE VENTAS.

HUGH Y BARBARA FARNHAM y FAMILIA

PROPIETARIOS

Pero las relaciones comerciales de Hugh con sus clientes son muy singulares. Sobre el mostrador hay una Biblia; no se permite ninguna transacción sin antes el propietario leer algunos pasajes. Son los que tratan del Nuevo Testamento, precisamente los que hablan del amor al prójimo, de la Caridad. Poco a poco los clientes van discutiendo y aceptando aquellas verdades eternas. Hay apenas robos, apenas disgustos, apenas disturbios. Por eso los Farnham insisten en leer cuanto a menos un versículo de la Biblia.

Encima de este cartel anunciando las especialidades, ondea una bandera de confección casera con las barras y estrellas... y la familia sigue viviendo

FIN